

Crónicas de Viajeros

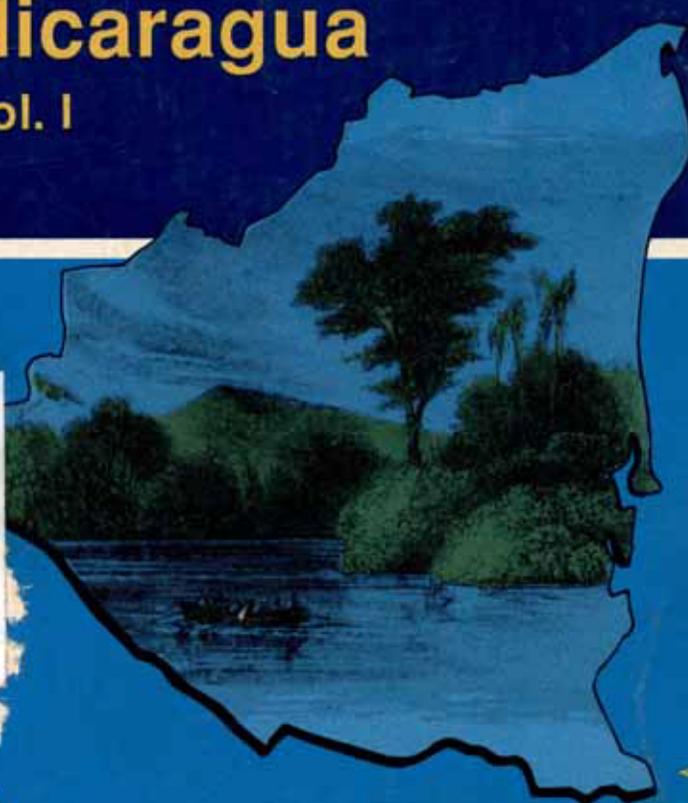
Nicaragua

Vol. I

917.285

I-36

1990



SELECCION E INTRODUCCIONES
JAIME INCER





Crónicas de viajeros

Nicaragua Vol. I

Introducciones y notas:
Jaime Incer



Serie: Raíces

Crónicas de Viajeros

Nicaragua
Vol. I

San José, Costa Rica, 1990



Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS
FUNDACIÓN
www.enriquebolanos.org

917.285

C947c

**Crónicas de viajeros: Nicaragua/
Comp. Jaime Incer. – 1 ed. – San José, C.R.
Asociación Libro Libre, 1990
v. (Colección Quinto Centenario: Serie Raíces)**

ISBN 9977-89-012-9

**1. Nicaragua - Descripciones y viajes. 2. Nicaragua - Historia.
I. Incer, Jaime. II. Título. III. Serie**

© Libro Libre

Apartado 1154-1250

Escazú, Costa Rica

Impreso por: Litografía Lil. S.A.

INDICE

Nota Editorial	11
----------------------	----

Crónicas del cuarto viaje de Colón relativas al descubrimiento de la costa de América Central

Introducción	15
--------------------	----

I.- Carta de Colón a los Reyes de España, informándoles de lo relativo a su cuarto y último viaje en 1502	23
--	----

II. Relación del cuarto viaje realizado por Cristóbal Colón, escrito por el escribano de la expedición Diego de Porras, en San Lúcar de Barrameda a 7 de Noviembre de 1504	35
--	----

III. La Narración del Cuarto Viaje de Cristóbal Colón escrita por su hijo Hernando	40
---	----

IV. El Cuarto Viaje de Colón según relación de Pedro Mártir de Anglería	52
--	----

V. Relato del Cuarto Viaje según Fray Bartolomé de las Casas	61
--	----

La expedición de Gil González a Costa Rica y Nicaragua

Introducción	69
--------------------	----

I. Carta del Capitán Gil González Dávila al Rey de España, dándole cuenta del Descubrimiento de los territorios de Costa Rica y Nicaragua	75
---	----

- II. Relación de las leguas que el capitán Gil González Dávila anduvo a pie por tierra por la costa del mar del sur, de los caciques e indios que descubrió y se bautizaron y del oro que dieron para sus majestades91
- III. La exploración de Gil González referida por el cronista Pedro Mártir de Anglería96
- IV. Expedición de Gil González de Avila a Costa Rica y Nicaragua, según la refiere el Cronista de las Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo111
- V. Crónica de Francisco López de Gómara sobre la expedición de Gil González136
- VI. Crónica de Antonio de Herrera sobre la expedición de Gil González141

*La conquista de Nicaragua efectuada por
Francisco Hernández de Córdoba*

- Introducción149
- I. Carta de Pedrarias Dávila al Emperador, refiriendo el descubrimiento de Nicaragua por su lugarteniente Francisco Hernández de Córdoba153
- II. La Crónica de la Conquista según el Adelantado Pascual de Andagoya158
- III. La Conquista de Nicaragua referida por Antonio de Herrera161

*Reconocimiento geográfico de costas y lagos
y exploración del río San Juan*

- Introducción167
- I. El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo describe los accidentes a lo largo de la costa del Mar del Sur171
- II. Primera descripción de los lagos y lagunas de Nicaragua, por el cronista Fernández de Oviedo181
- III. Exploración del río San Juan por los capitanes Alonso Calero y Diego de Machuca191

Crónicas sobre el volcán Masaya

- Introducción205

I. El cronista Gonzalo Fernández de Oviedo explora y describe el volcán de Masaya	209
II. Blas del Castillo entra en la Boca del Infierno	221
III. Testimonios y ensayo químico de las muestras sacadas del volcán Masaya.....	243
IV. Juan Sánchez Portero: entrada y descubrimiento del volcán Masaya que está en la provincia de Nicaragua	248
V. Relación del Adelantado Pascual de Andagoya sobre el volcán Masaya	254
VI. Fray Bartolomé de las Casas: descripción del volcán Masaya, de Nicaragua	255
VII. Fray Toribio Benavente (Motolinia): relación sobre el volcán Masaya	261
VIII. Juan de Torquemada: La boca del infierno	265

NOTA EDITORIAL

Con una colección selecta de veinticinco crónicas que se refieren a los sucesos relativos al descubrimiento, la conquista y la exploración de Nicaragua en el siglo XVI, iniciamos la serie de publicaciones sobre viajeros, con motivo del quinto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo.

En ese sentido, Nicaragua resultó favorecida por haber discurrido en la pluma de algunos celebrados cronistas de aquellos tiempos, entre los que figuraron los mismos protagonistas del descubrimiento y conquista del país, así como otros testigos que visitaron Nicaragua, como Gonzalo Fernández de Oviedo y Bartolomé de Las Casas, o que estuvieron bien enterados de las características y acontecimientos del territorio.

Estas Crónicas, así como las que se presentarán en los tomos venideros, son comentadas, anotadas y en algunos casos traducidas por el geógrafo nicaragüense Jaime Incer, autor del libro "Nicaragua: Viajes, Rutas y Encuentros" quien se ha dedicado a recogerlas e interpretarlas de fuentes primarias y documentos originales.

Libro Libre se complace en publicarlas como un homenaje en la conmemoración del acontecimiento que juntó dos razas y dos mundos, cimentando la rica cultura que hoy disfruta la América hispana.

CRÓNICAS DEL CUARTO VIAJE DE COLÓN
RELATIVAS AL DESCUBRIMIENTO
DE LA COSTA DE AMÉRICA CENTRAL

INTRODUCCIÓN

Uno de los testimonios más auténticos sobre el Cuarto Viaje de Colón es, sin lugar a dudas, la llamada "Lettera Raríssima", carta que el propio Almirante escribiera a los reyes de España en julio de 1503 desde la isla de Jamaica, una vez concluido su cuarto y último viaje a Las Indias.

Habiendo naufragado dos de los navíos, por inservibles, junto a la costa de Panamá, el Almirante logró llegar a la isla a duras penas, con su tripulación compuesta de unos 150 hombres, donde las dos carabelas restantes se anegaron y fueron a pique. Abandonado y desamparado, Colón envió un bote con la intención de cruzar el estrecho de mar que separa Jamaica de la isla Española (Santo Domingo), en busca de socorro, a sabiendas de que el gobernador de esta isla, el Comendador fray Nicolás de Obando, tenía órdenes de no dejarlo desembarcar. En esa misión iba la carta donde el célebre descubridor de América da cuenta de sus hazañas y últimos infortunios a los monarcas españoles, Isabela y Fernando, así como también la esperanza de conseguir ayuda humanitaria que le permitiera regresar a España con sus hombres sanos y salvos.

Enfermo y lleno de tribulaciones, Colón se encontraba en Jamaica con el ánimo abatido. Su misiva refleja amargura y decepción. Contiene reclamos por promesas incumplidas y por derechos que él cree le han sido usurpados. Algunas veces delira con visiones celestiales que le hablan como si él fuera el abanderado del mundo cristiano, el llamado a encontrar las minas del Rey Salomón para reconquistar Sion y reconstruir Jerusalén.

El Almirante desconoció, o no quiso creer, que la tierra firme que tocó durante el cuarto viaje era un nuevo continente. Seguía aferrado a la idea marcopolesca de las tierras fabulosas del Gran Khan, y que navegando por ese rumbo no tardaría en encontrar la Aurea Quersoneso, (el estrecho de Malaca), que lo llevaría a la India del río Ganges en cuestión de pocas jorna-

das. No es de extrañar que su hermano Bartolomé, que anduvo con él en esa ocasión, dibujara Sinarum Montis (los Montes de China) en el interior de la tierra centroamericana.

En otra parte de su carta Colón se detiene a explicar las circunstancias de la navegación en los términos más azarosos y esforzados, mezclando su cosmografía ptolomaica con su astrología de posiciones planetarias para explicar el voluble temperamento de vientos y corrientes.

Por otro lado, las descripciones de lo que realmente vio y descubrió en tierra firme son relativamente pocas, quizá sospechando que la carta iba a pasar por otras manos antes de llegar a los soberanos destinatarios. En ella se manifiesta el recelo del gran descubridor de revelar con detenimiento los lugares por donde anduvo, confirmado por la expropiación que hiciera en Jamaica de los mapas levantados por sus pilotos, celoso quizá que otros le usurparan el descubrimiento de la fabulosa tierra de Veragua, donde en dos días encontró más oro que en cuatro años en la Española, según su propia confesión.

De su llegada a las islas de la Bahía y recorrido por la costa de Honduras el Almirante no dice mucho, más que haber sufrido por sesenta días terrible borrasca; aunque más adelante se refiere a cierto interesante comercio de productos textiles y metálicos, traídos en una larga canoa. Obviamente procedían de la costa de México, según la detallada información escrita años después por Fernando Colón, su hijo, quien también participó en la expedición.

La descripción de la costa de Nicaragua es igualmente pobre, salvo la mención del cabo Gracias a Dios. La narración se recobra una vez alcanzado Cariay donde Colón intercambió artículos con los indios y anotó sus costumbres, añadiendo las únicas observaciones de valor etnológico y zoológico efectuadas en todo el viaje. Las referencias a la provincia de Ciguare, aunque un tanto fantasiosas, no dejan de ser enigmáticas porque su ubicación coincide con Nicaragua. Más interés manifestó el Almirante en la descripción de la costa de Veragua, donde envió a explorar las minas de oro del Quibián.

El decaído ánimo que perdura a lo largo de la carta de Colón lo hace declarar al final de la misma: "Llore por mí quien tiene caridad, verdad y justicia. Yo no vine en este viaje a navegar por ganar honra ni hacienda: esto es cierto porque estaba ya la esperanza de todo en ella muerta". Y así continúa el Almirante sermoneando citas y proverbios.

De más está decir que el Almirante no disfrutó de los beneficios de las nuevas tierras descubiertas. Al regresar a España, la reina Isabela, su

protectora, había fallecido y la Corona no estaba dispuesta a reconocerle más derechos. Año y medio después fallecía en Valladolid pobre y olvidado.

II

La relación del Cuarto Viaje ofrecida por el escribano de la expedición Diego de Porras, en el puerto de San Lúcar, una vez que ésta estuvo de regreso en España en noviembre de 1504, es muy concisa pero más coherente que la *Lettera Rarissima*.

Describe paso a paso el itinerario seguido, nombrando lugares y agregando información adicional sobre el carácter de la costa recorrida, los nativos que la poblaban y los artículos que trocaban. Relata principalmente las aventuras por la costa de Veragua, donde un grupo fue destacado tierra adentro a explorar ciertos placeres auríferos.

Quizá la información más importante ofrecida por Porras es el señalamiento de lugares y distancias en leguas a lo largo de los principales puntos por donde los navíos pasaron, lo cual permiten reconstruir con exactitud el derrotero seguido por Colón. A este respecto, conviene anotar la ubicación del río del Desastre, como situada a 70 leguas al sur del cabo Gracias a Dios y 67 al noroeste de Cariay, (ó 124 de la isla del Escudo), punto que coincide más propiamente con el delta del actual río Escondido que con la desembocadura del río Grande de Matagalpa, como algunos historiadores erróneamente sostenían.

La relación incluye, finalmente, las piezas de oro y artículos rescatados, así como los nombres y oficios de cada uno de los marineros asignados a las respectivas embarcaciones, (Capitana, Santiago de Palos, Gallega y la Vizcaína, alias Sospechoso), detalles que hemos omitido en beneficio de la brevedad.

III

Una más completa versión del cuarto viaje, por su secuencia, detalle y claridad, es la ofrecida por Fernando (Hernando) Colón, hijo del Almirante, quien escribió la biografía del célebre descubridor y tomó parte del recorrido que su padre y tío emprendieron por la costa caribe centroamericana en 1502.

No obstante que Fernando contaba entonces con trece años de edad, y que su Relación fue escrita casi treinta años después de haberse efectuado, la narración es rica en detalles que añaden nuevos aspectos a las escasas versiones del Almirante y del escribano Porras. Posiblemente el recuerdo excitante de aquella memorable experiencia, así como la informa-

dón adicional que pudo haber obtenido de las notas de su padre, le ayudaron a reconstruir aquella aventura y redactarla con mayor detalle.

La llegada de la flotilla descubridora a la costa de Honduras es descrita con mejor ilustración. Fernando enfatiza un hecho poco considerado en las otras relaciones, cual es la presencia de una galera de indios comerciantes, que sorprendieron en la isla de Guanaja, como de posible procedencia de México (dando la vuelta por Yucatán), dirección a la cual el Almirante dio las espaldas. Prefirió continuar hacia el este y al sur en busca del estrecho que supuestamente conducía a la India gangética, principal razón del viaje. El uso del cacao como moneda, de brocados finamente tejidos, las espadas de madera con navajas de pedernal en los filos y las hachuelas de cobre parecen confirmar la procedencia mejicana de la embarcación indígena. La descripción de los salvajes Orejones es también una interesante información etnográfica de ese sector de la actual Costa de la Mosquitia.

Fernando es el cronista-testigo que refiere el naufragio de un bote en el río del Desastre, el cual se había aventurado a remontar la barra en la desembocadura para recoger agua y leña. Este fue el único incidente que sufrieron los expedicionarios cuando navegaban a lo largo de las tranquilas aguas frente a la costa de Nicaragua, ruta que contrastó con la borrascosa navegación por la de Honduras.

Llama la atención la falta de mención de poblaciones indígenas en el litoral nicaragüense, aparentemente deshabitado y que recorrieron sin guía, y sobre lo cual no dice nada la minuciosa narración de Fernando. En cambio, la llegada a Cariay, en la presente Costa Rica, significó a los españoles no sólo un activo trueque con una tribu de hechiceros y embalsamadores, sino también la observación de ciertos acontecimientos de gran importancia etnológica: de allí en adelante, hasta la costa de Veragua, los indígenas maleaban el oro en ornamentos pectorales que los españoles no tardaron entrocarse por chucherías. Hubo en efecto una incursión tierra adentro en busca de minas, una vez de regreso de Retrete y Portobelo, dos abrigadas bahías así bautizadas por Colón, que marcaron los confines del viaje.

Complementa la narrativa la descripción de cierta flora del istmo, que comprende pinos, encinos, icacos, jocotes, bambúes y palmas de siete clases incluyendo palmitos. Entre la fauna mencionada por Fernando figuran gallinas de la tierra (pavas), patos, jaguares, ciervos, sahinos, monos y otras especies exóticas para los visitantes españoles.

IV

El fraile milanés Pedro Mártir de Anglería vivía en la Corte de los Reyes Católicos, como tutor de los Infantes, durante los años del descubrimiento

del Nuevo Mundo y primeras épocas de la conquista española. Aunque nunca viajó a Las Indias, como los españoles llamaron primeramente a los nuevos territorios encontrados, tuvo la oportunidad de entrevistar a los que venían de ellas y organizar una colección de crónicas de invaluable valor documental, como "corresponsal" en su época, dedicadas a informar a sus superiores y a los pontífices de Roma acerca de la últimas noticias procedentes del nuevo continente. Con ellas conformó su famosa obra *De Orbe Novo*, en ocho "Décadas", escritas originalmente en latín desde 1493 hasta la época de su muerte en 1526.

Anglería estaba en la Corte cuando llegó Colón triunfante de su primer viaje, y desde entonces no falló en registrar las hazañas de los descubrimientos, ofreciendo algunas versiones y pormenores que supo por boca misma del célebre marino.

La versión de Pedro Mártir sobre el cuarto viaje del Almirante es tan rica y llena de detalles como la ofrecida por Fernando Colón, siguiendo como éste una descripción secuencial de los sitios visitados, anotando varios nombres de lugares según la toponimia aborigen, e introduciendo términos frutales no necesariamente indígenas como "emblicos", "chébulos" y "mirobalanos". También explica con detenimiento situaciones anecdóticas, seguro que serán bien recibidas y con curiosidad por los selectos lectores, interesándose en presentar algunos detalles que aunque simples resultaban muy novedosos, como aquello de la desnudez de los indios y de las indias cubriendo "sus vergüenzas con una venda de algodón", referencias insólitas procedentes de un fraile para ser leídas ante un pontífice. Añade además interesantes observaciones de especial valor etnológico, por estar entre las primeras procedentes de los indios que vivían a lo largo de la costa caribe del istmo centroamericano a principios del siglo XVI, antes de entrar en contacto con los europeos.

En lo referente a Nicaragua, encontramos en la información de Anglería las primeras noticias sobre Corn Islands, las islas que Colón bautizara como Limonares. En otra parte de sus Décadas menciona el Río de los Perdidos, (bautizado como San Mateo por Colón), donde zozobró Diego de Nicuesa ocho años después, el cual parece corresponder al presente río Punta Gorda.

V

Una versión sobre el Cuarto Viaje, aunque de segunda mano, es la ofrecida por fray Bartolomé de las Casas en su *Historia de Las Indias*, libro que le tomó 40 años en escribir, en medio de interrupciones por viajes realizados a España abogando por la causa de los indios. La versión no añade

nada nuevo a la de Fernando Colón, cuya narración sigue con bastante fidelidad, aunque el fraile usa su propio estilo.

Obviamente no se trata de una simple transcripción, como la que hiciera fray Bartolomé del Diario de Colón referente al primer viaje, porque además de su propia escritura excluye algunos pasajes anecdóticos, (como aquél de la lucha entre dos animales salvajes en Cariay). Aparentemente, Las Casas tuvo acceso al mismo documento que utilizó Fernando, y posiblemente a las notas de Colón sobre el cuarto viaje, algunas de cuyas observaciones el Almirante omitió en su Carta a los Reyes de España.

Fray Bartolomé agrega ciertas fechas que marcaron diversos eventos del viaje, algunas de las cuales fueron omitidas o aparecen cambiadas en la relación de Fernando. A este respecto, hablando del descubrimiento del cabo que Colón llamó Gracias a Dios, Bartolomé escribe textualmente: "Esto dice el Almirante que fue a 12 de setiembre del mismo año de 502"; en cambio Fernando señala, posiblemente por error, el día 14 del mismo mes como la fecha del evento. Por otra parte, fray Bartolomé menciona que el domingo 17 de septiembre, (que en realidad cayó en sábado), la flotilla arribó a Cariay; según Fernando ese día llegaron al río del Desastre (como lo confirma el escribano Porras en su alarde y obituario), y no fue sino hasta el domingo 25 que alcanzaron aquel puerto.

No obstante las inconsistencias expresadas por Fray Bartolomé, reproducimos aquí su texto, tratándose de la pluma de uno de los mejores historiadores y polemistas de las cosas de Las Indias que tuvo la oportunidad de conocer y tratar de cerca a varios testigos de la época de los descubrimientos.

VI

A manera de recapitulación se presenta a continuación el derrotero y la tabla cronológica de los eventos acaecidos durante el Cuarto Viaje de Colón.

Año 1502:

- Mayo 11.- Los cuatro barcos con 150 tripulantes salen de Cádiz y hacen una corta parada en las islas Canarias.
- Junio 15.- Arriban a la isla Martinica.
- Julio 14.- Después de haber escapado de un huracán, refugiándose en una bahía al sur de la isla de Santo Domingo, Colón reinicia el viaje rumbo al oeste.
- Julio 16.- Arriba a Jamaica.
- Julio 24.- Llega a Cayo Largo, al sur de Cuba.

- Julio 27.- Comienza la travesía desde la costa de Cuba hasta la de Honduras.
- Julio 30.- Arriman a la isla de Guanaja, bautizada por Colón como Isla de los Pinos.
- Agosto 14.- Se celebra la primera misa en tierra firme, en el lugar donde más tarde los españoles fundarían Trujillo.
- Agosto 20.- Continúa el viaje mas allá de Punta Caxinas y progresa muy poco contra viento y marea.
- Septiembre 12.- Colón dobla y bautiza el cabo Gracias a Dios.
- Septiembre 17.- Un bote zozobra en el río del Desastre.
- Septiembre 18.- Descubrimiento de las islas Limonares (Corn Islands).
- Septiembre 21.- Colón bautiza un río como San Mateo, (posiblemente el Punta Gorda).
- Septiembre 25.- La flotilla arriba a Cariay. (Puerto Limón).
- Septiembre 28.- Un par de adolescentes son regaladas a los visitantes por los indios de Cariay, pero Colón las devuelve al día siguiente.
- Octubre 2.- Bartolomé Colón visita al pueblo y descubre cuerpos embalsamados.
- Octubre 5.- Los barcos levantan anclas y continúan hasta la bahía de Cerabaró, (Bocas del Toro).
- Octubre 7.- En botes arriman los españoles a la tierra firme para trocar con los indios.
- Octubre 17.- Dejan la región de Bocas del Toro y continúan rumbo a Veragua.
- Octubre 21.- Los indios del río Guayga amenazan e impiden el desembarco, pero son ahuyentados con un disparo de bombardera.
- Noviembre 2.- Llegan a Portobelo, donde quedan detenidos una semana por mal tiempo; aprovechan para comerciar con los indígenas.
- Noviembre 10.- Arriban al Puerto de Bastimentos, después conocido como Nombre de Dios.
- Noviembre 26.- Alcanzan el puerto de Retrete, límite de la exploración a lo largo de la costa caribe del istmo.
- Diciembre 5.- Colón da la vuelta y regresa a Veragua.

Año 1503:

- Enero 6.- La tripulación arriba al río Yebra, llamado Belén, donde encuentran refugio los barcos.
- Febrero 6.- Una expedición es destacada tierra adentro en busca de minas de oro.
- Abril 16.- Con sólo dos barcos Colón deja la costa de Veragua, donde los indios le impidieron fundar un pueblo.
- Mayo 10.- La corriente y el viento lo llevan a descubrir las islas Caimán.
- Junio 24.- Alcanza la costa de Jamaica donde los inservibles navíos zozobran.
- Julio 7.- Colón escribe una Carta a los Reyes de España dando cuenta de sus descubrimientos y desventuras. Envía un bote a Santo Domingo en demanda de socorro.

Año 1504:

- Junio 28.-** Después de un año de permanecer aislada en Jamaica la tripulación es rescatada y llevada a Santo Domingo.
- Noviembre 7.-** Colón y su gente llegan a España y desembarcan en el puerto de San Lúcar, poniendo fin al viaje.

CARTA DE COLÓN A LOS REYES DE ESPAÑA,
INFORMÁNDOLES DE LO RELATIVO
A SU CUARTO Y ÚLTIMO VIAJE EN 1502*

"Carta que escribió don Cristóbal Colón, Virrey y Almirante de las Indias, a los cristianísimos muy poderosos Rey y Reina de España, Nuestros Señores, en que les notifica cuanto le ha acontecido en su viaje; y las tierras, provincias, ciudades, ríos y otras cosas maravillosas, y donde hay minas de oro en mucha cantidad, y otras cosas de gran riqueza y valor".

Serenísimos y muy altos y poderosos Príncipes Rey y Reina, nuestros Señores: De Cádiz pasé á Canaria en cuatro días, y dende á las Indias en diez y seis días, donde escribia. Mi intencion era dar prisa á mi viaje en cuanto yo tenia los navíos buenos, la gente y los bastimentos, y que mi derrota era en la Isla de Jamaica; y en la Isla Dominica escribí ésto: hasta allí truje el tiempo á pedir por la boca. Esa noche que allí entré fué con tormenta, y grande, y me persiguió despues siempre. Cuando llegué sobre la Española envié el envoltorio de cartas, y a pedir por merced un navío por mis dineros, porque otro que yo llevaba era inavigable y no sufría velas. Las cartas tomaron, y sabrán si se las dieron la respuesta. Para mí fué mandarme de parte de ahí, que yo no pasase ni llegase á la tierra: cayó el corazón á la gente que iba conmigo, por temor de los llevar yo léjos, diciendo que si algun caso de peligro les viniese que no serían remediados allí, antes le sería fecha alguna gran afrenta. Tambien á quien plugo dijo que el Comendador habia de proveer las tierras que yo ganase. La tormenta era terrible, y en aquella noche me desmembró los navíos: á cada uno llevó por su cabo sin esperanzas, salvo de muerte: cada uno de ellos tenia por cierto que los otros eran perdidos.¹ Quién nasció,

* Tomado de los *Documentos para la Historia de Nicaragua*. Colección Somoza. Tomo I. Madrid, 1954.

¹ El huracán de esos días hundió la flota donde regresaba el ex-gobernador Bobadilla, quien en ocasión anterior había arrestado a Colón, devolviéndolo en cadenas a España.

sin quitar á Job, que no muriera desesperado? que por mi salvacion y de mi fijo,² hermano³ y amigos me fuese en tal tiempo defendida la tierra y los puertos que yo, por la voluntad de Dios, gané á España sudando sangre; —E torno á los navíos que asi me habia llevado la tormenta y dejado á mí solo. Deparómelos nuestro Señor cuando le plugo. El navío Sospechoso habia echado á la mar, por escapar fasta la isola; la Gallega perdió la barca, y todos gran parte de los bastimentos: en el que yo iba, abalumado a maravilla, nuestro Señor le salvó que no hubo daño de una paja. En el Sospechoso iba mi hermano; y él, después de Dios, fue su remedio. E con esta tormenta, así á gatas, me llegué a Jamaica: allí se mudó de mar alta en calmeria y grande corriente, y me llevó fasta el Jardín de la Reina sin ver tierra. De allí cuanto pude, navegué á la tierra firme, adonde me salió el viento y corriente terrible al opósito: combatí con ellos sesenta dias, y en fin no le pudo ganar mas de 70 leguas.— En todo este tiempo no entré en puerto, ni pude, ni me dejó tormenta del cielo, agua y trombones y relámpagos de continuo que parecia el fin del mundo. Llegué al cabo de Gracias á Dios, y de allí me dio nuestro Señor próspero el viento y corriente. Esto fué á 12 de Setiembre. Ochenta y ocho días habia que no me habia dejado espantable tormenta, á tanto que no vide el sol ni estrellas por mar; que á los navíos tenia yo abiertos, á las velas rotas, y perdidas anclas y jarcias, cables, con las barcas y muchos bastimentos, la gente muy enferma, y todos contritos, y muchos con promesas de religion, y no ninguno sin otros votos y romerías. Muchas veces habian llegado á se confesar los unos a los otros. Otras tormentas se han visto, mas no durar tanto ni con tanto espanto. Muchos esmorecieron, harto y hartas veces, que teníamos por esforzados. El dolor del fijo que yo tenía allí me arrancaba el ánima, y mas por verle de tan nueva edad de 13 años en tanta fatiga, y durar en ello tanto: nuestro Señor le dió tal esfuerzo que él avivaba á los otros, y en las obras hacia él como si hubiera navegado ochenta años, y él me consolaba. Yo habia adolescido, y llegado hartas veces á la muerte. De una camarilla, que yo mandé facer sobre cubierta, mandaba la via. Mi hermano estaba en el peor navío y más peligroso. Gran dolor era el mio, y mayor porque lo truje contra su grado; porque, por mi dicha, poco me han aprovechado veinte años de servicio que yo he servido con tantos trabajos y peligros, que hoy día no tengo en Castilla una teja; si quiero comer ó dormir no tengo, salvo el meson ó taberna, y las mas de las veces falta para pagar el escote. Otra lástima me arrancaba el corazon por las espaldas, y era de D. Diego mi hijo, que yo dejé en España tan huérfano y desposesionado de mi honra y hacienda; bien que tenia por cierto que allá como justos y agradecidos Príncipes le restitui-

¹ Fernando Colón que lo acompañaba.

² Bartolomé Colón, quien iba también en el viaje.

³ Archipiélago al sur de la isla de Cuba.

⁴ En la costa norte de Honduras.

rian con acrescentamiento en todo.- Llegué a tierra de Cariay⁶, adonde me detuve á remediar los navíos y bastimentos, y dar aliento á la gente, que venía muy enferma. Yo que, como dije habia llegado muchas veces a la muerte, allí supe de las minas de oro de la provincia de Ciamba, que yo buscaba. Dos indios me llevaron a Carambaru, adonde la gente anda desnuda y al cuello un espejo de oro, mas no lo querian vender ni dar a trueque. Nombráronme muchos lugares en la costa de la mar, adonde decia que habia oro y minas; el postrero era Veragua⁷, y léjos de allí obra de 25 leguas; partí con intencion de los tentar á todos, y llegado ya el medio supe que habia minas á dos jornadas de andadura: acordé de enviarlas á ver víspera de San Simon y Judas, que habia de ser la partida: en esa noche se levantó tanta mar y viento, que fué necesario de correr hacia donde él quiso; y el indio adalid de las minas siempre conmigo.- En todos estos lugares, adonde yo habia estado, fallé verdad todo lo que yo habia oido: esto me certificó que es así de la provincia de Ciguare, que segun ellos, es descrita nueve jornadas de andadura por tierra al Poniente: allí dicen que hay infinito oro, y que traen corales en las cabezas, manillas á los pies y á los brazos dello, y bien gordas; y dél, sillas, arcas y mesas las guarnecen y enforran. Tambien digeron que las mujeres de allí traían collares colgados de la cabeza á las espaldas. En esto que yo digo, la gente toda de estos lugares conciertan en ello, y dicen tanto que yo sería contento con el diezmo. También todos conocieron la pimienta. En Ciguare usan tratar en ferias y mercaderías: esta gente así lo cuentan, y me amostraban del modo y forma que tienen en la barata. Otrosí, dicen que las naos traen bombardas, arcos y flechas, espadas y corazas, y andan vestidos, y en la tierra hay caballos, y usan la guerra, y traen ricas vestiduras y tienen buenas cosas. También dicen que la mar boxa á Ciguare, y de allí á 10 jornadas es el río de Ganges. Parece que estas tierras están con Veragua, como Tortosa con Fuenterrabia ó Pisa con Venecia. Cuando yo partí de Carambaru y llegué á esos lugares que dije, fallé la gente en aquel mismo uso: salvo que los espejos del oro quien los tenia los daba por tres cascabeles de gabilan por el uno, bien que pe-sasen 10 ó 15 ducados de peso. En todos sus usos son como los de la Española⁸. El oro cogen con otras artes, bien que todos son nada con los de los cristianos. Esto que yo he dicho es lo que oyo. Lo que yo sé es que el año 94 navegué en 24° al Poniente en término de nueve horas, y no pudo haber yerro porque hubo eclipses: el sol estaba en Libra y la luna en Ariete. Tambien esto que yo supe por palabra habia yo sabido largo por escrito. Tolomeo creyó de haber bien remedado á Marino, y ahora se falla su escritura bien propincua al cierto. Tolomeo asienta Catigara á 12 líneas lejos de su Occidente, que

⁶ Donde actualmente está Puerto Limón, Costa Rica.

⁷ En la costa noroeste de Panamá.

⁸ Lugar situado posiblemente en el golfo de Nicoya o junto al lago de Nicaragua.

⁹ Isla de Santo Domingo.

él asentó sobre el cabo San Vicente en Portugal dos grados y un tercio. Marino en 15 líneas constituyó la tierra é términos. Marino en Etiopía escribe al Indo la línea equinoccial mas de 24°, y ahora que los portugueses le navegan le fallan cierto. Tolomeo diz que la tierra mas austral es el plazo primero, y que no abaja mas de 15° y un tercio. E el mundo es poco: el enjuto de ello en seis partes, la séptima solamente cubierta de agua: la experiencia ya está vista, y la escribí por otras letras y con adorno de la Santa Escritura, con el sitio del Paraiso terrenal, que la santa Iglesia aprueba: digo que el mundo no es tan grande como dice el vulgo, y que un grado de la equinoccial está 52 millas y dos tercios¹⁰: pero esto se tocará con el dedo. Dejo esto, por quanto no es mi proposito de hablar en aquella materia, salvo de dar cuenta de mi duro y trabajoso viaje, bien que él sea el mas noble y provechoso.- Digo que víspera de San Simón y Judas corrí donde el viento me llevaba, sin poder resistirle. En un puerto excusé diez días de gran fortuna de la mar y del cielo: allí acordé de no volver atras á las minas, y dejélas ya por ganadas. Partí, por seguir mi viage, lloviendo: llegué á puerto de Bastimentos,¹¹ adonde entré y no de grado: la tormenta y gran corriente me entró allí catorce días; y después partí, y no con buen tiempo. Cuando yo hube andado 15 leguas forzosamente, me reposó atrás el viento y corriente con furia: volviendo yó al puerto de donde habia salido fallé en el camino al Retrete, adonde me retruje con harto peligro y enojo, y bien fatigado yo y los navíos y la gente: detúveme allí quince días, que así lo quiso el cruel tiempo; y cuando creí de haber acabado me fallé de comienzo: allí mudé de sentencia de volver á las minas, y hacer algo fasta que mi viniese tiempo para mi viage y marear; y llegado con 4 leguas revino la tormenta, y me fatigó tanto á tanto que ya no sabia de mi parte. Allí se me refrescó del mal la lлага: nueve días anduve perdido sin esperanza de vida: ojos nunca vieron la mar tan alta, fea y echa espuma. El viento no era para ir adelante, ni daba lugar para correr hácia algun cabo. Allí me detenía en aquella mar fecha sangre, herbiendo como caldera por gran fuego. El cielo jamás fue visto tan espantoso: un dia como la noche ardió como forno; y así echaba la llama con los rayos, que cada vez miraba yo si me habia llevado los masteles y velas; venian con tanta furia espantable que todos creíamos que me habian de fundir los navios. En todo este tiempo jamás cesó agua del cielo, y no para decir que llovía, salvo que resengundaba otro diluvio. La gente estaba ya tan molida que deseaban la muerte para salir de tantos martirios. Los navíos ya habian perdido dos veces las barcas, anclas, cuerdas, y estaban abiertos, sin velas.- Cuando plugo á nuestro Señor volví a Puerto Gordo, adonde reparé lo mejor que pude. Volví otra vez hacia Veragua para mi viage, aunque yo no estuviera para ello. Todavía era el viento y corrientes contrarios. Llegué casi adonde antes,

¹⁰ En realidad equivale a unos 110 kms.

¹¹ Cerca del actual Portobelo, Panamá.

y allí me salió otra vez el viento y corrientes al encuentro, y volví otra vez al puerto, que no osé esperar la oposición de Saturno con mares tan desbaratados en costa brava, porque las mas de las veces trae tempestad ó fuerte viento. Esto fué dia de Navidad en hora de misa. Volví otra vez adonde yo había salido con harta fatiga; y pasado año nuevo¹³ torné a la porfía, que aunque me hiciera buen tiempo para mi viage, ya tenia los navios inavegables, y la gente muerta y enferma. Dia de la Epifania llegué á Veragua, ya sin aliento: allí me deparó nuestro Señor un río y seguro puerto, bien que a la entrada no tenia salvo 10 palmos de fondo: metime en él con pena, y el dia siguiente recordó la fortuna: si me falla fuera, no pudiera entrar á causa del banco. Llovió sin cesar fasta 14 de Febrero, que nunca hubo lugar de entrar en la tierra, ni de me remediar en nada; y estando ya seguro á 24 de Enero, de improviso vino el río muy alto y fuerte; quebráronme las amarras y proeses, y hubo de llevar los navios, y cierto los vi en mayor peligro que nunca. Remedió nuestro Señor, como siempre hizo. No se si hubo otro con mas martirios. A 6 de Febrero. lloviendo, envié 70 hombres la tierra adentro; y á las 5 leguas fallaron muchas minas; los indios que iban con ellos los llevaron á un cerro muy alto, y de allí les mostraron hácia toda parte cuanto los ojos alcanzaban, diciendo que en toda parte habia oro, y que hácia el Poniente llegaban las minas 20 jornadas, y nombraban las villas y lugares, y adonde habia de ellos más ó menos. Despues supe yó que el Quibian que habia dado estos indios, les habia mandado que fuesen á mostrar las minas lejos y de otro su contrario; y que adentro de su pueblo cogian, cuando él quería, un hombre en diez dias una mozada de oro; los indios sus criados y testigos deesto traigo conmigo. Adonde él tiene el pueblo llegan las barcas. Volvió mi hermano con esa gente, y todos con oro que habían cogido en cuatro horas que fué allá á la estada. La calidad es grande, porque ninguno de estos jamás habia visto minas, y los mas oro. Los mas eran gente de la mar, y casi todos grumetes. Yo tenia mucho aparejo para edificar y muchos bastimentos. Asenté pueblo, y dí muchas dádivas al Quibian, que así llaman al Señor de la tierra; y bien sabia que no habia de durar la concordia: ellos muy rústicos y nuestra gente muy importunos, y me apesesionaba en su término: después que él vido las cosas fechas y el tráfigo tan vivo acordó de las quemar y matarnos á todos: muy al revés salió su propósito: quedó preso él, mujeres, fijos y criados; bien que su prisión duró poco: el Quibian se fuyó á un hombre honrado, á quien se habia entregado con guardia de hombres; é los hijos se fueron á un maestre de navío, á quien se dieron en él á buen recaudo. En Enero se habia cerrado la boca del rio. En Abril los navios estaban todos comidos de broma, y no los podia sostener sobre agua. En este tienpo hizo el rio un canal, por donde saqué tres dellos vacios con gran pena. Las barcas volvieron adentro por la sal y agua. La mar se puso alta y fea, y no les dejó salir fuera:

¹³ De 1503.

los indios fueron muchos y juntos y las combatieron, y en fin los mataron. Mi hermano y la otra gente toda estaban en un navío que quedó adentro; yo muy solo de fuera en tan brava costa, con fuerte fiebre, en tanta fatiga: la esperanza de escapar era muerta: subí así trabajando lo mas alto, llamando á voz temerosa, llorando y muy aprisa, los maestros de la guerra de vuestras Altezas, á todos cuatro los vientos, por socorro; mas nunca me respondieron. Cansado, me adormecí gimiendo: una voz muy piadosa oí, diciendo: “!O estulto y tardo á creer y á servir a tu Dios, Dios de todos! Qué hizo él más por Moysés o por David su siervo? Después nacistes, siempre él tuvo de tí muy grande cargo. Cuando te vido en edad de que él fué contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias que son parte del mundo, tan ricas, te las dió por tuyas: tú las repartiste adonde te plugo, y te dió poder para ello. De los atamientos de la mar oceána, que estaban encerrados con cadenas tan fuertes, te dió las llaves; y fuiste obedecido en tantas tierras, y de los cristianos cobraste tan honrada fama. Qué hizo el mas a su pueblo de Israel cuando le sacó de Egipto? Ni por David, que de pastor hizo Rey en Judea? Tórnate á él, y conoce ya tu yerro: su misericordia es infinita; tu vejez no impedirá a toda cosa grande: muchas heredades tiene él grandísimas. Abraham pasaba de cien años cuando engendró á Isaac, ni Sara era moza? Tu llamas por socorro incierto: responde, quién te ha afligido tanto y tantas veces, Dios ó el mundo? Los privilegios y promesas que dá Dios, no las quebranta, ni dice despues de haver recibido el servicio que su intervencion no era esta, y que se entiende de otra manera, ni dá martirios por dar color á la fuerza; él vá al pie de la letra: todo lo que él promete cumple con acrescentamiento: esto es uso? Dicho tengo lo que tu Criador ha fecho por tí y hace con todos. Ahora medio muestra el galardón de estos afanes y peligros que has pasado sirviendo á otros. Yo así amortecido oí todo; mas no tuve yo respuesta á palabras tan ciertas, salvo llorar por mis yerros. Acabó él de hablar, quien quiera que fuese, diciendo: No temas, confía: todas estas atribulaciones están escritas en piedra marmol, y no sin causa”.

Levantéme cuando pude; y al cabo de nueve días hizo bonanza, mas no para sacar navíos del rio. Recogí la gente que estaba en tierra, y todo el resto que pude, porque no bastaban para quedar y para navegar los navíos. Quedara yo á sostener el pueblo con todos, si vuestras Altezas supieran de ello. El temor que nunca aportarian allí navíos me determinó á esto, y la cuenta de que cuando se haya de proveer de socorro se proveerá de todo. Partí en nombre de la Santísima Trinidad, la noche de Pascua, con los navíos podridos, abrumados, todos fechos agujeros. Allí en Belen dejé uno, y hartas cosas. En Belpuerto¹³ hice otro tanto. No me quedaron salvo dos en el estado de los otros, y sin barcas y bastimentos, por

¹³ Portobelo.

haber de pasar 7,000 millas de mar y agua, ó morir en la via con fijo y hermano y tanta gente respondan ahora las que suelen tachar y reprender, diciendo allá de en salvo: porqué no hacíades esto allí? Los quisiera yo en esta jornada. Yo bien creo que otra de otro saber los guarda: á nuestra fé es ninguna. Llegué el 13 de Mayo en la provincia de Mago, que parte con aquella del Catayo⁴, y de allí partí para la Española: navegué dos días con buen tiempo, y después fue contrario. El camino que yo llevaba era para desechar tanto número de islas, por no me embarazar en los bajos dellas. La mar brava me hizo fuerza, y hube volver atrás sin velas: surgi á una isla adonde de golpe perdí tres anclas, y á la media noche, que parecia que el mundo se ensolvía, se rompieron las amarras al otro navio, y vino sobre mí, que fué maravilla como no nos acabamos de se hacer rajás: el ancla, de forma que me quedó, fué ella después de nuestro Señor, quien me sostuvo. Al cabo de seis días, que ya era bonanza, volví á mi camino: así ya perdido del todo de aparejos y con los navíos horadados de gusanos mas que un panal de abejas, y la gente tan acobardada y perdida, pasé algo adelante de donde yo había llegado denantes: allí me torné á reposar atrás la fortuna: paré en la misma isla en mas seguro puerto: al cabo de ocho días torné á la vía y llegué á Jamaica en fin de junio, siempre con vientos punteros, y los navíos en peor estado: con tres bombas, tinas y calderas no podían con toda la gente vencer el agua que entraba en el navío, ni para este mal de broma hay otra cura. Cometí el camino para me acercar á lo mas cerca de la Española, que son 28 leguas; y no quisiera haber comenzado. El otro navío corrió á buscar puerto casi anegado. Yo porfié la vuelta de la mar con tormenta. El navío se me anegó, que milagrosamente me trujo nuestro Señor á tierra. Quién creyera lo que aquí escribo? Digo que de cien partes no he dicho la una en esta letra. Los que fueron con el Almirante lo atestigüen. Si place a vuestras Altezas de me hacer merced de socorro un navío que pase de 64, con 200 quintales debizcocho y algún otro bastimento, abastará para me llevar á mí y á esta gente á España de la Española. En Jamaica yo dije que no hay 28 leguas á la Española. No fuera yo, bien que los navíos estuvieran para ello. Ya dije que me fué mandado de parte de vuestras Altezas que no llegase á allá. Si este mandar ha aprovechado, Dios lo sabe. Esta carta invio por via y mano de indios: grande maravilla será si allá llega.— De mi viage digo: que fueron 150 personas conmigo, en que hay hartos suficientes para pilotos y grandes marineros: ninguno puede dar razon cierta por donde fuí yo me vine: la razón es muy presta. Yo partí de sobre el puerto del Brasil: en la Española no me dejó la tormenta ir al camino que yo queria: fué por fuerza correr adonde el viento quiso. En ese día caí yo muy enfermo: ninguno había navegado hácia aquella parte: cesó el viento y mar dende á ciertos días, y se mudó la tormenta en calmeria y grandes

⁴ Creyendo que exploraba la costa oriental de Asia, Colón confunde la costa sur de Cuba con Mangi, provincia al sur de Catay o China.

corrientes. Fuí á aportar á una isla que se dijo de las Bocas¹⁵, y de allí a tierra firme. Ninguno puede dar cuenta verdadera de esto, porque no hay razon que abaste; porque fué ir con corriente sin ver tierra tanto número de días. Seguí la costa de la tierra firme: esta se asentó con compás y arte. Ninguno hay que diga debajo cuál parte del cielo ó cuando yo partí de ella para venir á la Española. Los pilotos creían venir á parar á la isla de Sanct-Joan!¹⁶ y fue en tierra de Mango, 400 leguas mas al Poniente de adonde decían. Respondan, si saben, adonde es el sitio de Veragua. Digo que no pueden dar otra razón ni cuenta, salvo que fueron á unas tierras adonde hay mucho oro, y certificarle; mas para volver á ella el camino tiene ignoto, seria necesario para ir á ella descubrirla como de primero. Una cuenta hay y razon de astrología, y cierta: quien le entiende esto le basta. A visión profética se asemeja esto: Las naos de las Indias, sino navegan salvo á popa, no es por la mala fechura, ni por ser fuertes: las grandes corrientes que allí vienen, juntamente con el viento hacen que nadie porfie con bolina, porque un día perderían lo que hubiesen ganado en siete; ni saco carabela aunque sea latina portuguesa. Esta razon hace que no naveguen, salvo con colla, y por esperarle se detienen á las veces seis y ocho meses en puerto; ni es maravilla, pues que en España muchas veces acaece otro tanto.— La gente de que escribe Papa Pio, segun el sitio y señas, se ha hallado, mas no los caballos, pretales y frenos de oro, ni es maravilla, porque allí las tierras de la costa de la mar no requieren, salvo pescadores, ni yo me detuve porque andaba á prisa. En Cariay, y en estas tierras de su comarca, son grandes fechiceros y muy medrosos. Dieran el mundo porque no me detuviera allí una hora. Cuando llegué allí luego me enviaron dos muchachas muy ataviadas: la mas vieja no seria de once años y la otra de siete; ambas con tanta desenvoltura que no serian mas unas putas: traían polvos de hechizos escondidos; en llegando las mandé adornar de nuestras cosas y las envié luego á tierra: allí vide una sepultura en el monte, grande como una casa y labrada, y el cuerpo descubierto y mirando en ella. De otras artes me dijeron y mas excelentes. Animalías menudas y grandes hay hartas y muy diversas de las nuestras. Dos puercos hube yo en presente, y un perro de Irlanda no osaba esperarlos. Un balletero habia herido una animalía, que se parece á gato paul, salvo que es mucho mas grande, y el rostro de hombre¹⁷: tenía le atravesado con una saeta desde lo pechos á la cola, y porque era feroz le hubo de cortar un brazo y una pierna: el puerco en viéndole se le encrespó y se fue huyendo: yo cuando esto ví mandé echarle begare, que así se llama adonde estaba: en llegando á él, así estando á la muerte y la saeta siempre en el cuerpo, le echó la cola por el hocico y se la amarró muy fuerte, y con la mano que le quedaba le arrebató por el copete como á enemigo. El auto

¹⁵ Se refiere a Bonaxa o Guanaja en la bahía de Honduras.

¹⁶ Isla de Puerto Rico.

¹⁷ Se trata del mono araña.

tan nuevo y hermosa montería me hizo escribir esto. De muchas maneras de animalías se hubo, mas todas mueren de barra. Gallinas muy grandes y la pluma como lana vide hartas.¹⁸ Leones, ciervos, corzos otro tanto, y así aves. Cuando yo andaba por aquella mar en fatiga en algunos se puso heregia que estábamos enfechizados, que hoy día están en ello. Otra gente fallé que comían hombres: la desformidad de su gesto lo dice.¹⁹ Allí dicen que hay grandes mineros de cobre: hachas de ello, otras cosas labradas, fundidas soldadas hube, y fraguas con todo su aparejo de platero y los crisoles. Allí van vestidos; y en aquella provincia²⁰ vide sábanas grandes de algodón, labradas de muy sotiles labores; otras pintadas muy sutilmente á colores con pinceles. Dicen que en la tierra adentro hácia el catayo las hay tejidas de oro. De todas estas tierras y de lo que hay en ellas, falta la lengua, no se sabe tan presto. Los pueblos, bien que sean espesos, cada uno tiene diferenciada lengua, y es en tanto que no se entienden los unos con los otros, mas que nos con los de Arabia. Yo creo que esto sea en esta gente salvaje de la costa de la mar, mas no en la tierra adentro. - Cuando yo descubrí las Indias dije que eran el mayor señorío rico que hay en el mundo. Yo dije del oro, perlas, piedras preciosas, especierías, con los trataos y ferias, y porque no pareció todo tan presto fuí escandalizado. Este castigo me hace agora que no diga salvo lo que yo oigo de los naturales de la tierra. De una oso decir, porque hay tantos testigos, y es que yo vide en esta tierra de Veragua mayor señal de oro en dos días primeros que en la Española en cuatro años, y que las tierras de la comarca no pueden ser mas fermosas ni mas labradas, ni la gente mas covarde, y buen puerto, y fermoso rio, y defensible al mundo. Todo esto es seguridad de los cristianos y certeza de señorío, con grande esperanza de la honra y acrescentamiento de la religión cristiana; y el camino allí será tan breve como á la Española, porque ha de ser con viento. Tan señores son vuestras Altezas de esto como de Jerez ó Toledo: sus navíos que fueren allí van á su casa. De allí sacarán oro: en otras tierras, para haber de lo que hay en ellas, conviene que se lo lleven, ó se volverán vacíos, y en la tierra es necesario que fien sus personas de un salvaje.— Del otro que yo dejo de decir, ya dige por qué me encerré: no digo así, ni que yo me afirme en el tres doble en todo lo que yo haya jamás dicho ni escrito, y que yo esto á la fuente, genoveses, venecianos y toda gente que tenga perlas, piedras preciosas y otras cosas de valor, todas las llevan hasta el cabo del mundo para las trocar, convertir en oro: el oro es excelentísimo: del oro se hace tesoro, y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo, y llega á que echa las ánimas al paraiso. Los Señores de aquella tierra de la comarca de Veragua cuando mueren en-

¹⁸ Se refiere al pavón.

¹⁹ La única gente canibal que encontraron fue en la Costa de la Oreja, entre los cabos Camarón y Gracias a Dios.

²⁰ En la Costa Norte de Honduras e islas de la bahía.

tierran el oro que tienen con el cuerpo, así lo dicen: á Salomon llevaron de un camino 666 quintales de oro, allende lo que llevaron los mercaderes y marineros, y allende lo que se pagó en Arabia. De este oro fizo 200 lanzas y 300 escudos, y fizo el tablado que habia de estar arriba dellas de oro y adornado de piedras preciosas, y fizo otras muchas cosas de oro, y vasos muchos y muy grandes y ricos de piedras preciosas. Josefo en su crónica Antiquitatibus lo escribe. En el Paralipómenon y en el libro de los Reyes se cuenta de esto. Josefo quiere que este oro se hobiese en la Aurea: si así fuese digo que aquellas minas de la Aurea son unas y se convienen con estas de Veragua, que como yo dije arriba se alarga al Poniente 20 jornadas, y son en una distancia lejos del Polo y de la línea. Salomon compró todo aquello, oro, piedras y plata, é allí le pueden mandar á coger si les aplice. David en su testamento dejó 3.000 quintales de oro de las Indias á Salomon para ayuda de edificar el templo, y según Josefo era el destas mismas tierras. Hierusalem y el monte Sion ha de ser reedificado por mano de cristianos: quien ha de ser, Dios por boca del Profeta en el décimo cuarto salmo lo dice. El Abad Joaquin dijo que este había de salir de España. San Gerónimo a la santa mujer le mostró el camino para ello. El Emperador del Catayo ha dias que mandó sabios que le enseñen en la fé de Cristo. Quién será que se ofrezca á esto? Si nuestro Señor me lleva a España, yo me obligo de llevarle, con el nombre de Dios, en salvo.— Esta gente que vino conmigo han pasado increíbles peligros y trabajos. Suplico á V.A., porque son pobres, que les mande pagar luego, y les haga mercedes á cada uno según la calidad de la persona, que les certifico que á mi creer les traen las mejores nuevas que nunca fueron á España. El oro que tiene el Quibian de Veragua y los otros de la comarca, bien que según informacion él sea mucho, no me pareció bien ni servicio de vuestras Altezas de se lo tomar por via de robo: la buena orden evitará escándalo y mala fama, y hará que todo ello venga al tesoro, que no quede un grano. Con un mes de buen tiempo yo acabaré todo mi viaje: por falta de los navíos no porfié á esperarle para tornar á ello, y para toda cosa de su servicio espero en aquel que me hizo, y estaré bueno. Yo creo que V.A. se acordará que yo quería mandar hacer los navíos de nueva manera: la brevedad del tiempo no dió lugar a ello, y cierto yo había caído en lo que cumplia.— Yo tengo en mas esta negociacion y minas con esta escala y señorío, que todo lo otro que está hecho en las Indias. No es este fijo para dar á criar á madrastra. De la Española, de Paria y de las otras tierras no me acuerdo dellas que no llore; creia yo que el ejemplo dellas hobiese de ser por estotras al contrario; ellas están boca á yuso, bien que no mueren: la enfermedad es incurable, ó muy larga: quien las llegó á esto venga agora con el remedio si puede ó sabe: al descomponer cada uno es maestro. Las gracias y acrescentamiento siempre fué uso de los dar á quien puso su cuerpo á peligro. No es razon que quien ha sido tan contrario á esta negociacion le goce ni sus hijos. Los que se fueron de las

Indias fuyendo los trabajos y diciendo mal dellas y de mí, volvieron con cargos: así se ordenaba agora en Veragua: malo ejemplo, y sin provecho del negocio y para la justicia del mundo: este temor con otros casos hartos que yo veia claro, me hizo suplicar a V.A. antes que yo viniese á descubrir esas islas y tierra firme, que mas las dejasen gobernar en su Real nombre: plúgoles: fue por privilegio y asiento, y con sello y juramento, y me intitularon de Viso Rey y Almirante y Gobernador general de todo; y aseñalaron el término sobre las islas de los Azores 100 leguas; y aquellas del Cabo Verde por línea que pasa de polo á polo, y desto y de todo que mas se descubriese, y me dieron poder largo: la escritura á mas largamente lo dice.— El otro negocio famosísimo está con los brazos abiertos llamando: extranjero he sido fasta agora. Siete años estuve en su Real corte, que á cuantos se fabló de esta empresa todos á una dijeron que era burla; agora fasta los sastres suplican por descubrir. es de creer que van á saltar, y se les otorga, que cobran con mucho perjuicio de mi honra y tanto del negocio. Bueno es de dar á Dios lo suyo y aceptar lo que le pertenece. Esta es justa sentencia, y de justo. Las tierras que acá obedecen á V.A. son mas que todas las otras de cristianos y ricas. Despues que yo, por voluntad divina, las hube puestas debajo de su Real y alto señorío y en filo para haber grandísima renta, de improviso, esperando navíos para venir á su alto conspecto con victoria y grandes nuevas del oro, muy seguro y alegre, fuí preso y echado con dos hermanos en un navío, cargado de fierros, desnudo en cuerpo, con muy mal tratamiento, sin ser llamado ni vencido por justicia: quién creerá que un pobre extranjero se hobiese de alzar en tal lugar contra V.A. sin causa, ni sin brazo de otro Príncipe, y estando solo entre sus vasallos y naturales, y teniendo todos mis hijos en su Real corte? Yo vine a servir de 28 años, y agora no tengo cabellos en mi persona que no sea cano y el cuerpo enfermo, y gastado cuanto me quedó de aquellos, y me fué tomado y vendido, y á mis hermanos fasta el sayo, sin ser oido ni visto, con gran deshonor mio. Es de creer que esto no se hizo por su Real mandato. La restitution de mi honra y daños, y el castigo en quien lo fizo, fará sonar su Real nobleza; y otro tanto en quien me robó las perlas, y de quien ha fecho daño en este almirantado. Grandísima virtud, fama con ejemplo será si hacen esto, y quedará á la España gloriosa memoria con la de vuestras Altezas de agradecidos y justos Principes. La intencion tan sana que yo siempre tuve al servicio de vuestras Altezas, y la afrenta tan desigual, no da lugar al ánima que calle, bien que yo quiera: suplico á vuestras Altezas me perdonen.— Yo estoy tan perdido como dije: yo he llorado fasta aquí á otros: haya misericordia agora el cielo y llore por mí la tierra. En el temporal no tengo solamente una blanca para la oferta; en el espiritual he parado aquí en las Indias de la forma que está dicho: aislado en esta pena, enfermo, aguardando cada día por la muerte, y cercado de un cuento de salvajes y llenos de crueldad y enemigos nuestros, y tan apartado de los Santos

Sacramentos de la Santa Iglesia, que se olvidará desta ánima si se aparta acá del cuerpo. Llore por mí quien tiene caridad, verdad y justicia. Yo no vine este viage á navegar por ganar honra ni hacienda: esto es cierto porque estaba ya la esperanza de todo en ella muerta. Yo vine a V.A. con sana intención y buen zelo, y no miento. Suplico humildemente a V.A. que si á Dios place de me sacar de aquí, que háya por bien mi ida á Roma y otras romerías. Cuya vida y alto estado la Santa Trinidad guarde y acreciente. Fecha en las Indias en la isla de Jamaica á 7 de julio de 1503 años.—

II. RELACIÓN DEL CUARTO VIAJE REALIZADO POR
CRISTÓBAL COLÓN, ESCRITO POR EL ESCRIBANO DE
LA EXPEDICIÓN, DIEGO DE PORRAS, EN SAN LÚCAR
DE BARRAMEDA A 7 DE NOVIEMBRE DE 1504*

Relación del viage é de la tierra agora nuevamente descubierta por el Almirante D. Cristobal Colón.

Fízose á la vela de la bahía de Cádiz con los cuatro navíos que llevó, miércoles á once días de mayo año de mil é quinientos é dos años. Llevó la via de las Islas de Canaria de la Isla del Fierro. Mandó tomar la derrota para las Indias al Oeste quarta al Sudueste; despidióse de vista destas islas jueves á veinte é seis dias deste dicho mes.

Miércoles de mañana, quince días de junio, tomó tierra de una isla que se dice Martinino,¹ que son aquellas las primeras islas de las Indias: están trescientas leguas antes de la Isla Española y en su camino: aquí pidió el Almirante parecer á los hombres de mar, dándoles cuenta por do queria y podia seguir su viage: él siguió la via de la Isla Española; en ella se detuvo algunos días sin surgir ni entrar en el puerto de Santo Domingo, mas de quanto mandó ir un suyo á tierra de la isla: á que fue no se sabe; la salida fue abajo del puerto do estaba el Gobernador.

Esta isla se despidió jueves á catorce días de julio la via del Oeste. Sabado siguiente llegó á la vista de la Isla Jamaica, do antes habia de tomar su derrota para de allí ir a descubrir, no paró en ella: fue quatro dias la via del Oeste quarta al Sudueste, sin fallar otra tierra: fue otros dos dias al Nornorueste, é otros dos al Norte. Domingo veinte é quatro dias deste mes vieron tierra: estaban los navíos mas decaidos de lo que

* Tomado de *Colección de Viajes y Descubrimientos* de Martín Fernández de Navarrete. Tomo I, 1825.

¹ Martinica, una de las Antillas Menores.

pensaban por las muchas corrientes. Fue á tomar una isla baja donde tomó su derrota para ir á descubrir.¹ Desta isla, que ya antes era descubierta, que está comarcana con la tierra de Cuba, tomó su derrota para ir á descubrir. Partió de aquí miércoles á veinte y siete dias deste dicho mes; atravesó un golfo pequeño en que habrá poco más de noventa leguas: fue la via del Sur cuarta al Surueste.

Sabado siguiente vieron tierra. Fue una isla la primera tierra que descubrió: es pequeña, bojará veinte leguas, no tiene cosa de provecho: mostráronles á los indios oro en grano é perlas; maravilláronse de vello, é demandábanlo: es gente de guerra, son flecheros, son hombres de buena estatura.

Desta isla pareció otra tierra muy alta é cercana, fue á ella por el Sur; estará desta isla diez leguas: de aquí se tomó un indio para llevar por lengua á esta tierra grande, é este dijo algunos nombres de provincias desta tierra: tomó puerto al cual nombró el Almirante la Punta de Caxinas: de esta punta comenzó á ir descubriendo por esta costa, y por ser los vientos contrarios anduvo muy poco; nunca de la costa desta tierra se apartó de día, é todas las noches venia á surgir junto con tierra: la costa es bien temerosa, ó lo fizo parescer ser aquel año muy tempestuoso, de muchas aguas é tormentas del cielo: iba continuo viendo la tierra, como quien parte del cabo de S. Vicente hasta el cabo de Finisterre, viendo continuo la costa: quince leguas adelante de desta punta fizo tomar la posesión en un rio que salia grande de la tierra alta, é dicese el Rio de la Posesión².

Pasando de aquí adelante fue toda la tierra muy baja, de gente muy salvage, y de muy poco provecho: hizo la tierra ya casi al fin de la tierra baja un cabo que fasta aquí fue lo peor de navegar, é púsole nombre de Cabo de Gracias a Dios.

Pasó adelante; llegó una provincia que se nombra Cariay, tierra de muy gran altura: hállase gente de muy buenas disposiciones, muy agudos, deseosos de ver: extrañaban mucho cualquier cosa que les mostraban: aquí pareció entre algunos principales algun guaní: tenían algo-

¹ Cayo Largo, junto a la costa sur de Cuba.

² Isla Guanaja, en la costa norte de Honduras, descubierta el sábado 30 de Julio de 1502, la primera tierra de América Central visitada por Colón.

³ Punta Caxinas, o Cabo de Honduras cerca de Trujillo, así llamada por Colón por ciertas frutas (icacos) que observó en la costa.

⁴ Es el actual Río Tinto, o Río Negro.

⁵ Puerto Limón, teniendo al fondo las montañas de Costa Rica.

⁶ Guanín, oro de baja ley aleado con cobre.

don tejido; todos andaban desnudos por toda la costa, salvo que traen mugeres é hombres cubiertas sus partes secretas con unas telas que sacan debajo de las cortezas de los árboles: traen los cuerpos é las caras todos pintados como los berberiscos: aquí vemos puercos y gatos monteses, é los trajeron á los navíos: aquí se tomaron indios para lengua, é quedaron algo escandalizados.

De aquí pasó adelante, é como iba requiriendo puertos é bahías, pensando hallar el estrecho, llegó á una muy gran bahía: el nombre de esta tierra se dice Cerabaro: aquí se falló la primera muestra de oro fino que traía un indio una como patena en los pechos, é se resgató: aquí se tomaron indios para informarse donde habia aquel oro é donde se traía, de aquí comenzó á ir resgatando por toda la costa.

Por informacion de los indios fue á otra gran bahía, que se dice Aburera: era por allí la tierra muy alta é fragosa, las poblaciones puestas en las montañas: hobose aquí un indio el cual dijo que adelante por la costa andadura de medio dia habia de aquello que pediamos: es la gente por toda esta costa tan salvage y tan sobre sí cada Señorío, que de veinte en veinte leguas no se entienden unos á otros.

Pasó desta bahía y fue a un río que se nombra Guyga, do salieron á la ribera muchos indios armados con sus lanzas é flechas, é algunos dellos con espejos de oro puestos en los pechos: es esta gente de manera que despues de habido nuestro rescate luego lo aborrecian que parecian bien tener en mas su joyas que las nuestras: es esta tierra á la costa de la mar fragosa, de arboledas muy espesas; ninguna población está á la costa, salvo dos ó tres leguas la tierra adentro, é no pueden ir dende la mar á las poblaciones por tierra, sino por los rios en sus canoas.

De aquí pasó adelante á otra provincia que se dice Çobrava y por entonces, á causa de no haber puerto, no se cató mas de tomar un indio para lengua: pasó á la ida por toda esta costa de Veragua sin saber el secreto, salvo seguir adelante á descubrir mas tierra, y despues que de aquí pasó iba pareciendo menos oro.

Fue lo postrero que descubrio una tierra do falló un puerto muy pequeño que puso nombre el Puerto del Retrete,¹ y aquí no traían los indios sino unos sarcillos de oro bajo: ya por aquí parecian muchas muestras de la costumbre é uso de los indios de la tierra de las perlas, y en algunas cartas de navegar de algunos de los marineros juntaba esta tierra con las

¹ Bahía del Almirante.

² Bocas del Toro.

³ Lugar abrigado un poco al este de Portobelo.

que había descubierto Hojeda y Bastidas,¹¹ que es la costa de las perlas: será en suma la tierra que agora descubrió trescientas é cincuenta leguas.

De aquí deste puerto dió la vuelta á la tierra que atrás quedaba por información del indio que traía por lengua, que adelante no había mas oro, sino que las minas quedaban en la tierra de Veragua: llegó al rio de Veragua, no hobo entrada para los navíos, hallóse cerca otro rio que se dice Yebra¹², aquí fizo meter los navíos á mucho pelegro: martes diez días de Enero de quinientos tres años entraron los navios en este rio; es en la misma tierra de Veragua.

Luego se informó el Almirante del cacique á do estaban las minas: de muy buena voluntad lo dijo, é así lo fizo que envió dos fijos suyos con los cristianos á que nos enseñasen las minas: mostraba mucha voluntad á los cristianos: dende en veinte y seis dias que los navíos estaban dentro en este rio se descubrieron las minas, estan del puerto do nombran Santa María de Belen hasta ellas ocho leguas; es tierra trabajosa así de montañas como de muchos ríos, que rio hay que se pasa treinta é nueve veces: hallamos muchas minas afondadas de los mismo indios, fondura de medio estado: son muy diestros en el sacar del oro: fuemos setenta é cinco hombres á ellas, é en obra de un dia sacamos dos o tres castellanos sin aparejo ninguno, sino de las mismas minas que los indios tenían fechas, es el oro muy menudo: no volvimos mas á ellas: lo que mas se anduvo por la tierra adentro fueron diez leguas: no se supo mas secreto de decir que dentro la tierra había mayores poblaciones, y por ser gente de poca veradad no quiso el Almirante que fuese gente á vella; y como luego mandó prender al Cacique do se le fizo mucho daño que le quemaron su población, que era la mejor que habia en la costa é de mejores casas, de muy buena madera, todas cubiertas de fojas de palmas, é prendieron a sus fijos, é aquí traen algunos dellos de que quedó toda aquella tierra escandalizada, desto no sé dar cuenta sino que lo mandó facer é aun apregonar escala franca.

De aquí se partió porque los indios, después de preso su Cacique, dieron en el real de los cristianos do mataron y firieron muchos, quedó dentro deste rio uno de los navíos que no podía salir porque pedia mucha agua, otro quedó en otro puerto de la costa que habia recibido mas daño de la broma é era mas viejo; en los otros dos navios se vino con la gente la vuelta de la Española que decia que no habia fasta ella ciento é cin-

¹¹ Hojeda había explorado con anterioridad la Costa de Perlas (Venezuela) y Bastidas recorrido las de Colombia y noreste de Panamá, hasta Retrete.

¹² Río que bautizó como Belén, por haber fondeado junto a su boca el día de la Epifanía, 6 de Enero de 1503.

cuenta leguas, fué á parar á tierra de Cuba mas de cien leguas abajo de la Española: los marineros no traían ya carta de navegar que se las habia el Almirante tomado á todos: se decian que el yerro que se hizo al principio habia causado gran desconcierto en el descubrir. Vínose por esta costa de Cuba fasta cabo de Cruz, cincuenta leguas de la Española, que pudiera ir muy bien á ella, y fuera el viage mas breve y no hobiera el daño que hobo por irse á la Isla Jamaica do estuvimos catorce meses ganando la gente y los navíos sin facer ningun servicio: la causa desta ida á Jamaica no hay quien lo sepa mas de querello facer. Llegó á surgir á S. Lúcar jueves siete de Noviembre de quinientos quatro años.

Relación de las derrotas de la costa de la tierra que deja descubierta.

De la punta de Caxinas, que es la primera tierra en que dió, do comenzó á descubrir, fasta el cabo de Gracias a Dios, hay ochenta leguas: correse Leste Oeste 80

Del cabo fasta el rio del Desastre hay setenta leguas: correse Nornordeste Su-Sudeste¹³ 70

Deste rio á cabo de Roas hay doce leguas: correse Norte Sur¹⁴ 12

Deste cabo fasta Cariay han cincuenta é cinco leguas: correse Norueste Sueste 55

De Cariay fasta Aburema hay cuarenta é dos leguas: correse Norueste Sueste 42

De Aburema á la Isla del Escudo, hay quince leguas, correse Norueste Sueste 15

Del Escudo fasta punta de Prados, veinte é ocho leguas: correse Leste Oeste 28

De Punta de Prados fasta Puerto de Bastimento, hay treinta é cinco leguas: correse Lesnordeste Oeste Sudueste 35

De Puerto de Bastimento fasta el Puerto del Retrete, que fue la postrera escala que fizo de descubrir, hay quince leguas: correse Leste cuarta Sueste 15

¹³ La distancia lleva hasta el Río Escondido, y no al río Grande de Matagalpa como generalmente se cree.

¹⁴ El cabo Roas parece corresponder a Monkey Point.

III. LA NARRACIÓN DEL CUARTO VIAJE DE CRISTÓBAL COLÓN, ESCRITA POR SU HIJO HERNANDO*

Capítulo LXXXIX.

De cómo el Almirante salió de la Española, siguiendo su viaje y descubrió las Islas de los Guanajes.

Mientras el Almirante estaba en el puerto de Azua¹ con sus navíos, dió lugar a su gente para que pudiese respirar de los trabajos padecidos en la tempestad. Y siendo uno de los placeres que proporciona el mar, cuando no hay otra cosa que hacer, la pesca, entre las muchas especies de peces que cogieron me acuerdo de dos, uno de gusto y otro de admiración; el primero fué un pez llamado esclavina, grande como media cama, al cual hirieron con un tridente los de la nave Vizcaína cuando dormía sobre el agua y lo aferraron de tal modo que no pudo zafarse; pero atado con una cuerda larga y gruesa al banco del batel, se lo llevaba detrás tan velozmente por aquel puerto, de aquí para allá, que parecía una saeta, de modo que la gente de los navíos, que no conocía el secreto, estaba como atónita viendo correr sin remos el batel de un lado para otro; hasta que se murió el pez y fue llevado a bordo de los navíos, adonde lo subieron con los ingenios que suelen alzar las cosas pesadas. El segundo pez fue cogido con otro ingenio, y le llaman los indios manatí, que no se conoce en Europa. Es del tamaño de una ternera, y su carne es también semejante en el sabor y el color, acaso algo mejor y más grasa. De donde aquellos que afirman que hay en el mar toda clase de animales terrestres, dicen que estos peces son verdaderamente becerros, pues no tienen forma de pez ni se mantienen de otra cosa que de la hierba que encuentran en las orillas.

Volviendo ahora a nuestra historia, digo que después que el Almirante vió que su gente había descansado algo, y los navíos estaban

* Extracto del libro: *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón*, escrita por Hernando Colón.

¹ Puerto abrigado en la costa sur de la isla de Santo Domingo.

arreglados, salió del puerto de Azua y fué al del Brasil, que los indios llaman Yaquimo,¹ para guarecerse allí dentro de otra tempestad que iba a venir. De aquí partió después a 14 de julio, con tanta bonanza que no pudiendo seguir el camino que quería, lo echaron las muchas corrientes a ciertas islas muy pequeñas y arenosas que están cerca de Jamaica, a las cuales llamó las Pozas; porque no hallando agua en ellas, se hicieron muchas pozas en la arena, de las que nos abastecimos para el servicio de los navíos. Luego navegando hacia tierra firme por la ruta del Mediodía, llegamos a ciertas islas, aunque no tomamos tierra, sino en la mayor, que se llamaba Guanaja, de cuyo nombre tomaron después los que hacen las cartas de navegar el de todas las islas Guanajas, que están a doce leguas de tierra firme, cerca de la provincia que ahora se llama cabo de Honduras, aunque entonces el Almirante la llamó punta de Caxinas. Pero como éstos hacen las cartas sin andar por el mundo, incurren en ésto en grandísimo error, el cual, puesto que ahora se me ocurre hablar de ello, quiero referir aunque rompa el hilo de mi historia; y es así.

Estas mismas islas y la tierra firme la ponen dos veces en sus cartas de marear, como si en efecto fuesen tierras distintas; y siendo el cabo a Gracias a Dios el mismo que llaman cabo de Honduras, hacen dos. Y la razón de este error fué que, después que el Almirante hubo descubierto estas regiones, un cierto Juan Díaz de Solís, de cuyo nombre el Río de la Plata se llama Río de Solís, por haberle matado allí los indios, y Vicente Yañez, que fue capitán de un navío en el primer viaje del Almirante, cuando descubrió las Indias, fueron juntos a descubrir el año 1508, con intención de seguir la tierra, que había descubierto el Almirante en el viaje de Veragua, hacia Occidente. Siguiendo éstos casi el mismo camino, llegaron a la costa de Cariay, y pasaron cerca del cabo Gracias a Dios hasta la punta de Caxinas, que ellos llamaron de Honduras; y a las dichas islas llamaron las Guanajas, dando, como hemos dicho, el nombre de la principal de todas. De aquí pasaron más adelante, y no quisieron confesar que el Almirante hubiese estado en ninguna de dichas partes, para atribuirse ellos aquel descubrimiento y mostrar que habían encontrado un gran país. A pesar de que un piloto suyo, llamado Pedro de Ledesma, que había ido antes con el Almirante en el viaje de Veragua, les dijese que él conocía aquellas regiones, y que eran de las que había ayudado a descubrir con el Almirante; y por él lo supe yo más tarde. La razón y el diseño de las cartas demuestran esto claramente, porque se pone dos veces una misma cosa y la isla de una misma forma y en una misma distancia por haber, cuando ellos volvieron, llevado aquel país dibujado como es verdaderamente; pero decían que estaba más allá de lo que el Almirante había descubierto. De modo que una misma tierra está puesta dos veces en

¹ En la costa sur del actual Haití.

la carta; lo cual, placiendo a Dios, mostrará el tiempo ser así, cuando se navegue más aquella costa, porque no encontrarán país de aquella forma más de una sola vez, tal como se ha dicho.

Volviendo a nuestro descubrimiento, digo que habiendo llegado a la isla de Guanaja, mandó el Almirante al Adelantado Don Bartolomé Colón, su hermano, que fuese a tierra con dos bateles. Allí encontraron gente parecida a la de las otras islas, aunque no con la frente tan ancha. Vieron también muchos pinos y pedazos de tierra llamada cálcide, con la cual se funde el cobre, la cual algunos marineros, pensando que fuese oro, llevaron mucho tiempo a escondidas. Estando el Adelantado en aquella isla, con deseo de saber sus secretos, quiso su buena suerte que llegase entonces una canoa tan larga como una galera, de ocho pies de anchura, toda de un solo tronco, y de la misma hechura que las demás, la cual venía cargada de mercancías de las partes occidentales, hacia la Nueva España.³ Tenía en el medio un toldo hecho de hojas de palma, no distinto del que llevan en Venecia las góndolas, el cual defendía lo que estaba debajo de tal modo que ni la lluvia ni el oleaje podían mojar nada de lo que iba adentro. Bajo aquel toldo estaban los niños, las mujeres, y todos los bagajes y las mercancías. Los hombres que llevaban la canoa, aunque eran veinticinco, no tuvieron ánimo para defenderse contra los bateles que les persiguieron. Tomada, pues, la canoa por los nuestros sin lucha, fué llevada a los navíos, donde el Almirante dió muchas gracias a Dios, viendo que un momento, sin fatiga ni peligro de los suyos, era servido darle muestra de todas las cosas de aquella tierra. Luego mandó que se sacase de la canoa lo que le pareció ser de mayor vista y precio, como algunas mantas y camisetas de algodón sin mangas, labradas y pintadas con diferentes colores y labores; y algunos pañetes con que cubren sus vergüenzas, de la misma labor y paño con que se cubrían las indias de la canoa, como suelen cubrirse las moras de Granada; y espadas de madera largas, con un canal a cada lado de los filos, a los cuales estaban sujetas con hilo y pez navajas de pedernal, que entre gentes desnudas cortan como si fuesen de acero; y hachuelas para cortar leña, semejantes a las de piedra que usan los demás indios, salvo que eran de buen cobre; y también de aquel metal llevaban cascabeles y crisoles para fundirlo; y por vituallas llevaban raíces y grano, que comen los de la Española, y cierto vino hecho de maíz semejante a la cerveza de Inglaterra, y muchas de aquellas almendras que tienen por moneda de la Nueva España,⁴ las que parecía que tuviesen en gran estima, porque cuando fueron puestos en la nave con sus cosas, noté que al caer alguna de aquellas almendras, todos se agachaban en seguida a cogerla, como si se les hubiese caído un ojo. Al mismo tiempo parecía que aunque no volvieran de su estupor,

³ México.

⁴ La cerveza era la chicha y las almendras el cacao.

viéndose sacar presos de su canoa a la nave entre tanta gente extraña y feroz como somos nosotros respecto de ellos, como la avaricia de los hombres es tanta, no debemos maravillarnos de que aquellos indios la antepusieran al temor y al peligro en que se veían.

Asimismo digo que también debemos estimar mucho su honestidad y vergüenza, porque si al entrar en la nave ocurría que les quitasen alguno de los paños con que cubrían sus vergüenzas, en seguida el indio, para cubrir las, ponía delante las manos y no las levantaba nunca; y las mujeres se tapaban la cara y el cuerpo, como hemos dicho que hacen las moras de Granada. Esto movió al Almirante a tratarlos bien, a restituirles la canoa, y a darles algunas cosas a cambio de aquellas que los nuestros les habían tomado para muestra. Y no retuvo de ellos consigo sino a un viejo, llamado Yumbé, el cual parecía de mayor autoridad y prudencia, para informarse de las cosas de la tierra, y para que animase a los otros a platicar con los cristianos; lo que hizo pronta y fielmente todo el tiempo que anduvimos por donde se entendía su lengua. Por lo que en premio y recompensa de esto, cuando llegamos a donde no podía ser entendido, el Almirante le dió algunas cosas y lo envió a su tierra muy contento. Esto sucedió antes de llegar al cabo de Gracias a Dios, en la costa de la Oreja.

Capítulo XC.

De cómo el Almirante no quiso ir a la Nueva España, sino volver hacia oriente, en busca de Veragua y del Estrecho de la Tierra Firme.

Aunque el Almirante, por aquella canoa, se diese cuenta de las grandes riquezas, policía e industria que había en los pueblos de las partes occidentales de la Nueva España; no obstante, pareciéndole que por estar aquellos países a sotavento, podría navegar a ellos desde Cuba cuando le fuese conveniente, no quiso ir a ellos; y siguió su intento de descubrir el estrecho de la Tierra Firme, para abrir la navegación del Sur, de lo que tenía necesidad para descubrir las tierras de la Especiería. Y así a tientas decidió seguir la vía del oriente hacia Veragua y el Nombre de Dios, donde se imaginaba y creía que estuviese el estrecho referido, como en efecto estaba. Pero se engañó en su idea, porque él no pensaba que fuese estrecho de tierra, como otros, sino de mar, que pasase como canal de un mar a otro. De cuyo error podía ser causa la equivocación del nombre, porque al decir que en Veragua y Nombre de Dios está el estrecho de esta Tierra Firme, podía entenderse de agua o de tierra; y él tomaba esto por lo más común y por lo que más deseaba. Aunque si bien es aquél estrecho de tierra, ha sido no menos, y es, la puerta por donde se dominan tantos mares, y por donde se han llevado y descubierto tantas riquezas; porque no quiso Dios que una cosa tan grande y de tanta importancia se consiguiese de

otro modo, pues por aquella canoa se tuvo conocimiento de la Nueva España.

Para buscar aquel estrecho, no habiendo en aquellas islas de los Guajanes cosa de valor, sin otra demora navegó hacia Tierra Firme, a una punta que llamó de Caxinas, porque había en ella muchos árboles que producen unas manzanas algo arrugadas y tienen el hueso esponjoso, y son buenas para comer, especialmente cocidas, a las cuales llaman *caxinas* los indios de la Española.⁶ Como no se veía en toda aquella tierra cosa digna de mención, el Almirante no quiso perder tiempo en entrar en un gran golfo que allí se forma,⁶ sino seguir su camino hacia el Este, a lo largo de aquella costa que corre el mismo rumbo en el cabo de Gracias a Dios. La cual es toda muy baja, de playa muy limpia. Los indios más cercanos a Caxinas llevaban las dichas camisetas pintadas y pañetes sobre sus vergüenzas; y hacen petos de algodón colchados, que bastan para defensa de sus azagayas y aun para resistir algunos golpes de nuestras armas. Pero la gente que está más arriba hacia Oriente, hasta el cabo de Gracias a Dios, es casi negra, y de feo aspecto, y no lleva cosa alguna cubierta, y en todo es muy selvática. Y según decía el indio que fué preso, comen carne humana, y peces crudos tal como los matan; y traen las orejas horadadas con agujeros tan anchos que cómodamente podría entrar en ellos un huevo de gallina. Por lo que el Almirante llamó a aquellas tierras Costa de Oreja.⁷

En aquella costa salió a tierra el Adelantado, la mañana del domingo 14 de agosto del año 1502, con las banderas y los capitanes y con muchos de la armada para oír misa. El miércoles siguiente, yendo las barcas a tierra para tomar posesión de aquel país en nombre de los Reyes Católicos nuestros señores, acudieron a la playa más de cien indios, cargados de vituallas, esperando a los nuestros, ofreciendo sus presentes al Adelantado tan pronto como llegaron; y luego se apartaron sin decir palabra. El Adelantado mandó entonces que les diesen cascabeles, cuentas y otras cosillas; y les preguntó por las cosas de la región, por señas y por el intérprete referido. Aunque éste, por hacer poco tiempo que estaba con nosotros, no entendía a los cristianos, por la distancia, aunque pequeña, que hay de su tierra a la isla Española, donde muchos de los navíos habían aprendido la lengua de los indios; y tampoco entendía a los mismos indios. Pero quedando éstos satisfechos de lo que se les había dado, volvieron al día siguiente al mismo lugar más de otros doscientos, cargados también de vituallas de varias clases, a saber gallinas de la tierra, que

⁶ Se trata del icaco, (*Chrysobalanus icaco*), común en las playas arenosas.

⁶ La laguna costera de Caratasca.

⁷ Estos salvajes eran posiblemente antecesores de los actuales Misquitos, llamados Guabas o Guayas a principios del siglo XVII.

son mejores que las nuestras, ocas, pescado asado, habas coloradas y blancas semejantes a los frijoles, y otras cosas nada diferentes de las que hay en la Española, y casi todas las otras frutas y mirobalanos de los que llaman *hobos* en la Española, y casi todas las otras frutas y vituallas que en la Española se encuentran.⁶ Asimismo había muchos leopardos, ciervos y corzos; y hay muchos de aquellos peces de la Española que no se conocen en Castilla.

La gente de este país es casi de igual disposición que en las otras islas, pero no tienen las frentes anchas como aquéllos, ni muestran tener religión alguna. Hay entre ellos lenguas diferentes, y generalmente van desnudos, aunque traen cubiertas sus partes vergonzosas. Algunos usan ciertas camisetas como las nuestras, largas hasta el ombligo, y sin mangas. Traen labrados los brazos y el cuerpo con labores moriscas, hechas con fuego, que les dan un aspecto extraño. Algunos llevan pintados leones, otros ciervos, y otros castillos torreados, y otras figuras diversas. Los más nobles llevan en vez de bonetes ciertos pañetes de algodón blancos y rojos; otros llevan colgando sobre la frente algunos mechones de pelo. Si se adornan para alguna fiesta, se tiñen la cara unos de negro y otros de colorado; otros se hacen rayas de varios colores en la cara, y otros tienen un pico como de avestruz, y otros se ennegrecen los ojos. Y así se adornan para parecer hermosos, cuando en realidad parecen diablos.

Capítulo XCI.

De cómo el Almirante pasó la Costa de Oreja por el Cabo Gracias a Dios, y llegó a Cariay, y de lo que allí hizo y se vió.

El Almirante navegó por la mencionada costa de Oreja hacia Oriente, hasta el cabo de Gracias a Dios, que fué llamado así porque, no habiendo desde la punta de Caxinas hasta él más de sesenta leguas, se padeció mucho por la contrariedad de los vientos y de las corrientes en setenta días de navegar de bolina para caminarlas, saliendo de una bordada hacia el mar y volviendo de otra hacia tierra, ganando muchas veces con el viento y perdiendo otras muchas, según que era fresco o escaso en las bordadas que se hacían. Es cierto que si no hubiera sido la costa de tan buenos surgideros como era, hubiéramos tardado mucho más en pasarla; pero como era limpia y hasta media legua de tierra había dos brazas de fondo, y entrando en el mar por cada legua crecía el agua otras dos brazas, teníamos gran comodidad para fondear de noche, o cuando era muy poco el viento; de modo que, aunque con dificultad, a causa del buen fondo, fue navegable aquel camino.

Después, cuando el 14 de setiembre llegamos a dicho cabo, viendo que la tierra daba vuelta hacia Mediodía, y que con los vientos levantes

⁶ *Jobos, ciruelos o jocotes (Spondias sp.).*

que allí reinaban y que nos habían sido tan contrarios, podíamos continuar cómodamente nuestro viaje, todos en general dimos gracias a Dios. En memoria de esto el Almirante le dió el nombre de cabo de Gracias a Dios.⁹

Poco más allá pasamos por algunos bajos peligrosos, que salían al mar por cuanto podía alcanzar la vista. Como teníamos necesidad de tomar agua y leña, el sábado 16 de setiembre, envió el Almirante los bateles a un río, que parecía profundo y de buena entrada. Pero no fué tal para la salida, porque habiéndose enfurecido los vientos del mar, y estando ésta muy gruesa, rompiendo contra la corriente de la boca, embistió a las barcas con tanta violencia que zozobró una y pereció toda la gente que en ella iba. Por lo que le llamó el Almirante río del Desastre.¹⁰ En este río y sus inmediaciones habían cañas tan gruesas como el muslo de un hombre.

El domingo 25 de setiembre, siguiendo hacia el Mediodía, fondeamos en una isleta llamada Quiribirí, y en un pueblo de Tierra Firme llamado Cariay, que eran de la mayor gente, país y sitio que hasta entonces habíamos hallado; así porque la tierra era alta y de muchos ríos, y abundante en árboles altísimos, como porque dicha isleta era frondosísima, llena de boscajes de árboles muy erguidos, así de palmitos y mirobalanos como de otras muchas especies. Por lo cual el Almirante la llamó la Huerta.¹¹

Esta isleta dista una legua corta de la población llamada por los indios Cariay, la cual está cerca de un río, donde acudió infinita gente de aquellos contornos, muchos con arcos y flechas, y otros con varas de palma, negras como la pez y duras como hueso, cuya punta iba armada con huesos y espinas agudas de peces, y otros con macanas o recios bastones, y habían ido allí con muestras de querer defender su tierra. Los hombres llevaban los cabellos trenzados enrollados a la cabeza, y las mujeres los llevaban cortados como nosotros. Viendo que éramos gente de paz, mostraron gran deseo de obtener cosas nuestras a cambio de las suyas, que son armas, mantas de algodón, camisetas de las dichas, y aguilillas de guanines, que es oro muy bajo, que llevan colgado del cuello, como nosotros llevamos el Agnus Dei u otra reliquia. Todas estas cosas las llevaban nadando a las barcas, porque los cristianos ni aquel día ni al siguiente salieron a tierra; ni el Almirante permitió que se les tomase cosa alguna, para que no nos tuviesen como hombres que deseaban lo que

⁹ Colón menciona el 12 de Septiembre como la fecha del paso por el cabo, que marca el día del descubrimiento de la actual Nicaragua.

¹⁰ El lugar parece corresponder al delta del río Escondido y la fecha al sábado 17 de septiembre, cuando perecieron dos tripulantes de la nave Vizcaína, según la medida y alarde de Porras.

¹¹ La isla Uvita, junto a Puerto Limón, Costa Rica.

ellos tenían; antes les hizo dar mucha cosas de las nuestras. Los indios, cuanto menos caso de rescatar veían que hacíamos, tanto más lo deseaban, haciéndonos muchas señas desde tierra, y extendiendo sus mantas como banderas, convidándonos a ir a tierra. Finalmente, viendo que ninguno iba, cogieron todas las cosas que les habíamos dado, sin dejar ninguna, y bien atadas todas juntas, las pusieron en el mismo sitio donde habían ido las barcas a recibirlos, y allí las hallaron los nuestros el miércoles siguiente que salieron a tierra.

Como los indios vecinos de este lugar creían que los cristianos no se fiaban de ellos, enviaron a las naves un indio viejo de venerable presencia, con una bandera puesta en un palo y con dos muchachas, una de ocho años y otra de catorce; y una vez entradas en la barca, hizo señal de que los cristianos podían desembarcar con seguridad. Vistos sus ruegos, salieron a tomar agua, teniendo los indios mucho cuidado de no hacer ninguna señal ni ademán de que recibiesen temor los cristianos. Y cuando después los vieron volver a los navíos, les hacían muchas señas de que llevasen consigo a las mozas con los guanines que traían al cuello. Y a instancias del viejo que las llevaba, aceptamos que quedasen con nosotros. En lo cual no sólo mostraban más ingenio del que se había visto en otros, sino que en las muchachas se observó una gran fortaleza, porque siendo los cristianos de tan extraña vista, trata y generación, no dieron muestra alguna de dolor ni de tristeza, manteniéndose siempre con semblante alegre y honesto, por lo que fueron muy bien tratadas por el Almirante, que hizo que se les diese de vestir y de comer; y luego mandó que fuesen devueltas a tierra, donde habían cincuenta hombres; y el viejo que las había llevado tornó a recibir las, alegrándose mucho con ellas.

Volviendo aquel mismo día los bateles a tierra, encontraron a la misma gente con las mozas, quienes, con los indios restituyeron a los cristianos todo aquello que les habían dado, no queriendo que les quedase cosa alguna. Y al día siguiente, bajando a tierra el Adelantado para tener información de aquellas gentes, se acercaron dos de los principales a la barca donde él estaba, y tomándolo por los brazos en medio de ellos, lo sentaron en la hierba de la orilla; y preguntándoles el Adelantado algunas cosas, mandó a los escribanos de la nave que anotasen lo que respondían. Pero viendo el papel y la pluma se alborotaron de tal forma que la mayor parte de ellos se dieron a la fuga. Lo cual, según se pudo conjeturar, fué por el miedo que tuvieron a ser hechizados con palabras o signos, aunque en realidad eran ellos quienes nos parecían a nosotros grandes hechiceros, y con razón. Porque, al acercarse a los cristianos, esparcían por el aire cierto polvo, y con sahumeros en los que echaban dicho polvo, hacían que el humo fuese hacia los cristianos. Además de que el no querer recibir cosa alguna de las nuestras y el devolverlas muestra-

ban que tenían tal sospecha, pues como suele decirse, piensa el ladrón que todos son de su condición.

Habiéndonos detenido aquí más de lo que requería la presteza del viaje, reparados y aprestados los navíos con todo lo necesario, el domingo 2 de octubre mandó el Almirante que saliese el Adelantado a tierra con alguna gente para reconocer la población de aquellos indios, sus costumbres y naturaleza, junto con la calidad del país. Lo que vieron de más notable fue que dentro de un palacio grande de madera, cubierto de cañas, tenían sepulturas, en una de las cuales había un cuerpo muerto, seco y embalsamado, y en otra dos, pero sin mal olor, y envueltos en paños de algodón. Sobre las sepulturas había una tabla en la que estaban algunos animales esculpidos; en otras se veía la figura del que estaba sepultado, adornado de muchas joyas, de guanines, de cuentas y de las cosas que más estimaban.

Por ser éstos los indios de más razón que en todas aquellas partes se habían encontrado, mandó el Almirante que se tomase alguno para saber los secretos de la tierra; y así, entre siete que se cogieron eligió dos principales, y despachó a los otros cinco con algunas dádivas, habiéndolos tratado muy bien para que no se alborotase la tierra. Dijo a los otros que los llevaría por guías en aquella costa, y que después los dejaría marchar. Pero ellos, creyendo que los prendíamos con avaricia, o por ganar rescatándolos por sus joyas y mercancías, al día siguiente llegó de golpe mucha gente a la playa, y enviaron cuatro mensajeros a la capitana para tratar del rescate, por el que prometieron algunas cosas, y llevaron de regalo dos puercos de la tierra, que aunque pequeños, son muy bravos. El Almirante, vista la prudencia de esta gente, entró en deseo de tratar con ellos, y no quiso partir de allí sin tomar lengua. Sin tener en cuenta sus ofertas, mandó que a los embajadores se les diesen algunas cosillas, a fin de que no se fuesen mal satisfechos, y que les fuesen pagados los puercos. Con éstos hubo una cacería, que fue como sigue.

Entre otros animales de aquella tierra hay algunos gatos de color gris, del tamaño de un lebrél pequeño, pero con la cola más larga, y tan fuerte que cogiendo algo con ella, parecía que estaba atado con una cuerda. Andan éstos, por los árboles como ardillas, saltando de unos a otros, y cuando dan el salto, no sólo se agarran a las ramas con las manos, sino también con la cola, de la cual muchas veces se quedan colgados, como por juego o descanso.¹³ Cierta ballestero trajo de un bosque uno de estos gatos, el cual había echado a tierra de un árbol con un virote, y porque estando ya en tierra se puso tan bravo que no se atrevía a acercarse a él, le cortó un brazo de una cuchillada. Trayéndolo así herido asustó a un

¹³ Estos "gatos" son realmente monos; el descrito parece ser *Ateles geoffroyi*, el mono araña o "pancho".

buen perro que teníamos; pero mucho más miedo le dió a uno de los puercos que nos habían llevado, porque apenas vió al gato, echó a correr, mostrando grandísimo miedo.¹⁴ Esto nos causó gran admiración, porque antes de que esto sucediese el puerco atacaba a todos y no dejaba al perro quieto en cubierta. Por lo cual mandó el Almirante que lo arrimasen más al gato, que viéndolo cerca que le rodeó el hocico con la cola, y con el brazo que le había quedado sano le agarró la nuca para moderlo, mientras el puerco gruñía de miedo. Por esto conocimos que semejantes gatos deben de cazar como los lobos y los lebreles de España.

Capítulo XCII.

De cómo el Almirante partió de Cariay, fue a Cerabaró y Veragua, y navegó hasta que llegó a Portobelo; cuyo viaje fue todo por costa muy fértil.

El miércoles 5 de octubre, se hizo el Almirante a la vela, a arribó al puerto de Cerabaró, que tiene seis leguas de largo y más de tres de ancho; en el cual hay muchas isletas y tres o cuatro rocas muy a propósito para entrar y salir con todos los vientos. Por entre estas islas van las naves como por calles, tocando las cuerdas de los navíos a las ramas de los árboles. Tan luego como fondeamos en este puerto, fueron las barcas a una de aquellas isletas, donde había en tierra veinte canoas, y la gente en las orillas, desnudos como salieron del vientre de sus madres, y traían solamente un espejo de oro al cuello, y algunos un águila de guanín. Sin mostrar miedo alguno, por mediación de los dos indios de Cariay, trocaron un espejo que pesó diez ducados por tres cascabeles; y dijeron haber gran abundancia de aquel oro, y que se cogía en la tierra firme, muy cerca de ellos.

Al día siguiente, 7 de octubre, fueron a tierra firme los bateles; donde se encontraron con quince canoas llenas de indios, y porque no quisieron rescatar sus espejos con nuestra gente, fueron presos dos de los más principales, para que el Almirante se informase de ellos por medio de los intérpretes. El espejo que llevaba uno de ellos pesó catorce ducados, y el águila del otro, veintidós. Decían estos indios que a una o dos jornadas tierra adentro se cogía mucho oro en algunos lugares que nombraban; que en aquel puerto había muchísimos peces, y en tierra muchos animales de los que decimos haber en Canarias; y gran cantidad de las cosas que ellos comen, como raíces de plantas, granos y frutas. Los indios van aquí pintados de varios colores, blanco, negro y rojo, tanto en la cara como en el cuerpo. Van desnudos, salvo que cubren las partes deshonestas con un pañete de algodón ajustado.

¹⁴ El puerco era un saíno (*Tayassu tajacu*).

De este puerto de Cerabaró, pasamos a otro que confina con él, y se le parece en todo, llamado Aburemá.¹⁴ Después a 17 del mismo mes salimos a alta mar para seguir nuestro viaje. Y llegamos a Guayga, que es un río distante doce leguas de Aburemá. El Almirante envió las barcas a tierra; las cuales, cuando iban, vieron más de cien indios en la playa, que las acometieron con furia, entrando en el agua hasta la cintura, agitando sus azagayas y tocando cuernos y un tambor en actitud de guerra para defender el país; y echaban agua salada hacia los cristianos, mascaban hierbas y las escupían hacia los nuestros. Pero ellos, sin moverse, procuraron aquietarlos, cosa que se logró. Acabaron por acercarse para rescatar los espejos que traían al cuello, quien por dos cascabeles y quien por tres. Con esto se adquirieron dieciséis espejos de oro fino que valían ciento cincuenta ducados.

Al día siguiente, viernes 21 de octubre, volvieron a tierra las barcas para rescatar y antes de desembarcar ningún cristiano, llamaron a ciertos indios que estaban en la orilla, bajo unas ramadas que habían hecho aquella noche para guardar la tierra, temiendo que los cristianos desembarcasen para hacerles algún daño. Por más que los llamaron muchas veces, ningún indio quiso venir, ni los cristianos quisieron desembarcar sin saber primero en qué disposición estaban, pues, según luego lo supimos, los esperaban con ánimo de asaltarlos cuando bajasen de las barcas. Viendo que no salían, empezaron a tocar los cuernos y el tambor, y con mucha grito saltaron al agua como el día antes y llegaron hasta cerca de las barcas, haciendo muestras de querer lanzar sus azagayas si los nuestros no se volvían a los navíos. Incomodados los cristianos por esta actitud, para que los indios no tuviesen tanto atrevimiento ni los despreciasen, hirieron a uno de ellos en un brazo con una flecha y dispararon una lombarda; por lo que fue tanto su miedo que todos se volvieron huyendo en confusión a tierra. Entonces desembarcaron cuatro cristianos; y habiéndoles llamado dejaron las armas y vinieron hacia los nuestros con mucha seguridad, rescatando tres espejos y diciendo que no traían más, porque no venían dispuestos para rescatar, sino para combatir.

El Almirante no cuidaba en este viaje más que de obtener noticias. Por esta razón, sin detenerse más, abreviando el camino, pasó a Cateba y echó anclas en la boca de un gran río. Se veía cómo las gentes de la tierra se llamaban con cuernos y tambores para juntarse. Después enviaron a las naves una canoa con dos hombres, los cuales, habiendo hablado con el indio que se había tomado en Cariay, entraron luego en la capitana muy seguros, y por consejo de dicho indio dieron al Almirante dos espejos de oro que traían al cuello; y el Almirante les dió otras cosillas de las nues-

¹⁴ Cerabaró es la actual la bahía de Almirante, y Aburemá la laguna de Chiriquí. Ambas forman las llamadas Bocas del Toro en la costa noroeste de Panamá.

tras. Tan pronto como volvieron a tierra, vino otra canoa con tres hombres que llevaban espejos al cuello, los cuales hicieron lo mismo que los primeros. Trabada amistad, bajaron los nuestros a tierra, donde encontraron a mucha gente con su rey, el cual en nada se diferenciaba de los demás, salvo en estar cubierto con una hoja de árbol, porque entonces llovía mucho. Para dar ejemplo a sus vasallos rescató un espejo; y les dijo que rescatasen también los suyos, que en total fueron diecinueve de oro fino. Aquí fue la primera vez que se vió en las Indias muestra de edificio, que fue un gran pedazo de estuco, que parecía estar labrado de piedra y cal. De lo cual mandó el Almirante tomar un pedazo, en memoria de aquella antigüedad.

Desde allí siguió hacia Oriente y llegó a Cobrava, cuyos pueblos están situados junto a ríos de aquella costa. Como no salía gente a la playa y el viento era muy bueno, siguió de largo su camino y pasó a cinco pueblos de mucho rescate, entre los cuales estaba Veragua, donde decían los indios que se cogía el oro y se hacían los espejos. Al día siguiente llegó a un pueblo que se llama Cubiga, donde según decía el indio de Cariay, se acababa la tierra de rescate que tenía principio en Cerabará y continuaba hasta Cubiga, que hay cincuenta leguas de costa. Sin detenerse, el Almirante siguió navegando hasta que entró en Portobelo, al que puso este nombre porque es muy grande, hermoso y poblado, y tiene en torno mucha tierra cultivada. Entró allí el 2 de noviembre por entre dos isletas. Dentro de él pueden las naves acercarse a tierra y salir volteando, si quieren. La región que rodea el puerto no es agreste, sino cultivada y llena de casas, distantes unas de otras un tiro de piedra o de ballesta; parece una cosa pintada, la más hermosa que se haya visto.

En siete días que aquí estuvimos detenidos por las lluvias y malos tiempos, venían a los navíos canoas de todo el contorno a rescatar de las cosas que allí se comen, y ovillos de algodón hilado muy lindo, que daban a cambio de algunas cosillas de latón, como alfileres y agujetas.

IV. EL CUARTO VIAJE DE COLÓN SEGÚN RELACIÓN DE PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA*

Capítulo I

Había resuelto, Beatísimo Padre, parar aquí; pero cierto fuegucillo que atormenta el alma me estimula a extender algo más el discurso. He dicho que la Veragua fue descubierta primeramente por Colón. Me parecía que defraudaba a aquel hombre y cometía delito imperdonable si pasara en silencio los trabajos que padeció, los cuidados que le angustiaron, y, finalmente, los peligros en que se vió.

El año mil quinientos dos de nuestra salud, a diez de Mayo, zarpó de Cádiz con una flotilla de cuatro naves que eran de cincuenta y de sesenta toneles y con ciento setenta hombres, y al quinto con feliz viaje arribó a Canarias. Desde allí, a los diez y seis días, aportó a la isla Dominica, que es patria de caribes, y desde ella al quinto día llegó a la Española, y así en veintiséis días, con ayuda de los vientos y la corriente del océano de Oriente a Occidente, navegó desde España hasta la Española, trayecto que los marinos dicen que es de mil doscientas leguas.

En la Española, fuera por su voluntad, sea por amonestaciones del Virrey, se detuvo poco; siguiendo en derechura al Occidente, dejando hacia el Septentrión a mano derecha las islas de Cuba, y Jamaica, escribe que fué a parar en una isla más al mediodía que Jamaica, llamada por los indígenas Guanasa,¹ toda increíblemente verde y fértil.

Recorriendo las costas de ella se encontró con dos canoas del país, de las cuales bastante hemos dicho más arriba. Esclavos desnudos y unci-

* Tomado de la *Década Tercera*, Libro IV, de las *Décadas del Nuevo Mundo*.

¹ Guanaja, una de las islas del golfo de Honduras.

dos tiraban de ellas con cuerdas, como suele hacerse en los ríos corriente arriba. En las canoas iba el principal de la isla con su mujer e hijos, todos desnudos; los esclavos indicaban con altanería, por mandato de su amo, a los nuestros que habían bajado a tierra, que les dieran paso cuando venían, y al ver que se resistían les amenazaban. Tanto es su simplicidad, que ni temieron ni admiraron las embarcaciones de los nuestros, ni su poder, ni su muchedumbre, parecíanles que los nuestros les harían ceremonias a su amo con igual reverencia que ellos. Comprendieron que era un mercader que regresaba de otras tierras.

Ellos tienen ferias, y llevaban objetos de feria: campanillas de latón, navajas, cuchillos, y segures de piedra amarilla, transparente y brillante, torneados con cierta especie de madera dura; también utensilios y vasijas de cocina y de alfarería, maravillosamente elaborados, en parte de madera, en parte del mismo mármol, pero principalmente llevaba mantas y objetos de algodón, tejidos de varios colores. Prendieron al amo y a toda su familia con todo lo que llevaban; pero de seguida el Almirante mandó soltarles y restituirles la mayor parte de las cosas para ganarles la voluntad. De ellos adquirió noticias sobre las tierras que había más al Occidente, y tomó este rumbo derecho.

A poco más de diez millas, encontró un territorio dilatado que en lengua de los indígenas se llamaba Quiriquetana, pero él le puso Ciamba.¹ Hizo celebrar Misa en la playa y encontró el país lleno de habitantes desnudos. Estos, pacíficos y sencillos, depuesto el temor, acudían a ver a los nuestros cual una cosa admirable, cargados de viandas de aquella tierra y de agua recién cogida, y, ofrecido su don, retrocedían reverentes andando hacia atrás y con la cabeza inclinada. Compensó los regalos de ellos con otros de cosas nuestras, como sartas de cuentas de cristal y algunos espejos, agujas, brazaletes y otros objetos así, que para ellos eran extraños.

En aquel trayecto hay dos regiones; una Taía y otra Maía.²

Escribe que toda aquella tierra es saludable y amena, y dotada de excelente clima, que no cede a ninguna otra cuanto a la fertilidad de sus campos, dotada de admirable temperatura, que tiene parte montañosa y parte de excelente y vasta planicie, toda ella con árboles y cubierta de verdor, y goza de perpetua primavera y otoño, cuyos árboles todo el año tienen hojas y dan fruto.

¹ Ciamba, o mas bien Champa, nombre antiguo de Indochina, donde Colón pensaba había arrimado.

² Maía, posible primera alusión al territorio maya. En los "Pleitos" de los herederos de Colón, que tuvieron lugar antes que se descubriera Yucatán, se afirma que la tierra donde arrimaron se llamaba Maya.

Dice que está llena de encinares y pinares, y siete especies de palmas, de las cuales unas producen dátiles y otras son estériles. Cría la tierra espontáneamente entre los árboles pámpanos con sus uvas colgando, pero agrestes.⁴ Cuenta que es allí tal la abundancia de otras frutas nativas útiles y sabrosas, que no tienen cuidado de cultivar la uva.

De cierta clase de palmas hacen sus macanas, esto es, espadas anchas de madera y astas arrojadizas. La tierra aquella cría por todas partes árboles con algodón, y también mirobalanos de varias clases, como *emblicos* y *chébulos*,⁵ según les llaman los médicos, y cría también maíz y yuca, ajis y batatas como las demás regiones de por allá, y también leones y tigres, ciervos y cabras, y otros animales semejantes; también diversas aves, y de las que se comen tiene las que otra vez dijimos que se parecen a las pavas en el color, en el tamaño y en el gusto y sabor. Refieren que los indígenas de ambos sexos son altos y muy bien formados, y dice que se cubren las ingles con velos de algodón tejidos de varios colores.

Para ponerse elegantes se pintan con el jugo de ciertas frutas, que para eso crían en los huertos, negras y coloradas, como leemos de los agatirsos; unos se embadurnan todo el cuerpo, otros algunas partes, y el mayor número se dibujan a trechos flores y rosas, o cintas entrelazadas, según a cada uno se le antoja.

Los idiomas son totalmente diferentes que en las islas circunvecinas: las aguas corrían hacia el Poniente a manera de torrentes; pero se propuso buscar la parte oriental de aquella tierra, pensando en Paria y la Boca del Dragón y otras comarcas que ya dijimos había descubierto por el oriente, juzgando que serían contiguas, como lo eran.⁶

Capítulo II

Salió, pues, el veinte de agosto de la dilatada región quiriquetana. A la distancia de treinta leguas halló un río, fuera de cuya desembocadura había agua dulce en el mar.⁷ La costa estaba limpia de escollos y rocas, y tenía por doquiera fondo a propósito para anclar. Escribe que era fuerte la contraria corriente del mar, que en cuarenta días apenas pudo hacer setenta leguas. Marchaba siempre claudicando y dando vueltas por alto

⁴ Se refiere a la uva de playa, *Coccoloba uvifera*.

⁵ Frutas semejantes a los icacos y jocotes.

⁶ Colón decidió navegar hacia el oriente, contra la corriente, con la esperanza de alcanzar el golfo de Paria y la Boca del Dragón (entre Venezuela y Trinidad), lugares que había descubierto en su tercer viaje.

⁷ Río Tinto, bautizado como Río de la Posesión.

la flotilla, y a veces se encontraba repelido y echado atrás por el empuje de las aguas, queriendo tomar tierra por la tarde por temor de naufragar en ignotas playas entre las tinieblas de la noche.

En el espacio de ocho leguas, escribe, que halló tres ríos grandes de agua cristalina, en cuyas orillas se criaban cañas más recias que el muslo de un hombre, y abundancia grande de peces y grandes tortugas⁸, y en varios lugares muchedumbre de cocodrilos que en la arena tomaban el sol, abriendo grandes bocas. También varios animales, a que no puso nombre, y cuenta que la tierra presenta diferente aspecto; algunas partes peñascosa y llena de pelados promontorios y rocas escarpadas; en otra suelo benigno, a ningún otro inferior.

También en varias regiones nombres varios de caciques y magnates: al reyezuelo le llaman cacique, como ya lo tenemos dicho; en otras partes *queví*, en algunas *tiba*, y el principal acá *saco*; allá *jurá*; al que mostró bravo en la guerra y ostenta cicatrices en la cara, le llaman *cupra* y le tienen por héroe; al vulgo le llaman *chybís*; al hombre en alguna parte le dicen *homem*; si alguno quiere decir: toma, hombre, es: *hoppa home*.

Después se llegó a otro río apto para grandes naves, ante cuyas bocas había cuatro isletas, floridas y con árboles, que formaban el puerto; a éstas llamó las Cuatro Témporas.⁹

Al oriente de ellas, a trece leguas de distancia, navegando siempre contra la corriente, encontró dos pequeñas islas; y porque las vió con una nueva especie de fruta parecida a nuestros limones, las apellidó Limonares.¹⁰

Vagando por el mismo rumbo, a las doce leguas halló un puerto grande que se introducía en tierra, trecho de tres leguas con poco menos de anchura, en el cual desaguaba un río caudaloso.¹¹ Allí se perdió poco después Nicuesa buscando a Veragua, como arriba se dijo, y por eso los modernos le han llamado el río de los Perdidos.¹²

Prosiguiendo sin cesar el Almirante Colón contra el furor del mar, hallaba varios montes, diversos valles, ríos y puertos, y cuenta que el

⁸ La tortuga verde, *Chelonia mydas*, regresa en esa época a sus comederos habituales de los cayos Misikitoa.

⁹ Probablemente unos islotes en la desembocadura del río Escondido, que en aquel tiempo echaba sus aguas directamente al mar.

¹⁰ Son las islas hoy llamadas Corn Islands, que distan exactamente a trece leguas al oriente de la antigua desembocadura del Escondido.

¹¹ El río Punta Gorda.

¹² El barco de Diego de Nicuesa, buscando Veragua en 1510, zozobró en la barra del río.

ambiente de todos era suave y recreaba la naturaleza, y que ninguno de los compañeros enfermó hasta la región que los indígenas llamaban *Quiquirí*, con acento en la última, en la cual está el puerto de *Cariái*. que el propio Almirante llamó *Mirobalano*, porque este árbol abundaba allí." En este puerto *Cariái* se presentaron unos doscientos indígenas llevando en la mano tres o cuatro dardos, aunque eran pacíficos y hospitalarios; pero estaban preparados a saber qué quería aquella gente nueva; pidieron ponerse al habla, y, dada señal de paz, a nado llegaron a los nuestros, comenzaron a hacer tratos y pidieron permuta de objetos.

El Almirante, para granjearse la benevolencia de ellos, mandó darles de las cosas nuestras, pero en balde. Ellos rehusaron el favor por señas, pues ni una palabra comprendieron de su idioma, como que sospechaban que nuestros regalos tendrían alguna trampa, porque los nuestros no habían querido recibir lo que ellos les ofrecieron, y todo lo que se les había dado lo dejaron en la playa. Tanta cortesía tienen los cariaíes y tanta benignidad, que dar les gusta más que recibir.

Enviaron a los nuestros dos muchachas doncellas de elegante figura, las cuales hacían señas de que se las podían llevar. Estas, como las demás mujeres, se cubrían las ingles con una venda de algodón, que tal es la costumbre de las mujeres cariaíes y la de los hombres ir desnudos. También ellas llevan el cabello partido; los hombres lo conservan en la parte occipital, pero por delante se lo raen, y se lo prenden con cintas colgantes, y se lo rodean a la cabeza como entre nosotros lo hacen las jóvenes. El Almirante habiéndolas hecho vestir y dándoles buenos regalos, las volvió a enviar con una montera roja de lana para que se la dieran a su padre. Pero otra vez lo dejaron todo en la playa, porque los nuestros habían rehusado sus dones. Sin embargo, se llevó consigo dos hombres, mas no a la fuerza, a fin de que ellos aprendieran nuestra lengua, o nosotros la de Cariái.

Comprendió que en aquellas regiones había poca marea viendo que había árboles en la playa, como en las orillas de los ríos. Lo mismo dicen los demás que han visitado aquellas costas, que hay poco flujo y reflujó en las orillas de aquellas tierras o islas. A la vista de aquel territorio, dice que en el mismo mar se crían árboles, que inclinan sus ramas hacia bajo después que las han levantado arriba, y que llegando al suelo las puntas, como sucede con los sarmientos de la vid, tomando la tierra echan raíces y se convierten en árboles de la misma especie perennemente verdes." De

¹¹ El jocote jobo, *Spondias mombin*.

¹⁴ Se refiere obviamente al mangle, cuyo fruto al caer en el lodazal de los esteros echa raíces y origina una nueva planta.

estos árboles habló Plinio en su libro duodécimo de la *Historia Natural*, pero refiriéndose sólo a la tierra, que no al mar.

Hemos dicho que en Cariai se crían los mismos animales que en otras partes; pero hallaron uno de muy diferente naturaleza. Es igual a un mono grande, con más largo y fuerte rabo. Colgándose de la cola y tomando fuerza como columpiarse tres o cuatro veces, salta de rama en rama, y de un árbol se tira a otro como si volara.

Cierto arquero de los nuestros cruzó a uno con una flecha; herido el mono, se dejó caer y acometió rabioso al enemigo que le había herido. El cazador embistió al animal con la espada desenvainada, le cortó un brazo al mono y le cogió manco, resistiéndose ferozmente. Llevado a la armada, poco a poco se amansó entre los hombres.

Cuando así lo conservaban, sujeto con una cadena de hierro, otros cazadores trajeron un jabalí de las lagunas que había en la costa (pues el deseo de comer carne les obligaba a explorar las playas). Enseñaronle al cercopiteco el jabalí también enfurecido: encrespáronse los dos, el mono saltó furioso contra el jabalí, y con la cola se le enroscó; con el brazo que su vencedor le había dejado cuando le cazó, le agarró el cuello al jabalí, y, por más que éste se resistía, le ahogó el cercopiteco. Estos y otros monstruos semejantes cría aquella tierra.

También los de Cariai conservan, desecándolos en parrillas, los cadáveres de sus próceres y sus padres, envolviéndolos en hojas de árboles; para el pueblo, los bosques y las selvas les sirven de sepulcro.

Capítulo III

Marchando de Cariari, a veinte leguas hallaron un golfo tan espacioso que calculan tiene diez leguas a la redonda. Cuatro isletas feraces, poco distantes entre sí, que están frente a las bocas del golfo, hacen un puerto seguro. Este es el que otra vez hemos dicho que los indígenas le llaman Cerabaró, con acento en la última; pero ahora han aprendido que sólo uno de sus lados se llama así, y es el que hay entrando a mano derecha; pero el de la izquierda se dice Aburema.

Dicen que es notable por sus islas, en general fértiles y pobladas y con árboles con fondo apto en todo los sitios para echar anclas, con agua clara y admirable abundancia de pescado. La tierra adyacente por ambos lados, a juicio de ellos, no es inferior a ninguna otra cuanto a fertilidad de su suelo. Dieron con dos indígenas; éstos se adornan el cuello con joyas de oro que llaman *guanines*, con figuras muy bien hechas de águilas, leones u otros animales; pero el oro aquel echaron de ver que no es puro.

Por los dos cariairenses aquellos que dijimos se habían llevado los nuestros, supieron que Cerabaroa y Aburema son regiones ricas de oro, y que los de Cariai todo el oro con que adornan lo adquieren de éstos a cambio de cosas suyas. Los mismos cariairenses descubrieron a los nuestros que en las regiones de Cerabaroa y Aburema hay cinco aldeas excelentes para recoger oro, que no distan mucho de la costa al interior; pues ambas naciones tuvieron siempre frecuente comercio desde sus antepasados. Los nombres de estas aldeas dicen que son estas: *Chirará, Kurén, Chitazá, Seureche y Atamea*.

Todos los hombres de la provincia de Cerabaroa van completamente desnudos, pero pintados de diferentes maneras. Les gustan mucho los festones de flores y las coronas entretejidas con uñas de leones y tigres. Las mujeres cubren sólo sus vergüenzas con estrecha venda de algodón.

Por fin, saliendo ya de allí por la misma costa, a la distancia de dieciocho leguas, en la orilla de un río que encontraron, se presentaron trescientos hombres desnudos, que les amenazaban dando gritos y escupían a los nuestros agua que tomaban en la boca o hierbas de la playa. Tirándoles armas arrojadizas, vibrando sus picas y macanas (ya dijimos que son espadas de madera), se esforzaban de apartar a los nuestros de su playa. Iban pintados de varias maneras; unos, a más de la cara, todo el cuerpo, otros a pedazos; indicaban no querer paz ni trato ninguno con los nuestros. Entonces mandó el Almirante dispararles algunos tiros, pero apuntando alto para que no mataran a ninguno, pues Colón, siempre llevó el propósito de tratar apaciblemente con aquellas gentes. Aterrorizados con el estruendo de la bombardita disparada, caen todos a tierra, piden la paz y comercian mutuamente, cambiando los guaninos de oro por cuentas de cristal y otras cosas semejantes.

Estos tienen tambores y caracoles de mar, de que usan en la guerra para enardecer los ánimos. Los ríos de aquella región son: *Acateba, Cuareba, Zoraba, Aiaguitiu, Uridán, Duribá y Veragua*. En todos ellos se podía recoger oro. Para defenderse del sol y de la lluvia se cubren con anchas hojas de árboles, en vez de capotes.

Desde allí examinó las costas de Ebeteré y Embigar. En ellas corren los ríos Zhaorán y Cubigar, de agua dulce, y notables por lo abundantes de pescado. Aquí se acaba la abundancia de oro, en trecho de las de cincuenta leguas. Dista de allí sólo tres leguas la roca que dijimos en el infausto viaje de Nicuesa, que los nuestros la llamaron el Peñón; pero en la lengua de los indígenas la región se llama Bibá, en el cual trayecto está también, a solas seis leguas, el puerto que dijimos fue llamado Bello por Colón,¹⁴ y a la región llaman los indígenas *Xaguaguara*.

¹⁴ Portobelo.

El territorio aquel está todo muy poblado de gente, pero desnuda. En Xaguaguara el cacique se pinta de color negro, y los del pueblo de rojo. El rey y siete magnates llevaban pendiente de las narices una lámina de oro hasta los labios. Reputan que este adorno significa suma honra. Los hombres incluyen sus vergüenzas en una concha marina. Las hembras se las cubren con una venda de algodón.

En los huertos crían una fruta semejante a las piñas del pino, que otra vez hemos dicho nace de una verdura semejante al cardo, pero que es delicada vianda y digna de un rey." También tienen árboles de calabazas a propósito para llevar bebida; de éstas ya se habló otra vez extensamente: al árbol le llaman *hibuero*."

En otra parte encontraban cocodrilos, que cuando huían o se sumergían, dejaban detrás un olor más agradable que el de almizcle o el de castor. Los habitantes del Nilo me contaron a mí lo mismo acerca de la hembra del cocodrilo, principalmente del abdomen, cuyo olor decían que iguala a cualquier aroma de la Arabia.

Regresó de aquí el Almirante con su flotilla, ya porque no podía aguantar la corriente, ya porque de día en día se le pudrían más las naves y las taladraban los gusanos que se crían por lo templadas que están las aguas en todas aquellas regiones, que casi caen bajo la línea equinoccial. Aquellos gusanos les llama *bisas* un mercader veneciano; también se crían en dos puertos de Alejandría de Egipto, y echan a perder las naves si están mucho tiempo ancladas. Tienen de largo un codo, y a veces más; de recios no tienen más de un dedo. Los marinos españoles llaman a esta plaga *broma*."

Temiendo, pues, a la *broma* el Almirante Colón, y molestado por el mar contrario, se volvió corriente abajo hacia el Occidente. Tomó el río Hiebra, que dista dos leguas del río Veragua, porque era más a propósito para las naves grandes. La región aquella toma nombre de Veragua menor, porque el cacique que domina en ambos ríos habita en Veragua.

Digamos lo favorable y adverso que allí sucedió. Estando Colón en Hiebra, envió al río Veragua, con los botes de servicio y sesenta y ocho hombres, a su hermano Bartolomé Colón, Adelantado de la Española. Salió al encuentro del Adelantado, río abajo, en canoas del país, el cacique de la región, pintado a usanza de ellos, desnudo, con gran acompañamiento, pero sin armas. Apenas se pusieron al habla, los familiares del

° Alude a la pitahaya, *Cereus undatus*.

° Se trata del jícaro sabanero, *Crescentia alata*.

° El *Teredo*, un molusco taladrador.

cacique, cuidadosos del descanso de su amo y no olvidando su majestad real, para que no estuviera de pie mientras trataba, cogieron de allí cerca una piedra, la lavaron y refregaron decentemente y, trayéndola, se la pusieron con reverencia a su cacique.

Sentándose él, pareció que por señas daba permiso para que los nuestros pudieran recorrer los ríos de su jurisdicción. El ocho de febrero, el Adelantado, dejando los botes, fue a pie orilla arriba del río Veragua y llegó al río Urabá, el cual dice es más rico de oro que no el Hiebra y el Veragua, pues en todos los ríos de aquella tierra se cría oro. Entre las raíces de los árboles que había en la orilla, entre las piedras y cascajo que habían dejado los torrentes, y donde quiera que abrían hoyos de a palmo y medio, la tierra que sacaban la encontraban mezclada de oro.

Por eso pensaron establecerse allí; pero los indígenas, oliendo su futura ruina, se los impidieron; formando un escuadrón se echaron en horrenda gritería sobre los nuestros, que ya habían comenzado a levantar casas. El primer empuje apenas lo resistieron los nuestros; los bárbaros desnudos lucharon, primeramente tirándoles desde lejos y sin cesar armas arrojadizas; después se pusieron a luchar con furia cuerpo a cuerpo con sus espadas de madera, que dijimos llaman macanas. ¡Cosa admirable!

Tan irritados estaban ya, que ni con los arcos, ni con los escorpiones, y, lo que es más, ni con el estruendo de las bombardas que les disparaban desde las naves, se amedrentaban. Una vez cejaron, y, reuniéndose en mayor número, volvieron de segunda más fieros que antes; mejor querían morir que permitir que ocuparan su patria los extranjeros. Como huéspedes, los habían recibido benignamente; como habitantes no los toleran. Cuanto más apretaban los nuestros, tanto más gente se reunía del contorno. De noche y de día, cuando de frente, cuando por los lados, se veían atacados los nuestros. La armada que estaba a la espalda en la costa, era la que los resguardaba. Abandonaron, pues, los nuestros aquella tierra, y se volvieron por donde habían ido.

Con las naves agujereadas a modo de cribas por la *broma*, usando esta palabra española, apenas pudieron arribar a la isla Jamaica, que por el mediodía es colateral de la Española y Cuba.

En el camino estuvieron a punto de perecer. A fuerza de brazos salvaron al fin la vida vaciando agua que se les entraba por anchas grietas, y llegaron a Jamaica medio muertos.

V. RELATO DEL CUARTO VIAJE,
SEGÚN FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS*

Capítulo XXI

Habiéndolo señalado aquel indio viejo las provincias de Veragua y otras por ricas y que estaban al Oriente, dejó de perseguir la vía que llevaba del Poniente (la cual, si prosiguiera, ninguna duda debe haber de que no topara el reino de Yucatán y luego los de la Nueva España, durándoles los navíos), dió la vuelta por la vía de Levante y Oriente. La primera tierra que de la firme vió y se llegó a ella, fué una punta que llamó de Caxinas, porque había muchos árboles, cuyo fruto es unas manzani-llas buenas de comer, que en la lengua de los indios desta isla Española llamaban, según decía el Almirante, caxinas, aunque yo, que supe algo de ella, no me acuerdo que tal nombre oyese. Las gentes que moraban más cercanas de aquella punta de Caxinas traían vestidas unas jaquetas pintadas, sin mangas como las dichas, y los almaizares con que se cubrían las vergüenzas, que debían ser habidos de mercaderes de la tierra de Yucatán, de donde la canoa que dijimos creemos que venía.

Salió el Adelantado un domingo, a catorce de agosto, con mucha gente de los españoles a tierra a oír misa, y el miércoles siguiente, tornó a salir en la tierra para tomar la posesión en nombre de los Reyes de Castilla, y estaban ya en la playa cien personas o más, cargadas de bastimentos y comidas de la tierra, como pan de maíz, gallinas, venados, pescados y frutas; y presentadas ante el Adelantado y los cristianos, se retrajeron atrás sin decir palabra. El Adelantado les mandó dar de los rescates, como cascabeles y sargas de cuentas y espejuelos y otras menudencias. Otro día siguiente, amanecieron en el mismo lugar más de doscientas personas, todos cargados de gallinas y ánsares y pescado asado y diversas especies de frixoles, que son como habas, y otras frutas.

* Tomado de la *Historia de las Indias*.

Es la tierra muy fresca, verde y hermosa, en la cual había infinidad de pinos, encinas y palmas de más de seis o siete especies, y de los árboles que llamaban en esta isla hobos, que nosotros llamamos mirobalanos, fruta odorífica y sabrosa. Sintieron que había leones, pardos y ciervos y otros animales, y pudieran sentir que había hartos tigres. La gentes de por aquellas comarcas no tenían las frentes anchas como las de estas islas; eran de diversas lenguas; algunas totalmente desnudas; otras, solamente las vergüenzas cubiertas; otras vestidas de unas jaquetas como las cueras que les llegaban hasta el ombligo, sin mangas. Tenían labrados los cuerpos con fuego, de unas labores como moriscas, unos figurando leones, otros ciervos y otras figuras; los señores, o más honrados entre ellos, traían por bonete unos paños de algodón blancos y colorados; algunos tenían en la frente unos copetes de cabellos como una flocadura. Cuando se ataviaban para sus fiestas, teñíanse algunos los rostros de negro, otros de colorado, otros hacíanse rayas por la cara de diversos colores y otros teñían el pico de la nariz, otros se alcoholaban los ojos y los teñían de negro, y estos atavíos tenían por mucha gala; y porque había otras gentes por aquella costa que tenían las orejas horadadas y tan grandes agujeros que cupiera un huevo de gallina bien por ellos, puso nombre aquella ribera la costa de la Oreja.

De aquella punta de Caxinas navegó el Almirante hacia el Oriente con muy grandes trabajos, contra viento y contra las corrientes, a la bolina, como dicen los marineros, que apenas se andan cada día cinco leguas y no dos muchas veces; van los navíos dando vueltas cuatro y cinco y más horas hacia una parte, y otra hacia otra, y desta manera se ahorra un poco que se anda y algunas veces se pierde lo que se ha ganado en dos, de una vuelta. Y por qué habiendo 60 leguas de la punta de Caxinas y un cabo de tierra que entra mucho en el mar, tardó con estos trabajos en llegar el Almirante, y de allí vuelve la tierra y se encoge hacia el Sur, por lo cual los navíos podían mejor y bien navegar, púsole nombre a aquel cabo el Cabo de Gracias a Dios; y esto dice el Almirante que fué a 12 de setiembre del mismo año de 502. Pasado el Cabo de Gracias a Dios tuvieron necesidad de tomar agua y leña; mandó el Almirante ir las barcas a un gran río que allí parecía, donde, por la creciente de la mar y la corriente del río que se combatían, se perdió la una de las barcas con toda la gente que traía, y por este desastre púsole nombre del Desastre al río.

El domingo, a 17 de setiembre, fueron a echar anclas entre una isleta llamada Quiribrí y en un pueblo de la tierra firme llamado Cariarí. Allí hallaron la mejor gente y tierra y estancia que habían hasta allí hallado, por la hermosura de los cerros y sierra y frescura de los ríos y arboledas, que se iban al cielo de altas, y la isleta verde, fresquísima, llana, de grandes florestas, que parecía un vergel deleitable; llamóla el Almirante

la Huerta, y está del dicho pueblo Cariay, la última luenga, una legua pequeña. Está el pueblo junto a un graciosísimo río, adonde concurrió mucha gente de guerra con sus armas, arcos y flechas y varas y macanas, como haciendo rebato, y mostrando estar aparejado para defender su tierra. Los hombres traían los cabellos trenzados, revueltos a la cabeza, y las mujeres cortados, de la manera que los traen los hombres nuestros; pero como los cristianos le hicieron señas de paz, ellos no pasaron adelante, mas de mostrar voluntad de trocar sus cosas por las nuestras. Traían mantas de algodón y jaquetas de las dichas y unas águilas de oro bajo, que traían al cuello. Estas cosas traían nadando a las barcas, porque aquel día ni otro los españoles no salieron a tierra. De todas ellas no quiso el Almirante que se tomase cosa, por disimulo dalles a entender que no hacían cuenta dello, (y cuando más dellas se mostraban menosprecio, tanta mayor cudicia e importunidad significaban los indios de contratar, haciendo muchas señas, tendiendo las mantas como banderas y provocándolos a que saliesen a tierra). Mandóles dar el Almirante cosas de rescate de Castilla; mas desque vieron que los cristianos no querían desus cosas y que ninguno salía e iba a contratar con ellos, todas las cosas de Castilla que habían recibido las pusieron liadas junto a la mar, sin que faltase la menor dellas, cuasi diciendo: "Pues no queréis de las nuestras, tomaos las vuestras", y así las hallaron todas los cristianos otro día que salieron en tierra.

Y como los indios que por aquella comarca estaban sintieron que los cristianos no se fiaban dellos, enviaron un indio viejo que parecía persona honrada y de estima entre ellos, con una bandera puesta en una vara, como que daban seguridad; y traía dos muchachas, la una de hasta catorce años, y la otra de hasta ocho, (con ciertas joyas de oro al cuello), el cual las metió en la barca, haciendo señas que podían los cristianos salir seguramente. Salieron, pues, algunos a traer agua para los navíos, estando los indios modestísimos y quietos y con aviso de no se mover, ni hacer cosa por donde los españoles tomasen ocasión de tener algún miedo dellos. Tomada el agua, y como se entrasen en las barcas para se volver a los navíos, hacíanles señas que llevasen consigo las muchachas y las piezas del oro que traían colgadas del cuello; y por la importunación del viejo lleváronlas consigo y era cosa de notar las muchachas no mostrar señal de pena ni tristeza, viéndose entregar a gente tan extraña y feroz, y de ellos en vista y habla y meneos tan diversas, antes mostraban un semblante alegre y honesto. Desque el Almirante las vido, hízolas vestir y dalles de comer y de las cosas de Castilla, y mandó que luego las tornasen a la tierra, para que los indios entendiesen que no eran gente que solían usar mal de mujeres; pero llegando a la tierra no hallaron persona a quien las diesen, por lo cual las tornaron al navío del Almirante, y allí las mandó aquella noche tener con toda honestidad, a bien recaudo. El

día siguiente, jueves, a 29 de setiembre, las mandó tornar en la tierra, donde estaban unos 50 hombres, y el viejo que las había traído las tornó a rescibir, mostrando mucho placer con ellas; y volviendo a la tarde las barcas a tierra, hallaron la misma gente con las mozas, y ellas y ellos volvieron a los cristianos todo cuanto se les había dado, sin querer que dello quedase alguna cosa.

Otro día, saliendo el Adelantado a tierra para tomar lengua y hacer información de aquella gente, llegáronse dos indios de los más honrados, a lo que parecía, junto a la barca donde iba, y tomáronlo en medio por los brazos hasta sentarlo en la hierbas muy frescas de la ribera; y preguntándoles algunas cosas por señas, mandó al escribano que escribiese lo que decían, los cuales se alborotaron de tal manera viendo la tinta y el papel y que escribían, que los más echaron luego a huir, creyóse que por temor que no fuesen algunas palabras o señales para los enhechizar, porque, por ventura, se usaban hechizos entre ellos; y presumióse, porque cuando llegaban cerca de los cristianos, derramaban por el aire unos polvos hacia ellos, y de los mismos polvos hacían sahumeros, procurando que el humo fuese hacia los cristianos, y por este mismo temor quizá no quisieron que quedase con ellos cosa de las que les habían dado de las nuestras.

Reparados los navíos de lo que habían menester y oreados los bastimentos y recreada la gente que iba enferma, mandó el Almirante que saliese su hermano el Adelantado con alguna gente a tierra para ver el pueblo y la manera y trato que los moradores dél tenían; donde vieron que dentro de sus casas, que eran de madera cubiertas de caña, tenían sepulturas en que estaban cuerpos muertos, secos y mirrados, sin algún mal olor, envueltos en unas mantas o sábanas de algodón; y encima de la sepultura estaban unas tablas y en ellas esculpidas figuras de animales y en algunas la figura del que estaba sepultado y con él joyas de oro y cuentas y cosas que por más preciosas tenían. Mandó el Almirante tomar algunos de aquellos indios, por fuerza, para llevar consigo y saber dellos los secretos de la tierra. Tomaron siete, no sin gran escándalo de todos los demás, y de los siete dos escogió, que parecían los más honrados y principales; a los demás dejaron ir, dándoles algunas cosas de las de Castilla, dándoles a entender por señas que aquéllos tomaban por guías y después se los enviarían. Pero poco los consoló este decir, por lo cual luego, al siguiente día, vino a la playa mucha gente y enviaron cuatro por embajadores al navío del Almirante; prometían de dar de lo que tenían y que les diesen los dos hombres, que debían ser personas de calidad, y luego trujeron dos puercos de la tierra, en presente, que son muy bravos, aunque pequeños. No quiso restituirles los dos presos el Almirante, sino mandó dar a los mensajeros que habían venido algunas de las bujerías

de Castilla y pagarles sus porquezuelos que habían traído, y salieron a tierra con harto desconsuelo de aquella violencia e injusticia de tomalles aquéllos por fuerza y llevárselos contra voluntad de todos ellos, dejando sus mujeres e hijos huérfanos. Y quizá eran señores de la tierra o de los pueblos los que detenían injustamente presos; y así, tuvieron de allí en adelante justa causa y claro derecho de no se fiar de ningún cristiano, antes razón jurídica para hacelles justa guerra, como es manifiesto.

**LA EXPEDICIÓN DE GIL GONZÁLEZ
A COSTA RICA Y NICARAGUA**

INTRODUCCIÓN

Pasaron veinte años después del Cuarto Viaje de Colón, antes de que los españoles se aventuraran por el territorio de Nicaragua. Fue necesario poblar antes el Darién, descubrir el océano Pacífico y explorar la costa hacia el oeste de Panamá.

Entre 1522 y 1523 una partida de cien españoles, al mando de Gil González Dávila, hizo una travesía a pie desde Chiriquí hasta las costas del lago de Nicaragua, mientras el piloto Andrés Niño exploraba el litoral del Pacífico del istmo centroamericano.

Rescatando oro y bautizando indios, el grupo avanzó por el presente territorio de Costa Rica, y a partir del golfo de Nicoya comenzó a encontrar tribus con evidentes características de las culturas mesoamericanas del norte, entre ellas las de lenguas chorotega y nahuateca. En las orillas del lago de Nicaragua fueron amigablemente acogidos por el cacique del mismo nombre, quien aparentemente aceptó las demandas de los conquistadores para recibir el bautismo y someterse al vasallaje del rey de Castilla, entregando además cierta cantidad de oro a los visitantes. Más adelante, sin embargo, los conquistadores se encontraron con la enconada resistencia del cacique Diriangén, quien les cortó el paso y obligó a regresar por la vía andada.

Un descubrimiento considerado entonces como notable fue el hallazgo de la Mar Dulce, como los españoles primeramente llamaron al gran lago de Nicaragua. Sospecharon que tenía salida hacia el Mar del Norte (Caribe), la que eventualmente facilitaría por un lado la comunicación con otras tierras ya conquistadas por los españoles, y por el otro el acceso a la Mar del Sur (Pacífico), obviando el paso a través del istmo de Panamá, o Castilla del Oro, donde gobernaba el codicioso Pedrarias Dávila.

La carta del capitán Gil González al emperador Carlos V —presentada a continuación— es la fuente más auténtica sobre la primera incursión de los españoles a Nicaragua, no obstante su estilo pesado y anticuada dicción, que hemos tratado de suavizar, para mejor entendimiento, sin atentar contra la fidelidad de su contenido.

Al momento de escribir la carta, en marzo de 1524, Gil se encontraba en la isla Española, dispuesto a reiniciar la incompleta conquista de Nicaragua. Tenía armada una flota para entrar de nuevo al país por la costa norte de Honduras, donde esperaba encontrar el desaguadero de la Mar Dulce. Ignoraba que para entonces otro conquistador, Francisco Hernández de Córdoba, actuando bajo las órdenes de Pedrarias, estaba batallando en Nicaragua y afianzando la conquista a favor de este usurpador, y que Hernán Cortés, por su lado, enviaba a Cristóbal de Olid para asegurar a sus dominios las riquezas auríferas de Honduras.

Enredado en disputas con los capitanes competidores y conjurado en la muerte de Olid, Gil fue remitido a España. Aunque el juicio lo absolvió de culpa, no pudo gozar del cargo como primer Gobernador de Nicaragua por haberle sorprendido poco después la muerte en aquella península.

II

Debemos al tesorero de la expedición, Andrés de Cereceda, la cuantificación de los logros materiales y morales que resultaron de la incursión de Gil González a Nicaragua, así como la única lista de los caciques o cacicazgos que, al tiempo de la conquista y en forma sucesiva, poblaban u ocupaban la región del Pacífico en amplio territorio que se extendía desde el oeste de Panamá hasta el sur de Nicaragua.

Durante la caminata de 224 leguas, que llevó a cabo desde finales de enero de 1522 hasta mediados de abril de 1523, Gil González visitó más de cincuenta caciques, nombrados por Cereceda en su inventario. Claramente se nota que aquellos que vivían en las regiones selváticas del sureste de Costa Rica aportaron muy poco oro, mientras los que ocupaban las tierras secas de Nicoya y Rivas entregaron la mayor contribución. Como estos últimos lugares no son productores del codiciado metal, es válido pensar que sus influyentes caciques lo obtenían por trueque con otras tribus que tenían acceso a los placeres auríferos, posiblemente en las regiones de Veragua, Tilarán, Chontales, Segovia y Olancho.

La cantidad de oro colectada por los españoles ascendió a 112,524 pesos oro. Aunque carecemos de elementos para traducir esa cantidad a su equivalente valor actual, valga decir, a manera de comparación, que con mil

de ellos Gil González logró comprar una carabela que lo transportó a la isla de Santo Domingo. Una quinta parte de la ganancia fue destinada a las arcas reales, según lo convenido, y enviada a España bajo la custodia del mismo Cereceda, quien llevó además la carta de su jefe al emperador, mapas y otras informaciones concernientes a la expedición.

Un aspecto íntimamente ligado al proceso de la conquista era la evangelización y bautismo de los indígenas. Para este efecto Gil González llevó consigo al fraile mercedario Diego de Agüero, que mojó la crisma con agua bendita a 32,264 nuevos conversos, a juzgar por la cuenta de Cereceda. Obviamente el sacramento no tenía gran validez, por cuanto fue realizado en forma masiva y después de una prédica que los indios no entendían. Posiblemente los indígenas lo aceptaban por obediencia a sus caciques, la mayoría de los cuales claudicaron tácitamente ante los términos del Requerimiento presentado por los españoles. En esta declaración se estipulaba, entre otras cosas, que el rechazo a la religión cristiana y al vasallaje de la corona española significaba guerra. La insincera conversión de los indios quedó demostrada cuando cinco años después otro fraile mercedario, Francisco de Bobadilla, recorrió los pueblos indígenas de Nicaragua, levantando una encuesta entre los caciques. Algunos de ellos respondieron al religioso que no se sentían cristianos y que habían olvidado hasta el nombre de pila que les habían puesto los primeros conquistadores.

III

La carta enviada por el capitán Gil González al Emperador Carlos V, más otros documentos referentes a la primera incursión española a los territorios de las presentes Costa Rica y Nicaragua, sumados a la información verbal que presentó el tesorero Andrés de Cereceda, fueron recogidos y comentados por Pedro Mártir de Anglería en ocho capítulos de sus célebres *Décadas* como "corresponsal pontificio" de los papas Adriano, León y Clemente.

El erudito y curioso fraile confirma y complementa con sus escritos la relación de Gil González, presentándola y comentándola en forma elegante y discreta, confiado en que las cartas, enviadas al arzobispo de Coehenza, serían leídas y apreciadas por el pontífice de Roma.

Tres son los asuntos novedosos que más importan en la narración de Anglería, casualmente aquellos que el cronista clasifica como "investigaciones ociosas", pero que podían llegar "a manos de los hombres estudiosos", a saber: la detallada argumentación que sobre temas cósmicos y religiosos sostuvo el capitán español con el cacique Nicaragua, de la cual se puede inferir buena parte de las creencias de los indígenas; la descripción de la

plaza y orfebrería del cacique, donde se labraban hachas y ornamentos de oro; y las referencias sobre los ritos sanguinarios y antropofagia ritual que practicaban aquellos pueblos, y que indudablemente los identifican como de herencia e influencia mexicanas, tal como lo confirmara después el cronista Juan de Torquemada.

IV

La narración del cronista Gonzalo Fernández de Oviedo sobre la expedición de Gil González a Nicaragua no añade sino pocas noticias a las tres versiones anteriores, en cuanto se refiere a la aventura en sí. No obstante, debido a que Oviedo inserta ciertas digresiones en su relato y es abundante en comentarios y pareceres personales, su narración al fin y al cabo enriquece la comprensión del proceso de la aventura del capitán Gil González y del momento histórico en que se llevó a efecto.

Aspecto importante en la versión de Oviedo es la presentación de los antecedentes sobre la expedición, como una consecuencia de la muerte de Vasco Núñez de Balboa, a quien estaba reservado el descubrimiento de Costa Rica y Nicaragua si el gobernador de Castilla del Oro, Pedrarias Dávila, no hubiera mandado a ejecutarle antes. Sin embargo, quedó el deseo de la exploración entre algunos pilotos y gente de Panamá que querían aprovechar los barcos que el infortunado Adelantado tenía hechos para continuar con el descubrimiento de la Mar del Sur en dirección al poniente.

El relato de Oviedo al respecto de la expedición de Gil González y de Andrés Niño es valioso como testimonio, no obstante que el cronista se encontraba entonces en España gestionando la remoción de Pedrarias de la gobernación de Castilla del Oro. Habiendo sin embargo vivido en Panamá poco antes del acontecimiento y, a su vuelta de la corte, radicado en Nicaragua, conoció todo el intríngulis de la expedición y tuvo trato con varios protagonistas que tomaron parte en la organización y conducción de la misma.

Sin ambages presenta Oviedo la conducta del gobernador Pedrarias que puso reparos a Gil González, no obstante tener éste autorización real para la exploración que lo llevaría a Costa Rica y Nicaragua y, después de verificada ésta, tratando de arrebatarle el oro obtenido durante la misma. También se refiere el Cronista de las Indias a la segunda expedición de Gil a Nicaragua, esta vez cuando venía por la costa norte de Honduras, para evitar al gobernador Pedrarias, y porque a lo largo de ese litoral esperaba encontrar la salida de las aguas de la Mar Dulce que había anteriormente descubierto. Oviedo describe el encuentro del capitán con los emisarios del otro conquistador de Nicaragua, Hernández de Córdoba, quien fuera enviado en el ínterin por Pedrarias a posesionarse de las tierras descubiertas por Gil González.

Inserta el cronista en medio de su narración una descripción del golfo de Nicoya, con las islas, producciones y las costumbres de sus habitantes, donde los barcos de Niño anclaron y Gil González tomó cuatro caballos y cien hombres para continuar su caminata por las ricas provincias de Nicoya y Nicaragua. También relata Oviedo los accidentes litorales que se encontraban entre los golfos de Nicoya y Fonseca, costa recorrida por Andrés Niño, sin que este piloto, descubridor de la bahía de Corinto y del golfo de Fonseca (y posiblemente de las costas de El Salvador y Guatemala), haya dejado más información que los autos de posesión que hiciera en ambos lugares a nombre de los soberanos españoles.

V

La narración de Francisco López de Gómara sobre la conquista de Nicaragua fue presentada en su "Historia General de las Indias", escrita unos 30 años después de acontecida, sin que para entonces la hazaña hubiera perdido veracidad o frescura, tal como la relata fielmente este religioso, quien fuera en España capellán y secretario del famoso conquistador de México, Hernán Cortés.

La narración, en efecto, está presentada en un estilo conciso, con agilidad y gracia, como si el autor tratase de hacer un brevario de lo escrito al respecto por los cronistas que le antecedieron. Hay en ella, sin embargo, pequeños detalles, aunque no significativos, que revelan que el autor usó, si no un poco de su imaginación al menos otros testimonios o fuentes que desconocemos, como se puede leer en los detalles que ofrece sobre el célebre diálogo sostenido entre Gil González y Nicaragua, en la reacción de Diriangén ante la intromisión de los conquistadores y en otras informaciones originales concernientes a la provincia de Nicaragua y a sus pobladores en general.

En la versión Gómara insiste en que el móvil de la expedición fue principalmente la búsqueda de aquel hipotético estrecho que permitiría, a través de la comunicación interoceánica, el acceso a las islas Molucas, ricas en especiería. Esta fue una de las razones por las cuales el capitán obtuvo la concesión y el favor real para emprenderla. El cronista fue siempre un convencido de la ventaja de abrir esa ruta al comercio, "para mayor gloria de España", como una vez escribiera al emperador Carlos V.

VI

La última relación detallada sobre el viaje de Gil González a Nicaragua y Costa Rica la ofrece Antonio de Herrera en su "Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano", escrita

a finales del siglo XVI. Como hábil copista supo extraer de los cronistas que le precedieron buena parte del material con que elaboró su obra; la intención del calco es notoria en algunas partes de la misma, siendo posible, por ejemplo, leer el texto a la par de la versión dada por Gómara.

No obstante la falta de originalidad del historiador Herrera, la concatenación que hace—en la parte que corresponde a la conquista de Nicaragua—de los hechos que siguieron, proporciona a los lectores un sentido de continuidad para entender esa época y proceso, sobre lo cual volveremos a insistir más adelante en esta presentación de documentos primarios sobre los descubrimientos.

I.- CARTA DEL CAPITÁN GIL GONZÁLEZ DE DÁVILA AL REY
DE ESPAÑA, DÁNDOLE CUENTA DEL DESCUBRIMIENTO
DE LOS TERRITORIOS DE COSTA RICA Y NICARAGUA*

Muy alto y muy poderoso católico príncipe Rey y Señor.

Esta será para que vuestra majestad sepa como loores a Nuestro Señor y su gloriosa Madre yo llegué a Panamá, que es en la Mar del Sur de tierra firme, de vuelta del descubrimiento que vuestra majestad me mandó hacer, a cinco días de junio del año pasado de quinientos veinte y tres años, con ciento doce mil pesos de oro, la mitad de ello muy bajo de ley, que los caciques de la costa al poniente dieron de servicio para vuestra majestad, y dejo tornados cristianos 32,000¹, y tantas ánimas así mismo de su voluntad y pidiéndolo ellos, y quedan andadas por mar desde la dicha Panamá de donde partimos 650 leguas al poniente y en este cometido quedan descubiertas por tierra que yo anduve a pie 224 leguas², en las cuales descubrí grandes pueblos y cosas hasta que topé con la lengua de Yucatán³ y soy venido a la isla Española donde con Andrés de Cerezeda, tesorero de esta dicha armada envió a vuestra majestad diez y siete mil pesos de oro de ley que le cupieron,⁴ desde diez y ocho quilates hasta doce, y de otro oro de hachas más bajo quince mil trescientos sesenta y tres pesos, que dice el fundidor de tierra que halló que tenía doscientos maravedíes de oro cada peso, como parece por la fe del mismo fundidor que con ésta envió, de más de otros seis mil ciento ochenta y dos

* (Archivo General de Indias, Sevilla. Patronato 26. Ramo 17. Reproducido de los Documentos para la Historia de Nicaragua, Madrid, 1954).

¹ Indios bautizados durante la expedición.

² Desde Chiriquí en Panamá, hasta el río Ochomogo en Nicaragua.

³ Se refiere mas bien a los grupos chorotegas y nicaraos cuyas lenguas eran afines con algunas que se hablaban en México.

⁴ El quinto real, o quinta parte del oro obtenido, era destinado a la Corona.

pesos de cascabeles que dicen que no tienen ley ninguna. Lo cual todo va repartido en las cinco naves que ahora van como vuestra majestad lo tiene mandado en estas partes. Y si vuestra majestad quisiere saber lo que en este medio tiempo me ha sucedido y lo más breve que he podido sacar de la Relación general de todo el viaje, suplico a vuestra majestad mande leer lo que se sigue:

Después de hechos otros navíos en la isla de las Perlas,⁶ porque los cuatro primeros que se hicieron en la tierra firme cuarenta leguas en un río arriba se perdieron, como a vuestra majestad en las cartas antes de ésta escribí, quedome tan poca gente y tan flaca de trabajos de haberlos hecho que no osaba partir con ella y después de haber ido a Panamá donde estaba Pedrarias a pedirle y requerirle de parte de vuestra majestad que dejase ir conmigo alguna gente de la que conmigo quisiese ir, como por los requerimientos que con ésta envió, pareciera nunca haber hallado en él la salida, ni respuesta que para ésto convenía, me volví a la dicha isla de las Perlas que es en la mar doce leguas frontero de Panamá y de ahí partí a hacer el descubrimiento que vuestra majestad me mandó hacer por la mar del sur al poniente, en veintiuno de enero del año (mil) quinientos veintidós.

Ya que teníamos navegadas cien leguas por la costa al poniente, avisáronme los marineros que toda la vasija del agua estaba perdida, que no sostenía ninguna agua y tal que no se podía remediar sin hacer otra y según pareció ser la causa no ser los arcos de hierro y también me avisaron que los navíos estaban muy tocados de broma.⁷ Por esto fue forzado sacar en tierra todas las cosas de los navíos y a ellos mismos para adobarlos y hacer otra vasija de nuevo con arcos de hierro, que no fue poca osadía según la parte donde estaba.⁸ Pues sacados los navíos y la fragua y herreros, para hacer los arcos y los aserradores para la madera, despaché un bergantín a Panamá, donde Pedrarias estaba, por pez para brear los navíos. Pues como yo con la gente aunque poca no me pudiese sostener allí donde los navíos estaban por falta de mantenimientos y por no.... (roto)... a los marineros que habían de guardar los navíos, lo que había, y a los oficiales que trabajaban en hacer la vasija, fue necesario meterme la tierra adentro con hasta cien hombres, aunque en ellos había harta hijada para sostenerme con ellos en tanto que la pez venía y se hacía la vasija.

Caminando yo siempre por la tierra adentro al poniente, metido algunas veces tan lejos de la costa por hallar poblado donde me sostuvie-

⁶ Situada en el golfo de Panamá o San Miguel.

⁷ Un molusco que perfora el casco de los barcos.

⁸ En la costa de Chiriquí.

se, muchas veces me hallé arrepentido. Dejé mandado a Andrés Niño, que con los navíos quedaba, que una vez venida la pez y adobados y hecha la vasija para el agua, que se viniesen la costa abajo al poniente y que andadas ochenta o cien leguas, si llegaba antes que yo, me esperase en el mejor puerto que por la comarca hallase, porque así lo haría yo si llegase primero.

Y andando yo en este medio tiempo por la tierra adentro, sosteniéndome y tornando cristianos muchos caciques e indios, a causa de pasar los ríos y arroyos, muchas veces a pie y sudando, sobrevínome una enfermedad de tullimiento en una pierna, que no podía dar un paso a pie, ni dormir las noches ni los días de dolor, ni caminar, puesto que me llevaban en una manta atada en un palo muchas veces indios y cristianos en los hombros, de la cual manera caminé hartas jornadas. Pero por causa de caminar de esta manera, me era el caminar muy dificultoso y por las muchas aguas que entonces hacía, que era invierno, hube de parar en la casa de un cacique muy principal, aunque con harto cuidado de vernos.

El cacique tenía su pueblo en una isla que tenía diez leguas de largo y seis de ancho, la cual hacía dos brazos de un río, el más poderoso que yo haya visto en Castilla (del Oro),¹ pueblo donde tomé la casa del cacique por posada y era tan alta como una mediana torre hecha a manera de pabellón, armada sobre postes y cubierta con paja, y en medio de ella hicieron para que yo estuviese una cámara, para guardarme de la comunidad, sobre postes, tan alta como dos estados.

A los quince días que llegué llovió tantos días que crecieron los ríos tanto que hicieron toda la tierra una mar y en la casa donde yo estaba, que era lo más alto, llegó el agua a dar a los pechos a los hombres. Al ver ésto la gente de mi compañía, uno a uno, me pidieron licencia para irse fuera del pueblo, a valerse en los árboles alrededor y quedé yo con la gente más de bien, en esta gran casa, esperando lo que Dios quisiese hacer, creyendo que no bastaría el agua para derribarla. Y estando ellos y yo a la medianoche con harta sospecha y temor de lo que acaecía, teníamos en lo alto de la casa por dentro una imagen de Nuestra Señora y una lámpara de aceite que la alumbraba, y como la furia del agua creciese mientras más llovía, a la medianoche quebraron todos los postes de la casa y cayó sobre nosotros y derribó la cámara donde yo estaba y quedé yo, con unas muletas que traía, de pies encima de la dicha cámara, el agua en los muslos, y llegaron las varas de la techumbre al suelo, y quedaron los compañeros el agua a los pechos sin tener parte por donde resollar. Plugo

¹ El río Térraba, al sureste de Costa Rica.

a Dios, por quien él es, que con cuanto golpe la casa hizo al caer, no se murió la lámpara que teníamos delante de la imagen de Nuestra Señora, y fue la causa que como la casa dió sobre el agua y vino poco a poco sin dar golpe en el suelo, no hizo fuerza para que la lámpara se muriese.

Como quedamos con lumbré púdose hallar manera con que saliésemos de allí, y fue que rompieron con una hacha la techumbre de la casa y por allí salieron los compañeros que conmigo se habían quedado, y a mí me sacaron en los hombros, que los otros todos, el día antes, se habían ido con mi licencia a salvarse a los árboles y sus indios que traían de servicio. De esta manera me llevaron dando voces para que los compañeros nos pudiesen oír y juntarnos con ellos. Ya que nos juntamos pusiéronme en una manta atada con dos cordeles a dos árboles, y allí estuve hasta la mañana, lloviendo lo posible. Allí estuvimos dos días hasta que el agua menguó y tornaron los ríos a sus madres. Y por si otra vez tornasen a crecer de la misma manera, hicimos hacer yo y todos, en los árboles, con varas, a manera de sobrados y tejados con rama y hojas, de manera que teníamos luego en ellos los dichos sobrados y otras dos veces nos venimos huyendo.

Quedó toda la tierra tan enlamada y tan llena de árboles caídos y atravesados, que los ríos trajeron, que a gran pena los compañeros podían andar sobre ella. Allí se nos perdieron muchas espadas y ballestas, y vestidos y muchas rodelas, de cuya causa hice hacer muchas adargas de algodón bastado para los compañeros, en lugar de las rodelas perdidas, y también para los cuatro de a caballo que después de juntado con los navíos saqué a tierra.

Pues como así mismo el agua nos llevase los mantenimientos, fueron forzados ir a buscar donde hubiese que comer y como nuestro fin fuese volver a la costa de la mar, que había diez leguas hasta ella, y por tierra no podíamos ir, fue forzado hacer balsas de maderos grandes y atados unos sobre otros, puesto encima nuestro fardaje y los indios que nos servían, fuímonos en ellas el río abajo hasta llegar a la mar, que seríamos más de quinientas ánimas, y de ventura como algunos compañeros llegaron de noche, arrebatólos la corriente del río y sacólos a la mar a media noche, metiéndolos la resaca muchas veces debajo del agua. Al siguiente día desde la costa los veíamos dos leguas la mar adentro, que como la menguante de la mar los llevó, la creciente los tornaba hacia tierra con todo. Yo mandé luego que en otras balsas pequeñas saltasen hombres sueltos nadadores y fueron allá y los trajeron, a los cuales ayudaron tales que ya se dejaba de ayudar, plugo a Dios, por quien él es que no se perdió ninguno.

Una vez recogidos, caminé por la costa de la mar al poniente hasta que llegué a un golfo que se llama el golfo de San Vicente,* que es donde hallé a Andrés Niño, que acababa de llegar con los navíos adobados y la vasija del agua hecha; y vistos pensé embarcarme en ellos y hacer el descubrimiento con los marineros, porque no tenía pierna para andar por tierra, a caballo ni a pie, y dejar a un teniente mío en tierra con los hombres que yo traía; y como la gente de mi compañía lo supo comenzó a sentir soledad, pensando quedar sin mí, porque en la verdad ya habíamos comenzado a topar mayores caciques, y visto yo ésto y considerando que tenían razón, envié a mi teniente con Andrés Niño y a otros dos pilotos juramentados para que midiesen y contasen las leguas que se andaban en el dicho descubrimiento, y yo quedé con mis cien hombres y cuatro caballos prosiguiendo mi descubrimiento por tierra y por la costa al poniente, porque aquella era la verdad para que vuestra majestad fuese servido, como lo fue con pensamiento de pacificar los caciques que topase y hacerlos vasallos de vuestra majestad por manera de bien, y a los que no quisiesen, hacerlo hacer por fuerza como lo hice.

Pues partidos los dos navíos a descubrir y dejados otros dos en dicho golfo de San Vicente para que a los descubridores de por mar y de por tierra nos esperasen allí con 11,000 castellanos de oro que ya teníamos, yo partí por tierra haciendo muchos caciques amigos y vasallos de vuestra majestad y tornándose todos cristianos muy de su voluntad y llegué a un cacique que se llama Nicoya, el cual me dió de presente 14,000 castellanos de oro y se tornaron cristianos muy de su voluntad 6,000, y tantas personas con él, y sus mujeres y principales quedaron tan cristianos en diez días que estuve allí que cuando me partí me dijo el cacique que pues el ya no había de hablar con sus ídolos que me los llevase. Y dióme seis estatuas de oro de grandura de un palmo y me rogó que le dejase algún cristiano que le dijese las cosas de Dios. Lo cual yo no osé hacer por no aventurarle y porque llevaba muy pocos.

Como hube andado cincuenta leguas tuve nueva de un gran cacique que se llama Nicaragua y muchos indios principales que conmigo llevaba me aconsejaron que no fuese allá porque era muy poderoso, y aún muchos de los compañeros que iban conmigo me aconsejaban lo mismo, pero la verdad es que yo iba determinado de no volver atrás hasta hallar quién me estorbase por fuerza de armas de ir adelante, y como llegué una jornada antes de su pueblo envié a decir lo que a los otros cacique solía. Y es que yo era un capitán que el gran rey de los cristianos enviaba por aquellas partes a decir a todos los caciques y señores de ellas que supiesen todos que en el cielo más arriba del sol hay un Señor que hizo todas

* A la entrada del golfo de Nicoya.

las cosas y los hombres, y que los que esto creen y lo tienen por Señor y son cristianos, cuando mueren van arriba donde él está, y los que no son cristianos van a un fuego que está debajo de la tierra, y que a todos los señores y caciques de atrás hacía donde el sol nace lo había dicho, y todos lo creen así, y lo tienen por Señor y son cristianos y quedan vasallos del gran Rey de Castilla y que a todos los caciques y señores de do hacia el sol se pone lo había de decir, porque este mismo Dios así lo manda. Que estén en su pueblo él y sus indios y que no haya miedo, que yo le diré otras cosas muy grandes de este mismo Dios que habrá placer de saberlas, y que si esto no quisiere hacer, ni ser vasallo del gran rey de los cristianos, que se salga al campo de guerra que yo seré con él otro día.

Este mismo día en la tarde unos espingarderos que llevaba, probando la pólvora, pusieron fuego a su posada y a la mía y quemáronse a ellos mismos, que fueron tres, que no fue poca turbación entre los compañeros por ser en víspera de tal día como esperábamos; por allí se dijo a todos lo que convenía y quedaron con harto menos escándalo, los cuales dejé allí a curar y un otro hombre con ellos.

Al siguiente día, como yo llegué una legua de su pueblo, hallé cuatro principales y los míos que me dijeron que el cacique me esperaba en su pueblo, de paz; y llegado aposentóme él mismo en una plaza y casas de alrededor de ella y luego me presentó parte de quince mil castellanos que en todo me dió, y yo le dí una ropa de seda y una gorra de grana y una camisa mía y otras muchas cosas de Castilla. En dos o tres días que se le habló de las cosas de Dios, vino a querer ser cristiano él y todos sus indios y mujeres, en que se bautizaron en un día 9,017 ánimas chicas y grandes y con tanta voluntad y tanta atención que digo verdad a vuestra majestad que vi llorar algunos compañeros de devoción y diciendo los primeros a ellos y a ellas aparte, como Dios es testigo, que este Dios que hizo todas las cosas no quiere que nadie se torne cristiano contra su voluntad, y con todo esto dijeron que querían ser cristianos y cristianas. Aquí estuve ocho días y puse dos cruces como en los otros pueblos traía de costumbre, una muy grande en unos montones grandes de gradas que en cada lugar en la plaza hay, que sin duda no parece sino que los mismos montones están pidiendo las cruces, y dejé otra en su mezquita, que él mismo la llevó en sus manos a que allí se pusiese, y quedó encima de un altar atada por pie y hecho un monumento de mantas pintadas y muy devota.

Pasados los ocho días me partí a una provincia que está a seis leguas adelante, donde hallé seis pueblos legua y media y dos leguas uno de otro, de dos mil vecinos cada uno, después de haberles enviado a decir el mensaje y cosas que a este cacique Nicaragua (*dije*), y aposentándome en un

pueblo de ellos, y después de venirme todos los señores de ellos a ver y héchome presente de oro y esclavos y comida, como es su costumbre, y como ya ellos sabían que Nicaragua y sus indios se habían tornado cristianos, casi sin hablarse lo vinieron a quererlo ser, y cada día se venía a bautizar un señor de cada pueblo con su gente y hecho ésto venían cada día a decirme que fuese el clérigo* a sus pueblos a hablarles de Dios, y así se hacía y madrugaban los del un pueblo y del otro para (ver) cuál le llevaría antes.

Estando en medio de esta buena obra ya dicha, parece que supieron de mi otros caciques grandes que estaban más adelante, y debían saber lo que los otros caciques hacían conmigo, y uno de ellos que se dice Diriangen vínome a ver de esta manera: Trajo consigo hasta quinientos hombres, cada uno con una pava o dos en la mano, y tras ellos diez pendones, y tras ellos diez y siete mujeres, todas casi cubiertas de patenas de oro y doscientos y tantas hachas de oro bajo, que pesaba todo diez y ocho mil castellanos, y más atrás cerca de sí y de sus principales venían cinco trompetas, y en llegando cerca de la puerta de mi posada tocaron un rato y acabado entraron a verme con las mujeres y el oro. Mandeles preguntar que a qué venían y dijeron que a ver quien éramos, que les habían dicho que éramos una gente con barbas y que andábamos encima de unas alimañas, que por ver quien éramos y lo que queríamos venía a vernos, yo mandé a la lengua que les dijese todo lo que se había dicho al cacique Nicaragua, y ellos respondieron que todos querían ser cristianos. Preguntes que cuándo querían bautizarse, dijeron que ellos vendrían dende a tres días a ello, y como al diablo no le place de la salvación de los hombres, hízolos mudar propósito y también creo que fue la causa vernos tan pocos.

Al tercer día que dijeron, habiendo ido el clérigo con el mejor caballo que teníamos y dos compañeros valientes hombres a predicar a unos pueblos vecinos, estando todos algo descuidados de cosa de guerra, sábado diez y siete de abril, a medio día, con la mayor siesta del mundo, dan sobre nosotros tres o cuatro mil indios de guerra, armados a su manera, de jubones bastados de algodón y armaduras de cabeza, y rodela y espadas y otros arcos y flechas y varas, y quiso Dios, por quien él es, que un tiro de ballesta antes que llegasen al lugar, un indio del pueblo donde estábamos, los vió venir y me avisó, y lo más presto que pude cabalgué en uno de los tres caballos y recogí todos mis compañeros a la plaza, delante de mi posada, poniendo la tercia parte a las espaldas y alrededor de ella, porque como eran muchos temí que nos cercasen la casa y le pusiesen fuego. Y como los indios llegaron de golpe a la plaza, arremetieron a nosotros

* Diego de Agüero, fraile mercedario.

y nosotros a ellos, y como a manera de torneo se dieron los nuestros y ellos tantos golpes que estuvo cosa un rayo en peso sin que nadie supiera cuya era la victoria. Después de habernos derribado seis o siete hombres en el suelo heridos y llevarnos un hombre en peso, vivo, sin quererlo matar a lo que parecía, habiendo yo arremetido con los caballos y andando entre ellos pusiéronse en huída; y seguido el alcance por los nuestros y acuchillándolos de pie los que podían, y los de caballo alanceando los que topábamos, los echamos fuera del pueblo. Allá en el campo, yo que tenía el mejor de los rocines, aunque tan mal aderezado de cosas de la jineta que certifico a vuestra majestad que traía las espuelas de palo, y uno de los otros ninguna, seguí algo más el alcance que los otros, y después de haberme cansado, alanceando los que a una parte y a otra hallaba, acordéme que era gran yerro dejar mi gente tan lejos y vuelto sin duda a la vuelta eran tantas las varas y las piedras y garrotes y flechas y varas que los indios me tiraron, que lo tuve por peor que cuando de la plaza los echamos. En fin, que cuando topé los delanteros de mi compañía, que era fuera ya del pueblo, no consentí que nadie pasase adelante porque me pareció que si en el campo nos tuviesen verían que éramos tan pocos que osarían volver sobre nosotros y que no bastaríamos con ellos, y aún también se me acordó que quedaba la posada sola, con el oro y la ropa, y que los del pueblo podría ser que no nos fuesen leales y que viéndonos fuera nos robasen. Y por ésto, lo más presto que pude, traje mi gentecilla, aunque en ánimos más que gente, a ponerla otra vez en orden delante de mi posada, porque si volviesen nos hallasen alertados y, según lo que pareció, ellos hubieron por bien de no volver y creo sin duda que lo causó porque ellos tienen de costumbre cuando pelean de no dejar ningún herido ni muerto en el campo y de hallarse embarazados con los muertos y heridos no tuvieron manera de volver.

Pues estando todos delante de mi posada, apercibiéndonos para si otra vez tornasen, el clérigo nunca era venido, ni los compañeros que con él habían ido, y como el pueblo a donde habían ido era hacia la parte donde los indios vinieron, sin duda creímos todos que los habían muerto de camino cuando vinieron, pero por satisfacernos, escribí una carta con un indio de los del pueblo donde yo estaba, en que le decía lo que pasaba, y vista mi carta luego vino, de lo cual todos los compañeros recibieron mucho placer, porque era su padre de confesión, pues recogidos todos, como la gente aún hasta allí había llegado contra su voluntad y como digo arriba murmurando de mí. Luego me dijeron todos que no debería dar un paso más adelante, porque era más (*importante*) poner en cobro lo ganado que ganarlo de nuevo, y yo, de ver toda la gente con esta opinión, tomé a los oficiales de vuestra majestad y quise que ellos y toda la gente más principal de toda la compañía dijese sus dichos acerca de ello, los cuales todos dijeron que era conocida locura pasar adelante y que Dios ni vues-

tra majestad no se serviría de ello; los cuales dichos con ésta (*carta*) envió a vuestra majestad, porque sin duda yo quería que esa noche fuéramos a dar en ellos, aunque después de vista la flaqueza de nuestra gente y los heridos y el oro (*que*) se aventuraba, porque había de quedar allí, y de los del pueblo no teníamos seguridad, y con este parecer me torné de allí con pensamiento que vuelto a tierra de cristianos, aunque estaba bien lejos, podría tomar alguna más gente y caballos y tornar a castigar y hacer de paces aquella gente.

Pues como el gran cacique Nicaragua por donde yo había pasado supiese que yo me venía, después de haber peleado con el otro Diriangen y sus valedores, y supiese que llevábamos cantidad de oro, pensó él y los suyos tomárnoslo y matarnos, según lo que después pareció que por muy extenso va sabida la verdad de ello. Yo también, sospechoso de lo que él pensaba por los indicios y muestras que todos veíamos al pasar por su pueblo, puse esa poquilla de gente que traía, que era hasta sesenta hombres sanos, en la mejor orden que me pareció, e hice un escuadrón y metí dentro de él toda la gente flaca y el oro y las cargas de nuestra comida y hacienda, y en las cuatro esquinas cuatro de (*a*) caballo que éramos y cuatro espingarderos, y de esta manera pasé por el pueblo a las once del día.

Ya que estábamos fuera de él, comienzan indios a venir y decir a los indios que nos llevaban las cargas que las soltasen y huyesen con ellas, y tanto les sufríamos esto por no quebrar con ellos, que se ponían en querer sacarnos los indios con las cargas del escuadrón, de lo que recibíamos mucho daño, y visto esto mandé a algunos ballesteros que los tirasen y, como hirieron algunos, súbitamente comienzan a salir gente con armas y de guerra del pueblo. De ver el negocio en tal estado dije al tesorero y a los que llevaban el oro con él a cargo y el mantenimiento y otras cargas que anduviesen lo que pudiesen, y mandé a los tres caballos que quedasen conmigo en la rezaga, y algunos peones ballesteros y rodeleros y los cuatro espingarderos, que fueron todos ellos los que pudieron quedar hasta trece y los cuatro de caballo, que fueron diez y siete. La gente que del pueblo salía era innumerable y mucha parte de ellos con arcos y flechas, y comienzan a llegarse a nosotros con la mayor grita del mundo, tirando flechas, y los de caballo haciendo algunas vueltas sobre ellos y alanceando algunos, y otras veces los ballesteros hiriendo los que más se allegaban; fuimos de esta manera hasta que el sol se quería poner por un llano, donde nos acaecieron muy aventurados trances, especialmente al pasar de los arroyos, porque aún de los cuatro de a caballo el uno de ellos, yaún los dos, lo más del tiempo entendían en tomar dolientes de la rezaga y pasar a la delantera, y el otro en alancear los indios que soltaban las cargas. Como vieron que antes perdían gente que la ganaban, y no salían con lo que querían, venida ya casi la noche ellos dijeron que querían paz,

y yo de ver que estábamos todos tan cansados se las otorgué, y dejadas las armas, tres principales de ellos, mandada a quedar toda la otra gente, me vinieron a hablar y era su fin, desde que no pudieron salir con su intención, disculparse diciendo que Nicaragua ni los suyos no tenían culpa de aquello, sino que la gente de otro cacique que estaba en aquel pueblo, que se llama Zoatega, que yo no había visto cuando pasé por allí, había hecho aquello. Yo les respondí que yo conocí muchos y principales en la batalla de los de Nicaragua, a lo que no tuvieron qué responderme. Plugo a Dios y a su bendita Madre que ningún hombre ni oro perdimos, ni vino nadie herido, excepto mi caballo de una flecha, menos lo que le faltaba, pues como los más de los indios que nos traían las cargas eran del mismo Nicaragua, que a la pasada me los había prestado para llevar las cargas, con lo que les decían los que nos hacían la guerra, casi todos soltaron las cargas y se perdió mucha ropa de los compañeros, por manera que hubo algunos que quedamos sin vestidos y sin comida de ellos, por guardar la rezaga y de ellos por guardar el oro.

Esa noche puse en orden la gente, así los dolientes y heridos que traíamos, como la gente sana para que aunque otro día tornasen los indios a salirnos al camino pudiésemos andando defendernos y ofenderlos, y hecho ésto bien se puede creer que sin dormir. A medianoche con la luna me partí porque tuve nueva que había un paso que desde el pueblo había otro camino para él, donde podían (*los indios*), tomándole primero que nosotros, hacernos mucho daño; y puestos en esta orden caminé esa noche y todas las otras y los días hasta que llegué al golfo de San Vicente, donde nos despartimos yo y Andrés Niño, cuando fue a descubrir, y hallé que había ocho o diez días que eran venidos y que habían descubierto trescientas cincuenta leguas del golfo de San Vicente al poniente, y que por causa de la falta de los navíos y aún de agua no pasaron adelante, como ví por los autos que acerca de ésto se hicieron, que por ante escribano pasaron, los cuales con ésta envió.¹¹ Llegaron por la costa hasta ponerse en diez y siete grados y medio, y puede vuestra majestad creer que Andrés Niño en esta jornada ha trabajado hasta ahora muy bien y con mucha voluntad.

Vuestra majestad ha de saber que este pueblo de este cacique Nicaragua está la tierra adentro tres leguas de la costa de esta mar del sur, y junto a las casas de la otra parte está otra mar dulce¹² y digo mar porque crece y mengua y los indios no saben decir que por aquella agua vayan a otra salada, sino que todo lo que ellos han andado por ello a una parte

¹¹ Niño fue descubriendo la costa hasta Tehuantepec; los autos que se conocen son las tomas de posesión de la bahía de Corinto y del golfo de Fonseca.

¹² El lago de Nicaragua.

y a otra es dulce. Yo entré a caballo en ella y la probé y tomé la posesión en nombre de vuestra majestad. Preguntado a los indios si esta mar dulce se junta con la otra salada dicen que no, y cuanto nuestros ojos pudieron ver todo es agua, salvo una isla que está dos leguas de la costa,¹⁴ que dicen que está poblada; el tiempo no dió lugar acá a saber otra cosa más de que yo mandé entrar media legua por el agua una canoa en que los indios navegan, para ver si el agua corría hacia alguna parte, sospechando que fuese río, y no le hallaron corriente. Los pilotos que conmigo llevaba certifican que sale a la mar del norte, y si así, es muy gran nueva porque había de una mar a otra dos o tres leguas de camino muy llano.

Llegado yo al golfo de San Vicente hallé que el navío mayor de los cuatro que teníamos no se podía tener encima del agua y en los otros y en canoas de indios me embarqué con toda la gente, aunque con harta aventura, y vine mediante Dios a Panamá con harto riesgo por la falta de los navíos, adonde hice fundir el oro conforme a la instrucción que vuestra majestad me mandó dar. En todo cuanto me ha sucedido de cuidado sirviendo a vuestra majestad en esta jornada no he recibido tanto trabajo como en pesar la gente que traje de Castilla por tierra firme a la mar del sur, y sostenerlos conmigo casi dos años, que aquí me detuve haciendo dos veces los navíos, y esos pocos de compañeros que me quedaron fue bien menester gastar con ellos de mi hacienda y joyas y aún partir con ellos de la parte que vuestra majestad me manda que gane en esta armada y a otros prestar de mis dineros con los cuales hartos se me huyeron, sólo porque lo gastado por vuestra majestad en esta armada no se perdiese y también por salir yo con lo comenzado.

Yo Señor quedo de aquí con pérdida de dientes y de parientes, porque perdí dos sobrinos que murieron de enfermedades, que me quitaban de harto trabajo y con harta flaqueza de persona. Suplico a vuestra majestad me mande hacer merced de alguna ayuda de costas, porque diga más con vuestra majestad que cada que conmigo que la pido y sea librada en las partes donde yo voy, y mande librar a mi mujer en Sevilla el salario de capitán que se me debe, con que mis hijos se críen y aprendan.

Todas las cosas de Yucatán habemos topado, así en casas como en ropa y armas, por donde está cierto que por esta mar del sur tiene vuestra majestad descubierto tanto al levante como al poniente, como por la mar del norte.

Vuelto a Panamá dije a Pedrarias con el tesorero de vuestra majestad, Alonso de la Puente, lo que cerca de ésto pasaba, y que si me quería dar él ayuda y socorro que en la tierra había, que con esa poca gente que

¹⁴ Ometepe.

yo traía yo volvería a castigar la traición que estos caciques me habían hecho y a hacerlos de paz. Y respondiome que si lo quería ir a hacer como su teniente y en su nombre que me lo daría, de lo cual yo no quedé poco corrido, porque me pareció a mí que siendo yo capitán de vuestra majestad, en cuyo nombre se lo pedía, que era conocida bajeza aceptarlo sin la diferencia que de su linaje al mío hay, y sobre ésto pasé con él otras cosas que serían largas para escribir.

El dicho Pedrarias, a la sazón que yo llegué a Panamá, me dijo que él estaba por enviar a descubrir por la otra costa de Panamá al levante, que de allá tenía él mayores nuevas que yo traía, y como fui avisado de los que conmigo vinieron y de mí de la riqueza de las tierras y pueblos que yo había hallado, dejó lo otro y ha enviado gente de la suya y a la que yo traje a ellos. Yo le requerí no la enviase sin consultar a vuestra majestad, porque de la manera que los pueblos quedaban no convenía y demás de todo porque eran cristianos y les dije en el requerimiento muchas razones por donde no había de enviar allá, a las cuales no tuvo respeto, puesto que vistas y oídas toca bien al servicio de Dios y de vuestra majestad, como podrá mandar ver por el mismo requerimiento que le hice, que con ésta envió, y hago saber a vuestra majestad que una de las principales cosas que le hizo osar a Pedrarias enviar gente a aquellas tierras que yo dejo descubiertas y de paz, fue que incitó a los oficiales de vuestra majestad que se juntasen con él a ser armados y ellos de ver el gran interés lo aceptaron, usando conmigo el dicho Pedrarias de muchas malacrianzas.

Pues como yo ví que por la vía del socorro de Pedrarias no podía tornar a castigar y pacificar aquellos dos caciques, yo y los oficiales de vuestra majestad nos despachamos de Panamá y la salida de la tierra firme con mucha brevedad por dos cosas. La una por hacer saber a vuestra majestad lo que se había hecho y descubierto hasta entonces y lo que sobre ello pensaba hacer, y la otra por venir a la isla Española a procurar con los jueces y oficiales de vuestra majestad me diesen lugar para sacar de aquí la gente y caballos que fuese menester para ello, lo cual viendo ellos como vuestra majestad se servía de ello lo aceptaron. Y porque de mi ida a Castilla sin más no se ganaba, sino hacer tornar a gastar dineros a vuestra majestad para tornar a armar de nuevo, porque por ser la cosa cual es, no se sufre otra cosa, y para avisar a vuestra majestad de lo que pasa mi carta bastaba.

Porque visto un capítulo de mi instrucción vuestra majestad manda que trabaje mucho por saber si hay estrecho de una mar a otra y que procure que lo que yo descubriere por la mar del sur tenga salida a la mar del norte, y porque volviendo desde aquí de la Española al golfo de las

Higueras,¹⁴ que es el paraje de la mar dulce que yo hallé, se podrá saber la duda de todo, yo me parto mediante Dios con cincuenta de (a) caballo y trescientos hombres, donde pienso presto dar aviso a vuestra majestad de grandes riquezas y nuevas; y para que vuestra majestad mejor esté (*informado*) de ello, envío esta figura que nuevamente ahora se ha hecho, la más verdadera que se ha podido hacer por los pilotos que lo han navegado.

Visto los reveses y estorbos que a mi salida y de los oficiales de vuestra majestad se procuraba en tierra firme, se compró de la hacienda de vuestra majestad una carabela por mil castellanos de oro, para salir de la tierra con el oro, y dar esta cuenta a vuestra majestad, y a poner en efecto esto que digo, y no fue tan espaciosa la salida y la embarcada que no fue a la mayor prisa que pudo ser y vista por el gobernador y oficiales de vuestra majestad el punto de nuestra partida, se pusieron en requerirnos que no se trajese el oro todo en aquel navío porque venía a peligro por ser uno, y yo les respondí que a mayor peligro quedaba en su poder, como creo realmente que queda la veintena que vuestra majestad me mandó dejar allá, y como esto no bastó y nos vió partidos al (*puerto de*) Nombre de Dios, a la costa del norte donde la carabela estaba, se partió el dicho gobernador luego tras nosotros a muy gran prisa, y llegando a dos leguas del Nombre de Dios fui avisado de su venida y a la hora nos embarcamos con el oro e hicimos vela para esta isla Española.

Pues llegado a esta ciudad de Santo Domingo de la Isla Española, con este cuidado y deseo de buscar por esta mar del norte entrada a aquella mar dulce, que yo descubrí yendo por la otra costa del sur, para que aquellos grandes pueblos y aquella tierra se pueda gobernar y visitar desde Castilla, y que aunque el estrecho de agua de una mar a otra no se hallase, que hallando la mar dulce que salga a la del norte hay tres leguas de una mar a otra, las dos de tierra muy llana que se puede andar sin carretas, y la otra legua de tierra que aunque no es como las dos leguas no se dejara de acarretar, es bastante estrecho para gozar de la especiería por este camino, porque por la parte que yo fui a descubrirlo que es por donde está Pedrarias no se puede desde Castilla aquellos pueblos ni tierra proveer, por estar la tierra en medio y hay de allí a la mar dulce doscientas cincuenta leguas, y en esta otra parte de más del aparejo que hay por la vía de haber este estrecho de tierra ya que de agua no se halle. A proporción de ésto, en la costa del sur hay dos muy hermosos puertos¹⁵ para hacer navíos para ello, y demás de ésto hay mucha madera y encinas como las de Castilla y muchos cedros y los indios dan nueva de pinos y yo ví y tuve mucha tea de ellos.¹⁶

¹⁴ El golfo de Honduras.

¹⁵ Se refiere a la bahía de la Posesión (Corinto) y al golfo de Fonseca.

¹⁶ Obviamente extraído de los montes de Segovia.

Y porque vuestra majestad principalmente, como tengo dicho por un capítulo de mi instrucción, me manda que con mucha diligencia procure de saber si hay mar o camino para que desde Castilla se pueda ir a las partes que yo descubriese, sin tornar por donde está Pedrarias, habiendo platicado lo uno y lo otro a los jueces y oficiales de vuestra majestad de esta isla Española, y mostrádoles el capítulo de lo que sobre ello vuestra majestad manda que se haga y la figura de lo descubierto, pareciéoles a todos que vuestra majestad recibiría gran servicio que por esta mar del norte se halle aquella mar dulce o estrecho de agua, o la certeza de ser la tierra estrecha de tres leguas de una mar a otra, porque hallado lo uno o lo otro aquellas tierras y pueblos que yo descubriese, puede decir que son halladas y de esta causa deseoso yo de hacer a vuestra majestad algún gran servicio, olvidada mi casa y mi reposo por este deseo que digo, voy desde aquí a buscar y descubrir por la mar del norte lo que descubrí y hallé por la del sur, que es otro Yucatán en la riqueza y en la lengua y en las otras cosas que los indios visten y tratan.

Y porque supe en esta isla que aunque envió a vuestra majestad poco oro que llegará a buen tiempo, y por no hacer más gasto de esto que ahora se lleva a vuestra majestad, creyendo que en esto le hago también servicio, procure aquí con lo que yo tenía y con ayuda de mis amigos que ayudasen con dineros para la costa de lo que voy a hacer y porque espero en Dios Nuestro Señor que de la misma cosa enviando a vuestra majestad un gran presente de oro, quedara de las sobras con que pagar a ellos y a mí el costo que en ello se hiciere, y esto es una de las principales cosas que a esto me ha puesto espuelas de mas de ver cuanto conviene e importa a su servicio, que se descubra y halle por la mar del Norte la (*mar*) dulce que digo, y el estrecho de agua, y de las tres leguas de tierra como vuestra majestad me lo manda a buscar; y habiéndolo visto y sabido, si me pareciera poblarlo, haré en la parte más a proporción de lo que conviene a la tierra y de la mar que se hallare, y de poblar no llevo duda sino que poblaré mediante Dios, porque esta es la verdad en lo de acá y haciéndolo será con el menor daño y escándalo de los indios que se pueda.

Aquí no se ha podido sacar gente sino a la costumbre de esta tierra, que es que sacando el quinto para vuestra majestad, de lo demás se toma la mitad para el costo y la otra mitad para el capitán y la gente, en el cual por vuestra majestad se puso el navío que se compró en tierra firme para traer el oro a esta isla, que llegado aquí y adobado se avaló en mil pesos de oro; y de lo que Dios me hubiere encaminado, que haga lo más breve que pudiere, haré mensajero a vuestra majestad con esperanzas de buenas albricias.

Y porque el tesorero de vuestra majestad Andrés de Cerezeda, llevador de ésta, se ha hallado presente conmigo en todos los principales tra-

bajos y hambres y peligros, que en esta jornada se ha ofrecido desde el principio hasta ahora, y con el oro lleva a vuestra majestad la figura de lo descubierto por mar y por tierra, pues es oficial de vuestra majestad, a él me remito.

Así mismo va allá el contador de vuestra majestad, Francisco de Salazar, a curarse de cierta enfermedad que tiene, que de los trabajos le ha sobrevenido, que así mismo le cupo parte de ellos y deja acá en su lugar a una persona por contador, con otra persona que deja en su lugar el dicho tesorero, para que tenga cuenta y razón de la hacienda de vuestra majestad.

Y porque como arriba he dicho, tengo por cierto que poblaré, porque en ciertos capítulos de mi instrucción, parece que vuestra majestad me manda que lo haga, pues mando dar orden de lo que en la forma de los pueblos y repartimientos se ha de hacer, pues la mucha bondad de la tierra lo permite, y porque según la sed de los vecinos que de una parte y de otra están, aunque lejos, podía ofrecerse algún impedimento de estorbo, y porque a mí y no a otro vuestra majestad mandó venir a hacer este descubrimiento con certeza de mercedes. Suplico a vuestra majestad mande con brevedad despachar una su cédula en que mande que cada uno se esté en lo que tenía descubierto, hasta que yo por mandato de vuestra majestad, comience a hacer éste, porque conviene mucho al servicio de vuestra majestad y al bien y pacificación y población y descubrimiento de la tierra.

Si vuestra majestad quisiere ver bien probada la intención que tuve a hacer los caciques que topé de paz, ha de saber que vuestra majestad me hace merced en mi instrucción, que de todas las cabalgatas y presas que hiciere, haya cuatrocientos ducados de valor, valiendo la dicha cabalgata o presa diez mil ducados, y si valiera menos la veintena parte, y tuve tanta gana de hacerlas de paz que jamás hice en ellos presa ni cabalgata ninguna, puesto que muchos de ellos no dieron causa a que se hiciese. Y por esto de todos ciento y doce mil castellanos y más no quise tomar como capitán, sino una patena de oro que pesó ciento y cuarenta y cuatro pesos de oro, testigos de estos son los oficiales de vuestra majestad que allá van, a los cuales en esto me remito.

Lo de hasta aquí es dar cuenta a vuestra majestad lo más en breve que he podido de los hechos, porque lo demás que nos ha acaecido, aunque muy extraño es muy largo; por esto no envío a vuestra majestad en ésta la razón de ello, porque creo que no tiene tiempo para ello, y también porque en ser trabajos míos, parecería que los escribo por contarlos, pero envío Relación de todas las cosas y hechos que con los caciques me acae-

cieron, como de ellos da fe un escribano, que de ello tuvo cargo desde que el descubrimiento se comenzó hasta volver a Panamá, en la cual, además de otras cosas muchas, vuestra majestad podrá ver que a ningún capitán de los que a estas partes han pasado no ha hecho Dios tanto favor como a mí, lo cual todo creo ha manado de la buena ventura de vuestra majestad, porque cinco o seis cosas señaladas que me han acaecido nunca ninguno gozó de ellas como yo. La primera, que nunca ninguno descubrió tantas leguas a pie por tierra nueva como yo y con tan poca gente. La segunda, que nunca ninguno tornó tantos cristianos, porque se bautizaron 32,000 y tanto, pidiéndolo ellos. La tercera, que nunca ninguno sacó de una entrada tanto número de castellanos de oro; la cuarta, que nunca ninguno peleó con tantos indios las veces que yo, que no le matasen algunos cristianos como a mí. La quinta, que nunca ninguno ha venido a descubrir que no volviese perdidos los dineros del costo, sino yo, por lo cual Dios Nuestro Señor sea loado por siempre.

Y pues a otros, sin mandarles vuestra majestad venir a servir ni dejar su casa y reposo como yo, vuestra majestad les ha hecho grandes mercedes. Suplico a vuestra majestad no sea yo de peor condición que ellos y me haga merced de la gobernación de lo que yo he descubierto y descubriere con título de almirante de la mar dulce, y con la décima parte de los derechos de oro y rentas y granjerías y otras cosas que a vuestra majestad en ello le pertenciere, y que todo esto sea perpetuo para mí y para mis herederos y sucesores y descendientes; que de las islas que en la dicha mar dulce se descubrieren pueda señalar tres para mí y para los dichos mis herederos, conforme a un memorial que el tesorero de vuestra majestad Andrés de Cerezeda lleva, que por no dejar salir Pedrarias conmigo de su gobernación, ninguna persona, más de un paje y dos mozos que me sirvieron, no tuvo persona que a vuestra majestad solicitase sobre ello de los que fueron testigos de los trabajos; y estas mercedes suplico a vuestra majestad me haga, porque además de haberlo yo de trabajar y haberlo trabajado con tanta aventura de la vida y hacienda, los que acá tienen algo, si no lo tienen perpetuo, trabajan para destruirlo y disiparlo, antes que venga otro que se lo quite como se ha visto por experiencia.

Guarde Nuestro Señor la Sacra Cesárea y Católica persona de vuestra majestad muchos años y con muy próspero estado a su servicio, de esta ciudad de Santo Domingo de la isla Española, seis días del mes de marzo de 1524 años.

D.V.S.M.

*Humíltisimo siervo que sus reales pies y manos besa.
Gil González Davyla.*

**II .- RELACIÓN DE LAS LEGUAS QUE EL CAPITÁN GIL GONZÁLEZ
DÁVILA ANDUVO A PIE POR TIERRA POR LA COSTA DEL
MAR DEL SUR, DE LOS CACIQUES E INDIOS QUE DESCUBRIÓ
Y SE BAUTIZARON Y DEL ORO QUE DIERON PARA SUS MAJESTADES**

Partió de la isla de las Perlas, martes 21 de enero de 1522 años y llegó a la isla Çeguaco (*Zebaco*);¹ que está 50 leguas, de allí bautizáronse el cacique y 184 ánimas; con los que se bautizaron a la vuelta dió 1,844 pesos, 7 tostones de oro.

A esta isla envió el cacique Guanat, que está en la tierra firme 86 pesos y 4 tostones de oro.

La isla de la Madera está 105 leguas por mar de Çeguaco;² vinieron allí los caciques de la comarca, que son: Tutuque, Pera, Huysca, el Crao, Brocatebagia, Tucuria; tornáronse cristianos 37, dieron 1,095 pesos y 4 tostones de oro.

La isla de Çebo está 12 leguas por mar de la isla de la Madera; bautizáronse 6 ánimas, dió el cacique 39 pesos y 4 tostones de oro.

Cheriquí (*Chiriquí*) está 5 leguas de la isla de Çebo por tierra firme, de aquí adelante fue el capitán con gente por tierra; aquí vino un cacique de la sierra; bautizáronse 8 ánimas; dió el cacique de la sierra 54 pesos de oro.

¹ Reproducido del *Archivo General de Indias, Sevilla. Patronato. Leg. 20, No. 3, Ramo 1.* Tomado de los *Documentos para la Historia de Nicaragua.* Tomo I. Madrid, España, 1954.

² Situada junto y al oeste de la península de Azuero en Panamá.

³ Posiblemente la isla Coiba. Las CV leguas parecen indicar una transcripción errónea; probablemente son XV leguas.

El cacique Copesiti está 6 leguas delante, bautizáronse 44 ánimas, dió 55 pesos de oro y los caciques de Calaocasala que vinieron allí 174 pesos y los caciques de Barecla 84 pesos y el de Chერიqui 26 pesos, que son todos 339 pesos de oro.

El cacique Charirabra está 3 leguas adelante, bautizáronse 64 ánimas, dió 55 pesos, y unos principales de otros caciques 35 pesos, que son todos 90 pesos.

El cacique Burica^a está 10 leguas adelante; bautizáronse 48 ánimas, dió a 249 pesos, 6 tostones de oro y Andrés Niño trajo lo que le dió el cacique de la isla de Quitro 120 pesos, y 64 pesos que le dió un cacique en la isla de la Madera, que son todos 433 pesos, 6 tostones de oro; a esta provincia de Burica llegó el alcalde mayor^a por el gobernador de Pedrarias por tierra y no más adelante.

El cacique Osa^a está 8 leguas adelante; bautizáronse 13 ánimas, dió 465 pesos de oro.

El cacique Boro está 9 leguas adelante; bautizáronse 6 ánimas, dió y hubiéronse 418 pesos, 4 tostones de oro.

El cacique Coto^a está doce leguas adelante la tierra adentro; bautizáronse 3 ánimas, a que se hubieron de esta provincia con lo que dieron los caciques Dujuray y Dabova 541 pesos de oro.

El cacique Guaycara está 13 leguas adelante, hacia la costa del mar; dió 112 pesos de oro.

La provincia de Durucaca^a está 3 y 4 leguas de Guaycara; dieron los caciques de ella 2,184 pesos, dos tostones de oro, con lo que se tomó a uno de ellos que anduvo huyendo, que no quería venir a ser vasallo de su alteza, tornáronse cristianos 6 personas. Aquí a esta provincia de Durucaca trajo Andrés Niño 59 pesos de oro que le dió el cacique Boto y el capitán

^a En la punta o península situada entre Panamá y Costa Rica.

^a Gaspar de Espinosa, alcalde mayor de Panamá, enviado por Pedrarias Dávila en 1519 para reconocer la costa al oeste.

^a A orillas del Golfo Dulce, al sureste de Costa Rica.

^a Junto al río del mismo nombre, cerca de Golfito.

^a Posiblemente en el extremo del Golfo Dulce.

^a En el valle del Diquis.

Ruy Díez 106 pesos que le dió el cacique Alorique, que son todos 165 pesos de oro.

El cacique Carobareque está 10 leguas adelante de la costa de la mar; bautizáronse 6 ánimas, dió 25 pesos, 4 tostones de oro.

El cacique Arocora está 5 leguas adelante; tornáronse cristianos 29 personas, dió 212 pesos.

El cacique Cochira está 8 leguas adelante; bautizáronse 58 ánimas, dió 1,250 pesos de oro.

El cacique Cob está 6 leguas adelante; bautizáronse 68 ánimas, dió 1,800 pesos, 2 tostones de oro.

El cacique Huetaca¹ está 20 leguas adelante; las 12 por costa y las 8 tierra adentro, bautizáronse 28 ánimas, dió 333 pesos, 4 tostones.

El cacique Chorotega está 7 leguas adelante, cerca de la costa de la mar en el golfo de San Vicente, que es lo postrero do llegaron los navíos del alcalde mayor por la mar;² es caribe³ y de aquí adelante lo son; bautizáronse 487 ánimas; dió 4,780 pesos, 4 tostones de oro.

Aquí trajo Andrés Niño de la isla de Chira⁴ 468 pesos, 2 tostones de oro.

El cacique Gurutina (*Orotina*) está seis leguas adelante; bautizáronse 713 ánimas, dió 6,530 pesos, 6 tostones de oro.

El cacique Chomi,⁵ que está seis leguas la tierra adentro, ausente el cacique y huyeron de sus bohíos, trajeron de allá 633 pesos, 2 tostones de oro.

El cacique Pocosi está de Gurutina 4 leguas que atraviesan el golfo de Sanlúcar⁶ por mar; dió 133 pesos de oro.

¹ En la bahía de Coronado.

² Huetares, en la región de Candelaria y Turrubares.

³ Los barcos, despachados por el alcalde Gaspar de Espinosa, llegaron hasta la bahía de San Vicente en Octubre de 1519, a la entrada del golfo de Nicoya, que llamaron San Lúcar.

⁴ Canibales.

⁵ La mayor de las islas del golfo de Nicoya.

⁶ Chomes, cerca de la actual Puntarenas.

⁷ La isla de Pocosi era la primera a la entrada del golfo de Nicoya, según el cronista Oviedo.

El cacique Paro está dos leguas adelante, bautizaron 1,160 ánimas; dió 658 pesos, 4 tostones de oro.

El cacique Canjen (*Canjel*) está tres leguas adelante, bautizáronse 1,118 ánimas; dió 3,257 pesos.

El cacique Nicoya está cinco leguas adelante la tierra adentro; bautizáronse 6,053 ánimas; dió 13,442 pesos de oro, con un poco que dió el cacique Mateo.

El cacique Sabandi¹⁶, está cinco leguas adelante.

El cacique Corevisi (*Corobict*), está 4 leguas de Sabandi, bautizáronse 210 ánimas; dió este cacique y los principales de Sabandi y Maragua y los caciques de Chira 840 pesos, tres tostones de oro.

Del cacique a las minas de Chira hay seis leguas. El capitán fue a verlas; sacáronse con una batería en obra de tres horas 10 pesos, cuatro tostones de oro bajo, y de vuelta otras seis leguas.

El cacique Diríá está de Corebisi ocho leguas;¹⁷dieron los caciques 133 pesos, seis tostones de oro, tornáronse cristianos 150 personas.

El cacique Namiapi está cinco leguas en la costa de la mar;¹⁸bautizáronse seis ánimas; dió 172 pesos de oro y 22 pesos de perlas.

El cacique Orosi está cinco leguas la tierra adentro;¹⁹ tornáronse cristianos 134 ánimas; dió 198 pesos, cuatro tostones de oro.

El cacique Papagayo está diez leguas adelante,²⁰bautizáronse 137 ánimas, 259 pesos, lo más de ello oro bajo.

El cacique Niqueragua (*Nicaragua*) está seis leguas adelante, las tres de ellas la tierra adentro junto con la mar dulce;²¹bautizáronse 9,170 ánimas; dió 18,560 pesos de oro, lo más de ello muy bajo.

¹⁶ Sabandi o Sapandí, junto al río Tempisque.

¹⁷ El río Diríá corre entre Santa Cruz y Filadelfia, Guanacaste.

¹⁸ Posiblemente en la bahía Culebra.

¹⁹ Al pie del volcán homónimo.

²⁰ En la costa de El Ostional, Rivas.

²¹ A orillas del lago de Nicaragua, donde hoy es San Jorge.

Los caciques de Nochari están seis leguas adelante, entre la mar del sur y la mar dulce;» son los caciques Ochomogo, Nandapia, Monbacho, Nandayme, Morati, Zotega; bautizáronse en esta provincia 12,670 ánimas; dieron 33,434 pesos de oro, todo lo más muy bajo.

A esta provincia de Nochari vinieron los caciques de Dirianjen (*Diriangen*) y trajeron de presente 18,818 pesos de oro, lo más de ello muy bajo, con un poco de oro que había de los caciques de Nochari.

Alrededor del golfo de Sanlúcar se anduvieron doce leguas, por el asiento de los caciques Avancari (*Abangares*) y Cotori hasta volver a la provincia de Gurutina. 29,442 (*almas*) 89,060 pesos, seis tostones.»

Sumario

Anduvieron por tierra, por costa y algunas veces la tierra adentro, doscientas veinticuatro leguas.

Tornáronse cristianos, treinta y dos mil doscientas sesenta y cuatro ánimas.

Dieron de presente para sus majestades ciento doce mil quinientos veinticuatro pesos, tres tomines de oro, lo más de ello bajo.

Más ciento cuarenticinco pesos de perlas, los ochenta de ellos que se hubieron en la isla de las Perlas estando allí.

(*Firma y rúbrica*) Çerezeda

* En el valle de Nandaime.

* La ubicación de estas dos localidades al final de la lista, parece indicar que se detuvieron allí al regresar de Nicaragua. La cantidad exagerada de indios bautizados y pesos en oro recogidos parece errónea para solamente dos localidades y no son compatibles con la sumatoria final.

III.- LA EXPLORACIÓN DE GIL GONZÁLEZ REFERIDA POR EL CRONISTA PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA*

Capítulo I

Introducción.- Relaciones de Gil González. Seis colonias hacia el istmo.

Antes que te volvieras a Roma, una vez desempeñada en España tu embajada útil y honrosa para dos Pontífices, cuando esta nación no tenía Reyes porque se había marchado el César a tomar posesión de la corona imperial que le había sido ofrecida, me parece que sabías que entre los nobles españoles que andaban navegando por las costas australes de nuestro creído continente en el Nuevo Mundo no dejaban de distinguirse Gil González y el licenciado Espinosa, jurisconsulto. Acerca de Espinosa puse mucho, estando tú aquí, en mi tercera Década que escribí para el Pontífice León a petición suya.

Ahora, al cabo de dos años, tenemos cartas de Gil González, fechadas en la Española, capital de aquellas regiones, el 6 de Marzo de 1524, a la cual isla dice que arribó con ciento doce mil pesos de oro, y que había vuelto a Panamá el 25 de Julio del otro año 1523.

Es muy grande el volumen de sus cartas, porque refiere todas las menudencias que le sucedieron en largo espacio de tiempo y de tierra. También son difusas las peticiones que hace al César por los trabajos y peligros, y calamitosa necesidad que pasó en aquella expedición, y no faltan quejas sobre Pedro Arias, Gobernador general de aquellas tierras que designamos con el nombre común de Castilla del Oro, y habla pidiendo encarecidamente que se le emancipe de la autoridad de él; entre

* Tomado del libro *De Nove Orbe*, Década Sexta. Capítulos I al VIII.

otras cosas, dice que él es nacido de más noble sangre, como si importara el que sean hijos de un indolente figonero o de un Héctor, los que son nombrados por los Reyes para estos negocios laboriosos y grandes, particularmente en España, donde piensan la mayor parte que es prerrogativa de los nobles el vivir sin ejercitarse en nada como no sea la guerra, y éso mandado, que no obedeciendo.

He recibido cartas tuyas, que me las entregó tu Juan Pablo Oliver, fechadas en Roma el 7 de Mayo, en las cuales, entre otras cosas, me dices que el Sumo Pontífice Clemente no se complace menos de estos apuntes que su tío el papa León, o su predecesor Adriano, que con Breves suyos me mandaban escribirlos. De entre muchas cosas he escogido un poco, que te lo dirijo a tí, no a su Beatitud, el cual si como su tío León, si como el sucesor de éste, Adriano, me manda a escribir, obedeceré con gusto; de lo contrario, no me tomaré este trabajo, no sea que lenguas malignas digan que he incurrido en la nota de temerario.

Siguiendo, pues, mi costumbre, dejaré a un lado los gustos de los que escriben, y tocaré lo que me parezca que necesita conocerse. Y de este propósito no me apartará un punto el encabezamiento aquél de tu carta, en que me haces saber que en Alemania se ha traducido palabra por palabra, del español al latín, por consejo de Juan de Granada, electo obispo de Viena, todo lo que a nuestro cesáreo Senado de las cosas de Indias y al mismo César ha escrito Fernando Cortés, conquistador de las inmensas regiones de Yucatán y Méjico; porque como sabes, de su relación y las de otros he entresacado yo solamente lo que me parecía digno de notarse.

Entremos ya en materia, y comencemos por las colonias que se han erigido para que, con reglas de la geografía antigua, se entienda más fácilmente qué derroteros recorrió Gil. Acerca de la extensión de aquellos territorios, que casi, y sin haberles encontrado el fin, son tres veces más largos que toda la Europa, hice mención bastante extensa, bajo el nombre de *Creído Continente*, en mis primeras Décadas, que se han impreso y corren por el orbe cristiano.

Al calcular la anchura del río Marañón, escribí que aquella tierra tiene adyacentes dos mares inmensos: este nuestro occidental, que es septentrional para aquella tierra, y el otro al Sur. Esto supuesto, sepa Vuestra Beatitud que los españoles han levantado seis colonias en los lados de aquella tierra: tres en el septentrional, en las márgenes del río Darién, en el golfo de Urabá, que se llama Santa María de la Antigua; una en Acla, a veinte leguas de Darién; la de Nombre de Dios, en la jurisdicción del cacique Careta, y la tercera a treinta y siete leguas de Acla. En la costa austral erigieron otras tantas, a una de las cuales, dejándole el nombre

patrio, llamaron Panamá, con final aguda; la segunda Natam, a treinta y nueve leguas de Panamá; y la tercera llamada Chiriquí, a setenta y cinco leguas de Natam.

Capítulo II

Carretera para cruzar el istmo de Panamá.- Expedición de Gil González en busca de un estrecho.- Falta pan y sobra ora.- Enfermedades y trabajos.

Desde el puerto de la colonia septentrional llamada Nombre de Dios hasta la Panamá austral, se propusieron los habitantes, con el gobernador Pedro Arias abrir un camino por montañas intransitables; de ásperos riscos y densos bosques intactos *ab aeterno*. Pues aquel trecho de tierra de entre ambos mares no tiene más que diecisiete leguas, que comprenden unas cincuenta leguas, por más que en otras partes es la tierra muy ancha, y tan ancha que desde las bocas del río Marañón, que desaguan en el océano, de Norte a Sur, se extiende cincuenta y cuatro grados más allá del ecuador, como creo que lo viste en la Década enviada a Adriano, que murió poco ha; que te la envié para que la entregaras al sucesor, aunque dedicada a otro, supuesto que el falleció sin haberla recibido, en la cual se habla largamente de las islas que crían los aromas, halladas por aquel rumbo.

Pues por aquel istmo, con sumo gasto, ya del rey, ya de los habitantes, rompiendo rocas y guaridas harto emboscadas de varias fieras, hacen un camino por donde pueden pasar dos carros, a fin de que, pasando fácilmente, puedan investigar los secretos de ambos mares; pero aún no lo han llevado a cabo.

Gil González dice que con una flotilla casi inerte de cuatro naves zarpó hacia Occidente el día 21 de Enero del año 1522 de nuestra salud, desde la isla que en las primeras Décadas dije que se llamaba Rica, y ahora isla de las Perlas por haber allí gran abundancia de ellas, por obedecer a lo que había mandado el César por consejo de nuestro Real Senado; de los cuales recibió orden de que, explorando las no recorridas regiones occidentales, investigara con diligencia si entre los últimos confines, ya hace tiempo conocidos, del creído continente y el principio del territorio de Yucatán, se encontraría algún estrecho que divida aquellas inmensidades.

Por decirlo en pocas palabras: estrecho no encontraron; pero voy a decirte lo que hizo, dejando atrás muchos rodeos, notados ya la mayor parte. El escribe que por el espacio de unos diecisiete meses penetró ha-

cia Occidente seiscientas cincuenta leguas, que son alrededor de dos mil millas, por nuevas regiones e imperios de caciques.

Entre tanto que reparaban las naves averiadas y taladradas por las cebrillas del mar que los españoles llaman *broma*; no teniendo qué comer, se vió en la precisión de entrarse por tierra; recorrió por lo interior doscientas cuarenta y cuatro leguas con unos cien hombres, mendigando pan para sí y sus soldados, de la mayor parte de los caciques, los cuales, dice, le regalaron ciento doce mil pesos de oro. El peso es un tercio más que la dracma, como precisamente hubiste de aprenderlo en los catorce años que tuviste tan distinguido lugar entre los españoles. Dice que los clérigos que tenía consigo bautizaron más de treinta y dos mil indígenas de ambos sexos, y no contra su voluntad.

Afirma que navegó tanto, que al otro lado de la provincia de Yucatán encontró las mismas costumbres e idiomas que tienen los habitantes de Yucatán.¹ De los ciento doce mil pesos traídos por el tesorero Cereceda, enviado por él, dice que, por la parte que le toca al César, le envía por una parte diecisiete mil pesos de oro medio puro, que alcanza doce o trece grados;² y por otra parte quince mil pesos, y trescientos sesenta pesos en hachas, ineptas para la carpintería en vez de las de hierro y acero. Calculado el peso de las hachas, escribe que por testimonio de los maestros que prueban los quilates de oro, designados para esto, cada una vale, poco más o menos, medio ducado de oro.

Lo que nosotros tenemos en mucho, es el haberse descubierto tierras en que los instrumentos fabriles y rústicos son todos de oro, aunque no puro. También dice que en cascabeles fundidos de oro, a que son muy aficionados, ha enviado seis mil ochenta y seis pesos; como no tienen ningún grado, o casi ninguno, según cálculo de los peritos, para que los cascabeles, meneándolos, tengan más suave y agudo sonido, creen los nuestros que los fabrican así sin ley ninguna, pues el sonido del oro, como debes saberlo, es más flojo cuando más puro es el oro.

Pero refiriendo más particularmente la mayor parte de las cosas, dice que, aunque estaban próximos al equinoccio, no tenían mucho frío, pero que por el paso de los ríos y las frecuentes lluvias, porque eran los meses de nuestro invierno, a él y sus compañeros les sobrevinieron varias enfermedades que les imposibilitaban el hacer grandes cosas en el viaje, pasando con canoas unilígneas del país a una isla nueva que, según él y sus compañeros, tiene de larga diez leguas y de ancha seis.

¹ Más exactamente del centro de México.

² Quilates.

El cacique de la isla le recibió benignamente; su palacio dice que está construído en un collado de poca elevación con vigas de punta, y el techo de paja larga y de hierbas que le defienden de la lluvia, y tiene la forma de las tiendas de campaña. En esta isla, y cerca de la corte, corre un gran río dividido en dos¹, el cual dice que en el tiempo que él anduvo en casa del cacique detenido por los aluviones, inundó tanto toda la isla e invalidó la propia morada regia hasta la cintura de un hombre, de modo que, reblandecidos por la furia de la crecida los cimientos de los postes que sostenían el palacio, se hundió éste; pero las puntas superiores de la vigas, unidas entre sí, sostuvieron compacta la obra, evitando que del todo se les cayera encima; a hachazos abrieron una puerta para poder salir. Refugiáronse en las ramas de altos árboles, donde cuenta que pasaron dos días él, y juntamente sus compañeros y sus huéspedes, hasta que, cesando la lluvia, las aguas volvieron a sus álveos.

Refiere muchos casos particulares; pero ya te bastará con dar cuenta de aventuras al Beatísimo Clemente, a quien la inmensa mole de los negocios debe de tener siempre ocupado.

Habiéndose llevado el aluvión las provisiones, obligado por la necesidad para buscar qué comer avanzó aún por tierra hacia el Occidente, pero sin perder nunca de vista la costa, y llegó hasta un puerto ya conocido, y llamado por los nuestros el puerto de San Vicente. Halló que habían aportado allí sus compañeros con los cuales así había convenido al separarse de ellos mientras arreglaban las naves y las vasijas de agua.

Capítulo III

Se bautiza el cacique Nicoyán y su gente.- Y nueve mil de Nicoragua.- Obsequios del cacique Diriajen.

Después de haberlos saludado como el caso lo requería, y deliberado con madurez lo que debiera hacer cada cual, sacando de las naves los cuatro caballos que habían traído, mandó a los de la flotilla que fueran navegando despacio en derechura al Occidente; les ordenó que no llevaran extendidas las velas de noche, por temor de los escollos y los bajo de arena, supuesto que tenían que navegar por desconocidos derroteros del mar; y él, caminando por tierra con aquellos cuatro caballos y unos cien infantes, vino al territorio de un cacique llamado Nicoyán.

Habiéndoles recibido benignamente Nicoyán, le regaló catorce mil pesos de oro; y persuadido por los nuestros de que hay encima del sol otro

¹ El río Térraba en territorio del cacique Durucaca, valle del Diquis, Costa Rica.

Criador del cielo y de la tierra que no es el que ellos piensan, el cual sacó de la nada al mismo sol y la luna y los demás astros que se ven, y los gobierna con sabiduría, y a cada hombre le da la recompensa que merece, quiso recibir el bautismo con toda su familia y, a ejemplo del cacique, se bautizaron de su reino miles de personas de ambos sexos. En unos diecisiete días que pasó con Nicoyán le dejó tan instruído, que al marcharse el cacique en su lengua, que entendían los convecinos, le dijo lo siguiente:

“Toda vez que ya no he de hablarles más a estos antiguos simulacros de dioses, ni les he de pedir nada, llévatelos”; y esto diciendo, dió a Gil González seis simulacros de oro, un palmo de altos, antiguos monumentos de sus antepasados.

Supo que a cincuenta leguas de la corte de Nicoyán reinaba un cacique llamado Nicoraguamia, que estaba en su regia sede, Nicoragua, camino de un día.⁴ Envió mensajeros que notificaran al cacique lo mismo que los nuestros suelen decir a los demás reyezuelos antes de obligarles a saber: que se hagan cristianos y que admitan la obediencia y las leyes del gran Rey de las Españas, y que si lo rehusaba le haría guerra y le obligaría. Al día siguiente le salieron al encuentro cuatro nobles de Nicoragua, diciendo en nombre de su cacique que deseaban la paz y el bautismo. Fueron los nuestros a Nicoragua con toda la gente, y bautizaron a un número algo mayor que los otros: nueve mil. Nicoragua dió quince mil pesos de oro en varias joyas a Gil González, que compensó dones con dones. Dió a Nicoragua un vestido de seda, y una camisa de lino, y un gorro de púrpura; y levantando allí dos cruces, una en el templo de ellos, y otra fuera de las casas del pueblo, se marchó.

Fué a otra región, a seis leguas, marchando siempre hacia Occidente, donde dice que encontró seis poblaciones como de dos mil casas cada una. Habiéndoles llegado la fama de los nuestros, por deseo de verlos mientras estaban por aquellos seis pueblos, se les presentó otro cacique de más al Occidente, que se llamaba Diriagen, acompañado de quinientos hombres y veinte mujeres, diez banderas y cinco trompeteros, que iban delante según su usanza. Acercándose el cacique a Gil González, que le esperaba en un solio dispuesto con aparato regio, mandó tocar la trompeta, después callar e inclinar las banderas que iban adelante.

Cada uno de los hombres traían, éste uno, aquél dos aves semejantes a los pavos, y no inferiores a ellos ni en lo grandes ni en el sabor: son los que crían en las casas como nosotros las gallinas. Hago una pequeña digresión con tu permiso. Repito muchas particularidades de éstas, y a

⁴ Nicaragua es mas bien el nombre del territorio y por extensión el del cacique que lo gobernaba y no al contrario.

un Esculapio como tú te propino una medicina yo, inepto labriego, pues muchas de estas cosas te son muy conocidas, y en mis Décadas las he mencionado extensamente. Pero juzgando que esto puede llegar a manos de los hombres estudiosos, que no lo saben, ni tú se lo has de explicar, lo repito para que por tí logren su deseo: no me acuses pues, tú que has nacido para utilidad de muchos.

Trajo este régulo, Diriagen, por medio de sus criados, más de doscientas hachas de oro que cada una pesaba dieciocho pesos o algo más. Preguntado por los intérpretes que Gil tenía a su lado y entendían a los nuestros qué motivo le habían inducido a venir, dicen que respondió que por lograr ver a la gente nueva que había oído andaba por aquellas regiones, y saber lo que deseaban de él, ofreciéndose a obedecerlos.

Exponiendo las mismas razones que a los demás, les exhortaron a que se hicieran cristianos y aceptaran la obediencia del gran Rey de las Españas. Respondió que le parecían bien ambas cosas, y prometió que a los tres días volvería a recibir órdenes de los nuestros. Y se marchó.

Capítulo IV

Preguntas de los indios, y respuestas de Gil González sobre el diluvio universal, y otros varios puntos.- Capitán y misionero.

Entre tantos que los nuestros estaban en Nicoragua, pasaron muchas cosas no indignas de contarse. A más de que las entresaqué de las cartas de Gil González, me las contó, y al marcharse me las dejó escritas su cuestor regio, que comúnmente se dice tesorero, el cual tomó no pequeña parte de todos aquellos trabajos, y se llama Andrés Cereceda.

Recayendo la conversación sobre varios asuntos, por no tener qué hacer, entre Gil, capitán de nuestras tropas, y el cacique Nicoragua, mediante un intérprete nacido no lejos del reino de Nicoragua y educado por Gil, y que hablaba bastante bien el idioma de ambos, Nicoragua preguntó a Gil qué sentían en la tierra de aquel Rey poderoso, de quien Gil se declaraba vasallo, de un cataclismo pasado que había anegado toda la tierra con todos los hombres y animales, según él lo había oído de sus mayores. Gil le dijo que se creía eso mismo. Preguntado si se pensaba que vendría otro, le respondió Gil que no, sino que así como una vez habían perecido todos los animales, excepto unos pocos, en un diluvio de agua a causa de las iniquidades de los hombres, y principalmente por la carnalidad, así, tras una serie de años que los hombres no conocen, ha de suceder que todo quede reducido a cenizas por llamas de fuego enviadas del cielo. Se

quedaron todos pasmados al oír esto. (A la pregunta) si esta gente tan sabia venía del cielo, el intérprete le dijo que sí. Si habían bajado en línea recta o dando vueltas o formando arcos, preguntó con cierto aire de inocente sencillez, a esto el intérprete respondió que no lo sabía, pues había nacido en la misma tierra que el propio Nicoragua, o cerca de ella.

Después le dijo que preguntara a su amo Gil si alguna vez la tierra se voltearía boca arriba. Gil declaró que este secreto lo sabe únicamente el Creador del cielo, de la tierra y de los hombres. Preguntó del fin general del linaje humano, y de los paraderos destinados a las almas cuando salen de la cárcel del cuerpo, del estado del fuego que un día ha de enviar (el cielo), cuándo cesaran de alumbrar el sol, la luna y los demás astros; del movimiento, cantidad, distancia y efectos de los astros y de otras muchas cosas. Aunque Gil tenía buen ingenio y era aficionado a manejar libros en romance, traducidos del latín, pero no había alcanzado tanta instrucción que pudiera dar a todo esto otra respuesta sino que la Providencia se reservaba en su pecho el conocimiento de aquellas cosas.

A las preguntas que Nicoragua hizo sobre el soplar de los vientos, las causas del calor y del frío, y la variedad de los días y las noches, aunque entre ellos es poca, por distar poco del equinoccio, y sobre otras muchas cosas semejantes, respondió Gil explicando la mayor parte según sus alcances, y dejando lo demás al divino saber.

Después de esto, descendiendo Nicoragua y sus cortesanos a las cosas terrenas, preguntaron si se puede sin culpa comer y beber, engendrar, jugar, cantar, danzar, ejercitarse en las armas. Les respondió de este modo: dijo que es preciso comer y beber, pero que en esto se ha de evitar la crápula, porque todo lo que se toma fuera de lo que la naturaleza necesita, es dañoso al vigor de espíritu y a la salud del cuerpo, y que resultan de ahí semilleros de vicios, riñas y enemistades; que también es lícito el trato conyugal, pero sólo con una mujer, y ésta unida con el vínculo del matrimonio, y que hay que abstenerse también de otros géneros de impureza si se quiere agradar a Dios que lo ha criado todo; que tampoco está prohibido tener a su tiempo cantares, juegos y danzas honestas.

Acerca de las ceremonias y la sanguinaria inmolación de víctimas humanas, como nada le preguntaron, habló que aquellas oblaciones de sacrificio eran sumamente desagradables a Dios, y que el gran Rey, su señor, tiene ley que a hierro muera el que a hierro mate a otro; y que aquellos simulacros a quien ellos ofrecen sangre humana son imágenes de los demonios que hacen prestigios, los cuales, arrojados por su soberbia de sus asientos del cielo, fueron encerrados en los antros infernales, de donde, saliendo de noche, se aparecen las más veces a hombres inocentes, y

con sus artes engañosas los persuaden que hagan lo que se debe omitir en todo orden de cosas, a fin de apartar nuestras almas del amor de Aquél que las creó, y mediante la caridad y demás buenas obras de esta vida, desea llevárselas consigo, no sea que arrebatóndolas aquellos vestigios de las delicias eternas, preparadas para después de la muerte corporal, a los perpetuos tormentos y calamitosas desdichas, se hagan compañeras de ellos.

Capítulo V

Gil González civilizando.- Réplica de los indios tocante a la guerra.- Ejemplar inauguración del culto cristiano.- Barbas guerreras.- Casas y templos de allá.

Luego que Gil, cual predicador de púlpito, se explicó en este o semejante sentido, se lo hizo entender a Nicoragua del mejor modo que pudo por medio del intérprete. Nicoragua dió asentimiento a lo dicho por Gil, y a la vez preguntó qué deberían hacer ellos para agradar a aquel Dios que él predicaba cual autor de las cosas. Gil respondió a Nicoragua, según atestigua su cuestor regio Cereceda, lo que sigue.

No de que se maten hombres, ni de que se derrame sangre alguna, se complace el que nos crió a nosotros y todas las cosas; lo único en que se goza es en el amor fervoroso que le tengamos; los arcanos de nuestro corazón están patentes para él; las aspiraciones de nuestro corazón desea solamente; no se alimenta de carne ni de sangre; nada hay que tanto le irrite como la matanza de los hombres, de quien desea ser alabado y glorificado. A los que son enemigos suyos y vuestros, arrojados a lo profundo del infierno, cuyas imágenes veneráis aquí, les gustan estos sacrificios abominables, y asimismo todas las maldades, para llevarse consigo a la perdición eterna nuestras almas cuando salgan de aquí. Elimínad de vuestras casas y templos estos simulacros vanos y perniciosos; abrazáos a esta cruz, cuya imagen Cristo-Dios bañó con su sangre por la salud del linaje humano, que estaba perdido, y podréis prometeros años felices y una eternidad de dicha para vuestras almas. También aborrece las guerras el Creador de las cosas, y ama la paz entre los vecinos, a los cuales nos manda amar como a nosotros mismos. Pero si, viviendo vosotros tranquilamente, alguno os ofende, le es lícito a todo hombre evitar la injusticia y defenderse a sí mismo y sus cosas; mas el provocar a otro por ambición o avaricia está prohibido, y el hacer eso es contra las buenas costumbres y voluntad del mismo Dios.

Hecha esta explicación, Nicoragua y sus cortesanos, allí presentes, con la boca abierta, mirando de hito en hito a Gil, dieron asentimiento a

todas las demás proposiciones, y sólo hicieron mal gesto a eso de la guerra, preguntando que adónde habían de tirar sus dardos, sus yelmos de oro, sus arcos y sus flechas, sus elegantes arreos bélicos y sus magníficos estandartes militares. “Daremos todo esto a las mujeres para que ellas lo manejen? Nos pondremos nosotros a hilar con los husos y las ruecas de ellas, y cultivaremos nosotros la tierra rústicamente?”. Gil no se atrevió a replicar a esto, conociendo que lo habían dicho medio alborotados. Pero a la pregunta que le hicieron del misterio de la cruz y utilidad de adorarla, les respondió: “Si mirándola con sincero y puro corazón y acordándoos piadosamente de Cristo, que en ella padeció, pedís algo, lo conseguiréis como sea cosa justa lo pedido. Si os proponéis alcanzar la paz, la victoria contra enemigos soberbios, frutos abundantes, aire tranquilo y saludable u otras peticiones semejantes, las conseguiréis”.

He mencionado que Gil les alzó dos cruces, una bajo el techo del templo y otra al raso, en una alta mole hecha de ladrillo. Refiere Cereceda que, cuando llevaban a poner la cruz, iban delante pomposamente los sacerdotes, y detrás Gil, acompañado del cacique y de sus súbditos. Mientras la estaban fijando, comenzaron a tocar las trompetas y atabales; y cuando la hubieron asegurado por los escalones que pusieron subió primero a la base Gil, con la cabeza descubierta, y arrollidándose, hizo allí oración en silencio, y al acabar, abrazándose al pie de la cruz la besó. El cacique, y a ejemplo suyo todos los demás, hicieron lo mismo. Así los dejó imbuidos en nuestros ritos.

Acerca de la distribución de los días, les dijo que por espacio de seis días hay que dedicarse perpetuamente al cultivo y demás trabajos y artes, pero que el día séptimo es menester destinarlo al descanso y a las cosas sagradas, y les señaló por día séptimo el domingo, y no pensó si sería útil imponerles además larga serie de días festivos.

Voy a añadir una cosa que omite Gil en el discurso de la narración y la ha contado Cereceda. Todos los bárbaros de aquellas naciones son imberbes, y tienen horror y miedo a los barbudos. Por ésto, a veinticinco jóvenes que por su edad eran imberbes, cortándoles el pelo y arreglándolo, les puso barbas para presentar mayor número de barbudos que infundieran terror si se movía guerra, como después sucedió.

Añadió Cereceda que Gil le ha escrito que con doscientos cincuenta infantes que recogió en la Española y setenta jinetes, se dió a la vela el 15 de Marzo de este año 1524, con el empeño de buscar el anhelado estrecho. Por este asunto no se ha presentado aún a nuestro Senado. Cuando se sepa lo sabrás.

Dejemos ya estas cosas, y pasemos a decir algo de la horrible costumbre lestrigónica de aquellas naciones, y de la situación y estructura de las casas y templos. Los palacios de los caciques tienen de largo cien pasos, y de ancho quince. Todos están abiertos por delante y cercados por detrás. Los pavimentos de los palacios están levantados medio estado de hombre sobre la tierra; los de las otras casas no se levantan nada sobre el suelo. Todas las casas están hechas de vigas, y cubiertas con paja, con un techo y sin piso. Los templos de lo mismo. Son anchos, y tienen sus sagrarios interiores, oscuros y bajos, en los cuales cada uno de los nobles entierra sus penates, y los tienen por armería como que allí, con las banderas que llevan espectros pintados, guardan en tiempo de paz los instrumentos bélicos, arcos, aljabas, corazas y yelmos de oro, y anchas espadas de madera con que pelean de cerca, y también armas arrojadas para pelear de lejos, y varios adornos guerreros; y a las imágenes de los dioses propios de cada uno, que se los dejaron sus mayores, les inmolan particulares víctimas humanas, y los adoran con fingidas oraciones de votos compuestos a su estilo por los sacerdotes.

Capítulo VI

Las plazas y la orfebrería.- Los mataderos de víctimas humanas.- Dos clases de ellas.- Modo de inmolarlas.

Las fachadas de los palacios de los caciques están guardadas, según la disposición y grandeza de su pueblo, por grandes plazas. Si el pueblo consta de muchas casas, tienen también (plazas) pequeñas, en las cuales pueden reunirse a comerciar los vecinos distantes del palacio. La plaza real la rodean por todas partes las casas de los nobles, y en medio de ella hay una que habitan los artífices del oro. Allí se funde el oro que se ha de labrar en diversas joyas después; reducido a pequeñas láminas o barras lo forjan al gusto de los amos, y por fin, le dan las formas que se desean, y por cierto que no mal.

Pero delante de los templos hay levantadas en el campo diferentes bases de ladrillos sin cocer y de cierto betún de tierra, a modo de plataformas, para varios usos. Tiene ocho escalones, en algunas partes doce, y en otras quince. El espacio de arriba es vario, según la cualidad del ministerio a que se destina: en uno caben diez hombres, y en medio de él sobresale una piedra de mármol que en lo larga y ancha iguala a la estatura de un hombre tendido: aquella infausta piedra es la de las miserables víctimas humanas. El día determinado para la inmolación, a vista del pueblo que le rodea, sube el cacique a otra plataforma de enfrente para presenciar la matanza.

El sacrificador, de pie sobre la piedra aquella que sobresale, oyéndolo todos, hace el oficio de pregonero, y vibrando el agudo cuchillo de piedra que lleva en la mano (pues en todas aquellas tierras tienen donde cortar piedras a propósito para hacer hachas, espadas y navajas, y de allí obtenemos nosotros cuantas queremos, y tampoco se quedó sin ellas el cardenal Ascanio), hace saber que se van a inmolar víctimas, y si son de los enemigos o de las que se crían en casa.

Porque dos clases de víctimas humanas hay entre ellos: una de enemigos cogidos en la guerra, y otra de las que crían en las casas. Pues cada cacique o cada noble cría desde la niñez en su casa, a sus expensas, víctimas para inmolar, y sabiendo ellos para qué los guardan, y les alimentan mejor que a los demás. Y no por ello están tristes, porque desde niños viven en la persuasión de que, acabando la vida con aquel género de muerte, se convertirán en habitantes del cielo. Así es que, andando libremente por los pueblos, todos los que los encuentran les reciben ya con reverencia como héroes, y los despachan cargados de todo lo que piden, sea de comer o para adornarse, y al donante le parece que le han concedido los dioses no pequeña dicha el día en que así ha dado algo.

Pues estos varios géneros de víctimas tienen diferente manera de inmolarlos. A unas y a otras las tienden boca arriba, y del mismo modo, abriéndolos, les sacan el corazón por entre las costillas, y con la sangre de unos y otros, guardando la misma forma, ungen los labios y la barba (de los ídolos). Pero cuando la matanza es de enemigo, el pregonero y sacrificador, tomando el cuchillo en la mano y dando vueltas con ciertos cantos lúgubres alrededor de ella, tendida sobre la piedra, la purifica tres veces, de seguida la abre, luego la corta en trozos, y cortada, la reparte para que se la coman de este modo. Al cacique se le guardan las manos y los pies: los corazones se los dan a los sacerdotes y a sus mujeres e hijos, que les es lícito tenerlos, y lo demás se reparte al pueblo en pedacitos; pero las cabezas se cuelgan como trofeos en las ramas de ciertos árboles pequeños que para ésto se crían poco distantes de aquel matadero.

Cada cacique crían en un campo próximo árboles determinados, que guardan los nombres de cada región enemiga, para colgar en ellos las cabezas inmoladas de los prisioneros de guerra, al modo que nuestros capitanes cuelgan en los muros de los templos los yelmos, banderas y otras insignias semejantes por testigos de su loca sevicia, que llaman victoria. Les parece que sería mal año para ellos el en que no participaran el pedacito de la víctima enemiga.

Más a las víctimas caseras, aunque las despedazan del mismo modo, después de muerta disponen de ella diferentemente; veneran todos sus

trozos, y una parte como los pies, las manos y las entrañas, echándolas en una calabaza la entierran delante de las puertas de los templos; los demás trozos, y juntamente el corazón, entre los aplausos de los sacerdotes y cantos al fuego aquel, los queman a la vista de los dichos árboles destinados a los enemigos, haciendo una gran hoguera entre las cenizas de las víctimas anteriores, que se quedan en el aquel campo y nunca se quitan de allí.

Capítulo VII

Oraciones y ofrendas de sangre propia a los ídolos.-Ataque de un cacique traidor.

Y cuando el pueblo ve que entre el acostumbrado murmullo de los sacerdotes se les refriegan los labios a los dioses (con la sangre de las víctimas), hacen entonces sus votos y oraciones, pidiendo buenas cosechas de los campos y demás sementeras, salubridad del aire, paz o victoria si hay que pelear, y que los libren de la oruga y la langosta, de inundaciones y de sequía, de fieras y cualesquier adversidades: cada uno pide según el cuidado que le aqueja.

No contentos con estas ceremonias, el cacique y los sacerdotes y los nobles hacen también ofrenda, aunque sólo a un simulacro. Fijándolo en la parte alta de un asta de tres codos, con suma pompa los ancianos graves lo sacan del templo donde lo guardan religiosamente todo el año, a la vista del cielo. También éste es semejante a las deidades del infierno, como para espantar a los hombres las pintan en las paredes. Van delante los sacerdotes con sus ínfulas: cada pelotón del pueblo lleva en la marcha sus banderas, pintadas de mil colores, tejidas de algodón con las imágenes de sus espectros. De los hombros de los sacerdotes, que los llevan cubiertos con varias telas, penden unos cinturones más gruesos que el dedo, hasta las pantorrillas, los cuales, en cada una de sus orladas extremidades, llevan sujeta una bolsa en que llevan los agudos cuchillos de piedra y unos saquitos de polvos, hechos de ciertas hierbas desecadas. Detrás de los sacerdotes van, por orden, el cacique, y junto a él los nobles; después sigue mezclada la muchedumbre del pueblo sin dejar uno; a ninguno que pueda tenerse de pie le es permitido faltar a esta superstición.

Llegados al lugar designado, poniendo primero debajo hierbas olorosas o colchas pintadas para que el asta no toque el suelo, hacen alto, sosteniéndola los sacerdotes, y saludan al diablillo con sus acostumbrados cantares e himnos; los jóvenes saltan alrededor, bailando y danzando, y ostentando agilidad con mil géneros de juegos, agitando los dardos y los escudos.

Hecha una señal por los sacerdotes, cogen todas las navajas y volviendo la vista al simulacro, se hieren ellos mismos la lengua con incisiones, otros se la traspasan, la mayor parte la dividen hasta derramar no poca sangre; y todos con aquella sangre, como lo hemos dicho de los sacrificios anteriores, restregan los labios y la barba del necio simulacro; de seguida, echándose el polvo aquel de la hierba, llenan las heridas. Dicen que aquel polvo tiene tal virtud, que las úlceras se curan en pocas horas de modo que nunca se conoce que las hubo.

Hechas estas cosas, los sacerdotes abajan un poco el asta, y, primero el cacique, después los nobles y por fin los plebeyos, le hablan al oído al simulacro. Cada cual le expone las turbias tempestades de su alma, y cuchicheando con temor reverente y con la cabeza inclinada, le suplican que les favorezca fausta y felizmente en lo que desean. Engañados así por los sacerdotes se vuelven a casa.

Mientras los nuestros se ocupaban en investigar estas cosas y otras ociosas, llegaron uno tras otro varios espías, dando parte de que Diriagen venía armado con intención, no sólo de retirar lo que él mismo había dado a los nuestros, sino también de matarlos. Ellos supieron que se aproximaba ya, confiado en que eran pocos según los había espiado, y con la esperanza de apoderarse de lo que tenían consigo. También ellos hacen estima del oro, aunque no como moneda, sino para hacer joyas y adornarse con ellas. Llegó pues, con gran chusma de gente armada a su usanza, y acometió a los nuestros, que si los hubiese encontrado desprevenidos, los habrían matado sin dejar uno. Hubo recio combate hasta la noche.

Capítulo VIII

Reduce Gil González al cacique Nicoyán, rebelde. Gran lago en Nicaragua.- ¡Sin encontrar el estrecho!

Aquí cuenta muchas cosas, que omito para que yo no te moleste a tí, y tú al Pontífice y a tus amigos. Infiérelas. Un puñado de los nuestros venció a muchedumbres muy grandes. Refiere con piadoso temor que los asistió Dios, Señor de los ejércitos, y los sacó sin novedad de aquel peligro.

El cacique Nicoyán (que había dejado a la espalda yendo en pos de la cambiada fortuna, y a cuyo territorio se había visto precisado a regresar), trataba asimismo de matarlos para quitarles el mucho oro que llevaban. Sospechándolo Gil González, no se fió de Nicoyán.⁴ Formando los

⁴ Aquí Anglería confunde las intenciones del cacique Nicaragua con las de Nicoya.

soldados y guardando las filas, y colocando los enfermos y el oro en medio del escuadrón, con los cuatro caballos y los diecisiete arqueros y arcabuceros rechazó el furor de los enemigos y mató a muchos. Pasó aquella noche sin dormir: apenas amaneció pidieron la paz; les fue concedida, y se volvieron al puerto de San Vicente, de donde habían salido.

Encontraron que habían regresado las naves, que ya habían recorrido hacia Occidente unas trescientas leguas de mar desconocido, entretanto que el mismo capitán hacía estas investigaciones en lo interior. Y se habían vuelto, como él lo dice, para reparar otra vez en aquel puerto las naves.

Los alrededores de Nicoragua los describe así. Al lado interior del mismo palacio de Nicoragua dice que halló un lago de agua dulce tan largo que no pudieron explorar su fin, y cuenta que sus aguas experimentan flujo y reflujo, por lo cual opina que debe llamarse mar de agua dulce, y dice que está lleno de islas. Preguntando a los indígenas dónde desagua, y si lo hace en el mar vecino, que dista tres leguas, declararon que no tiene salida ninguna, particularmente al próximo mar austral; pero dice que dejaron en duda si desaguaba o no por otra parte. Por esto él es de parecer, conforme dice que lo tienen por seguro fundándose en la opinión de los marinos, que aquéllo es la aglomeración de aguas que se corresponden con el mar septentrional, y que allí se podrá encontrar el tan deseado estrecho.

Si deseas saber lo que yo opino en ésto, digo, y sea dicho excusándole, que no ha encontrado el estrecho. Ya por ser las aguas potables, ya porque los naturales no saben que tengan salida, tenemos que continuar atormentados del mismo deseo (*de saber*) si estrecho alguno corta aquellos extensísimos territorios.

IV .- EXPEDICIÓN DE GIL GONZÁLEZ DE AVILA A COSTA RICA
Y NICARAGUA, SEGÚN LA REFIERE EL CRONISTA
DE LAS INDIAS, GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO*

Capítulo XIV

Cómo el capitán Gil González de Avila fue a la Tierra-Firme con el piloto Andrés Niño, para ir desde Panamá a descubrir por la mar del Sur, por mandato del César.

Había andado en la Tierra-Firme un piloto, llamado Andrés Niño; y éste, como vió preso al adelantado Vasco Núñez (*de Balboa*), sintió que de su prisión no podía resultar sino su perdición, y que pudiendo haber aquellos navíos que él tenía hechos, se esperaba con ellos saber grandes cosas, y descubrir grandes riquezas en la mar del Sur.

Esta invención fue del tesorero Alonso de la Puente, el cual, con un criado suyo, llamado Andrés de Cereceda, que envió a España con este piloto, se puso entre ellos por movedor de la cosa. Llegados a España a la corte, el Andrés Niño intentó la negociación, y como no halló tanto crédito para que se le fiase el cargo, puesto que era diestro piloto y experimentado en las cosas de la mar, juntáronse él y el Cereceda con Gil González de Avila (contador del César en esta ciudad de Santo Domingo e Isla Española), que estaba en aquella sazón, el año de 1518, en la corte, el cual había sido criado del obispo de Palencia, don Juan Rodríguez de Fonseca, Presidente del Consejo de estas Indias; y le dieron aviso de la prisión de Vasco Núñez, y concertados con él, pidió Gil González el descubrimiento, y obtuvo la merced, por causa del obispo, para que él y

* Tomado de la *Historia General y Natural de las Indias* Libro XXIX.

† léase protegido.

Andrés Niño, con sus dineros y los de otros armaran, tomando Sus Majestades la parte que fuesen servidos de tener en esta armada.

Y hecha su capitulación, diósele una cédula, en que el Rey mandó a su lugarteniente general y gobernador de Castilla del Oro, porque era informado que Vasco Núñez de Balboa, sin licencia especial de Su Majestad, fue a la parte de la mar del Sur a hacer cierto descubrimiento con ciertos navíos y gente, y que en él tomó y hubo algunas cosas, y que al presente el Vasco Núñez estaba preso, y porque Su Alteza enviaba a Gil González de Avila y Andrés Niño con cierta armada al descubrimiento de la mar del Sur; por tanto mandó que en recibiendo su cédula, proveyese cómo se entregasen a Gil González todos los navíos y fústas que Vasco Núñez llevaba y quedaron de su armada, para que con los demás, que de España llevaba, pudiese hacer el dicho descubrimiento y viaje, por ante un veedor que para ello el gobernador de Castilla del Oro nombrase, que le hiciese cargo de todo por inventario, y que lo proveyese luego el gobernador, como cosa que mucho tocaba a su servicio real.

Esta cédula yo la ví y se despachó en Barcelona a 18 días de Junio de 1519, y no habla con gobernador señalado, porque entonces se trataba de enviar a Castilla del Oro otro, y quitar el cargo a Pedrarias Dávila. Y así en la misma Barcelona fue proveído de aquel oficio y gobernación, desde a pocos días, Lope de Soza; pero cuando Gil González llegó a la Tierra-Firme, ya había pasado lo que se ha dicho en el capítulo precedente del viaje del licenciado Espinosa.¹

Y pocos días antes que Lope de Soza muriese,² llegaron al Darién el capitán Gil González de Avila y el piloto Andrés Niño, para entender en su descubrimiento, en el año de 1520, poniendo Su Majestad cierta cantidad, y armando en su real compañía Andrés de Haro, burgalés, y los mismos capitán Gil González y piloto Andrés Niño, y el susodicho Andrés de Cereceda que iba proveído por tesorero, y otros particulares que también ponían su parte en la armada. Y luego Gil González, desde Acla, comenzó a entender en su despacho, y en hacer ciertos navíos en el río que llaman de la Balsa, que va a dar a la mar del Sur, en el golfo de San Miguel; porque aunque presentó la cédula que he dicho, y requirió con ella a Pedrarias, aprovechó poco, porque a aquellos navíos de Vasco Núñez opusieronse muchos, diciendo que eran de compañía. Y atender a ésto estaba Pedrarias muy puesto en estorbar a Gil González, y esta contención

¹ Gaspar de Espinosa, por orden de Pedrarias, había tomado los barcos del ajusticiado Balboa e ido a explorar la costa del Mar del Sur hasta la entrada del golfo de Nicoya.

² El nuevo gobernador murió al desembarcar en Castilla del Oro, de modo que Pedrarias Dávila continuó al frente de la gobernación de esa provincia.

no se acabara sin estar primero podridos los navíos, y a esta causa fuera más (*difícil*) aparejarlos que hacer otros.

En esta armazón entraron el tesorero Alonso de la Puente y el contador Diego Márquez, oficiales de Castilla del Oro, por cuyo respecto Gil González y sus consortes la pudieron sacar a luz; porque de otra forma fuera imposible, porque al gobernador le pesaba de esta armada, y le parecía que además de ser en vergüenza suya ir a su gobernación a armar a otro, con licencia del Rey, le era gran cargo y ofensa, y se apocaba su crédito, y no deseaba que por manos de otro se hiciese ni se supiese cosa alguna de aquella mar del Sur. Y así, en cuando él podía, por diversas formas, daba desvíos a la expedición y aviamiento de Gil González con muchas cautelas.

Sentido esto por el capitán Gil González, y entendido en parte la condición y codicia del gobernador, y por aviso de los oficiales, el tesorero Alonso de la Puente y el contador Diego Márquez, que de más días y mejor le tenían conocido, se acordó de meterle en compañía en la armada, porque por esta vía sería fácil cosa el despacho; y así Gil González le movió un partido algo donoso, y fue que le vendiese Pedrarias un negrillo que tenía volteador, y que le daría por él trescientos pesos, y que aquellos los tuviese Pedrarias en la armada, y gozase lo que de ella procediese por rata lo que le cupiese, por razón de los trescientos pesos. Con esto, luego entró y vendió al negro en el precio que he dicho, y se asentó aquella cantidad en el caudal por Pedrarias, como armador y partícipe de la compañía de aquella armada, como si de otra cosa (*Gil*) no tuviera tanta necesidad como de un muchacho que voltease, que aun para grumete no era: y con esto luego le comenzó a favorecer el gobernador, y dió lugar a su despacho, puesto que a la verdad, aunque lo disimulaba, todavía le pesaba en el ánimo de este descubrimiento, el cual se hizo de la manera que se dirá en el siguiente capítulo.

Capítulo XXI

Que trata de algunas cosas notables que pasaron en la Tierra-Firme entre el gobernador Pedrarias y el capitán Gil González Dávila y otros capitanes, en tanto que yo estuve en España negociando la ida del nuevo gobernador Pedro de los Ríos, para que Pedrarias fuese removido, y la relación de lo que descubrió el capitán Gil González en la mar y costa austral de la Tierra Firme, y porque es larga la narración de lo uno y de lo otro, irá este capítulo diviso en ocho párrafos.

Acordárseos debe, lector, si habéis continuado la lección, cómo de haber sido removido Pedrarias del oficio de la gobernación de Castilla del

Oro, o al menos proveído Lope de Sosa en su lugar, le quedó mucha indignación contra mí: y también habréis visto por que vía y rodeo se trataron mis trabajos, y fui acuchillado a traición, y cómo y con cuanta razón y causa acordé gastar cuanto tenía, siguiendo mi justicia en España, y pidiendo gobernador contra Pedrarias; y cómo en fin Su Cesárea Majestad, como justísimo Príncipe, proveyó de aquel oficio y gobernación de Castilla del Oro a Pedro de los Ríos. Y pues está dicho que el año de 1526 fue a Tierra-Firme, y yo con él a pedir mi justicia, y en lo que paró parte de ello, antes que a más se proceda, conviene a la historia que se digan algunas cosas notables que pasaron en Tierra-Firme, desde el año 23 hasta el de 26 que estuve ausente, entre Pedrarias y el capitán Gil González Dávila y otros capitanes, porque son cosas notables y del mismo jaez de esta historia.

I. En el capítulo XIV se dijo cómo Gil González había ido a descubrir en la mar del Sur con una armada, de la cual fue por piloto mayor Andrés Niño; el cual viaje hizo, y al tiempo que yo me partí de Acla para ir a España, como se dijo en el capítulo precedente, llegó a Panamá de vuelta de su viaje el capitán Gil González con el oro y razón de lo que había descubierto, y cómo había hallado una laguna muy grande, que se pensaba que era mar dulce, en la provincia de Nicaragua, y había convertido y bautizado muchos millares de indios; y que tornado a Panamá se fundieron noventa y tantos mil pesos de oro que trajo, y apartado el quinto de Su Majestad para enviarlo a España, quísosele embarazar Pedrarias, diciendo que Gil González había venido a esta ciudad de Santo Domingo con el oro del Rey, y que si algún desastre o caso siniestro le acaeciese, a él sería cargo, si no pusiese recaudo en ello, para que se enviasen seguros a Su Majestad quince mil pesos y más, que eran de aquel oro el quinto. Gil González decía que él lo había ganado en la armada, que estaba a su cargo, y los que con él habían ido con mucho trabajo, y que con la lanza en la mano lo había sacado de las manos de sus enemigos e infieles, que menos sería llevarlo por tierra y mares de Sus Majestades y de los amigos, y que él lo ponía en recaudo y daría cuenta de ello, y si necesario fuese, iría en persona a la corte a llevarlo a sus Majestades.

Todo esto contradecía Pedrarias y ponía inconvenientes para que el oro quedase en su poder o en la persona que él mandase; pero en fin Gil González se partió con el oro, y vino a la ciudad y puerto de Nombre de Dios; y después de partido, cayó en mayor arrepentimiento Pedrarias, por haberlo dejado ir, y luego se puso en camino tras él para prenderlo y tomar el oro. Y cuando llegó al Nombre de Dios, hallóle embarcado y hecho a la vela. Y así se vino Gil González a esta ciudad de Santo Domingo de la isla Española, y desde aquí envió a España al tesorero Andrés de Cereceda con el oro del quinto de Su Majestad, y para que hiciese relación

del descubrimiento, porque se había hallado presente a ello. Lo cual diré aquí con brevedad que supiere decirlo, porque es en parte que conviene a la historia.

II. Dicho tengo que el primero que descubrió la mar del Sur a los cristianos fue el adelantado Vasco Núñez de Balboa; y asimismo he escrito cómo con sus navíos fue (después que le degollaron) enviado por capitán a descubrir por la mar del Sur el licenciado (*Gaspar de*) Espinosa, alcalde mayor y teniente de Pedrarias, y lo que de aquella mar y costa vió lo dije en el capítulo XIII, conforme a las alturas y grados en que está la costa e islas, de que en su viaje se tuvo noticias, siendo piloto mayor en aquel camino Juan de Castañeda. El tercero que de los españoles navegó en el mar austral fue el capitán Fernando de Magallanes, cuando descubrió aquel memorable grande Estrecho en el año de 1520, por el cual entró por la boca que tiene al Oriente y fue por la mar del Sur y por alta mar a las islas de Maluco y Especiería, lo cual también queda dicho en el libro XX. El cuarto capitán y descubridor en la costa austral fue el capitán Gil González Dávila y el piloto Andrés Niño, y lo que se acrecentó por su industria en la moderna cosmografía, he de decirlo como la carta enmendada lo platica y yo la he visto de la mano del cosmógrafo Alonso de Chaves, al cual no culpo en aquello que él no hubiere visto en la discrepancia de los grados, porque soy tan obligado a creer, o mejor diciendo, testificar lo que mis ojos vieren, como a lo que otros que no lo navegan quisieren significarme.

Yo dije que lo último que el licenciado Espinosa y Juan de Castañeda descubrieron fue hasta ver el embocamiento del golfo de San Lúcar (que mas cierto se llama de Orotina), pero no entraron en él; la cual ensenada está entre el promontorio o punta de la Herradura y la punta o promontorio del Cabo Blanco, y de allí no pasaron. Y hasta allí hay ciento ochenta leguas, pocas más o menos, aunque nuestros pilotos las llaman doscientas, y así lo serían o más por la costa, tierra a tierra; y de allí adelante se atribuye a esta otra armada, de que fue por capitán Gil González de Avila. Y todo lo que Andrés Niño anduvo más que el licenciado Espinosa, fueron hasta cien leguas y cuanto más ciento veinte hasta la bahía de Fonseca, puesto que tierra a tierra por la costa serían algunas más; pero no las que Gil González y Andrés Niño se jactaban, que les daban nombre de seiscientos cincuenta desde Panamá a donde había Andrés Niño llegado. Y Gil González decía que por tierra había él caminado trescientas

⁴ Durante ese viaje fueron capturados dos indios que, llevados luego a Panamá, aprendieron el castellano y sirvieron de intérpretes en la siguiente expedición de Gil González.

⁵ Andrés Niño avanzó más allá del golfo de Fonseca, hasta Tehuantepec, como él insistió, y lo confirma un aviso que los indios dieron a Hernán Cortés sobre la presencia de barcos en la Mar del Sur por aquel año.

veinte leguas, desde donde tornó con ciento doce mil pesos que le dieron los caciques, y más de la mitad de ello de oro muy bajo: a mi me escribió que se habían bautizado treinta y dos mil ánimas o más de su voluntad y pidiéndolo los indios; pero me parece que aquellos nuevamente convertidos a la fe la entendieron de otra manera, pues al cabo le convino al Gil González y su gente salir de la tierra mas que de paso.

Hallaron grandes poblaciones, y descubrieron una grandísima laguna, que pensaron que era mar dulce, en las costas de la cual viven grande multitud de pueblos y gentes de indios, lo cual yo ví después muy mejor, cuando fuí a aquella tierra, y se sabe más puntualmente. Y cuando se hable adelante en particular de aquella gobernación de Nicaragua, se dirán muchas cosas más, allende de las que estos armadores vieron, a los cuales no se les debe negar el loor de su trabajo. Pero tornemos al camino, que en la verdad fue harto menos de lo que Andrés Niño y Gil González le pintaron y no fue menos de lo que yo aquí les atribuiré.

III. Gil González, hizo cuatro navíos en el río que llaman de Balsa, que no estuvieron para navegar y se perdieron todos, y en esto gastó mucho tiempo y dineros, y tuvo mucho trabajo. Después hizo otros cuatro en la isla de Perlas, que está en el golfo de San Miguel, y de allí se partió esta armada a los 21 días de Enero de 1522, y después que navegaron hasta cien leguas al Occidente, dijeron los marineros que toda la vasija del agua estaba perdida, y que no se detenía en ella el agua ni se podía remediar sin hacerse otra, y también hallaban ya los navíos tocados de mucha broma; y por eso les fue forzado sacar en tierra todo lo que llevaban donde mejor disposición hallaron, y poner a monte los navíos para adobarlos. Lo cual lloró por algunos años después el cacique de Burica, porque este adobo se hizo en su tierra y muy a su costa y de su gente, y les hizo hartas fuerzas y sinrazones Andrés Niño y sus marineros; y así después lo pagó con su cabeza, y le mataron indios, como se dirá en su lugar. Desde allí enviaron un bergantín a Panamá por pez para brear y por otras cosas, y como la gente no se podía sostener allí, donde los navíos estaban, por falta de mantenimientos, y porque se guardase el bastimento, que era para el camino de la navegación, fue necesario que el capitán Gil González, con cien hombres se entrasen la tierra adentro para sostenerse, en tanto que la pez venía y la vasija se hacía y los navíos se adobaban, y también para comenzar a granjear oro, que era lo que principalmente buscaban; porque de armada hecha por muchas bolsas no se puede sospechar que el deseo de henchirlas es poco, ni que la codicia de los ministros de ella sea el mayor cuidado, sino el mayor intento de los armadores. Así que, caminando Gil González la tierra adentro hacia el Poniente, algunas veces se halló tan apartado de la costa, que se vió arrepentido; pero dejó mandado a Andrés Niño, que quedaba con los navíos,

que venida la pez, y adobados los navíos, y hecha la vasija, se fuese la costa abajo al Poniente, y que andando ochenta o cien leguas, si llegase más presto, le esperase en el mejor puerto que por la comarca hallase, porque así lo haría él, si primero llegase.

Yendo Gil González por la tierra adentro, sosteniéndose y bautizando muchos caciques e indios, le sucedió que a causa de pasar los ríos muchas veces, a pie y sudando, le sobrevino un tullimiento de una pierna, que no podía dar un paso a pie, ni dormir de noche ni de día del dolor, ni caminar a pie ni a caballo; y por esto le llevaban en una manta atada en un palo, muchas veces en hombros de indios y de cristianos, y de aquesta manera fue hartas jornadas. Mas porque el caminar era así muy dificultoso, como por las muchas aguas que entonces hacía, hubo de pararse en casa de un cacique principal, aunque con harto cuidado de velarse (el cual cacique tenía su pueblo en una isla que tenía diez leguas de longitud y seis de latitud, la cual hacía dos brazos de un río muy poderoso); y aposentóse Gil González en la casa del cacique, que era tan alta como una mediana torre y de hechura de un pabellón, armada sobre postes, y cubierta de paja, y en medio de ella le hicieron una cámara, por la humedad, sobre postes, y tan alta como dos estados.

Desde a quince días que allí estaban, llovió tanto y crecieron los ríos de tal forma, que anegaron y cubrieron toda la isla, y en la casa donde el capitán estaba, que era lo más alto, llegó el agua a dar a los pechos de los hombres; y de ver aquesto los españoles pidieron licencia al capitán, para irse a valer fuera del pueblo en los árboles, y él se las dió, y se quedó allí en aquella gran casa con la gente mas de bien, esperando lo que Dios quisiese hacer, y pensando que no bastaría el agua a derribarla, y conjeturando en esta sospecha, y temerosos de ver crecer el agua sin saber hasta cuándo. Con este cuidado tenían en lo alto de la casa puesta una imagen de Nuestra Señora y una lámpara de aceite que la alumbraba, y cada hora se venían allí más compañeros de los que no se hallaba de su propósito de fuera y en otras partes: y a la media noche se quebraron todos los postes, y cayó la casa sobre los que estaban dentro, y derribó la cámara donde estaba el capitán, y quedó sobre dos muletas de pie encima de la cámara, el agua a los muslos, y llegaron las varas de la techumbre al suelo y quedaron los compañeros el agua a los pechos. Plugo a Dios que con cuantos golpes dió la casa sobre el agua vino poco a poco al suelo, sin dargolpe en tierra y sin hacer fuerza para que la lámpara se muriese; que fue muy gran socorro no quedar sin lumbré, para hallar manera con que saliesen de allí y no se ahogasen, que estaban como los pájaros que se toman (o ratones) con la losilla, puestos todos debajo de una sobrecopa. Y así rompieron con un hacha la techumbre de la casa, y por allí salieron los compañeros que con el capitán se habían quedado, y a él le sacaron en los

hombros, porque los demás se habían con tiempo acogido, con licencia de Gil González, a los árboles, y con ellos los indios mansos que tenían de servicio. Y de esta manera lo llevaron, dando voces para que los compañeros y el capitán se pudiesen juntar, lo cual se hizo con mucha fatiga. Después que fueron juntos, colgaron una hamaca o manta de un árbol a otro, en que el capitán fue puesto, y así estuvieron hasta que fue de día, no cesando en toda la noche de llover mucho y con muchos truenos y relámpagos; y de esta forma estuvieron hasta que el agua cesó y menguaron los ríos y tornaron a su curso. Y temiendo que podría tornar a acacerles lo mismo, hicieron sobre los árboles con varas y ramas ciertos sobrados y cámaras cubiertas con hojas, y de tal manera que tenían fuego en ellos; en los cuales sobrados se socorrieron otras dos veces por otras crecientes, huyendo de las otras casas bajas. Después quedó la tierra tan llena de lama y cieno y de árboles que el río trajo, que a gran pena podían andar por allí.

En este trabajo se les perdieron algunas espadas y rodela y vestidos, y recibieron mucho daño, a causa de lo cual hicieron daragas de algodón bastado, en lugar de las rodela que perdieron; y como el agua les llevó los mantenimientos, fuéles forzado ir a buscar de comer hacia la costa, que era su intento, de la cual estaban desviados diez leguas o más, y por tierra no podían, y por esto hicieron balsas de madera y árboles atados unos a otros: y así pusieron encima de ellos su fardaje y sus personas con los indios que traían y les servían, y fueron por el río abajo hasta llegar a la mar, aunque eran más de quinientas ánimas los que en esta flota de balsas iban. Y como algunos compañeros llegaron de noche, arrebatólos la corriente del río y sacólos a la mar a medianoche, metiéndolos la resaca muchas veces debajo del agua; y otro día, desde la costa, los veían esos otros dos leguas dentro de la mar, y como la menguante los había apartado de la tierra, la creciente los volvía después. Pero el capitán viéndolos en tal peligro, mandó entrar en otras balsas pequeñas y algunos compañeros sueltos nadadores, y fueron allá y los trajeron: a los cuales hallaron tales, que ya se dejaban de ayudar, rendidos a la muerte y desanimados del cansancio y fatiga; pero plugo a Dios que ninguno se perdió. Mas es de creer que se acordaron muchas veces con cuanto menos peligro ganaban de comer, estándose en su patria. En fin, estas cosas los hombres han de hacer, y no todos, sino aquellos que son para más que otros.

Recogida esta gente a su capitán, caminaron por la costa de la mar al Poniente, y llegaron a un golfete que se dice San Vicente, donde hallaron a Andrés Niño, que acababa de llegar con los navíos aderezados y con la vasija del agua hecha. Y una vez pensó el capitán Gil González de meterse en la mar y hacer su descubrimiento con los marineros, porque no tenía piernas para andar por tierra a pie ni a caballo, y quiso dejar en tie-

rra un teniente con los hombres que llevaba. Y como la gente tuvo conocimiento de esto, comenzaron a murmurar y quejarse de él, porque dejaba su compañía, y porque ya habían comenzado a topar mayores caciques, y la esperanza de enriquecerse aumentaba, y en tierra había más aparejo que en la mar para hallar oro: y así por esto como por el contentamiento de los soldados, y porque con su presencia se harían mejor las cosas que tocaban a la paz y a la guerra, acordó de quedar en tierra, y con cien hombres y cuatro caballos proseguir adelante. Y mandó que un teniente suyo, con Andrés Niño y otros pilotos juramentados, midiesen y asentasen las leguas que se anduvieron en el descubrimiento de lo que viesen, y así por mar como por tierra se continuase el viaje la vía del Poniente, con intención de hacer paces y con buen tratamiento a todos los caciques y señores que hallasen; y a los que por bien no quisiesen la paz, se les hiciese la guerra. Y quedaron allí dos navíos y parte de la gente en guarda de cuarenta mil pesos de todos oros, que ya habían habido; y Andrés Niño fue con los otros navíos adelante a descubrir, y Gil González prosiguió por la tierra: y acordóse que al mismo puerto se tornasen a recoger.

Este golfo de San Vicente, si yo no lo tengo mal entendido, está en la punta o promontorio que está próximo a la isla del Caño, la cual punta dista de la equinoccial ocho grados y medio a la banda de nuestro polo; y de allí adentro es el ancón o golfo, y lo que de él es más septentrional en la costa está a nueve grados de la línea del equinoccio, y dentro de esta ensenada están algunas islas pequeñas.

IV. Dada la orden que es dicho, en el camino de la mar y de la tierra, por donde iba el capitán Gil González, se bautizaban muchos caciques e indios de su voluntad: y llegó a un cacique llamado Nicoya, el cual le dió catorce mil pesos de oro, y con él seis mil personas más se bautizaron y tornaron cristianos, y quedaron tan amigos de los cristianos nuestros españoles, que en diez días que allí estuvieron, cuando se quiso partir Gil González, le dijo el cacique, que pues que no había de hablar ya con sus ídolos, que se los llevase. Y no le diera él tantos cuantos el capitán tomara de buena voluntad, y así le dió seis estatuas de oro tan grandes como un palmo, y algunas algo mayores; y rogóle que le dejase algún cristiano de los nuestros que le dijese las cosas de Dios, lo cual no osó hacer Gil González, por no aventurarle y porque llevaba poca gente.

Decíame Gil González que desde aquel golfo de San Miguel hasta Nicoya anduvo cincuenta leguas (pero harto menos camino hay), y no me maravillo, porque entonces no se sabía la tierra.

Allí tuvo noticias del cacique de Nicaragua, y muchos indios principales, que consigo llevaba, le aconsejaron que no fuese allá, porque era

muy poderoso, y aun los españoles le decían lo mismo; pero el capitán no quiso temer sin ver de quién y prosiguió su camino. Y una jornada antes de su pueblo envió las lenguas que llevaba y seis indios principales de los que con él iban, y envióle a decir lo que a otros caciques acostumbraba, y era esto: "Que él era un capitán del gran Rey de los cristianos, que por su mandato iba a aquellas partes a hacer saber a todos los caciques principales o señores de ellos, que en el cielo, mucho más alto del sol, hay un Señor que hizo el sol y la luna y cielos y estrellas, y a los hombres y animales y aves y la mar y los ríos y los pescados y todas las otras cosas; y los que esto creían y lo tenían por Señor son los cristianos, y cuando mueren, van arriba donde él está y gozan de su gloria; y los que no son cristianos, van cuando mueren, a un fuego que está debajo de la tierra a penar para siempre: y que todos los señores o caciques o principales, a quien en aquella lengua llaman *calachuni*, que atrás quedaban hacia donde el sol nace, lo sabían ya, y él y otros capitanes se lo habían dicho y lo creían así, y tenían por señor al Rey de Castilla, cuyos eran aquellos cristianos y el capitán, y se habían hecho cristianos y quedaban por vasallos del Rey de Castilla. Y que él iba a decirlo a los otros calachunis y príncipes de hacia donde el sol se pone, porque Dios así lo manda; y que le rogaba que lo atendiese en su pueblo con sus indios y gente toda, y que no hubiese miedo; y que él le diría otras cosas muy grandes de este mismo Dios, con que habría mucho placer, sabiéndolas; y que si esto no quisiese hacer, ni ser vasallo del gran Rey de los cristianos, que se saliese al campo de guerra, que otro día sería con él".

Aquel mismo día en la tarde, ciertos escopeteros, probando la pólvora, pusieron fuego a su posada y a la del capitán, y quemáronse ellos mismos, que fueron tres, lo cual dió mucha turbación a los demás todos, por ser en víspera de tal jornada como la que esperaban otro día. Y el capitán, como era caballero y de gentil ánimo, les habló y dijo lo que era razón para que no temiesen ni hubiese flaqueza en ninguno, pues que eran españoles y de patria donde tan valerosos corazones se crían. Decíales que se acordasen que cuando el conde Fernando González había querido dar la batalla a los moros y a su rey Almanzor, que la tierra se abrió y tragó a un caballero cristiano, y por eso no dejó de ser vencedor el conde, y quedó más victorioso; y que así esperasen que lo serían ellos, si a las armas viniesen, y que aquello cada día acaecía a los que trataban la pólvora (cuanto más que aquellos vivirían). Y así a este propósito les hizo un gentil razonamiento, con que quedaron de voluntad y ánimo aparejados a todo lo que pudiese sucederles.

Allí dejó el capitán los tres escopeteros a curarse y otro hombre con ellos, y al día siguiente llegó una legua del pueblo y topó cuatro indios principales con los otros que él había enviado; y aquellos cuatro dijeron

a Gil González que el calachuni le esperaba en su pueblo de paz y como amigo. Y en llegando, aposentó al capitán y a los españoles en una plaza y casas de alrededor de ella, y luego le presentó parte de quince mil pesos, que en todo le dió; y Gil González le dió una ropa de seda y una gorra de grana y una camisa de Holanda delgada y otras cosas de Castilla. Y en dos o tres días que se le habló de las cosas de Dios, dijo que quería ser cristiano él y sus mujeres e indios, y en un día se bautizaron más de nueve mil personas, con tanta voluntad, a lo que mostraban, que de placer y devoción lloraban algunos de nuestros soldados, dando gracias a Dios de lo que veían.

Allí estuvieron el capitán y su gente ocho días, y se pusieron dos cruces, como lo acostumbraban hacer en los otros pueblos; y puso una muy grande en un montón de tierra grande de gradas, y en cada plaza tienen uno de estos montones de tierra, que parece que los mismos montones piden la cruz; y dejó otra en su mezquita, que el mismo calachuni la llevó en sus brazos, y quiso que allí se pusiese.

Esto de estos montones no lo entendió Gil González ni los cristianos entonces para qué efecto los tienen; y es para sacrificar y matar hombres, como se dirá en su tiempo adelante, cuando se hable de esta gobernación de Nicaragua (la cual gente es de la misma lengua de México y de la Nueva España).

Desde a ocho días que Gil González allí estuvo, pasó a otra provincia, seis leguas de allí, y halló seis pueblos a legua y a legua y media o dos uno de otro, de cada dos mil vecinos cada uno de ellos; y después que les hubo enviado sus mensajeros, se aposentó en uno de estos, y los señores le fueron a ver, y le presentaron oro y esclavos, y dieron de comer a los cristianos. Y como sabían que Nicaragua y sus indios se habían bautizado, dijeron que también querían ser ellos cristianos; y vino cada señor con su gente a recibir el bautismo, y cada día de otros pueblos enviaban a pedir a Gil González que les enviase el capellán que los bautizase y les dijese las cosas de Dios. Y así se hacían y madrugaban los de un pueblo y de otro para (*ver*) cuál llevaría antes el clérigo.

Estando en medio de esta buena obra, parece ser que otros caciques grandes, que estaban adelante, hubieron noticia de estos nuestros españoles, y también sabrían cómo les presentaban *taguizte* (que así llaman al oro en aquella lengua); y uno de ellos, llamado Diriajen, vino a ver a Gil González, y llevó consigo hasta quinientos hombres, y cada uno con un pavo o pava o dos en las manos, y detrás de ellos diez pendones o banderas pequeñas sobre sus astas, y todas blancas, y detrás de estos pendones diecisiete mujeres, todas casi cubiertas de patenas de oro y doscien-

tos y tantas hachuelas de oro bajo, que pesaba todo más de dieciocho mil pesos. Y más atrás, cerca del calachuni y de sus principales, venían cinco trompetas, o mejor dicho pífanos, y cerca de la posada del capitán Gil González tocaron un rato; y acabado de tañer, entraron a verle con las mujeres y el oro. Y mandóles preguntar que a qué venían, y dijeron que a ver quién eran: que les habían dicho que era una gente con armas que andaban encima de unas animalias de cuatro pies; que por ver quién eran y lo que querían, los venían a ver. Entonces el capitán Gil González hízoles hacer aquel su sermón que se hizo a Nicaragua, y él acostumbraba hacer a los indios con las lenguas a la soldadesca (después de haber puesto en recaudo el oro), y respondieron que querían ser cristianos. Preguntóseles que cuándo se querían bautizar, y dijeron que desde a tres días venían a ello.

Es de pensar que estos que nuestra católica fe predicaban a estos indios, no publicaban ni les decían la pobreza que Cristo y sus Apóstoles observaron, con tanto menosprecio del oro y de los bienes temporales, teniendo principal intento a la salvación de las ánimas, ni traían cuchillo, ni pólvora, ni caballos, ni esos otros aparejos de guerra y de sacr sangre. Mirad lo que el Apóstol San Bartolomé hizo, cuando le cupo en suerte la predicación de Lycaonia y en la India Oriental, y por consiguiente los otros Apóstoles, do quiera que se hallaron, que si solamente el comer, otra cosa no tomaban; pero nuestros convertidores tomábanles el oro, y aun las mujeres y los hijos y los otros bienes, y dejábanlos con nombres de bautizados, y sin atender el bien de tan alto Sacramento los que les recibían. Plugiera a Dios que de cada millar de ellos, así bautizados, quedaron diez que bien lo supieran.

Como quiera que ello fuese, este nombre cristiano no place al diablo, ni quiere la salvación de los hombres; y es de pensar que él apartaría del propósito del bautismo aquellos indios, y también ellos vieron el poco número de nuestros españoles, y al tercer día que dijeron (habiendo ido el clérigo en el mejor de los caballos de cuatro que tenían y dos valientes hombres con él, a predicar a unos pueblos no lejos), estando los españoles descuidados de la guerra, sábado 17 de Abril, (*de 1523*) a mediodía, y con grandísima calor, dieron sobre el capitán Gil González y su gente hasta cuatro mil indios armados a su guisa, con unos jubones o corazas sin mangas de algodón bastados, y armaduras de cabeza de lo mismo, y rodela y espadas de palo recias, y muchos de ellos con arcos y flechas (puesto que no tienen hierba) y otros con varas para tirar. Y quiso Dios que a un tiro de ballestas antes que llegasen al lugar, un indio del pueblo donde estaban los cristianos, los vió venir y dió aviso, y lo más presto que pudie-

⁴ Se refiere al *yacat*, especie de coca, que los indios masticaban para infundirse valor y energía antes de entrar en combate.

ron cabalgó el capitán en un caballo de los tres, y recogidos los compañeros en la plaza, delante de su posada, puso la tercia parte de su gente a las espaldas y alrededor, porque como eran muchos los contrarios, temieron que los cercasen y les pusiesen fuego. Y con grandísimo ímpetu, llegados a la plaza, arremetieron a los cristianos, y ellos contra los indios, de manera de torneo, peleando los unos y los otros con el mayor esfuerzo que podía ser. Y estuvo la batalla casi medio cuarto de hora en peso, sin que se conociese cuya había de ser la victoria. Y después de haber herido y derribado en tierra seis o siete españoles, llevábanse otro vivo en peso, sin quererlo matar, a lo que mostraban: y como los de caballo arremetieron y anduvieron un rato entre los enemigos revueltos, atropellando y alanceando, ellos pusiéronse en huida; y siguiendo el alcance, animando a los de pie, los echaron a lanzadas fuera del pueblo. Y en el campo, como el capitán estaba en el mejor de los tres caballos, aunque mal aderezado de jaez, iba de los delanteros esforzando los nuestros, y haciendo como buen capitán, su deber. Y desde que se hubo cansado de alancear a los que a una parte y a otra topaba de los enemigos, pareciéndole que era error dejar tan atrás a su gente, dió la vuelta, en la cual fueron tantas las varas y flechas y piedras que los indios le tiraron, que pasó mayor peligro que cuando de la plaza los echaron.

En fin, como llegó a los delanteros de los compañeros que seguían el alcance fuera del pueblo, no consintió que procediesen adelante, así por su desventaja del poco número, como porque los indios no le tuviesen en poco o sospechasen que no eran más los que quedaban en el lugar, y no se atreviesen a volver sobre ellos y renovasen la batalla, y aun porque en la posada se quedaba el oro solo y que los del pueblo no tentasen otra ruindad viéndolos fuera, e los robasen. Y así lo más presto que pudieron, se recogieron con la victoria, dando gracias a Dios, y se pusieron en orden, esperando la segunda batalla, si se la diesen: lo cual no hicieron por recoger los heridos y muertos y no dejarlos en el campo.

En este tiempo aún el clérigo y los compañeros que con él fueron no eran tornados; y como el pueblo donde fueron, era hacia la parte de donde vinieron los indios que es dicho, pensóse que los habrían muerto. Y luego el capitán les escribió en breves renglones, con un indio del pueblo, que se viniesen luego, diciendo lo que había acaecido; y vino luego el capellán y los dos hombres, sin haber topado quien los enojase. Allí se acordó que diesen la vuelta a buscar los navíos, y se tornasen a la costa, así porque hasta allí la gente había ido contra su voluntad, como porque todos se lo aconsejaron al capitán, y el conoció y vió que no debía hacer otra cosa contra el parecer de todos, y por poner en cobro lo que hasta entonces habían ganado. Y así se lo requirieron los oficiales y algunos otros de los principales españoles, porque vieron que el capitán esa noche tenía en volun-

tad de dar en los contrarios por los respetos ya dichos; y porque la gente estaba cansada, y algunos compañeros heridos, y otros enfermos, y por no aventurar el oro que tenían allegado, y además de eso que de los de aquel pueblo no tenían mucha seguridad, dieron la vuelta con pensamiento que llegados a tierra de cristianos, aunque estaban bien lejos de ella, podrían con más gente y caballos y con más propósito volver a castigar y hacer de paz aquella gente, y a saber los secretos de la tierra, porque ella es tal, que ninguno la puede ver sin que le parezca muy bien.

V. Como el cacique Nicaragua supo que Gil González se tornaba, y que había peleado con el cacique Diriajen, y supo que llevaban los españoles cantidad de oro, pensó de tomárselo y matarlos, como después lo enseñó la experiencia, y así lo sospecharon los nuestros, al pasar de su pueblo; con la cual sospecha el capitán Gil González ordenó su gente, que serían hasta sesenta hombres los que estaban sanos, y hecho un escuadrón; metió dentro en él el oro y la gente flaca y las cargas de la comida y hacienda que llevaban, y a los cuatro cornisales o esquinas iban los cuatro de caballo que tenían, y cuatro escopeteros. Y de esta manera pasaron por el pueblo a las once horas del día, y ya que estaban fuera de la población comenzaron indios de salir en su rastro, y decían a los indios que les llevaban las cargas, que las dejaran y se huyesen con ellas; y así caminando, los sufrían, por no quebrar con ellos; y algunos se atrevían a entrar entre los nuestros a sacar los indios, con las cargas, del escuadrón. Y viendo esta osadía el capitán, mandó a los ballesteros que les tirasen y como hirieron algunos, súbitamente comenzaron a salir del pueblo muchos indios de guerra. Entonces parecióle a Gil González que no se podía excusar de pelear, y mandó al tesorero Andrés de Cereceda y a los que llevaban la guarda del oro que caminasen todo lo que pudiesen, y así mismo los indios que llevaban las cargas del bastimento y ropa, y el capitán con los otros tres de caballo y algunos sueltos peones y ballesteros y rodeleros y cuatro espingarderos, que todos sería hasta diez y siete, se quedó en la recarga. Y la gente que salía del pueblo era innumerable y muchos de ellos flecheros; y comenzaron a allegarse con mucho denuedo y grita muy grande, tirando flechas, y los de caballo hacían algunas vueltas sobre los enemigos, y otras veces los escopeteros y ballesteros, hiriendo a los que se acercaban. Pero cuando los de caballo volvían, era tanta la prisa del huir de ellos los indios, como la que suelen hacer los peones en mi tierra de aquellos bravísimos toros de la ribera de Xarama; y alanceaban algunos, con mucha risa de ver el temor que habían a los caballos. A los indios les parecía gran novedad los hombres a caballo, porque nunca tales animales habían visto, y no era para ellos menor espanto que el de los centauros en las bodas de Perithoo, en aquella batalla que Hércules hubo con ellos, pero no obstante el miedo que los indios habían

de los caballos, era tan grande la muchedumbre de ellos como enjambres de abejas.

El cansancio que los nuestros hubieron en esta jornada fue muy excesivo; pero mezclado su temor con su esfuerzo y con la prudente diligencia de su capitán, no cesaron de trabajar valerosamente hasta que el sol se quiso poner por una hermosa vega: y lo que mayor fatiga les fue era el pasar de algunos arroyos, por no desamparar los dolientes y pasar los de la resaca adelante, y en cobrar los indios que les dejaban las cargas.

Finalmente, como vieron los contrarios que perdían gente, y que no ganaban nada en seguir a los cristianos, cuando el sol se puso, dijeron que querían paz y el capitán Gil González se las otorgó; y dejadas las armas, tres indios principales mandaron que se quedase atrás toda la otra gente, y vinieron a hablar con los nuestros, disculpando a Nicaragua y los suyos; y decían que aquello habían hecho la gente de otro cacique, que estaba aquel día en su pueblo, que se llamaba Zoatega, que los españoles no le habían visto, cuando la primera vez por allí habían pasado. A lo cual Gil González respondió que él había visto y conocido algunos indios principales aquel día en la batalla, y que así lo dijese a su *teyte* (que quiere decir lo mismo que calachuni o señor) y que le hacía saber que los cristianos todos que él traía eran *tapaligues* (que así llaman en aquella tierra al hombre experimentado, y al que ha muerto a otro de cuerpo a cuerpo dicenle *tapaligue*); pero que él era contento de la paz, y que si ellos otra cosa quisiesen, que él les haría la guerra de otra manera, porque los cristianos no se cansan, ni han menester *yaat*, que es cierta hierba que los indios traen en la boca, con la cual dicen ellos no se cansan tanto como no teniéndola, sin comparación. A lo cual no supieron los indios responder ni replicaron más en ello, sino volviendo las espaldas iban diciendo: *teba, teba, teba, xuya*: quiere decir *teba* bueno, y *xuya* vete, como quien dice: bien lo dices y bueno eres; vete en buena hora. Y hablando a los otros indios, iban diciendo estos principales: *toya, toya* muchas veces, que quiere decir anda o aguija; y así lo hacían todos, tornándose hacia su pueblo. Plugo a Dios que ningún hombre ni oro perdieron los nuestros, ni hubo algún herido de ellos, excepto un caballo de una flecha, pero no peligró.

Esa noche reposaron en un cerro, que había en su derecho camino, haciendo buena guarda; pero perdióseles mucha ropa a los compañeros, porque los indios que les llevaban las cargas, eran los más de los de Nicaragua, que se los habían prestado a la pasada primero, y como veían que a la vuelta los llevaban de su tierra, dejaron las cargas unos y otros se las llevaron. Y de esta causa quedaron algunos de los compañeros sin vestido, y otros sin comida, por atender a guardar el oro y no dejar a los dolientes, y por no salir de su ordenanza; y los indios que les quedaron, eran

más orientales (e hartos de la lengua de Cueva), y como volvían a su tierra y no entendían a los de Poniente, esos no hicieron mudanza; antes (*bien*) algunos de ellos pelearon muy bien, ayudando a los cristianos. Después que hubieron reposado cinco o seis horas, pasada la medianoche, y salida la luna, tornaron a caminar, por pasar antes del día un mal paso, al cual por otro camino podían ir a él desde el lugar, y tomándole los indios primero, les pudieran hacer mucho daño a los cristianos; pero no hallaron impedimento en pasarlo, y así caminaron el resto de aquella noche y los días siguientes hasta que llegaron al golfo de San Vicente, donde se habían departido, cuando Andrés Niño fue a descubrir desde allí, el cual era tornado hacía ocho días, y decía que había descubierto trescientas cincuenta leguas al Poniente desde allí; pero él se engañó mucho en la cuenta de esas leguas. Por la falta de los navíos, y aun del agua, no pasaron adelante.

A mi me escribió una carta Gil González, que dice que de aquel pueblo de este cacique de Nicaragua la tierra adentro tres leguas de la costa de la mar del Sur; junto a las casas de la otra parte, está otra mar dulce, que crece y mengua, y que él entró a caballo en ella, y tomó la posesión en nombre del Emperador, y que se veía una isla dos leguas adentro o apartada de esta costa de esta agua dulce poblada, y que el tiempo no le dió lugar a saber más en esto; pero que mandó a entrar a algunos cristianos en una canoa media legua adentro, para ver si el agua corría hacia alguna parte, pensando que fuese río, aunque no veían la otra costa de hacia el Norte; y los que entraron no conocieron que hubiese corriente. Y sus pilotos porfiaban que salía aquel agua a la mar del Norte; pero él y ellos hablaban por conjeturas y a tienta.

Bien se me acuerda que hablando Plinio de la gente de Scythia, dice que Alejandro Magno dijo que aquel mar es dulce, y que Marco Varron escribe que lo mismo fue mostrado a Pompeyo, cuando en la guerra de Mitridates era allí vecino o estaba cerca de esta mar dulce; y que esto procede por el gran acopio de los ríos que allí entran, que vencen a la salobre agua del mar. Todo esto es de este autor; pero ya tengo dicho cómo en el golfo de Urabá con bajamar está dulce el agua, y así podría ser eso que vió Alejandro y vió Pompeyo, y menos es ser dulce la laguna de Nicaragua, porque su asiento y sitio es bajo, y acuden a ella infinitos ríos.

Ya he dicho en otra parte que, después que Gil González estuvo en Nicaragua, yo fui a aquella tierra, y ví ésta y otras grandes lagunas, y muchas otras que dejo para decir las adelante en su lugar.

⁷ Una provincia en la parte oriental de Panamá.

Tornando al propósito de Gil González, digo que después que llegó al golfo de San Vicente, halló que el mayor de los navíos no estaba para navegar ni tenerse sobre el agua, y en los otros y en canoas se embarcó con su gente para Panamá.

Pero quiero yo ahora decir la forma de la costa, y lo que navegó Andrés Niño hasta la postrera parte que llegó, y también diré aquella ensenada del golfo de San Lúcar, que otros llaman golfo de Nicaragua (y otros le dicen golfo de Orotiña, y otros golfo de los Güetares), y cualquiera de estos dos nombres postreros es su nombre propio. Y he de pintarle como yo le ví, y no como le hallo en las cartas de nuestros cosmógrafos puesto, hasta el presente año de 1548; y diré las principales islas que hay en esta ensenada, la cual aunque está en el camino que este piloto navegó, no la vió ni entró en este golfo de Orotiña o de los Güetares, que el licenciado Espinosa y el piloto Juan de Castañeda llamaron golfo de San Lúcar (desde fuera), pero tampoco entraron en él. Y se sabe de presente que se pobló después de cristianos alguna parte de aquella gobernación por el capitán Francisco Hernández, teniente de Pedrarias. Y diré asimismo desde allí al Poniente la costa y sus alturas, según la carta moderna y nueva corrección de ella.

Y porque dije que desde las islas de San Lázaro navegó otras veinte leguas al Poniente el licenciado Espinosa y el piloto Juan de Castañeda, digo que desde aquellas islas de San Lázaro hasta el puerto de la Herradura, la costa abajo al Occidente, al Oeste cuarta del Noroeste, se ponen veinte leguas, y allí comienza la boca de este golfo de Güetares, que el Espinosa llamó San Lúcar, y se hace una ensenada de dieciocho o veinte leguas de longitud, que tiene en partes nueve de latitud, o más o menos, dentro del cual hay gentiles islas y muy fértiles y pobladas. Y de la otra parte de este golfo, frontero del puerto de la Herradura, está la punta del Cabo Blanco (y llámase así, porque es terreno blanco, y sin eso tiene un farallón cerca de la punta muy blanco); entre el cual y la Tierra-Firme o punta puede entrar sin peligro una carabela de ochenta o cien toneladas. Está el puerto de la Herradura en ocho grados de esta parte de la línea equinoccial, y el dicho Cabo Blanco está en siete grados y medio, según el cosmógrafo Alonso de Chávez o los que le informaron; y porque mejor se entienda este golfo, pongo aquí la figura de él, si lo supe entender todavía, so enmienda de quien más particularmente lo hubiere comprendido.

VI. Pues he pintado la figura del golfo de Orotina o de los Güetares, que comúnmente suelen llamar de Nicaragua, y en las cartas de navegar, o por no estar informados los cosmógrafos que las hacen, o por no haberlas visto ellos, no lo ponen tan puntualmente. Quiero pasar a lo demás

que de este golfo estos descubridores no dijeron, y que yo ví, y es así: la isla de Chira puede bojar siete u ocho leguas, y es muy poblada y fértil: en la cual había, cuando Gil González por allá anduvo, más de quinientos hombres de guerra, sin viejos ni mujeres ni niños y de otras edades. Y la isla que nuestros españoles llaman isla de Ciervos, es la que los indios llaman Cachoa; pero en ésa y en las otras hay innumerables ciervos y puercos, y es menor, y está entre la de Chira y la de Chara en la banda del Norte, en la Tierra-Firme. En frente de la isla Cachoa está la gente y provincia de Chorotega, y a las espaldas, más al Norte y al Nordeste, están las sierras y gentes llamados Güetares. Entre la isla de Cachoa y la costa, hacia el Sur, está otra isleta que se dice Yrra, y más al este está otra que se dice Urco; y más al Oriente adelante otra isleta que se dice Pocosi, cerca de tierra, a la parte austral del golfo. Estas tres pequeñas islas están entre la Tierra-Firme y la isla de Ciervos, dicha Cachoa. De este golfo sube tres leguas la marea por el río Çapandi,* que está en la culata o fin de este golfo; y allí hay un cacique, que tiene el nombre del río, y se llama asimismo Çapandi; y a la par de él, al Noroeste, está otro cacique que se llama Corobiçi.

Los Güetares son mucha gente, y viven encima de las sierras del puerto de la Herradura, y se extienden por la costa de este golfo al Poniente de la banda del Norte hasta el confín de los Chorotegas. Al opósito, en la otra costa del mismo golfo, de la banda del Sur, el más cercano río de Çapandi es Cange, y en la del cacique Niquia, y en el de Nicoya (que todos son vecinos de este golfo) hay mucho brasil, de lo cual hallé yo algunos leños en la isla de Chara, con que las indias tiñen y dan color al algodón y a lo que quieren teñir. Y los españoles que allí se hallaron conmigo, por brasil lo juzgamos; pero el cacique, señor de la isla, llamado Nari, me dijo que eran árboles de una braza o poco más de alto, y llamábanlo *nanzi*;² de los cuales árboles hay muchos en tierra de Nicoya y en Masaya y en Tezoatega y en muchas partes de Nicaragua.

Hay en la isla de Chira muy buena loza o vidriado de cántaros y jarros y todo lo que se suele hacer de barro: la cual parece propio azabache en la tez y color negro; y es muy hermosa cosa de ver las vasijas de ello, y yo he traído desde allí algunas piezas gentiles de esta loza hasta esta ciudad de Santo Domingo.

La isla de Chara es la que los cristianos llaman San Lúcar, y allí y en la de Chira y esas otras de este golfo traen las indias unas bragas pintadas, que son un pedazo de algodón de muchas labores y colores, cogido

* El río Tempisque.

² El nancite, *Byrsonima crassifolia*.

en un hilo que se ciñen; y esta tela es tan ancha como dos palmos, y por detrás baja desde la cinta y métenla entre ambas piernas y pasa delante, y alcanza a cubrir el ombligo y ponerse debajo del mismo hilo o cinta, y así cubren todas sus partes vergonzosas; todo lo demás de las personas traen descubierto o desnudo. Los cabellos pártelos los mujeres por mitad de la cabeza derechamente por la crencha, desde media frente al colodrillo, y de la una mitad hacen un trenzado que viene a quedar encima sobre una oreja a un lado y de los otros medios cabellos. Y es gente muy bien dispuesta, así los hombres como las mujeres. Algunas veces acaece que por algún inconveniente o necesidad guardan aquel voto de Semíramis, que no quiso acabar de coger los cabellos, cuando se le rebeló Babilonia, hasta que la hubo sojuzgado y vuelto a su obediencia: y así estas indias, cuando alguna necesidad o servicio de su señor o marido les ocurre, primero proveen a aquello que a la gala de sus trenzados. Y así veía yo algunas de ellas con un trenzado hecho y otro suelto: y así Semíramis no se quiso acabar primero de concertar sus cabellos hasta restituir su ciudad a su obediencia.

Tornando a nuestra historia, estas mujeres que he dicho de este golfo de Nicoya y sus comarcas, y los hombres son gente bien dispuesta. Ellos traen cogidos los cabellos con una cinta de algodón, hechos todos los cabellos un trenzado detrás, y es tan largo como un palmo o menos al colodrillo: otros los cogen para arriba y el trenzado sube derecho sobre la coronilla de la cabeza. El miembro generativo traen atado por el capullo, haciéndole entrar tanto adentro, que a algunos no se les parece de tal arma sino la atadura, que es unos hilos de algodón allí revueltos. Preguntándoles yo la causa por qué andan así, decían que por que aquello era su usanza, y era mejor traerlo así que no suelto, como los indios de la isla de Chira o como nuestros caballos.

En la isla de Chara vi una niña de hasta dos años que mamaba, y llorando por su madre, que andaba entendiendo en su casa, decía *mama* muchas veces; y preguntando yo al cacique que qué decía, me dijo que llamaba a su madre. Estos indios de Chara son de otra lengua diversa, y entiéndense algo con la de Cueva, porque con la plática que tienen con los cristianos, la han aprendido. Bojará la isla de Chara en su circunferencia cuatro leguas.

En estas islas hay perlas, y yo las ví en las islas de Chara y Chira y Pocosí, y las saqué de algunas ostras que los indios nos traían para comer. La isla de Pocosí es pequeña, y puede bojar hasta una legua, y yo la he andado por su costa a la redonda. Es alta y muy singular puerto, y está un tiro de escopeta de la Tierra-Firme, o poco más, y tiene un pueblo pequeño de indios y es abundantísima de pesquerías. Hay en estas islas

un pescado que llaman los cristianos *pie de burro*, que son como unos ostiones muy grandes y muy gruesos, y también se hallan perlas en algunos de ellos. Afirman los hombres de la mar que es el más excelente pescado de todos: de las conchas de ellos hacen los indios cuentas para sus sartales y puñetes, que ellos llaman *chaquira*, muy gentil y colorado, que parecen corales y también morado y blanco, y cada color es perfecto en las cuentas que hacen de estas conchas del pie de burro y asaz duras, y son tan grandes estos pies de burro como la cabeza de un hombre, y de ahí para abajo algo menores.

Hay asimismo de aquellos nacarones en los cuales también se hallan perlas; y de las conchas de estos hacen palas para sus labores, y también hacen de ellos *náhes* o remos para sus canoas y balsas; pero en estas islas de Chara y Pocosi no tienen canoas, sino balsas de cuatro, cinco o seis maderos atados a los cabos y en medio a otros palos más delgados atravesados: y la ligadura es de tomizas de esparto de aquella tierra, que es como lo de Castilla o más largo, pero no tan recio; mas basta para esto y para atar y liar la paja en la cobertura de las casas o bohíos.

Hay junto con estas grandes pesquería y perlas de estas islas (en especial en la de Pocosi, en que yo me detuve algunos días, a causa de reparar allí una carabela que se nos iba a fondo), otra manera de trabajo que para mi fue cosa nueva y muy enojosa, de muchas chinches en los bohíos con alas: y no aparecen de día, ni había pocas de noche, y son más diligentes y prestas y enojosas que las de España, y pican más y son mayores que aladas grandes: y si se ensucian, lo cual hacen muy a menudo, o las matáis, rodandóos en la cama, se despachurran sobre la hamaca o sábana, y dejan una mancha tan grande como la uña de un dedo, y tan negra como tinta de escribir y muy peor, porque nunca sale de la ropa con jabón ni lejía hasta que sale todo el pedazo de la tela, tan grande como fue la mancilla que hizo; pero no hieden. Y estas chinches en toda la provincia e islas de Nicaragua las hay.

Comen los indios en estas islas muchos venados y puercos, que lo hay en grandísima cantidad, y maíz, y frijoles muchos y de diversas maneras, y muchos y buenos pescados, y también sapos: y yo les he hallado atados en las casas de los indios, y se los he visto comer asados, y ninguna cosa viva dejan de comer por sucia que sea. Tienen muchas frutas, en las cuales no me quiero aquí detener, porque cuando se dé noticia de las otras cosas de Nicaragua se dirá de ellas, en especial de aquella que llaman *pacó*, que es cosa mucho de notar.

Los indios de Nicoya y Orosí son de la lengua de los Chorotegas, y traen horadados los bezos bajos, y puestos sendos huesos blancos redon-

dos del tamaño de medio real o más, como lo traen los indios en la Nueva España. Son flecheros y valientes hombres, y llámanse cristianos desde que Gil González anduvo por allí; pero yo creo que hay pocos de ellos que lo sean. Son idólatras y tienen muchos ídolos de barro o de palo en unas casillas pequeñas y bajas que les hacen dentro del pueblo, allende de sus casas principales de oración, que llaman *teyopa* en lengua de los Chorotegas, y en la de Nicaragua *archilobo*.

Es tierra Nicoya de mucha miel y cera, y las abejas no pican, y son desarmadas y tan pequeñas como moscas de España, y negras. Hay avispas muy malas, pequeñas y que pican y dan muy gran dolor.

Todos los indios de Nicoya, en especial los príncipes y sus mujeres, traen pintados los brazos de aquella pintura negra que se hace con la sangre propia y carbón, cortando y dibujando primero con navajas de pederal, y la divisa son tigres, que estos Chorotegas llaman *nambue*, y en lengua de Nicaragua se dice *teguata*, y en lengua de Cueva *ochi*.

VII. Desde el Cabo Blanco, bajando la costa al Poniente, cerca de tierra, está una isla que se llama Moya, y está más al Occidente de Cabo Blanco veinte leguas; pero antes está el puerto que llaman de las Velas. Y desde el dicho Cabo Blanco adelante hasta el puerto de la Posesión hay cien leguas, poco más o menos, yendo en alta mar al Poniente: y todo aquello se llama golfo de Papagayo, y no es impropio nombre, porque acaece que hablan allí los hombres llorando u orando, porque es mal paso de navegar. Está la isla de Moya en siete grados y medio de esta parte de la línea equinoccial; y está junto a la punta de Catalina otra isleta, y este punto está en ocho grados y un tercio dieciocho o veinte leguas de la isla de Moya. Desde la punta de Catalina hasta la punta de Nicaragua hay treinta leguas, y en la mitad del camino se hace cierta ensenada que llaman golfo de Santiago.¹⁰ Esta punta de Nicaragua está en nueve grados y medio, y siempre desde el Cabo Blanco, poco a poco la costa abajo al Occidente, se va la costa enarcando y metiéndose hacia nuestro polo o Norte.

Desde la punta o promontorio de Nicaragua hasta el río de la Posesión hay diez leguas, el cual río, según las cartas modernas del cosmógrafo Alonso de Chaves, está a diez grados y medio. Este puerto tiene en la entrada de la boca del río una isla alta (y llana en lo alto de ella), que bojará un cuarto o algo más hasta media legua en redondo, así que hace el río dos bocas; y por la del Este pueden entrar navíos pequeños, y por la del

¹⁰La punta Catalina es la península de Santa Elena; bahía de Santiago es la ensenada del Astillero; y la punta Nicaragua, el cabo Desolado o actual punta Masachapa.

Oeste entran las naves y mayores navíos.¹¹ Yo he estado dos días surto en este embocamiento, y se mataron muchos peces de los que llaman roncadores, porque roncán, y son bien armados de dientes y es buen pescado: llámase este puerto y río de la Posesión, porque allí hizo ciertos actos de posesión el piloto Andrés Niño en este descubrimiento. Pero midan él y Gil González como quisieren, esas sus seiscientas cincuenta leguas que dijeron que habían descubierto por la mar: que en muchas más de la mitad se engañaron, porque desde este puerto de la Posesión a Panamá, no hay sino trescientas leguas, según lo que se platica al presente, pocas mas o menos, y yo le he navegado dos veces con pilotos diestros en aquella navegación.

Entre este río de la Posesión y la punta de Nicaragua susodicha, hay otro río que se dice de Mesa.¹² Verdad es que Andrés Niño bajó más al Poniente veinte leguas que hay hasta la bahía de Fonseca, el cual nombre le puso por echar cargo al presidente del Consejo Real de estas Indias, que a la sazón era don Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Palencia (que después lo fue de Burgos), cuyo criado fue Gil González Dávila; y a una isla que está dentro de la bahía la llamó Petronila, por otra venidad que yo no digo, y que a aquel piloto lagotero se le antojó.¹³ Querría yo que ya que estos descubridores no saben dar nombres apropiados al puerto o al río o al golfo o promontorio, que procurasen de saber de la gente natural de la tierra el nombre propio que tiene la cosa. La boca de esta bahía de Fonseca está en algo menos de once grados de esta parte de la equinoccial, según el cosmógrafo alegado; en lo cual, y en todo lo que es dicho de esta costa desde Panamá, yo creo que le fue hecha falsa relación. Y por tanto para que el Chaves y los otros cosmógrafos de César enmienden sus patrones y pinturas de sus cartas de navegar, si me quisiesen creer, diré lo que hallo en mis memoriales, que escribí, tomando por mi persona con el astrolabio las alturas en las partes que ahora diré, en tierra y sosegadamente, y muchas veces.

Está Panamá en ocho grados y medio: la isla de Chira, dentro del golfo de Orofiña o de Nicaragua, está a diez grados. Está la isla de Chara, que otros llaman San Lúcar, a nueve grados y treinta y ocho minutos, que son dos tercios de grado menos dos minutos. Está la isla de Pocosí más al Este dos leguas, y más metida al Sur en nueve grados y algo más de medio grado. Está la punta del Cabo Blanco, que es la boca del dicho golfo, a la parte austral, mas al Poniente, en siete grados y medio. Está la boca del dicho río y puerto de la Posesión, en trece grados de esta parte de la

¹¹ El "río" de la Posesión es la actual bahía de Corinto, con la isla del Cardón dividiendo su entrada

¹² Es el actual río Tamarindo que tiene sus fuentes en la mesa de El Tablón.

¹³ La isla Petronila, actualmente Meanguera.

línea equinoccial indudablemente. Por manera que lo que Andrés Niño vió, y descubrió más adelante aquel piloto Juan de Castañeda, fue desde el golfo de Orotiña y Cabo Blanco hasta la bahía de Fonseca, que pueden ser ciento veinte leguas, poco mas o menos, puesto que para descubrirlas se navegarían más; porque, como dice aquel proverbio vulgar, "el camino que no se sabe, más largo es al que nunca le vió".

Entre aquel río de la Posesión y la bahía de Fonseca está otro río, que se llama río de San Pedro." La punta más occidental de la bahía de Fonseca se llama cabo Hermoso," en el cual quiero hacer punto por ahora a la cosmografía de esta costa, hasta que tornemos a ella; porque me parece que es tiempo que volvamos al discurso de Gil González y Pedrarias Dávila en lo que sucedió de este descubrimiento y oro, cuando volvió a Panamá, que fue a los 25 de Junio de 1523, donde se fundió aquel oro; y fue mucho menos el valor que el bulto de ello, porque la mayor parte era de muy bajos quilates, y harto sin ley, puro cobre.

Pero escapado Gil González de Castilla del Oro y de los impedimentos de Pedrarias, como está dicho, vínose a esta ciudad de Santo Domingo de esta nuestra isla Española, y tornó a armar aquí de nuevo y volvió con muy buena gente y navíos a la Tierra-Firme, más al Poniente, donde le pareció a él y al piloto Andrés Niño que podría responder al paraje de la gran laguna dulce que ellos pensaban que desaguaba o entraba en este mar del Norte. Y fueron a desembarcar al caboy puerto que se dice Higueiras; y púsole Gil González Puerto de Caballos.

VIII. Allí se les murió un caballo (y esto no era causa suficiente para mudar su nombre al puerto, que otros habían mucho tiempo antes descubierto), e hizolo enterrar secretamente, no por hacerle obsequias ni honrarle con sepultura, como Alejandro Magno a Bucéfalo, su caballo (y otro caballo hizo asimismo enterrar Octaviano Augusto, emperador, y el Cid Ruy Díaz mandó a enterrar a Babiaca, su caballo); pero hizolo Gil González, porque los indios no lo viesen ni supiesen que los caballos eran mortales, a los cuales mucho temen, porque allí no los habían visto nunca. Y a otro puerto más adelante llamó Puerto de Honduras, e hizo un asiento y pueblo, y llamóle San Gil de la Buena-Vista, y dejó allí algunos españoles, y entróse con la mayor parte de la gente tierra adentro, y púsose diez o doce leguas de aquel puerto de San Gil, en la parte que le pareció más apropiada para su descubrimiento y conquista.

¹⁴ El río Viejo de Aserradores.

¹⁵ El cabo Hermoso de los mapas antiguos corresponde hoy a la punta Cosigtina, situada en la entrada oriental del golfo de Fonseca.

En el tiempo que Gil González vino a esta Isla y hacía su segunda armada en esta ciudad de Santo Domingo, supolo Hernando Cortés, que estaba en la Nueva España, y proveyó dos armadas contra Gil González, porque no tomase aquel puerto de Higueras (que decían que era cosa rica); y envió la una por tierra con el capitán Pedro de Alvarado, y otra por mar con el capitán Cristóbal de Olit, hombres de guerra y experimentados capitanes. Y el Cristóbal de Olit fue con sus navíos a la isla de Cuba, y como allí tocó, luego se alzó contra Cortés, y dijo que no iba por él, sino por sí propio, y quería también un pedazo de la Tierra-Firme, que le pertenecía también, como a Cortés lo que tenía de ella. Y desde aquella isla atravesó a la costa de la Tierra-Firme, y salió en el puerto de Higueras, y púsose en la costa con su armada, cerca del otro pueblo de San Gil, donde estaba Gil González, y pobló allí. Y como tuvo noticia de Gil González Dávila y el Gil González de Cristóbal de Olit, por sus cartas y mensajeros se confederaron y quedaron muy amigos, para ayudarse y hacer el uno por el otro: y así se visitaban por letras, y al parecer tenían mucha conformidad, porque su fin de ellos era hacer sencillos sus enemigos y asegurarse de sus émulos; porque como tengo dicho, Gil González tenía por contrario a Pedrarias a las espaldas, y (*éste*) había enviado a poblar a Nicaragua a su teniente Francisco Hernández con otros capitanes y gentes. Y Cristóbal de Olit temíase de Hernando Cortés: que les bastaban competidores poderosos, sin que los dos contendiesen entre sí. No es ahora conveniente decir lo que Cortés hizo en esto, porque cuando se trate de esa gobernación de Honduras, se dirá.

Tornemos a Pedrarias, que como fue ido Gil González de Panamá, en tanto que él estuvo armando en esta ciudad de Santo Domingo para volver a Tierra-Firme, codiciando Pedrarias juntar lo que Gil González había descubierto al Poniente de Panamá en la provincia de Nicaragua con lo que él tenía, envió una armada a ocuparla con su teniente general, el capitán Francisco Hernández, y con él a los capitanes Gabriel de Rojas y Francisco Campañón, y Hernando de Soto, y otros. Y estos fueron y poblaron en la provincia de Nagrando, a par de la gran laguna, donde ahora está la ciudad que llaman León (la cual fundó por su mal aquel teniente Francisco Hernández); y desde allí envió la tierra adentro al capitán Gabriel de Rojas con gente, y topó acaso con Gil González, donde estaba poblado, y Gil González le dijo que él no tenía que hacer en aquella tierra ni Pedrarias; que se tornase en buena hora a Francisco Hernández, y que por su persona del capitán Rojas allí tendría toda la parte que él quisiese; pero que como capitán de Pedrarias, a él ni a otro había de consentir que anduviesen por aquella tierra. Y con algunas buenas palabras de cortesía el capitán Rojas se fue, porque no tenía tanta gente que fuese parte para hacer otra cosa, y aun díjose que prometió de no tornar. Como Rojas llegó al capitán Francisco Hernández, y le dió noticias de Gil González,

envió luego con más gente al capitán Hernando de Soto en busca de Gil González, el cual estaba en vela y sospechoso que el capitán Rojas y otros capitanes de Pedrarias tornarían sobre él. El tuvo aviso de los indios de la tierra cómo el capitán Hernando de Soto y muchos cristianos iban: y sabido esto, madrugó y asaltóles, dando sobre ellos en el lugar donde estaban, de noche; y pelearon los unos contra los otros, y en fin el capitán Soto y los que con él iban, fueron presos y desarmados y algunos muertos, y los despojó y quitó el oro bajo, que era harto lo que ya tenían. E desde a dos o tres días los soltó sobre cierto juramento y pleistesía y les hizo tornar su oro y armas, y se tornaron a su capitán o teniente Francisco Hernández.

Habida esta victoria contra el capitán Soto, se fue (*Gil González*) a donde estaba Cristóbal de Olit, su amigo, el cual lo prendió. Y porque ya esto de aquí en adelante sería fuera de la historia de Nicaragua, y no quiero tratar sino del gobernador Pedrarias, vuelvo a él, y digo que como llegó al puerto de Nombre de Dios y no pudo alcanzar al Gil González, para detenerle y tomar el oro que trajo de Nicaragua, como queda susodicho, supo allí que el nuevo obispo de Tierra-Firme, llamado fray Vicente Peraza, de la Orden de Santo Domingo, sucesor al obispo fray Juan de Quevedo, había desembarcado en la ciudad de Santa María de la Antigua del Darién; y así para dar orden en que allí no parase, como para acabar de destruir y despoblar aquella ciudad, se embarcó y fue al Darién, a verse con el obispo, de las cuales vistas resultó lo que se dirá en el capítulo siguiente.

V.- CRÓNICA DE FRANCISCO LÓPEZ DE GÓMARA
SOBRE LA EXPEDICIÓN DE GIL GONZÁLEZ

Nicaragua

Del cabo Blanco a (*golfo*) Chorotega cuentan ciento treinta leguas de costa, que descubrió y anduvo Gil González de Avila, el año 1522. Están en aquel trecho el golfo de Papagayos, Nicaragua, la Posesión y la bahía de Fonseca; y antes de Cabo Blanco está el golfo de Ortiña; que también llaman de Guetares, el cual vió y no tocó Gaspar de Espinosa, y por eso decían él y Pedrarias que Gil González les había usurpado aquella tierra.

Armó pues Gil González en Tararequi (*islas de Perlas, Panamá*), cuatro carabelas, abasteciéndolas de pan, armas y mercería; metió algunos caballos y muchos indios y españoles, llevó por piloto a Andrés Niño, y partió de allí el 26 de enero del año antedicho. Costeó la tierra que digo, y aún algo más, buscando estrecho por allí que viniese a este otro mar del Norte, pues llevaba instrucción y mandato para ello del Consejo de Indias. Andaba entonces el pleito y negocio de la especiería caliente, y deseaban hallar por aquella parte paso para ir a las Molucas, sin choque de portugueses, y muchos decían al Rey que por allí había estrecho, según dichos de pilotos. Así que se dedicó a buscar con gran diligencia, hasta que se comieron las provisiones, y se le comieron los navíos de broma. Tomó posesión de aquella tierra por el rey de Castilla, en el río que llamó de la Posesión; y en honor del obispo de Burgos que le favorecía como presidente de Indias, la nombró bahía de Fonseca; y a una isla que allí dentro está, Petronila, por causa de su sobrina.

Del puerto de San Vicente salió a descubrir Andrés Niño, y Gil González entró tierra adentro con cien españoles y cuatro caballos, y tropezó

* Extracto de la *Historia General de las Indias*

con Nicoian, hombre rico y poderoso; le requirió con la paz, y fue bien recibido. Le predicó y lo convirtió; y así el tal Nicoian se bautizó con toda su casa, y por su ejemplo se convirtieron y cristianizaron en diecisiete días casi todos sus vasallos. Dió Nicoian a Gil González catorce mil pesos de oro de trece quilates, y seis ídolos de lo mismo, no mayores que un palmo, diciendo que se los llevase, pues nunca más les había de hablar ni rogar como solía. Gil González le dió algunas cosillas de poco valor.

Se informó de la tierra y de un gran rey llamado Nicaragua, que estaba a cincuenta leguas, y se encaminó allí. Le envió una embajada, que sumariamente contenía que fuese su amigo, pues no iba por hacerle mal, sino servidor del Emperador, que era monarca del mundo, y cristiano, que mucho le interesaba, y si no, que le haría guerra. Nicaragua, comprendiendo la forma de ser de aquellos nuevos hombres, su resuelta petición, la fuerza de sus espadas y la bravura de los caballos, respondió por medio de cuatro caballeros de su corte que aceptaba la amistad por el bien de la paz, y aceptaría la fe si le parecía tan buena como se la elogiaban. Y así, acogió pacíficamente a los españoles en su pueblo y casa, y les dió veinticinco mil pesos de oro bajo, y mucha ropa y plumajes. Gil González le recompensó aquel presente con una camisa de lienzo, un sayo de seda, una gorra de grana, y otras cosas de rescate que le contentaron, y le predicó, en unión de un fraile de la Merced, la fe de Cristo, reprobando la idolatría, embriaguez, bailes, sodomía, sacrificio y el comer hombres, por lo cual se bautizó con toda su casa y corte, y con otras nueve mil personas de su reino, que fue una gran conversión, aunque algunos dijeron no estar bien hecha, pero les bastaba creer de corazón.

De cuantas cosas dijo Gil González, se alegraron Nicaragua y sus caballeros, excepto de dos, una de ellas que no hiciesen guerra, y otra que no bailasen emborrachados, pues mucho sentía dejar las armas y el placer. Dijeron que no perjudicaban a nadie con bailar ni sentir placer, y que no querían arrinconar sus banderas, sus arcos, sus cascos y penachos, ni dejar la guerra y las armas en manos de las mujeres, para hilar ellos, tejer y cavar como mujeres y esclavos. No les replicó a esto Gil González, pues los vió alterados; mas hizo quitar del templo grande todos los ídolos, y poner una cruz. Hizo fuera del lugar un humilladero de ladrillos con gradas, salió en procesión, hincó allí una cruz con muchas lágrimas y música, la adoró subiendo de rodillas las gradas, y lo mismo hicieron Nicaragua y los demás españoles e indios, lo cual fue una devoción digna de ver.

Preguntas de Nicaragua

Nicaragua, que era agudo, y sabio en sus ritos y antigüedades, tuvo grandes pláticas y discusiones con Gil González y los religiosos. Preguntó

si tenían noticias los cristianos del gran diluvio que anegó la tierra, hombres y animales, y si habría de haber otro; si la tierra se habría de trastornar o caer el cielo; cuándo y cómo perderían su claridad y curso el sol, la luna y las estrellas; por qué eran tan grandes; quién las movía y tenía. Preguntó la causa de la oscuridad de las noches y del frío, tachando a la naturaleza, que no hacía siempre claro y calor, pues era mejor; qué honra y gracia se debían al Dios trino de los cristianos, que hizo los cielos y el sol, a quien adoraban por Dios en aquellas tierras, el mar, la tierra, el hombre, que señorea en las aves que vuelan, peces que nadan y en todo el resto del mundo. Dónde habían de estar las almas, y que habrían de hacer una vez fuera del cuerpo, pues vivían tan poco, siendo inmortales. Preguntó asimismo si moría el santo padre de Roma, vicario de Cristo, Dios de cristianos; y como Jesús, siendo Dios, es hombre, y su madre, virgen pariendo; y si el emperador y rey de Castilla, de quien tantas proezas, virtudes y poderío contaban, era mortal; y para qué tan pocos hombres querían tanto oro como buscaban.

Gil González y todos los suyos estuvieron atentos y maravillados oyendo tales preguntas y palabras a un hombre medio desnudo, bárbaro y sin letras, y ciertamente fue un admirable razonamiento el de Nicaragua, y nunca indio alguno, a lo que alcanzo, habló como él a nuestros españoles. Le respondió Gil González como cristiano, y lo más filosóficamente que supo, y le satisfizo a cuanto preguntó bastante bien. No pongo las razones, que sería fastidioso, pues todo aquel que sea cristiano las sabe y las puede considerar, y con la respuesta lo convirtió. Nicaragua que estuvo atentísimo al sermón y diálogo, pregunto al oído al faraute si aquella gente de España tan sutil y avisada venía del cielo, y si bajó en nubes o volando, y pidió en seguida el bautismo, consintiendo en derribar a los ídolos.

Lo que hizo además Gil González en aquellas tierras

Viendo Gil González que lo recibían cariñosamente, quiso calar los secretos y riquezas de la tierra, y ver si confinaban con lo que Cortés conquistaba, pues en muchas cosas los de allí semejaban a los de Méjico, según las noticias que de allí tenían. Así que fue y halló muchos lugares no muy grandes, mejores y bien poblados. No cabían en los caminos los muchos indios que salían a ver a los españoles, y se sorprendían de su traje y barbas, y de los caballos, animal nuevo para ellos. El principal de todos fue Diriangen, cacique guerrero y valiente, que vino acompañado de quinientos hombres y veinte mujeres, todo en orden de guerra, aunque sin armas, y con diez banderas y cinco bocinas. Cuando llegó cerca, tañeron los músicos y desplegaron las banderas. Tocó la mano a Gil González, y lo mismo hicieron cada uno de los quinientos, ofreciéndoles sendos galli-

pavos, y muchos de ellos dos cada uno. Las veinte mujeres le dieron cada una veinte hachas de oro, que pesaban dieciocho pesos, y algunas más. Fue más vistoso que rico aquel presente, porque el oro no era más de catorce quilates, y aun menos. Emplean aquellas hachas en la guerra y edificios. Dijo Diriangen que venía para ver a tan nueva y extraña gente, que tal fama tenía. Gil González se lo agradeció mucho, le dio algunas cosas de quincallería, y le rogó que se volviese cristiano. El dijo que le parecía bien, pidiendo tres días de plazo para consultarlo con sus mujeres y sacerdotes; y era para reunir gente y robar a los cristianos, despreciando su pequeño escuadrón, y diciendo que no eran más hombres que él.

Fue, pues, y volvió muy armado y orgulloso, aunque muy en silencio, y cayó sobre los nuestros armando un gran griterío de improviso, pensando espantarlos y destruirlos, y hasta comérselos. Gil González estaba bien preparado, habiendo sido avisado por sus corredores, que sintieron a los enemigos. Diriangen acometió y peleó animosamente durante casi todo un día. Volvióse a la noche por donde vino con pérdida de muchos de los suyos, teniendo a los barbudos por más que hombres, y comenzó a llamar a los amigos y comarcanos, despechado porque no venció.

Gil González dio muchas gracias al Señor de los ejércitos, que libró a tan pocos españoles de tantos indios. Y de miedo, o por conservar el oro que ya tenía, se desvió de aquel cacique, y se volvió al mar por otro camino; en el cual pasó grandes trabajos, hambre y peligro de morir ahogado o comido.

Caminó más de doscientas leguas andando de pueblo en pueblo. Bautizó treinta y dos mil personas, y obtuvo doscientos mil pesos de oro bajo, entre lo que le dieron y lo que cogió. Otros dicen que más, y algunos que menos. Sin embargo, fue mucha riqueza, cual nunca pensara él, y lo ensoberbeció.

Halló en San Vicente a Andrés Niño, que, según afirmaba, había navegado trescientas leguas de costa hacia poniente sin hallar estrecho, y se volvió a Panamá, y desde allí fue a Santo Domingo a dar cuenta de su viaje, y a concertar otras naos para volver a Nicaragua por Honduras, y saber en qué parte de aquella costa estaba el desaguadero de la laguna. Mas ya se ha dicho cuándo y en qué fue, y cómo se perdió y le prendió Cristóbal de Olid.

Conquista y población de Nicaragua

Volvieron tan contentos los españoles que fueron con Gil González, de la frescura, bondad y riqueza de aquella tierra de Nicaragua, que

Pedrarias de Avila pospuso el descubrimiento del Perú en compañía de Pizarro y Almagro, por probarla; y así, envió allá con gente a Francisco Hernández, el cual conquistó mucha tierra, consiguió mucho dinero, y pobló a orillas de la laguna a Granada y a León, donde está el obispado y la cancillería. También fundó otros lugares, pero éstos son los principales. El puerto y trato es en la Posesión. Supo Gil González esto en Honduras o en el cabo de Higueras, y fue contra Francisco Hernández. Le tomó algún oro y peleó con él tres veces; mas al cabo se quedó el otro allí, y se volvió él a sus navíos, donde Cristóbal de Olid lo prendió.

Pedrarias, como lo removieron de Castilla del Oro, se fue a Nicaragua, que la sentía en gobernación, y degolló a Francisco Hernández, diciendo que trataba de alzársele con la tierra y gobierno, por tratos que traía con Hernando Cortés; pero fue pretexto que tomó.

Es cosa notable la laguna de Nicaragua por la grandeza, poblaciones e islas que tiene. Crece y mengua, y estando sólo a tres o cuatro leguas de aquel mar del Sur, vacía sus aguas en este otro del Norte, a cien leguas de él, por el sitio que llaman Desaguadero, según dije en otro lugar, por el cual Melchior Verdugo bajó de Nicaragua al Nombre de Dios en barcas.

Mientras que Gil González de Avila estuvo rescatando y convirtiendo en tierra de Nicaragua, según se ha dicho, recorrió el piloto Andrés Niño la costa hasta Tecoantepec, según contaba, buscando el estrecho, el año 1522.

¹ No exactamente. Gil González peleó contra Hernando de Soto, enviado por Córdoba.

VI .- CRÓNICA DE ANTONIO DE HERRERA SOBRE LA EXPEDICIÓN DE GIL GONZÁLEZ'

Capítulo V

Que Gil González Dávila salió con su Armada y descubrió el Mar del Sur, con el Piloto Andrés Niño, y que se quedó en Nicaragua, y lo que pasó en aquella Tierra.

Gil González Dávila había estado en la isla Terarequi del golfo de San Miguel, haciendo sus cuatro navíos: y al cabo de muchos trabajos y sudores, venciendo grandes dificultades, en que mostró mucha constancia de ánimo, los puso en perfección, y salió con ellos para su viaje a 21 de Enero de este año, (1522) con el piloto Andrés Niño, llevando buen número de indios con pocos caballos, armas, vitualla y mercería. Y ya que tenía navegadas cien leguas por la costa al poniente, supo que el agua para beber estaba corrompida, y los navíos tocados de broma, convino sacarlos a tierra para aderezarlos y hacer vasijas con arcos de hierro y enviar a Panamá por pez y recado, y entretanto Gil González se metió en la tierra con cien hombres, dejando ordenado a Andrés Niño, que estando aderezados los navíos, se fuese la costa abajo, y que a ochenta leguas le aguardase, que lo mismo haría él si llegase primero.

Fue caminando por la tierra, aunque enfermó, y por las muchas aguas hubo de parar en casa de un cacique principal, que tenía su pueblo en una isla de diez leguas de largo y seis de ancho: y llovió tanto en quince días que se hundió la casa poco a poco, sin matar una lámpara, que tenía encendida delante de una imagen de Nuestra Señora, porque como no cayó de golpe, no hizo fuerza para que la lámpara se muriese. Con la lumbre salieron cortando la techumbre y se fueron a estar sobre los árboles, y con maderos hicieron sobrados, adonde estuvieron dos o tres días, hasta que cesó el agua, teniendo fuego en que calentarse. Y porque diez leguas, que

había hasta la mar, no había forma de caminarlas por tierra, hicieron balsas de muchos maderos juntos, atados con bejucos, en que fueron, aunque con mucho trabajo, y perdiendo muchas armas y vestidos.

Llegaron al golfo de San Vicente, adonde hallaron al piloto Andrés Niño, que acababa de llegar. Prosiguió su camino por tierra con sus cien hombres y cuatro caballos, y envió al piloto con los dos navíos a descubrir, dejando los otros dos en el mismo golfo. Y habiéndose topado con algunos caciques, y hallando en ellos voluntad de recibir la Santa Fe Católica, llegó a tierra del cacique Nicoia, hombre poderoso; requirióle con la paz y fue bien recibido. Declaróle la Fe, conforme a la instrucción real que llevaba. Convirtiósese y bautizose y en diez días, a ejemplo suyo, hicieron lo mismo todos sus vasallos, que eran más de seis mil. Dióle Nicoia catorce mil pesos de oro de trece quilates, y seis ídolos de lo mismo, del tamaño de un palmo, diciendo, *que se los llevase, pues no había de tratar más con ellos.*

Gil González le dió algunas cosillas de Castilla: y habiendo tenido noticia que estaba cincuenta leguas de allí un gran señor, llamado Nicaragua, fue a él, aunque algunos indios le aconsejaban que no lo hiciese, porque era muy poderoso. Envióle a decir que fuese su amigo, pues no iba a hacerle mal, sino para declararle la Fe de Jesucristo y rogarle que obedeciese al rey de Castilla, que era Monarca del Mundo, y si no, que le haría guerra, y que para ello saliese al campo, que otro día le aguardaría para pelear.

Y habiendo entendido Nicaragua la manera de aquellos nuevos hombres, la fuerza de sus espadas y la bravura de sus caballos, respondió con cuatro caballeros de su corte: *que por el bien de la paz aceptaba su amistad y aceptaría la Fe si le pareciese buena*, y admitió los castellanos y les dió veinticinco mil pesos de oro bajo y mucha ropa y plumajes: Gil González le dió una camisa de lienzo, un sayo de seda, una gorra de grana y otras cosas de Castilla, que le contentaron; y juntamente con un clérigo que llevaba, le dió a entender la idolatría en que vivía y que por su salvación le convenía vivir en la fe de Jesucristo, apartándose de la borrachez, gula, sodomía y sacrificio de hombres, y de comer carne humana; por lo cual admitió de buena gana la fe, con su casa y corte y nueve mil personas de su reino. En sólo dos cosas reparó Nicaragua y los caballeros de su corte, la primera, en su prohibición de hacer la guerra: la segunda, en dejar el bailar con la embriaguez, porque decían que en bailar no perjudicaban a nadie, y que no querían dejar sus banderas, sus armas y sus penachos y que tratasen las mujeres la guerra, y ponerse ellos a hilar, tejer, y cavar, como ellos y los esclavos.

Preguntó Nicaragua si los cristianos tenían noticia del Diluvio que anegó la Tierra, si había de haber otro y si la Tierra se habría de trastornar o caer el cielo; cuándo y cómo perderían su claridad y curso el sol y la luna y las estrellas, qué tan grandes serán, quién las tenta y movta? Preguntó la causa de la oscuridad de las noches y del frío, tachando la naturaleza, que no hacía siempre claro y calor, pues era mejor. ¿Qué honra se debía al Dios de los Cristianos, que hizo los cielos y el sol, a quien adoraban por Dios en aquella Tierra, la Mar, la Tierra, el Hombre, que señorea las aves que vuelan y peces que nadan y todo lo del mundo? Adonde tenían de estar las Almas y qué habían de hacer salidas del cuerpo, que vivían tan poco, siendo inmortales? Preguntó asimismo si moriría el Santo Padre de Roma, Vicario de Cristo, Dios de los Cristianos. Si el Emperador rey de Castilla, de quien tanto decían, era mortal; y para qué tan pocos hombres querían tanto oro.

Los castellanos estuvieron espantados de oír tales preguntas de un hombre medio desnudo, bárbaro y sin letras: y jamás se halló que indio tal hablase con castellanos. Gil González que era discreto le respondió y satisfizo de manera que le contentó. Y Nicaragua que había estado atento, preguntó al intérprete al oído, *si aquella tan avisada gente de Castilla venía del cielo, o si bajó con nubes, o volando: y pidió luego el bautismo, consintiendo derribar los ídolos.*

Y pareciendo a Gil González, que él y sus caballeros estaban inclinados a las dos cosas sobredichas, no los quiso apretar más por entonces: y teniendo una cruz en un montón de tierra grande, con gradas, que había en la plaza del lugar, salió en procesión con muchas lágrimas y música; adoróla, subiendo de rodillas por las gradas, y lo mismo hicieron Nicaragua y todos los castellanos e indios con mucha devoción; y el mismo cacique llevó otra en sus manos, que puso en el templo en un monumento que le hicieron de mantas pintadas; y por esta orden convirtió a otros caciques.

Capítulo VI.

Del descubrimiento que hiciera Gil González Dávila por Mar y por Tierra.

Pareciendo a Gil González, que allí era recibido con amor, quiso entender los secretos de la tierra: y porque ya se tenía mucha noticia de Nueva España, pensó en saber hasta dónde alcanzaba lo que Hernando Cortés había pacificado. Anduvo por la tierra y halló muchos lugares, que aunque no grandes eran buenos y bien poblados. Salían infinitos indios a los caminos, maravillándose de ver las barbas y trajes de los castellanos y los caballos, animal tan nuevo para ellos. El principal que hallaron fue Diriangen, cacique guerrero, que fue acompañado de quinientos hom-

bres y diecisiete mujeres cubiertas de patenas de oro, todos en ordenanza de guerra, aunque sin armas, con diez banderas y trompetas, a su modo: y cuando llegó cerca, desplegaron las banderas, tocó la mano a Gil González y lo mismo hicieron todos los quinientos, ofreciéndole un gallipavo cada uno y algunos le daban dos. Las mujeres le dieron cada una veinte hachas de oro, de catorce quilates que pesaban dieciocho pesos y algunas más.

Preguntóles, a qué iban y qué buscaban? Dijo el cacique: Que a ver quienes eran; porque les habían dicho que era gente con barbas y que andaban encima de animales. Gil González se lo agradeció; dióle cosillas de Castilla, rogóle que se hiciese cristiano. Pidió tres días de término para comunicarlo con sus mujeres y sacerdotes, y supose que era para juntar gente y robar a los cristianos, menospreciando el poco número de ellos, y diciendo, que no eran más valientes que él.

Y habiendo ido un clérigo con el mejor caballo que tenían y dos compañeros a predicar a unos pueblos vecinos, sábado 17 de Abril, con la mejor fiesta del mundo, dieron sobre los castellanos tres o cuatro mil indios, armados a su manera, de jubones basteados de algodón y armaduras de cabeza, rodela y espadas, arcos, flechas y dardos arrojadizos: pero quiso Dios, que siendo sentidos de un indio amigo, avisó a los castellanos, que luego salieron a la plaza. Allí acometieron los indios, pensando vencerlos y comerlos. Diéronse los unos a los otros buenos golpes por gran rato, y derribaron siete castellanos heridos, y se llevaban otro en peso, sin quererlo matar, y habiendo arremetido con los caballos y andando entre ellos, se pusieron en huida, dejando el que llevaban y mucha gente muerta, quedando en orden los castellanos, porque si los indios volvían, no los hallasen descuidados, y la demasiada confianza les hiciese daño; no lo hicieron, por recoger los muertos y heridos, porque usaban, no dejar ninguno en el campo: y en esto volvió el clérigo y los compañeros, sacando de cuidado, a los que pensaban, que los indios los habían muerto.

Pareció a todos que por ser pocos, andaban en gran peligro, y con la mejor orden que pudieron, se fueron retirando a la mar, y al pasar por el pueblo de Nicaragua, salieron a ellos grandísimo número de indios: quedaron de retaguardia dos caballos, cuatro arcabuceros y trece ballesteros, porque no había más tiradores en toda la compañía, ya pasando arroyos y caminando, dándoles mucho trabajo los indios que dejaban las cargas y se huían. Fueron peleando y caminando, hasta que llegó la noche, que pidieron paz, diciendo: *Que Nicaragua no había hecho aquello, sino otro cacique su vecino.* A media noche, aunque con trabajo, por los dolientes, y habiendo perdido mucha ropa y vitualla, comenzaron a caminar, y llegaron a San Vicente, adonde hallaron a Andrés Niño, que había

vuelto, dejando descubiertas trescientas cincuenta leguas: y habiendo caminado desde donde salieron, seiscientas cincuenta, hasta ponerse en diecisiete grados y medio.

Era aquel pueblo del cacique Nicaragua tres leguas la tierra adentro, en la costa de la Mar del Sur, y de la otra parte, junto a las casas del lugar está otra Mar dulce, que llamaron así porque crece y mengua, que es la Laguna de Nicaragua. Los indios no dieron relación adonde salía, pero los pilotos castellanos dijeron entonces que aquel agua salía a la Mar del Norte.

Pareció a Gil González que era bien volverse a Panamá, habiendo andado por tierra por la costa y algunas veces la tierra adentro doscientos veinticuatro leguas: dejó bautizadas treinta y dos mil doscientas setenticuatro ánimas. Llevó ciento doce mil quinientos veinticuatro pesos de oro bajo, ciento cuarenticinco pesos de perlas. Costeó la tierra desde Cabo Blanco hasta Chorotega. Reconoció el golfo de Papagayos, Nicaragua, la Posesión, la bahía de Fonseca. Iba con cuidado de buscar por allí estrecho, para pasar al Mar del Norte, porque muchos pilotos afirmaban que la había, para poder hacer la navegación más breve a las islas de la Especiería, sin ir por el camino de los portugueses. Dió nombre a la bahía de Fonseca, por memoria del obispo de Burgos, y a una isla, que está dentro de ella, llamó Petronila por una sobrina suya. Dijeron los castellanos grandes cosas de aquella tierra, por lo cual Pedrarias Dávila, desde entonces trató de enviar a poblar a Nicaragua.

LA CONQUISTA DE NICARAGUA
EFECTUADA POR FRANCISCO HERNÁNDEZ
DE CÓRDOBA

INTRODUCCIÓN

La carta de Pedrarias Dávila gobernador de Castilla del Oro al emperador Carlos V, refiriéndole ciertos pormenores de la conquista de Nicaragua por parte de su lugarteniente Francisco Hernández de Córdoba, es ciertamente el único documento testifical que se ha descubierto sobre ese interesante proceso de la historia de Nicaragua y parece una transcripción de la información original que este conquistador le enviara por manos de Sebastián Benalcázar.

En la carta Pedrarias informa al soberano español sobre la fundación de los tres primeros poblados españoles, León, Granada y Bruselas y se menciona la presencia de los volcanes Masaya y Momotombo, cuyas actividades sorprendentes en el año mismo de la conquista—1524—parecen ser las primeras en su género reportadas desde el Nuevo Mundo.

La información se refiere además a los destacamentos que Córdoba envió a Honduras y El Salvador, posiblemente en busca de minas de oro, y la escaramuza que tuvo que librar el capitán Hernando de Soto contra Gil González Dávila. Este último había desembarcado en la costa norte de Honduras y venía en busca del lago de Nicaragua, sin sospechar que Pedrarias le estaba usurpando la conquista que había emprendido entre 1522 y 1523.

El gobernador despotriza contra Gil González y Fernández de Oviedo, quienes se quejaron ante la Corte de los caprichos y abusos de Pedrarias en Castilla del Oro. Para desgracia de los indígenas sometidos por Córdoba el déspota fue removido de Panamá y confirmado como gobernador de la nueva provincia de Nicaragua. El propio conquistador y lugarteniente sufrió de la venganza de Pedrarias, quien le mandó a degollar por haber tratado de "alzarse con la tierra", como se llamaba entonces a todo intento de reclamar para sí las tierras conquistadas.

La muerte inesperada del conquistador de Nicaragua también borró tras ella las hazañas de su conquista, quedándonos únicamente el juicio que de él hiciera el cronista Oviedo: "El capitán Francisco Hernández, teniente general del gobernador Pedrarias Dávila, y muy su acepto y querido, fue por su mandado a Nicaragua, donde se dió muy buena maña, y era gentil y hábil poblador. Este fundó las ciudades de León y Granada, con sendas fortalezas en la costa de la gran laguna, y repartió y encomendó los indios a los pobladores cristianos; y estaba muy bien quisto comúnmente de todos los españoles, excepto de algunos capitanes particulares, que le enemistaron de tal manera con el gobernador Pedrarias, que fue desde Panamá a buscarle, y le hizo un proceso a la soldadesca, y le hizo cortar la cabeza, y no sin pesar a los más de su muerte y con placer de los particulares sus enemigos. Pero la verdad es que él estaba tenido por crudo y de poca conciencia; y así me parece que se hubieron con él crudamente, puesto que los méritos que ante Dios tenía para merecer tal fin, no somos jueces de ello. Mas en aquellas poblaciones, que he dicho, yo ví después que muchos le suspiraban y loaban de buen poblador, y culpaban a sus émulos de maliciosos y envidiosos y a Pedrarias de inconstante y acelerado y mal juez. Perdone Dios a todos".

II

El Adelantado Pascual de Andagoya vino con Pedrarias al Darién en 1514 y fue uno de sus más fieles seguidores, llegando después a ser regidor de la ciudad de Panamá en 1521. También fue explorador de la costa de Suramérica, el primero en traer nuevas de la existencia del Perú. Su Relación muestra al respecto la gran fidelidad por la causa de Pedrarias, al cual parece justificar por la muerte de Córdoba. Andagoya ofrece algunos pormenores sobre la rebelión de este capitán, una vez conquistada Nicaragua, contra el poder del gobernador de Castilla del Oro. El relato presenta la cruda disputa y a veces la lucha entre los mismos conquistadores por asegurar las nuevas tierras conquistadas. Andagoya es el primero en emplear el término Nicarao, aunque refiriéndose a la tierra visitada por Gil González. Fue también gran observador de las costumbres indígenas, como veremos en otra parte, no obstante el mordaz comentario que de él hiciera el cronista Fernández de Oviedo: "Era Pascual de Andagoya hombre de noble conversación y virtuosa persona pero falto de ventura o lato de conocimiento".

III

Antonio de Herrera se refiere a las circunstancias de la conquista de Nicaragua copiando información de la carta de Pedrarias, la Relación de Andagoya y de otros cronistas; no obstante detalla lo relativo a la confrontación entre las varias facciones españolas que en ese tiempo hicieron

avanzadas por la posesión de los territorios de Honduras y Nicaragua, incluyendo la fallida intentona del conquistador de México por asegurar a su jurisdicción estas apartadas provincias, en contra de las pretensiones del gobernador de Castilla del Oro. Resulta interesante considerar al respecto que los conquistadores de ambas provincias: Gil González Dávila, Francisco Hernández de Córdoba y Cristóbal de Olid, no vivieron lo suficiente para gozar de sus respectivas conquistas.

I. - CARTA DE PEDRARIAS DÁVILA AL EMPERADOR,
REFIRIENDO EL DESCUBRIMIENTO DE NICARAGUA POR SU
LUGARTENIENTE FRANCISCO HERNÁNDEZ DE CÓRDOBA*

S.C.C.- A diez de este mes de Abril de 25 llegó aquí a esta Ciudad de Panamá un mensajero de poniente que mi Teniente Francisco Fernández me envió, que se dice Sebastián de Benalcazar, que se ha hallado en todo lo que se ha hecho al poniente, con el cual me escribió e hizo saber las cosas siguientes:

En el estrecho dudoso se pobló una villa que se dice Bruselas, en el asiento de Brutina (*Orotina*), la cual tiene los llanos por una parte y por la otra la mar, y por la otra la sierra donde están las minas que serán a tres leguas; están los Indios pacíficos, y este pueblo está en medio de toda la gente de aquellas provincias; es muy buena comarca, tiene buenas aguas y aires y montería y pesquería en cantidad; es la tierra fructífera, y de buenas huertas y a propósito de pan de la tierra (*matz*) que lleva en abundancia.

De este pueblo a la provincia de Nequecheri hay 35 leguas, es la tierra hasta aquí muy poblada y abundosa; en esta provincia hay más término de tres leguas de poblado, en medio de ella se fundó y pobló la nueva Ciudad de Granada; tiene en su comarca hasta ocho mil vecinos naturales de la tierra, y tiene muy buenos ríos y huertos y pesquerías y materiales; está (*en la*) ribera de la mar dulce; hízose en esta Ciudad un muy suntuoso templo, el cual está bien servido y adornado.

En la Provincia de Nicaragua (*Rivas*) no se hizo pueblo porque ella es en sí grande, y está en el principio de la tierra, y no hubo necesidad de poblar allí.

* Tomado de la Colección Muñoz. Real Academia de Historia de España. Tomo LXXVII, folios 140 a 149.

De la dicha nueva Granada bajamos a la provincia de Imabite; queda en medio la provincia de Masaya, que es grande provincia y muy poblada, y la provincia de Enderi (*Tenderi o Nindiri*), y Managua; cabe esta provincia de Masaya sale una boca de fuego muy grande, (*el volcán*) que jamás cesa de arder, y de noche parece que toca en el cielo del gran fuego que es, y se ve 15 leguas como de día. En esta provincia de Imabite y en medio de ella se pobló la nueva Ciudad de León, tiene en sus arrabales 15.000 vecinos de los naturales de la tierra, casados; hízose el mejor templo en ella que en estas partes se ha hecho; cabe esta ciudad de León está otro cerro muy alto (*Momotombo*), y por encima de la corona sale el fuego, que se ve a la clara de día y de noche por cinco bocas; a la redonda de este cerro hay muy grande cantidad de azufre. Toda esta tierra es muy llana y hay en ella muy grandes ríos; en algunas partes hay falta de agua, algunos de estos ríos están muy calientes, que apenas los pueden pasar por el calor del agua, y hay una fuente que a la continua hierve, tanto que metiendo un ave u otra cosa cruda sale cocida incontinenti, y si la quieren asar, a la calor del agua se asa prestamente. - Está esta Ciudad (*en la*) ribera de la mar dulce, tiene muchas y muy grandes huertas y árboles.

La mar dulce son dos bocas, y la una tiene treinta leguas de ancho, y de la una a la otra hay un estrecho (*Tipitapa*), por donde se sangra, y en medio de estas dos bocas está una laguna pequeña (*Tisma*); hay en ella muchas islas pobladas. Por esta mar dulce echó al agua un bergantín, que es para llevar en piezas, el dicho mi Teniente, para descubrir la mar dulce, con que se bojó toda, hallóse una salida de un río (*San Juan*) por donde sangra, por el cual no pudo ir el bergantín porque es de muchas piedras y va muy recio y tiene dos grandes saltaderos (*raudales*), y fueron por él en una canoa y no se pudo saber a donde va a parar, créese que sale a la Mar del Norte.

Por medio de esta tierra fue otro Capitán (*Gabriel Rojas*) con gente 80 leguas y halló la tierra (*Olancho*) muy poblada, y hay muy grandes árboles de sándalo, cetrino, y de cedros y pinos y de robles y quejigos y alcornocques en gran cantidad y de los pinos se ha hecho y hace mucha pez.

De esta Ciudad de León se fue (*Hernando de Soto*) descubriendo y pacificando hasta la gran Ciudad de Nequepio (*El Salvador*), que decían que era Melaca, adonde había llegado (*Pedro de*) Alvarado con su gente de Cortés, y allí se vió donde tuvo el real (*campamento*) que tuvo y se vieron algunas cosas de las que allí dejó, en especial una lombarda y algún calzado. De allí se volvió la gente, y estando aposentados en una Ciudad que se dice Toreba,¹ llegó Gil González con cierta gente de caballo y esco-

¹ Torola, actual frontera entre Honduras y El Salvador.

peteros y ballesteros de pie, al cuarto tercio de la noche, diciendo: "San Gil, mueran, mueran los traidores", y al ruido salió el dicho Capitán (Soto) con la gente que tenía, y pelearon sin saber quien eran y murieron algunos caballos y caballeros, y en esto Gil González después de la gente y caballos muertos dio grandes voces diciendo: "Ah señor Capitán paz, paz por el Rey", y el dicho Capitán Soto respondió, "paz por el Emperador", y creyendo el dicho Capitán Soto que la dicha paz era verdadera y no fingida, retrajo a los suyos, aunque le fue dicho por sus compañeros que lo hacía Gil González con maña, porque esperaba más gente; todavía se desvió con su gente más que le vino, y como los tomó sobre paz, viendo la ventaja de la gente que tenía, tornó a pelear, y tomóle ciento treinta mil pesos de oro de la tierra bajo y ciertos despojos como si fueran sus enemigos; y visto Gil González el yerro que había hecho, y que no se podía sostener, desamparó a su gente y dejó la bandera y algunas alabardas y una silla de caderas y otro repuesto y se fue con diez de caballo y con veinte peones. Sobre lo cual me envió el dicho mi teniente una probanza cerrada y sellada, el traslado (*copia*) de la que él envió a V.M., signado y me queda el original por la mala tinta de que vino escrita, porque podría ser que yendo tanto camino cuando allá fuera no se pudiera leer.

También dice que se ha convertido a Nuestra Santa Fe Católica, de su propia voluntad, más de cuatrocientas mil ánimas y continuamente vienen a demandar bautismo, porque quisieron una Cruz de madera en un pueblo que se les había puesto y nunca la pudieron quemar, así moría toda la gente del pueblo de pestilencia que no quedó ningún Indio; y visto este milagro los Indios comarcanos y con otros milagros que han acaecido, luego vinieron a bautizar y pedir cruces, las cuales se las dan con la mayor solemnidad que se puede. Así mismo en ciertas Mezquitas donde aún no les habían dado imágenes de Nuestra Señora, cayeron rayos y se quemaron, y viendo esto los de aquellos pueblos vienen a pedir imágenes de Nuestra Señora y Cruz y bautismo, y como hay pocos clérigos los mismos Indios viendo el auto que hacen los Clérigos se santiguan y se echan el agua unos a otros.

Dice también que ha enviado a buscar minas de oro a la mar del Norte, y tiénese por cierto que las hay; y para el oro que tienen habido y para lo demás que adelante hubieren y sacaren de las minas, me envían a pedir fundición, la cual enviaré lo más presto que ser pueda.

El Tesorero Alonso de la Puente partirá con la ayuda de Dios en fin de Mayo a más tardar o en fin de Junio con todo el oro que tiene y lo que más viniere y se pudiere haber, y no va ahora ninguno porque este navío va solo y el dicho Tesorero llevará todo lo que acá hubiere para entonces, con la cual cuenta y razón de la hacienda real que es y ha sido su cargo.

Esto es lo que ha hecho hacia el poniente por la mar del Sur con la armada que envié con el dicho Teniente Francisco Fernández y gente, lo cual se hizo sin tocar en la hacienda real de V.M., para ello me ayudaron algunas personas de estos de V.M., porque mi hacienda no basta para tan grandes gastos como cada hora se ofrecen.

Al levante por la mar del Sur tengo enviada otra armada como le he escrito a V.M., a descubrir con el Capitán Pizarro mi Teniente de Levante, con muy buena gente y buen aderezo donde espero muy buenas nuevas cada hora de que Dios y V.M. serán servidos y estos reinos ennoblecidos porque hay nuevas de mucha riqueza. Plega a nuestro Señor guiarlo todo de manera que en algo pueda servir a V.M. Para esta armada del levante me han ayudado con sus haciendas el reverendo Padre Dn. Fernando de Luque, Maestre Escuela, y el dicho Capitán Pizarro y Diego de Almagro, con aquella voluntad que verdaderos vasallos de V.M debía hacer.

Entendiendo estoy en hacer navíos, y lo que es necesario para traer aquí a esta Ciudad de Panamá la experiencia, donde más certifican Pilotos que la traerán. Suplico a V. M. porque los gastos de acá son muy grandes y para esto de experiencia es menester ayuda de V.M. me mande a favorecer y ayudar para ello y así mismo mande proveer de religiosos y personas doctas que doctrinen a los indios en las cosas de Nuestra Santa Fé Católica, porque hay acá mucha necesidad de ellos, sobre lo cual va el reverendo P. Fr. Francisco de Bovadilla, nuestro Procurador y Provincial de la Orden de Santa María de la Merced de estos Reinos, a hacer relación a V.M. a la cual humildemente suplico mande dar Audiencia porque es persona que da ejemplo y doctrina, ha fructificado mucho en la conversión de los Indios y dado mucha consolación a los cristianos con sus predicaciones y es persona que sabe las cosas de acá como testigo de vista, el cual tiene fundadas ciertas casas de su santa religión y le mande volver luego porque de su doctrina, así para los Indios como para los Cristianos, hay acá mucha necesidad, y le mande dar favor, para que traiga religiosos con que se aumente la Santa Fé de Jesucristo, pues la principal cosa que V.M me tiene mandado en que lo sirva es esto.

Acá he sabido que el Capitán Gil González, olvidando los beneficios que de mí recibió en estos reinos, y lo mucho que le ayudé por servir a V.M. en la armada que trajo a su cargo, apartándose de la verdad, ha informado a V.M. y a los de su muy alto Consejo de cosas no ciertas, y así mismo un Oviedo (*Gonzalo Fernández*) que ha estado acá sirviendo unos Oficios del secretario López Cochillos, y se fue huyendo secretamente por temor a la pena que sus crímenes merecían, dicen que ha dado ciertos capítulos contra mí, y porque en mí se ha de ejecutar más gravemente que

en otro la pena por cualquier culpa que haya cometido, muy humildemente suplico a V.M., en remuneración de los servicios que desde mi niñez he hecho o fue a los bienaventurados católicos reyes de gloriosa memoria, vuestro abuelo y padre y a V.M., mande proveer de un juez sin sospecha que me venga a tomar residencia, porque yo tengo por cierto que V.M. sería informado de mis servicios y yo quedaré libre de las inicuas informaciones que los susodichos han hecho y dado contra mí, y también suplico a V.M. me mande dar licencia para que vaya a besar sus reales manos y pies, porque en el acatamiento de V.M. ninguno ose decir susodicho y si no lo cierto, porque quien con su honra no cumple, no cumplirá con el servicio de Dios ni de Vuestra Majestad.

II.- LA CRÓNICA DE LA CONQUISTA SEGÚN EL ADELANTADO PASCUAL DE ANDAGOYA*

En el año 17 vino Gil González de Avila con cierta capitulación de S.M. al Darién, con gente y carpinteros de hacer navíos y toda la munición para ello, para hacerlos en el río de la Balsa, y la ligazón de ellos llevó de España hecha: lo cual todo fue a desembarcar a Acla, y el Gil González fue al Darién a que el Gobernador le favoreciese para ello, y los navíos hizo en el río de la Balsa, y bajó a la mar y pasó a la isla de las Perlas, y de allí el año del 19, poblada Panamá, vino allí con su armada. Este había de descubrir cierta cantidad de legua al poniente, por lo que capituló, y así corrió la costa y llegó al golfo de Sanlúcar, que ya estaba descubierto por Pedrarias,¹ que es el principio de la tierra de Nicarao, y pasados al paraje donde ahora es León y Granada, desembarcó y dió en un pueblo donde halló en una mezquita 100,000 pesos de oro bajo.

Y como en la tierra se supo esto, vino sobre él mucha gente de guerra, y se hubo de tornar a embarcar, no siendo parte para poder resistirlos, y se volvió a Panamá, donde fundió el oro, y desde allí se vino a España, y volvió a Santo Domingo e hizo armada para ir por Honduras a poblar en Nicarao. En este tiempo, Pedrarias envió a un Francisco Hernández de Córdoba por capitán y con gente bastante para ganar y poblar aquella tierra, y éste entró ganando y conquistando aquella tierra, donde hubo muchas escaramuzas y guerra, y pobló la ciudad de León y Granada, y en ellas hizo fortalezas para defenderse.

* Tomado de la *"Relación de los Sucesos de Pedrarias Dávila en las Provincias de la Tierra Firme"*. Colección de los Viajes y Descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV. Martín Fernández de Navarrete.

¹ El golfo de Nicoya fue descubierto en Octubre de 1519 por los pilotos Juan de Castañeda y Hernán Ponce de León, enviados por el Alcalde de Panamá, Gaspar de Espinosa, por órdenes de Pedrarias.

Este Francisco Hernández que pobló aquella tierra, viéndose poderoso de gente y tan vicioso de todo los demás, trató de alzarse y no obedecer a Pedrarias, ni a ninguno que enviase; y para esto hizo juntar los principales de estos dos pueblos para que escribiesen a S.M. que se lo diese por gobernador, y los capitanes Francisco Campañón y (*Hernando de*) Soto no solamente no vinieron en ello, mas antes le reprendieron lo que hacía; y temiéndose de ellos (que eran diez o doce que hacían concilio por si para resistirle lo que quería hacer) prendió al Soto y le puso en la fortaleza de Granada, y el Francisco Campañón, con los nueve que tenía de su parte, se fue a Granada y sacó de la cárcel al Soto, y salieron todos diez al campo bien armados y sus caballos. Y el Francisco Hernández, como lo supo, vino a Granada con hasta 60 hombres y hallólos en el campo que le estaban aguardando, y no los osó acometer porque tenía por cierto que habían de matar a él antes que a nadie; y éstos tomaron la vía de Panamá, y con mucho peligro y trabajo, dejando los caballos en el camino por no poderlos pasar, llegaron ya descalzos, pasando de noche por los pueblos de indios y tomando comidas se salían de ellos; y llegaron a la provincia de Cheriqui, que es entre Burica y Nisca, que arriba decimos, donde estaba un pueblo que un capitán Benito Hurtado había poblado por mandato de Pedrarias, que se decía la ciudad de Fonseca, y aquí se refrescaron, y este capitán les dió una canoa en que vinieron hasta Nata. Y dando nueva y razón de lo que allá pasaba a Pedrarias, aderezó navíos y gente para ir allá, y prendió al Francisco Hernández y le cortó la cabeza.

Esta ciudad de Fonseca, después que pasaron por allí los diez españoles, salió el capitán con cierta gente la vuelta de Nicaragua, donde éstos vinieron, y metióse tanto en la tierra de Nicaragua que el Francisco Hernández le prendió y le tomó la gente; y así se despobló aquel pueblo, porque los que quedaban en él, visto que el capitán y la gente que con él iba no volvía, se fueron tras ellos en el golfo de Sanlúcar, que era frontera de los que iban de Panamá. El Francisco Hernández pobló una villa (*Bruselas*); y ésta, entendido que él se quería alzar, se alzó de él, y envió sobre ella y la despobló.

En este tiempo pasó el marqués del Valle (*Hernán Cortés*) cuando vino a Honduras por cerca de Nicaragua. Y el Francisco Hernández, queriendo desasir de Pedrarias, le envió a decir que viniese allí, y que le daría la tierra. El Gil González, que salió de Santo Domingo en demanda de Nicaragua por la vía de Honduras, encontró en una provincia que se dice Manalaca con el capitán Soto que el Francisco Hernández había enviado a aquella parte; y resistiéndole que no pasase adelante, el Gil González se detuvo, y usando de maña con el trato de paz; él de gente, no le temió, antes por estar muy cerca unos de otros no puso guarda en su Real, y una noche dio el Gil González en él y tomándolos descuidados los prendió y

tomó las armas, y de la gente que salió a resistirle murieron dos hombres con dos arcabuces. Y no estando el Gil González de tener en su compañía tal gente lo soltó y visto que a Nicaragua no era parte para entrar, se volvió de allí a Puerto de Caballos, donde estaba Cristóbal de Olid, capitán de Cortés, y (*Francisco de las*) Casas, que era un capitán que había enviado Cortés sobre él. Y el Gil González, estando todos en poder de Cristóbal de Olid, un día estando comiendo le dieron de puñaladas y murió.

Estando ya Pedrarias en Nicaragua, envió a un Martín Estete con cierta gente a poblar en una provincia de Manalaca, y habiendo poblado una Villa, envió don Pedro de Alvarado de Guatimala otro capitán diciendo que entraban en su gobernación, y ésto tomó el pueblo al Martín Estete, y él se vino huyendo a Nicaragua solo, y pobló aquel capitán la villa de San Miguel, que ahora es de la gobernación de Guatimala.

Arriba decimos cómo Lope de Sosa venía por gobernador de Tierra firme, el cual, en llegando al puerto del Darién, sin desembarcar murió. Después vino por gobernador de aquella tierra Pedro de los Ríos, y estando Pedrarias en Nicaragua vino a Panamá a hacer residencia, y el Pedro de los Ríos fue a Nicaragua, y al tiempo que llegaba vino por la provincia de Honduras un Diego López de Salcedo, proveído de la audiencia de Santo Domingo por gobernador de Honduras, y vínose a meter en Nicaragua, y llegando entre ambos casi en un día a León, se dió tan buena maña con el asistente que quedaba allí por teniente de Pedrarias, que sin traer provisiones para ello le recibieron y echaron al Pedro de los Ríos de la tierra, y se volvió a Panamá.

En ese tiempo vinieron provisiones a Pedrarias de la gobernación de aquella tierra, y fué allá, donde murió. Después de él quedó el obispo Diego Alvarez Osorio por gobernador, el cual murió dende a poco tiempo que gobernaba. Y quedó el licenciado Castañeda, que era alcalde mayor en la gobernación: éste hizo tales cosas, que sabido que venía por gobernador Rodrigo de Contreras, yerno de Pedrarias, que no osándole a aguardar se fue al Perú con toda su casa; y sabido que era pasado por Panamá, se vino el licenciado a Santo Domingo, y de allí a esta corte, donde murió. El Rodrigo de Contreras ha gobernado hasta ahora que vino a esta corte preso, y le mandaron volver a hacer residencia. No hizo en aquella tierra cosa buena que sea de contar, antes persiguió a los vecinos casados y honrados.

III.- LA CONQUISTA DE NICARAGUA REFERIDA POR ANTONIO DE HERRERA*

Capítulo XII

Que Francisco Hernández de Córdoba pobló a Granada, en Nicaragua, lo que pasó entre su gente, y Gil González Dávila.

Francisco Hernández de Córdoba salió de Panamá con la armada, que le dió Pedrarias, con voz de poblar en Nicaragua, diciendo que le pertenecía; porque primero que Gil González había descubierto aquella tierra: y así era verdad, que hasta el golfo de San Lúcar tenía descubierto. Pobló un villa en el Estrecho Dudoso, que llamó Bruselas, en el asiento de Urutina, que por una parte tenía los llanos, y por la otra la mar, y la otra la sierra de las minas. Pasó treinta leguas adelante, a la provincia de Nequecheri, adonde fundó la nueva ciudad de Granada, en la orilla de la laguna: y fabricó un templo muy suntuoso y una fortaleza, porque aunque hasta entonces había tenido victoria, en muchos reencuentros con los indios, por ser la tierra muy poblada, convenía asegurarse de ellos, y por entonces no hubo necesidad de poblar en la provincia de Nicaragua (*Rivas*); pasó de Granada a la provincia de Ymabite, dejando en medio la de Masaia, grande y bien poblada. Llevó un bergantín en piezas, con el cual hizo descubrir y bojar toda la laguna, y hallóse salida a un río por donde sangra, y no pudo navegar adelante el bergantín por haber muchas piedras y dos raudales o saltos muy grandes; pero confirmáronse en que salía a la Mar del Norte. Envió a un Capitán (*Rojas*) con alguna gente (*que*) anduvo ochenta leguas por la tierra y hallóla muy poblada y con grandes arboledas, de diversas suertes.

Llevó Francisco Hernández algunos religiosos, los cuales, con mucho fervor (*se*) entendieron, por medio de los intérpretes, en la predicación y

* Tomado de la *Historia general de los hechos de los castellanos*, Libros Quinto y Nono.

en hacer los ejercicios católicos que eran necesarios, plantando cruces en las partes que les parecían más convenientes. Y lo que más movió a los indios fue, que habiendo hecho gran fuerzas en derribar una cruz de un lugar, nunca la pudieron quitar ni quemar, y se moría toda la gente de pestilencia. Este milagro con otros, que cada día se veían, admiró de tal manera a los indios comarcanos, que infinito número de ellos acudió a pedir cruces y bautizarse; y en ciertos templos, donde no había entrado la señal de la Cruz, ni se habían puesto imágenes, cayeron rayos y se quemaron, por lo cual todos los pueblos pedían bautismo y las imágenes de Nuestra Señora; y como había pocos clérigos, los mismos indios, a imitación de los sacerdotes católicos, se echaban agua unos a otros. De todo esto dió cuenta Francisco Hernández a Pedrarias, con Sebastián Benalcázar, y le avisó que había descubierto que gente castellana andaba por cerca de aquella tierra, y que hasta entonces no sabía de quien era, pero que con cuidado lo procuraba saber.

La gente de esta tierra decía que había descendido de la mexicana: su traje, lengua era casi como el de México y las mujeres vestían muy bien. Tenían sus mercados en las plazas, adonde contrataban con cacao por moneda. Había muchas mujeres hermosas; tenían por costumbre los padres, cuando eran ya doncellas para casar, de enviarlas a ganar para su casamiento, y así andaban públicamente por toda la tierra, y en teniendo lo que habían menester, las casaban, y los maridos estaban tan sujetos a ellas, que si se enojaban los echaban de casa, y aún ponían las manos en ellos y los hacían servir; y ellos iban a rogar a los vecinos para que aplacasen a la mujer. También usaban que en la noche del casamiento dormía el mayor sacerdote, que en su lengua decían Papa, con la novia. Tenían el sacrificio de hombres y mujeres, y la disciplina, sacándose sangre de las lenguas con que untaban a los ídolos, ofreciéndosela. Confesaban al Papa las cosas que tenían por pecados, con que les parecía que quedaban libres.

Hay en estas provincias volcanes y es el principal el de Masaia, de que se ha hablado, adonde los indios llevaban a ofrecer doncellas, en ciertos tiempos, y las echaban dentro, pareciendo que con sus vidas aplacaban aquel fuego, que no abrasase la tierra, y ellas iban muy alegres.

Habiéndose apercebido Gil González Dávila de la gente y vitualla que hubo menester en la isla de Santo Domingo, se encaminó a Honduras, para sin impedimento de Pedrarias, atravesar Nicaragua. Llegó a Guaimura, que así se llamaba primero la Provincia de las Ybueras, y no pudiendo tomar a Puerto de Caballos, excelente estancia para mucho número de navíos, y el mejor puerto que ni en lo descubierto (*había*), con el mal tiempo echó a la mar algunos de los caballos que llevaba, de donde le quedó

el nombre, y el tiempo le hizo decaer; hasta el Golfo Dulce. Y por no tener reconocida la Tierra Firme, que le parecía áspera y montuosa, acordó poblar un lugar que llamó San Gil de Buena Vista, y los indios, deseosos de verle fuera de allí, le mostraban la tierra de Honduras, rica y espaciosa; acordó meterse en ella, pues era aquel su intento, por entre el cabo de Camarón y Trujillo, dejando alguna gente en San Gil a cargo de Francisco Riquelme. Fue por la tierra adentro, pensando de hallar el Mar del Sury en el valle de Ulancho tuvo nueva de Francisco Hernández de Córdoba y que su gente andaba cerca.

Ya Francisco Hernández, como tuvo noticia de la gente castellana que andaba a la parte del Norte, envió al capitán Soto, con algunos soldados, para que tomasen lengua. Y estando aposentado en Toreba, dió Gil González sobre él, al cuarto tercio de la noche, diciendo: *San Gil, mueran los traidores*. Salió el capitán Soto con su gente y pelearon y murieron algunos. Estando peleando, Gil González, a grandes voces, dijo: *A Señor Capitán, paz, paz, por el Emperador*; y creyendo Soto que esto se hacía sin malicia, retiró a los suyos, aunque le dijeron que Gil González era astuto, y que lo hacía por aguardar más gente. No los creyó y así estuvieron los unos y los otros algunos días, en los cuales Soto dió aviso a Francisco Hernández de Córdoba como era Gil González el capitán que andaba en aquella tierra y los pensamientos que llevaba. Llegó más gente a Gil González, con lo cual, sin respeto de la paz, dió sobre los soldados de Soto y los desvalijó; y entre otras cosas les tomó ciento treinta mil pesos de oro bajo que tenían.

Francisco Hernández, sabido que Gil González andaba en la tierra, por no darle lugar a entrar en ella, se acercó más a él, y pobló en medio de la provincia de Ymabite la ciudad de León, con templo y fortaleza, así para la resistencia de Gil González, como para la defensa de los indios, porque en sus arrabales había quince mil vecinos.

No pareciendo a Gil González que estaba seguro, aunque había desarmado a la gente de Soto, temiendo de Francisco Hernández, soltó los presos y dejó la gente, y con el oro tomado volvió a Puerto de Caballos, porque tuvo noticia que otra armada había llegado a aquella parte, que era de Cristóbal de Olid, el cual pobló luego, catorce leguas más abajo del Puerto de Caballos, la villa del Triunfo de la Cruz, habiendo tomado primero la posesión por el Rey, porque en tal día tomó tierra, y nombró por alcaldes y regidores y oficiales del Consejo a los que Cortés le había señalado, aunque los bandos se echaban en nombre del rey y de Cristóbal de Olid, que se comenzó a entender que se iba apartando de la obediencia de Cortés, y como atentamente miraba como lo tomaba la gente, a unos con el temor atraía así y a otros con premios, con que los sosegó y tuvo su

voluntad. Envió diversas tropas a reconocer la tierra, y él mismo fue algunas veces, con tanta templanza que nunca dió ocasión para que los indios se quejasen. Halló el valle de Naco, (*San Pedro Sula*) la mejor tierra de aquella provincia, llano fértil, espacioso, cercado de sierras, con anchos caminos, con muchas flores, frutas y verduras muy deleitosas, casi semejante a Valencia. Supo también que Gil González andaba por allí, trato confederación con él, para contra Francisco Hernández, con el cual tuvo algunos reencuentros, pero sin mucho daño de los unos y de los otros: y entretanto ya tenía Cristóbal de Olid descubiertas treinta leguas de tierra, sin alteración de los naturales.

Capítulo I

Que Pedrarias fue a Nicaragua. La instrucción que llevó Pedro de los Ríos para gobernar en Castilla del Oro.

Partió en el principio del año de mil quinientos veinte y seis el gobernador Pedrarias Dávila, de Panamá para Nicaragua, con motivo de que, con deseo de servir al Rey, había enviado a Francisco Hernández de Córdoba, con poder suyo y en nombre de su majestad, a pacificar las provincias de Nicaragua y poblarlas; y que para abastecer la armada que le dió gastó cuanto tenía y buscó mucho dinero prestado de sus amigos, con que quedó muy adeudado; y que habiendo llevado orden para que de lo que se ganase se pagase lo que pertenecía al rey y a particulares lo que se había gastado, y que lo demás se repartiese entre todos, conforme a las ordenanzas y uso y costumbre de la tierra. Hallándose el dicho Francisco Hernández apoderado de las provincias y con mucha riqueza trató de alzarse, aunque tuvo muchos que dijeron que Pedrarias Dávila no se movió sino por la noticia que tuvo que Don Hernando Cortés quería pasar a Nicaragua, para defender de que no entrase en aquella tierra, que pretendía que era de la gobernación de Castilla del Oro, y que habiendo sabido que iba Pedro de los Ríos por sucesor, no quiso aguardar la residencia. En llegando a la ciudad de León, prendió a Francisco Hernández y le cortó la cabeza, cosa que dió mucho sentimiento a los amigos de Francisco Hernández, que negaban estar alzados y afirmaban que cuando lo estuviera se defendiera de Pedrarias, de manera que no le hubiera fácilmente a sus manos.

**RECONOCIMIENTO GEOGRÁFICO
DE COSTAS Y LAGOS Y EXPLORACIÓN
DEL RÍO SAN JUAN**

INTRODUCCIÓN

Una vez consolidados los procesos del descubrimiento y conquista de Nicaragua, el país quedó abierto a la exploraciones geográficas. Además de las "entradas" realizadas por los conquistadores en el nuevo territorio, con el afán de localizar "minas" de oro, fue necesario reconocer las costas marinas y los lagos interiores; fundar puertos y encontrar rutas que asegurasen la comunicación y el comercio de los pueblos fundados en Nicaragua con el resto de las colonias españolas en el Nuevo Mundo, no sin descartar la posibilidad de dar con el anhelado Estrecho que permitiría el paso de un mar a otro, el cual era buscado desde los tiempos de Colón.

Para 1530 el contorno de América estaba todavía grotescamente dibujado en los mapas, para no decir incompleto, no obstante la información traída por los pilotos que recorrían las costas de América. El océano Pacífico, entonces bautizado como Mar del Sur, había sido descubierto por Balboa en 1513 y la costa de Centroamérica, hasta el golfo de Tehuantepec, reconocida la vez primera por Andrés Niño diez años después.

Una completa información de esa parte de la costa la ofrece Gonzalo Fernández de Oviedo, en su *Historia General y Natural de las Indias*, aunque el cronista solamente reconoció la sección comprendida entre Panamá y el puerto de La Posesión o El Realejo. Como aficionado a la cartografía, Oviedo usó a menudo el astrolabio para rectificar las primeras medidas de latitud en los sitios que fue tocando en su tránsito costero entre Panamá y Nicaragua, con un error promedio de sólo medio grado, posiblemente debido más a la imperfección del instrumento que a yerro de cálculo.

La información de primera mano que presenta sobre el litoral de la actual Costa Rica, incluyendo la descripción del golfo de Nicoya y de sus islas, es muy instructiva. Aparentemente Oviedo navegó de Panamá a Nicoya, rumbo a Nicaragua, en 1527, y lo hizo en sentido inverso, a su regreso dos

años después. Los dos únicos puntos costeros del país donde el cronista estuvo fueron el puerto de La Posesión, cuando midió la latitud y conoció los peces roncadores y la costa de Papagayo (El Ostional-Bahía de Salinas), así llamada por los españoles debido a un cacique que Gil González encontró en ese sector en 1523, no obstante que Oviedo atribuye el nombre al "parloteo" producido entre el velamen y las jarcias de los barcos que solían navegar por aquella ventosa costa.

En otra parte de su Historia el cronista menciona algunos accidentes costeros comprendidos entre la punta de Santa Catalina (hoy península de Santa Elena) y la bahía de Chorotega, (golfo de Fonseca, como lo bautizara Andrés Niño), en cuyos contornos vivían los Chorotegas Malalacos. Entre los accidentes del actual litoral nicaragüense cita: el golfo de Santiago, que parece corresponder a la ensenada del Astillero; la punta de Nicaragua, (después llamada Desolada, hoy Masachapa); el río Mesa (Tamarindo); el río San Pedro (Río Viejo de Aserradores), y el cabo Hermoso, la actual punta Cosigüina.

II

La primera descripción de los lagos y lagunas de Nicaragua realizada por el cronista Oviedo constituye una rica pieza de información novedosa, no obstante las digresiones que inserta. La fascinación por aquel país donde vivió por dos años parece haber abrumado la mente del escritor, al extremo de hacerle deslizar la pluma hacia variados temas que en el momento de manejarla se le ocurrieron.

Al tiempo de su estadía en Nicaragua, no existía una idea clara sobre la cuenca lacustre. Se sospechaba que la formaba una serie de lagunas interconectadas, con salida al Mar del Norte —léase Caribe— por medio del río Desaguadero, más adelante llamado San Juan. El conquistador Gil González Dávila, un lustro antes, había descubierto el gran lago de Nicaragua, al cual bautizó como Mar Dulce en vista de su dimensión, oleaje y "mareas". Sospechó que tenía una salida hacia el Mar del Norte. El siguiente conquistador, Francisco Hernández de Córdoba, reconoció poco después el lago de Managua y su conexión con el gran lago a través del "río" Tipitapa. También echó un bergantín en las aguas de este último para descubrir su desagüe, por donde la nave bajó hasta donde los primeros raudales la detuvieron. De ahí en adelante todo quedó en especulación. Martín Estete fue mandado por el gobernador Pedrarias a "reconocer el fin de las lagunas", en 1529, pero no llegó al mar Caribe, al cual aparentemente columbró desde la sierra volcánica de Costa Rica, sospechando entonces que se trataba más bien de una tercera laguna. El reconocimiento total del río San Juan fue realizado por Alonso Calero en 1539, tal como se describe en la crónica correspondiente.

Resulta interesante la información de Oviedo sobre los saurios y peces de los lagos. El descubrimiento de un "cacaste" de pez-sierra en una playa del lago de Nicaragua acabó por confirmarle la sospechada comunicación del sistema lacustre con la Mar del Norte. En realidad, la existencia de tres especies de selacios marinos en las aguas dulces de los lagos sigue siendo una de las más interesantes excepciones de la fisiología zoológica en aguas tropicales.

Obviamente el paisaje de islas volcánicas, de lagunas cratéricas y de volcanes en las márgenes de los lagos, dio muchos argumentos a la pluma del cronista, situaciones que no habían sido reportadas todavía en las otras regiones de las Indias. Al volcán de Masaya, con su lava incandescente en el fondo del cráter, dedicó varios capítulos del libro XLII, los cuales se presentan al final de este Tomo. Oviedo reconoció dos lagunas volcánicas en las cercanías de León (Viejo), además de la laguna de Tiscapa, cuadrada como una alberca; la de Lenderí, adonde bajaban las indias por unos horrosos despeñaderos en busca de agua, y la de Diriá o Apoyo, un poco salobre pero de buena pesca.

III

La odisea de los capitanes Alonso Calero y Diego de Machuca bajando por el selvático y raudaloso curso del Desaguadero es sin lugar a dudas la mejor de las aventuras experimentadas por los españoles en Nicaragua, tanto como para inspirar un interesante filme dramático, sin necesidad de auxiliar al guión con exabruptos hollywoodescos.

Alonso Calero inicia su pormenorizada Relación—escribiendo siempre en tercera persona— con el relato de la azarosa travesía del gran lago, siguiendo la protegida costa de Chontales, no obstante los vientos contrarios que soplaban después de mediodía y que hacían retroceder su flota tanto como lo avanzado en el día. Luego describe el cauteloso ingreso al río San Juan, calando su profundidad, sorteando los turbulentos raudales, hasta alcanzar finalmente el mar, después de haber dividido su tropa y enviado a Machuca por la selva en busca de las fabulosas poblaciones del Yare.

Agotadas las provisiones, al extremo que los que se internaron en la selva tuvieron que comerse los caballos, salteando los plantíos de los indios que por lo general éstos solían quemar para desalentar el paso de los españoles, enfrentando tribus belicosas y aguerridas entre sí, expuestos al ataque de fieras y animales ponzoñosos, acicateados por el hambre, sin poder cazar en la selva con la pólvora mojada, llegaron tras dura travesía a la costa del mar. Buscaron a Machuca sin encontrarlo, como tampoco hallaron comida después de navegar junto a la costa y penetrar por los ríos en una región

aparentemente deshabitada. Hambrientos y harapientos solamente nueve españoles de los setenta que fueron con Calero, además de algunos indios ayudantes, lograron embarcarse con rumbo a Nombre de Dios en busca de salvación.

Además de dramatismo, el relato de la expedición ofrece información de gran valor etnológico sobre los primitivos habitantes que vivían a ambos lados del río. El itinerario, cuidadosamente estudiado, nos lleva a la conclusión que el nombre dado después a la corriente obedeció a la fecha 24 de Junio de 1539, fiesta de San Juan Bautista, día en que los exploradores descubrieron el final del río, cumpliendo así con una cédula real enviada al gobernador de Nicaragua, Rodrigo de Contreras, ordenándole mandase a investigar el término del Desaguadero, cuyo destino no había sido aún esclarecido a quince años de la conquista de Nicaragua.

I.- EL CRONISTA GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO
DESCRIBE LOS ACCIDENTES A LO LARGO
DE LA COSTA DEL MAR DEL SUR¹

Capítulo II

En continuación de la geografía y asiento de la Tierra-Firme, desde la ciudad y puerto de Panamá hasta el río de la Posesión, que es en la gobernación de la provincia de Nicaragua.

Yo he navegado lo que hay en la mar del Sur desde la ciudad y puerto de Panamá, que es en la gobernación de Castilla del Oro en Tierra-Firme, y de la lengua que los indios dicen de Cueva, hasta el río que llaman de la Posesión, a la parte occidental que está en la gobernación de Nicaragua, y más de una vez y con diversos pilotos y hombres de la mar diestros en aquella costa. Y comúnmente ponen desde Panamá a la Posesión trescientas leguas, navegándolo por alta mar y no costa a costa; pero ahora pondré la costa de la tierra y diré las leguas que yo hallo por estas costas modernas, e digo así:

Desde Panamá hasta la punta de Chame se ponen veinticinco leguas en larga mar, pero corridas tierra a tierra por la costa son más de cincuenta. Aquella punta está en siete grados y medio (digo Chame); más la misma Panamá está en ocho grados y medio de esta parte de la línea equinoccial (indudablemente), porque yo he muchas veces tomado la altura con el astrolabio y en diversos tiempos, y estando el sol de esta parte de la línea, y también dando en el trópico de Capricornio de la otra parte de ella.

Desde la punta de Chame hasta la punta de Güera hay veinticinco leguas, pero andándolas tierra a tierra son más de treinta; y está la dicha

(Tomado de la *Historia General y Natural de las Indias*. Parte Tercera, Libro XXXI).

punta de Güera en seis grados y medio. Y entre ambas puntas está el golfo que llaman de Paris, porque allí estuvo un rico y poderoso cacique llamado Paris pero los españoles le hicieron presto pobre y flaco. Notorio es que en veces más de noventa o cien mil pesos de oro dió, y le tomaron diversos capitanes.

Desde la punta de Güera a la punta de Buenavista se ponen veinte leguas, pero andándolas por la costa son más de veinticinco. Y está la punta de Buenavista en seis grados y medio de esta parte de la línea, y en este camino está entre ambas puntas el río de Güera.

Desde la punta de Buenavista a la punta de Santa María hay veintitrés o veinticuatro leguas, y andándolas costa a costa más de cuarenta y cinco. En este ancón está, en la parte más septentrional de él, el puerto de Ponuba, el cual está a siete grados y medio de esta parte de la línea; pero la punta Santa María está a seis grados y tres cuartos de esta parte del equinoccio; y dentro del dicho ancón y de las dichas puntas están las islas de Zebaco, a tiro de escopeta o poco más la una de la otra, que son dos, y de buenas fuentes y torrentes y arroyos. Y en la que está más al Este está enterrado aquel docto filósofo veneciano, llamado Codro, que con sus deseos de saber los secretos de estas partes pasó acá y murió allí, y el piloto Juan Cabezas lo enterró en aquellas islas, donde a su ruego lo sacó a morir. Y acabó encomendándose a Dios, como católico, no obstante que un día o dos antes emplazó al capitán Jerónimo de Valenzuela que le había maltratado; y le dijo estas palabras el Codro: “Capitán, tú eres causa de mi muerte, por los malos tratamientos que me has hecho. Yo te emplazo para que vayas a estar a juicio ante Dios conmigo dentro de un año, pues yo pierdo la vida por tu mal comportamiento”. Y el capitán le respondió que no curase de hablar aquellos desvaríos, y que si se quería morir que a él se le daría poco de su emplazamiento; que el enviaría un poder a su padre y abuelos y otros deudos suyos, que estaban en el otro mundo, que le responderían como él merecía.

El caso es que el capitán le pudiera hacer placer en contestarle, y sin exponer nada de su caso, si quisiera. Finalmente, que el Valenzuela murió dentro del término que el otro le señaló y dijo en su emplazamiento. Yo estuve con el mismo piloto en la misma isla, y me enseñó un árbol, en la corteza del tronco del cual estaba hecha una cruz cortada, y me dijo que al pie de aquel árbol había enterrado a dicho Codro. De forma que este murió en su oficio como Plinio en el suyo, escudriñando y andando a ver secretos de natura por el mundo.

A este piloto le pesaba mucho de la muerte de Codro, y le loaba de buena persona. Y a otros que le trataron he oído decir lo mismo, y me dijo

que estando apartados de tierra en la mar, le rogó que por amor a Dios le sacase a morir fuera de la caravela en una de aquellas islas, y el piloto le dijo: "Miser Codro, aquello que decís que son islas, no lo son, sino tierra doblada, y no hay islas allí". Y el replicó: "Llévame, que sí hay dos buenas islas junto a la costa y de muy buena agua, y más adentro está una gran bahía o ancón con un buen puerto en la Tierra-Firme". Y así era la verdad, y el puerto por quien Codro decía es el de Ponuba, del que de suyo se dijo; y el piloto quedó maravillado después que salieron a tierra y vio ser como Codro había dicho, sin haber estado allí cristiano alguno ni saberse tal puerto de ningún español. Pasemos a lo demás.

Cerca de esta punta de Santa María está una buena isla, que se dice isla de Santa María, y desde la punta de Santa María hasta la punta de Borica hay veinte leguas; dentro de las cuales puntas hay algunas islas, y la que está más afuera de la mar es la isla de Benamatia, y los cristianos, engañándose, la llamaron Santo Matías, la cual dicha isla está en seis grados de esta parte de la equinoccial, y la punta Borica está en seis grados y medio. En estas veinte leguas que he dicho que hay de punta a punta, andándolas por dentro, tierra a tierra, hay más de cuarenta por la costa de la tierra.

Esta tierra de Borica es muy fértil y de muchas y buenas pesquerías y ríos, y de mucha montería de puercos y venados y de otras salvajinas, y de muchos y buenos y grandes mameyes y de muchos cocos de los grandes. Dentro en la mar, enfrente de Borica, a diez o doce leguas antes de la tierra de Norte a Sur, y otras tantas adelantes y más, en espacio de treinta y cuarenta leguas de mar, pocas más o menos, hay innumerables culebras negras por encima y amarillas por debajo, y de lo negro bajan unas puntas en los lados, y de lo amarillo suben otras puntas entretrejidas en los costados, como dientes o puntas amarillas o negras, que entran unas en otras, y ándanse sobre aguadas, y llámase aquello el golfo de las Culebras. Son más gruesas que el dedo pulgar de la mano, y de cuatro palmos de largo y menores.¹

Desde la punta de Burica hasta el cabo de Santa María que está más al Occidente hay quince leguas, y hácese un gran ancón redondo de promontorio a promontorio, y ambos están en una altura y grados, y llámase aquella mar que está entre medias Golfo de Osa, dentro del cual hay un buen río; pero estas quince leguas por dentro son largamente treinta.

Desde el cabo Santa María hasta la punta que está cerca de la isla del Caño hay dieciocho o veinte leguas, y la dicha isla está cerca de tierra;

¹ Se refiere a la serpiente marina *Pelamys platurus*.

y llámase del Caño porque según fui informado del piloto Juan de Castañeda, que la descubrió en compañía del licenciado Gaspar de Espinosa, hay allí un caño de una fuente natural, muy hermoso, que cae de una peña alta, y pueden meter la barca debajo y henchir las pipas que quisieren dentro de las barcas, y es tan grueso o más que un círculo de un real de plata castellano. Esto doy al precio que lo hube; porque aunque le he preguntado a otros, no lo han visto o no lo saben tan puntualmente. Y pasé dos veces bien cerca de esta isla y con determinación de ver si era así como lo he dicho y me habían informado, y el tiempo no dio tal oportunidad, como yo quisiera, para comprobar lo que es dicho, y así nos convino apartar y meternos más a la mar. La punta de la Tierra-Firme que está más cerca de la dicha isla del Caño, está en siete grados de aquesta parte de la línea del equinoccio, y en los mismos está la dicha isla del Caño.

Desde la dicha punta o isla del Caño hasta el Cabo Blanco, o al puerto de la Herradura hay cuarenta leguas, la vuelta del Poniente. Y a este puerto y el dicho cabo es el embocamiento del golfo de Orotiña, alias golfo de Nicaragua, y otros le dicen golfo de Güetares, que es otra nación. Está dicho puerto de la Herradura en ocho grados de la línea equinoccial, y el dicho Cabo Blanco está en siete grados y medio según la carta; pero otros le ponen en ocho y al puerto de la Herradura en ocho y medio.

En este camino de estas cuarenta leguas están la punta de San Lázaro y el golfo de San Lúcar y algunas islas pequeñas. Y hasta este golfo de San Lúcar es hasta donde llegó (*el licenciado Espinosa*) con la vista y no con los navíos que había hecho el adelantado Vasco Núñez de Balboa; pero no entró el dicho licenciado en el dicho golfo, y de allí adelante descubrió después el capitán Gil González Dávila.

Desde el puerto de la Herradura entra aquel golfo de Orotiña o de Nicaragua dieciocho o veinte leguas de longitud, y por la otra costa yendo hasta el dicho cabo otras tantas, que son por todas cuarenta leguas dentro de la ensenada y de este golfo y de sus islas, que son Chara, Chira, Cachoa, Irra, Urco y Pocosí, que todas están pobladas y son fértiles, ya lo tengo escrito en el lugar alegado, y no hay para qué repetirlo aquí; pero yo estuve en aquel golfo o islas que están dentro de él, y tomé el sol muchas veces y así mismo la estrella (*polar*) (porque tuvimos necesidad de reparar allí la caravela), y hallé el golfo de la Herradura casi en nueve grados y el Cabo Blanco en ocho y medio, y la isla de Chira en diez, y la de Chara en nueve y dos tercios, y la de Pocosí en nueve y algo más de medio grado de esta parte de la equinoccial. Lo que dije primero es de las cartas de navegar, y esto último vi yo, si lo supe entender, y aun en compañía de pilotos diestros.

Desde el Cabo Blanco hasta el Puerto de la Posesión ponen a ojos los pilotos cien leguas, y hasta el dicho cabo desde Panamá doscientas; pero ya desde Panamá he dicho más puntualmente lo que hay conforme a las cartas. Dígase ahora lo que hay desde este cabo al Occidente hasta el río y puerto de la Posesión.

Digo que desde el Cabo Blanco hasta una isla que la carta llama Moya, pone veinticinco leguas, y en estas nombra a Pocosi; y es un engaño, porque Pocosi es una isleta dentro del golfo de Nicaragua u Orotiña, y no tierra fuera de la costa; y nombra Arrecifes y Pari, y también se engaña, que no ha de decir sino Paro, que es un buen cacique y río; y deja de nombrar el puerto de las Velas, que está en la costa delante del Cabo Blanco, y luego comienza el golfo que llaman del Papagayo, y aun a veces es de más la navegación; y llámanle así porque los papagayos las más de las veces hablan y chirrían sin voluntad de su dueño; y así allí las cuerdas y jarcias de los navíos parecen que hablan y suenan más de lo que querían los que por aquel golfo navegan.

La isla dicha Moya está cerca de la costa, en siete grados y dos tercios de esta parte de la equinoccial, y hay hasta ella desde el dicho Cabo Blanco veinte leguas (después de la isla de Moya hasta el río o puerto de la Posesión), cincuenta y cinco leguas o más; pero como la costa va enarcándose, bien se pueden contar ochenta hasta la Posesión desde el Cabo Blanco o más, no obstante que los hombres de la mar comunmente las cuentan por ciento bien cumplidas.

Y en este camino desde la dicha isla de Moya, siguiendo al poniente veinte leguas, pone la punta de Catalina^a en ocho grados y dos tercios de esta parte de la línea, y desde allí a la Posesión treinta y cinco; pero en estas pone en la carta una isleta que nombran Nicaragua y un río llamado Mesa; y pone el dicho puerto de la Posesión en poco más de diez grados, en lo cual se engaña mucho la carta y quien le informó de ella, porque como he dicho (en algunas partes) en lo que se ve de vista, quiérome creer a mí.

Este puerto de la Posesión está en trece grados justos de esta parte de la línea equinoccial; y yo estuve allí doce o trece días en tierra a la par del puerto, esperando tiempo para navegar, y estaban dos pilotos, el uno Juan Cabezas y el otro se decía Juan Miguel, diestros en aquella costa, y ellos y yo juntamente, cada uno por sí, tomamos la altura del sol y de las estrellas muchas veces, y siempre lo hallamos todo en conformidad ser así, y no haber más ni menos de trece grados.

^a Actualmente la península de Santa Elena.

Este puerto está trece o catorce leguas de la ciudad de Nicaragua, que está la tierra adentro en la provincia de Nagrando, junto a una de las lagunas grandes, de las cuales en su lugar se hablará más copiosamente. Este puerto tiene en la embocadura una isla alta de peña tajada y llanísima.¹ Podrá tener de circunferencia una pequeña legua. La boca más oriental de este puerto es menos hondable que la occidental. Allí matamos muchos pescados de un palmo o poco más o menos, de los cuales no permitiera Pitágoras comer a sus discípulos, el cual les mandaba tener silencio cinco años primero que gozasen de su doctrina, y que comiesen peces, porque son callados, lo que no eran aquestos que en aquel puerto tomábamos, porque a la verdad echados en una caldera una docena de ellos, no hacen menos ruido que otros tantos cochinos gruñidores. Son armados de malos y agudos dientes, y llámanlos acá los hombres de la mar *roncadores*, y lo son en tanta manera que yo no he visto cosa semejante, según su mucho gruñir o roncar; pero es muy buen pescado y sano, y menos flemoso que otros, y de escama.

Tornando a nuestro propósito y camino, yo he dado relación particular en estas trescientas leguas que se ponen en larga mar; y digo lo que hay más puntualmente por la costa, y hallo que son trescientas noventa, aunque como he dicho, hallo en la carta veinte menos desde el Cabo Blanco hasta la Posesión, de lo que los hombres de la mar lo marcan; que a la verdad hay cien leguas o más, y seguramente por la costa y tierra no podemos hacer este camino menos de cuatrocientas leguas.

Llamo el puerto de la Posesión, porque la armada del capitán Gil González Dávila, de la cual era piloto mayor Andrés Niño, tomó allí la posesión de la tierra por Su Majestad, cuando fue por su mandato a descubrir por la mar del Sur. Pasemos a lo demás de la geografía.

Capítulo III

Continuándose la geografía de la costa de la Tierra-Firme en la mar austral, desde el golfo o puerto de la Posesión, que es en la gobernación de Nicaragua, siguiendo la vía del Poniente hasta el río Sancti Spiritus, que es hasta el presente tiempo lo último que en la carta de navegar está anotado al Poniente de la Nueva España la vuelta del Norte, como más puntualmente se dirá en este capítulo, conforme a la pintura de la carta moderna del cosmógrafo Alonso de Chaves.

Desde el puerto y río de la Posesión, en la provincia de Nicaragua, seguiré la costa al Poniente y Septentrión todo lo que hallare anotado en la geografía de estas cartas de navegar, aunque en la verdad, como son

¹ La isla del Cardón.

tierras nuevas, no me satisfago en algunas cosas de esta pintura; porque los que navegan por acá más se siguen por derrotas la carta en la mano que por el astrolabio, ni la han menester donde la tierra se ve, porque su intento es solamente hacer su camino y no ir apuntando puntualmente las alturas, ni aun lo saben hacer los más de ellos. Así, los errores que aquí se hallaren, no serán míos, donde los hubiere, sino de los que no saben informar a los que en Sevilla en España hacen las cartas.

Ya dije de suyo que en la carta hallo que ponen el río del puerto de la Posesión en diez grados o poco más, y se yo muy cierto, y he visto, medido y experimentado muchas veces aquello, y son trece; porque con pilotos y hombres diestros del cuadrante lo examiné allí, estando detenido por falta de tiempo, y se que la costa, cuanto más adelante va al Poniente, más se va enarcando y dando la vuelta al Norte, y los grados aumentándose, y han de ser más de los trece que he dicho poco a poco. Y por tanto, habido aquesto por máxima, tomad lector lo que aquí diré por relación del cosmógrafo que ha dicho como la hallares, que aquí en adelante no es mío lo que diré, sino del cosmógrafo Alonso de Chaves y de su carta, y no solamente en ella sino después, diré lo que expresa por el patrón nuevo acabado y examinado por todos los cosmógrafos de Su Majestad el año de 1536 en Sevilla. Pero yo quisiera más que dos o tres de ello lo hubieran visto o navegado.

Torno a decir aquella autoridad de Plinio que dice que estas cosas encubiertas e inextrincables así las da y las cuenta, como las ha recibido, puesto que aquesto no es ininteligible, si los que lo apuntaron lo entendieran bien, y en cada puerto o parte hicieran la diligencia y examinación como convenía, o como yo la hice en este puerto de la Posesión; el cual nombre dió el capitán Gil González Dávila, que fue criado del obispo don Juan Ruiz de Fonseca, obispo de Burgos, presidente del Consejo de las Indias, y el piloto Andrés Niño, cuando lo descubrieron, como he dicho. Y llamáronle así porque además de lo que otros capitanes habían descubierto de aquella costa, fue allí donde en lo que estos ni otros españoles no sabían, tomada posesión en nombre de Su Majestad.

Desde allí se corren al Noroeste quince leguas hasta la bahía de Fonseca; y pues la costa ya vuelve al Norte, de razón había de estar en más grados desviada de la equinoccial que el puerto de la Posesión. Y pone la carta que he dicho esta boca de la bahía en once grados, que es notorio error, pues había de poner catorce; y aquesta ignorancia, como he dicho, no es de los que hacen las cartas, sino de quien los informa, porque es imposible que deje de estar en los catorce, poco más o menos. De aquí en adelante no quiero repetir más estas fallas, por la razón que he dicho, sino conformándome con Plinio, darlo como me lo dan y lo veo pintado.

Debajo de la Posesión está un río que llaman San Pedro, y dentro de aquella bahía está una isla, entre otras menores, que el dicho piloto y Gil González la llamaron Petronila, y a la bahía Fonseca, que es este nombre y el otro un disparate, y por echar cargo al dicho obispo por algunos respetos que no son para la historia, ni fueron bien puestos. Así que, no curando de esas faltas de la graduación, pasaré de largo, con pretexto que cuando hubieren las cartas enmendado, si yo estuviera vivo, enmendaré lo que aquí diré, conforme a mejor examen; pero para mí yo creo que hay asaz faltas en esta costa, y que está más puesta al Septentrión de lo que esta carta moderna dice.

Desde la dicha bahía de Fonseca hasta el golfete de Chorotega hay algo más de veinte leguas. Háse de decir *Chorotega Malalaco*. Estos indios chorotegas son de otra lengua por sí, y más varones y hombres de guerra que los de la lengua de Nicaragua, y la lengua de Nicaragua y la de México o Temistitan en la Nueva España es toda una. Los chorotegas todos comen carne humana, y también hay gente de ellos entre los de Nicaragua; y antes que cristianos allá pasasen tenían guerra los unos con los otros, porque así como difieren en las lenguas, así en ceremonias y ritos y amistad, y en todo lo demás son diferentes.

Está en el golfo de Chorotega y dentro de aquel ancón, que se puede decir más propiamente golfo, una isla redonda y poblada y otras yermas, que son escollos; y pónenla en esta carta en once grados y algunos minutos, y córrese del Este al Oeste; pero el promontorio que tiene la bahía de Fonseca hacia el Poniente, o hacia Chorotega, llámase Cabo Hermoso.¹

Desde aquella boca o isla de Chorotega hasta el río del Campo pone la carta siete u ocho leguas y en la misma altura de Chorotega; y de allí se va la costa y trae ocho leguas hacia el Norte, y de allí va otras doce o trece hasta el río Grande, la boca del cual pone esta carta en doce leguas. Desde el río Grande hasta el golfo de Guazetan hay cien leguas, en que está el río Grande; pero en estas cien leguas hay adelante del río Grande todo lo que aquí diré sucesivamente: Río de Marisma, Rostro Fragoso, Los Frailes: estos son tres isletas en triángulo a la punta o boca de un río, y hasta estos Frailes desde el dicho río Grande hay treinta leguas. Y más adelante está el Aguada de Briza, y más al Poniente está el río de Guatemala, que es en la gobernación del adelantado Pedro de Alvarado, desde la cual al dicho golfo hay cuarenta y cinco leguas, poco más o menos. Delante de Guatemala está la Playa, y más adelante Río Ciego, y adelante está el ancón de Matas, y más adelante el río San Jerónimo, y más

¹ Meanguera, la isla mayor del golfo de Fonseca.

¹ Punta Cosigtina, aunque situada mas bien al oriente.

adelante Soconusco, y más adelante las sierras de Gil González Dávila, y más adelante está la punta de Zitula, donde se cumplen las dichas cien leguas, que es a la entrada del golfo de Guazetan.

Y de allí adelante al Poniente entra un ancón al Oeste derechamente, que tendrá veinticinco leguas de longitud y tendrá de latitud seis o siete u ocho leguas, poco más o menos, y vuelve a subir la otra costa del mismo ancón otras veinte y cinco leguas al Este; y todo aquello se cuenta del dicho golfo de Guazetan, y está en los dicho doce grados de esta parte de la equinoccial, o en la punta de aqueste embocamiento, que está de la banda del Sur, y lo llama la carta *Laguna de Cortés*. Desde esta punta de la Laguna de Cortés al golfo ya dicho, la cual punta está en once grados y medio, se corren casi cuarenta leguas al Oeste, cuarta de Sudeste, hasta la punta de Coyta, que está en once grados. desde la punta de Coyta al Río Cerrado hay sesenta leguas, y en estas hay muchas islas pequeñas e islotes, y está el dicho Río Cerrado en trece grados de esta parte de la línea equinoccial, y allí a par de él se hace un gran ancón.

Desde el Río Cerrado a la punta que el dicho ancón tiene hay diez leguas, y en la vuelta del dicho ancón otras tantas, que son veinte en todas, y está la dicha punta del ancón que he dicho en doce grados y un cuarto. Desde la punta del dicho ancón hasta Tegoantepeque hay veinticinco leguas, y la costa se vuelve en arco, como medio grado al Norte, y en el camino están los Pegios; y está el dicho Tegoantepeque y su puerto o río en trece grados, según esta carta.

Delante de Tegoantepeque está Tuantepeque, y más adelante Zacatula hay poco más de veinte leguas al oeste; y la dicha Zacatula está en los mismos trece grados tras un ancón redondo de muchos bajos; y de la parte del Poniente en la punta del ancón de Zacatula hay otras islas pequeñas. Desde Zacatula hasta Cabo de Isleos hay treinta leguas, y está el dicho Cabo de Isleos en trece grados de esta parte de la equinoccial. Desde el Cabo de Isleos hasta la mitad del ancón de Coluna hay treinta leguas, (el cual dicho ancón o bahía le pintan lleno de bajos), y está aquel embocamiento de Coluna en catorce grados de esta parte de la línea equinoccial. Desde la mitad del embocamiento o bahía de la Coluna hasta la mitad de otro ancón, que está al Noroeste, hay veinticinco leguas, y es de notar que todo lo que hay desde el Cabo de los Isleos hasta el ancón postrero que es dicho se corre Noroeste-Sureste, y está este ancón en catorce grados y tres cuartos.

Desde el ancón que he dicho hasta el río Grande se corren otras veinticinco leguas, así mismo al Noroeste, y está la boca del dicho río Grande en algo más de quince grados; y delante del dicho río Grande, la vuelta

del Oeste-Sudoeste, están tres islas que van una delante de otra, cercanas y sin nombre. Desde la punta occidental del río Grande hasta la Playa hay treinta leguas, y está la punta inferior de la dicha Playa en dieciseis grados de esta parte de la línea. Desde la Playa hasta el Cabo Salido hay treinta leguas. Está el dicho Cabo Salido en diez y seis grados y medio de esta parte de la línea equinoccial. Desde el Cabo Salido hasta la punta inferior del golfo Salado hay algo más de treinta leguas, y está el dicho golfo y punta en diecinueve grados de esta parte de la línea. Desde la punta del golfo Salado hasta el río de Sancti Spiritus hay cuarenta leguas, y está la boca de este río en veintiún grados y un cuarto; y de allí en adelante no hay escrito ni nombrado más en la carta, salvo lo que pintan en ello sin nombre alguno, señalando todavía que la costa se va enarcando hacia el Norte. Y yo soy de opinión que estos grados desde el río de la Posesión adelante, en todas las partes nombradas, hasta el dicho río de Sancti Spiritus, son tres grados más de lo que la carta pinta. De manera que el dicho río Sancti Spiritus estará en veinticuatro grados, poco más o menos. Póngolo así, porque como he dicho, siempre se va la costa hacia el Norte.

Por manera que si he sabido darlo a entender, (o el lector ha comprendido lo que he dicho), yo he dado relación particular en este capítulo de seiscientos doce leguas, con que se da fin al presente libro y geografía de él, hasta en fin del año que pasó de 1540, atendiendo lo que más nos enseñare el tiempo presente y el venidero. Y en todo lo que he dicho he dado relación desde el cabo del Anguilla, que está en la costa austral de la otra parte de la línea equinoccial hasta el río de Sancti Spiritus, que está en la parte septentrional y mares exteriores de la otra parte de la Tierra-Firme, hasta ahora que estamos ya en el año de Natividad de Nuestro Redentor Jesucristo, de 1547 años, mil cuatrocientas treinta leguas; y quedamos en la parte austral por saber lo que hay puntualmente desde la dicha punta o cabo de Anguilla hasta el embocamiento occidental del estrecho de Magallanes, que es la pausa de lo incógnito que tasé en ochocientas cincuenta leguas; las cuales juntadas con las susodichas, serían dos mil doscientas y ochenta y cinco leguas por todas, no obstante que aquestas ochocientas cincuenta han de ser mucho más, sabiéndose puntualmente aquello. Y quedan a la parte septentrional desde el dicho río de Sancti Spiritus hasta la tierra del cabo del Labrador, que está así mismo por saber, muchas leguas de costa, según la pintura del mundo nos requiere que se sospeche de lo que se espera saber adelante.

II.- PRIMERA DESCRIPCIÓN DE LOS LAGOS Y LAGUNAS DE NICARAGUA, POR EL CRONISTA FERNÁNDEZ DE OVIEDO

Capítulo IV

En el cual se trata de las lagunas de Nicaragua, que unos decían que eran dos y otros que tres, y yo digo que no es sino una todas aquellas, pues que la una desagua en la otra, y la otra en la otra, y la otra y última o tercera en esta mar del Norte; y también se tratará aquí de otras lagunas de aquel reino y gobernación.

Más ceremonias y ritos y costumbres y cosas notables están por decir que no se han dicho de esta gobernación y sus anexos, y decir las todas sería imposible, así por no entenderse tan particularmente como convenría, a causa de las diversidades de lenguas, como por la guerra y conversación de los cristianos y por el tiempo que ha consumido y dado fin a las vidas de los indios viejos, y aun de los mozos, y la codicia de los jueces y gobernadores y de otros que han dádose mucha prisa a sacar indios con nombre de esclavos fuera de aquella tierra, para venderlos en Castilla del Oro y para otras partes.

Y si lo eran o no, yo no quiero esa cuenta, pues quien la ha de tomar tiene tan sabida la copia y número de todos ellos, que en uno ni ninguno puede ser defraudado, ni esconderse el que lo ha de pagar; pero sé yo muy bien que aunque los bautizados que la historia ha dicho por Gil González y por el padre Bobadilla son ochenta y cuatro mil quinientas cincuenta y ocho personas, (y quiero que se añadan y atribuyan a cumplimiento de cien mil, con los que en otro tiempo del capitán Francisco Fernández y de otro se bautizaron), son cuatro tantos más los que se han sacado de la tierra y se han muerto a causa del nuevo señorío en que están. Pues ved si faltando tanta multitud de esta gente, se han de haber olvidado las cere-

*Tomada de la *Historia General y Natural de las Indias*. Libro Tercero. Parte LXII.

monias y todo lo demás, acabándose las vidas. Todavía se dirán otras muchas particularidades que pude yo saber más que el fraile que he dicho, porque residí más tiempo en la tierra, y muchas más quedarán por decir que no supe.

Para inteligencia de lo que se trata, es de saber que los indios de la lengua de Chorotega son los señores antiguos y gente natural de aquellas partes, y estos son una cruda gente y valerosos en su esfuerzo, y muy mandados y sujetos a la voluntad y querer de sus mujeres; y los que llaman y son de la lengua de Nicaragua son muy señores de sus mujeres y las mandan y las tienen sujetas. Y como los de Nicaragua y su lengua son gente advenediza, éstos, (de donde quiera que vinieron), son de los que trajeron a la tierra el cacao o almendras que corren por moneda en aquellas partes; y en poder de esos están los heredamientos de los árboles que llevan esa fruta, y no en poder de los Chorotegas un solo árbol de éstos; y en poder de los Chorotegas están todos los árboles de los nísperos, que en aquella lengua se llama *nunozapot*,¹ que es la mejor fruta de todas las que yo he visto en estas partes ni fuera de ellas. De los unos y de los otros se trata más particularmente en la primera parte de esta historia, en el libro VIII; pero dejemos estos que se ha dicho de estas dos generaciones de gente, y vengamos a particularizar estas lagunas de Nicaragua, que son muy notable cosa.

A estas lagunas han dado diversas medidas; a la que está más cerca de la mar del Sur en la provincia de Nagrando, a la par de la cual está la ciudad de León, dicen que tiene cincuenta leguas de circunferencia; y a la que está más adelante hacia el Norte, a la par de la cual está la ciudad de Granada, en la provincia de Jalteva, dánle de circunferencia ciento cincuenta leguas.

Siguióse que el año de 1529, Martín de Estete fue por mandato de Pedrarias a una provincia que se dice *Votto* con cierta gente, para ver el fin de estas lagunas y si iban a vaciar en la mar del Norte, pues que la primera lleva su curso a vaciar en la segunda. Y como este capitán sabía más de amotinarse y revolver que no de la guerra ni ejercerla como debía, dióse mal recaudo y volvió huyendo y desbaratado, y le mataron algunos cristianos e indios de los de servicio que llevaban. Y si no fuera por el buen ánimo y esfuerzo del capitán Gabriel de Rojas, no quedara español con la vida. El cual hizo cara a los enemigos y peleó como muy valiente soldado y experto capitán en cierto paso, de tal manera que resistió los contrarios y se pudieron recoger los cristianos y salir de ciertos trampales y

¹ *Achras sapota*.

² Situada entre el río San Juan y el volcán Poás.

ciénagas y de donde estaban casi perdidos, si por este capitán no fuera. Así que, Estete volvió a León, donde en lugar de ser castigado, fue más favorecido de su amo Pedrarias Dávila; y quitó al capitán Diego Alvarez una entrada que le había dado y hecho gastar muchos dineros en aderezarse para ello y comprar caballos, y dióla al Estete, y se fue a ella y hizo lo peor que en la que es dicho; y desdeñado Diego Alvarez, y enojado del descomedimiento de Pedrarias, se fue de la tierra a Panamá. En aquel viaje que Estete hizo a Votto, se tuvo noticia de otra tercera laguna, y desde ciertas cumbres algunos soldados españoles la vieron muy lejos, tanto que unos decían que era agua y otros lo ponían en duda.¹

Yo me hallé en esa sazón en aquella ciudad de León y of a algunos hablar en esto de los que fueron a aquella entrada, y se afirmaron que era otra laguna el agua que de lejos habían visto más hacia la parte del Norte; y creían que la segunda gran laguna iba a vaciar o se desaguaba en la tercera. Esto está ya averiguado, porque el año pasado de 1540 vino a esta ciudad de Santo Domingo, y desde aquí fue a España, el piloto Pedro Corzo, que es uno de los que se hallaron en el viaje a Votto con Martín Estete, y vió aquella tercera y dudosa laguna, y me dijo que viniendo él de la Nueva Castilla, (donde es gobernador el marqués don Francisco Pizarro), halló ciertos amigos suyos y conocidos de la provincia de Nicaragua en el puerto de Nombre de Dios; los cuales tenían allí una fusta y un bergantín, que en compañía de un hidalgo llamado Diego Machuca, que yo conozco, (al cual está encomendado el cacique de Lenderi y aquella tierra del infierno de Massaya), habían hecho en la costa de la laguna grande de Granada, (cuyo nombre propio en la lengua de los naturales es *Coabollo*); y gastaron muchos millares de pesos de oro en la labor de esos navíos y en proveerlos, y todo a su propia costa, con determinación de morir o ver el fin de dichas lagunas.

Y por la tierra este capitán Diego Machuca, con hasta doscientos hombres, siguió su camino, y la fusta y bergantín y algunas canoas por el agua hicieron lo mismo. Y salieron los de los navíos a esta nuestra mar del Norte, donde parecen que las dichas lagunas desaguan. Y como en la boca o puerto donde salieron, no conocieron la tierra, para saber donde estaban, subieron la costa de la mar al oriente y fueron al puerto de Nombre de Dios, donde este piloto los vió y habló y comunicó y comió y bebió con esos que así salieron de las dichas lagunas.²

Y me dijo más: que el doctor Robles, que gobernaba a Castilla del Oro, tenía presos a aquellos que vinieron de las lagunas y les había embarga-

¹ Se trataba del mar Caribe en realidad.

² Más bien fue el capitán Alonso Calero el que llegó a la desembocadura del río San Juan y prosiguió hasta Nombre de Dios.

do la fusta y navíos, y que él quería enviar a poblar aquel puerto de dicho desaguadero para gozar de sudores ajenos, como por acá lo han acostumbrado algunos jueces letrados, y en eso han sabido emplear sus estudios y letras y robos mas que en hacer justicia. Y éste más que otro; porque hasta ahora los otros eran bachilleres y licenciados, y aqueste es doctor, que es más alto grado en ciencia, y así lo ha sido el más alto o apto y más diestro tirano, y por tal le han removido del oficio.

Bien se cree que aunque hubiese enviado a poblar en el dicho desaguadero de las lagunas, que los que fuesen, ya hallarían en la costa de la mar al capitán Machuca, que no daría lugar a que se perdiese su tiempo y hacienda y trabajos para que con su malicia saliese el dicho doctor, porque hasta esto también lo alcanza un buen soldado veterano como un famoso legista.

Preguntando yo a este piloto a qué parte de la costa del Norte habían salido aquellos navíos por las lagunas, dijo que no se lo habían querido decir aquellos; y yo pienso que no hubo gana de que yo lo supiese, y aun me puso en sospecha que él iba sobre el mismo negocio a España, por parte de aquellos que hallaron el dicho desaguadero. Yo pienso, y aun otros hay de mi opinión, que aquel embocamiento de esta mar para ir a las lagunas que es dicho, es en la bahía del puerto de Cartago o cabo de Arrecife, o por allí; y puede ser cincuenta leguas, poco más o menos, más al occidente del puerto del Nombre de Dios, pero en sabiéndose aquesto más puntualmente, se enmendará aquí o más adelante en este presente libro del número XLII.

Ahora quiero decir mi opinión, pues que siempre he dicho que estas lagunas no son dos ni tres ni más, sino sólo una, porque para dividir las no se han de comunicar ni continuar el agua de una con la otra, como lo hacemos en la tierra, que para ser isla ha de ser cercada de agua, y así para ser lago ha de ser cercado de tierra. Habiendo tantos millares de leguas en la Tierra-Firme continuada, no se tiene por isla, porque haya poco camino desde Panamá al Nombre de Dios, ni porque desde lo último de estas lagunas y más hacia el Sur esté cerca de la mar austral. Por manera que toda es una laguna, y según sus vueltas y viajes o asiento, a causa de los promontorios de la tierra, yo pienso que hay más de doscientas cincuenta leguas en circunferencia de su entrada a la mar del Norte hasta la parte más austral de la dicha laguna por la una y otra costa de ella.

Y las medidas primeras de Pedrarias y otros, claro está que son falsas, porque pues no sabían la longitud, cómo arbitraron la circunferencia? Llamaron una laguna a aquella agua de ella que estaba a par de León de Nagrando, porque cuando llega a la tierra de un cacique de aquella

costa, que es donde dicen que desagua en la de Granada, es aquello allí estrecho, y en verano está tan bajo que un hombre lo atraviesa de costa a costa, dándole el agua a los pechos o más abajo; y aquel paso o el cacique se llaman *Itipitapa*

Hay en esta laguna muchos y buenos pescados en todas partes de ella, (o de ellas, si quisieres que sean diversas), pero yo téngola por todo una, y aun hay otra razón para ello muy perentoria, y es que hay pescados muy grandes en ella que son de la mar, y de ella entran en la laguna, así como tiburones y lagartos muchos y cocatrices. Y lo que tengo en más y confirma mi opinión y me ha hecho estar firme en que es toda un agua y comunicable con la mar, es que al año de 1529 yo hallé en la costa de esta laguna, en la playa, en la provincia de Nicaragua, un pescado muerto que la misma agua debiera haber echado fuera; el cual nunca hombre vió ni es muerto sino en la mar; y llámanle *pexe vigüela*, que es aquel que trae por hocico alto en el extremo de la mandíbula superior aquella ferocísima espada llena de colmillos muy agudos (en ambos filos) puestos a trechos.* Y son grandísimos pescados, y yo le he visto tan grande, que un par de bueyes con una carreta tienen asaz carga en tal pescado.

En la primera parte, libro XIII, capítulo II, hallaréis cuáles son estos pescados, y este que digo que hallé muerto fuera de la laguna no podía ser sino que entró por el dicho desaguadero; y aunque era de más de doce pies de largo, era pequeño, porque aquella espada era pequeña y no mayor que palmo y tres dedos, y no más ancha en lo más ancho o en su nacimiento que dos dedos.

De muchas y diversas maneras hay pescados, y el agua es muy buena y sana, y no muy delgada ni es gruesa. Y entran innumerables ríos y arroyos en ella, y harto de ellos muy calientes en algunas partes, a causa de aquellos montes que echan fuego y mineros de azufre que están en las costas de esta grandísima laguna, la cual en algunas partes es de ocho o diez y veinte brazas o más hondo, y en otras menos, y muy baja. Y así por todas partes no es navegable, sino a la medida y forma del hondo, haciendo los navíos y barcas para ello.

Hay dentro muchas islas de muy buenas maderas y para ganados y otros servicios. Hay otros islotes y peñones dentro de esta agua dulce; pero la principal isla que en ella hay es de más de ocho leguas de circunferencia y está poblada de indios, y otro tiempo lo estuvo más, y había en ella nueve o diez pueblos, y es muy fértil, de muchos venados y conejos, y llámase esta isla *Ometepet*, que quiere decir dos sierras: *Ome* quiere

* Se refiere al pez-sierra (*Pristis sp.*), que junto con el tiburón ha invadido las aguas dulces del lago de Nicaragua.

decir *dos*, y *tepet* quiere decir *sierra*. La una y la otra sierra están continuadas; y la que está a la parte del Este es más baja que la que esta hacia el Poniente, y aquella más alta es tan alta que muy pocas veces se puede ver la cumbre de ella. Y cuando ya pasé por la costa de esta laguna, de ventura estuvo clara ciertas horas, y la ví muy a mi placer, porque dormí en una estancia de un hidalgo llamado Diego de Morán, y de un Avilés, y el Avilés era el estanciero; la cual estancia está en la costa de la laguna y a la legua poco más o menos de la dicha isla, (que esto puede estar de tierra), y aquel Avilés me dijo que había más de dos años que estaba allí, y que sólo otra vez había visto clara la cumbre de la dicha isla, a causa que siempre está coronada y cubierta de nublados o niebla lo alto de esta sierra. Y en la cima de ella está partida; y por eso la pinté aquí, para darlo mejor a entender al lector. La hendidura de aquella cumbre o valle dentro de las puntas está del Este al Oeste, así que un pico está al Sur y el otro al Norte, y entre ambos se hace aquel valle que los divide como en esta figura se ve.

La playa o camino que está entre la gran laguna tiene de anchura, enfrente de otro lago que se llama Songozama,* ciento cincuenta pasos (porque yo lo medí), y por ello llaman a aquella estancia que he dicho la estancia de Songozama. El cual lago está a la banda del Sur, con el intervalo que he dicho desde la laguna. Y este lago o brazo es de aquella llovediza, y cuando acuden las lluvias crece mucho, porque está más alto que la laguna, y deságuase en la laguna grande, y rompe un vallador o montones de arena que hay entre la una agua y la otra, al trecho que dicen de los ciento cincuenta y doscientos pasos en partes, y atraviesa el agua la playa. Y en aquel tiempo que la playa y camino de la costa tiene aquella corriente, entran de la laguna en el dicho lago innumerables pescados y grandes lagartos, o mejor dicho cocatrices; y cesadas las lluvias y venido el tiempo seco, sécase aquel desaguadero de la playa y queda enjuto el camino, y yo pasé por él en seco. Y cuando así está seco el pantano y charco, matan a palos los indios innumerables lagartos y pescados; pero siempre queda alguna agua en partes e innumerables charcos y tendrá y es largo más de legua y media, y de ancho casi la mitad. Cuando yo lo ví fue en fin de julio del año 1529 y tenía poca agua.

Ese Avilés que estaba allí en Songozama tenía muchos puercos, que eran suyos y del Diego de Morán, de los cuales daban carne a la ciudad de Granada; y como comían infinito pescado de aquel charco, parábanse muy gordos, tanto, que de gordos y porque tenían sabor y aun olor de pescado, eran aborrecibles, y por eso los traían ya apartados del agua, y no los dejaban entrar en ella para más de beber.

* Hoy Ñocarime.

Allí en la costa de Songozama hay cierta generación de tigres negros, que habían hecho harto daño en aquellos puercos; y aqueste Avilés, con muy buenos y denodados perros, había muertos algunos. Y entre otros perros tenía uno, que decía que aquel solo, sin ayuda de los otros canes, había matado dos o tres de aquellos tigres. Y me mostró el cuero de uno de ellos, tan negro como un terciopelo y muy lindo el pelo; y me decía que eran mayores y más fieros tigres los negros que los pintados. Y al perro se le parecía bien en la lucha e insignias de sus batallas, porque así la cara y cabeza, como todo el cuerpo, tenía lleno de las señales de las heridas y cicatrices que había baratado y habido de las uñas y dientes de los tigres. Y me juraba aquel Avilés que no daría el perro por quinientos pesos oro; porque decía que sus puercos valían más de mil, y que si los tenía era por aquel perro, porque sin él ya los hubieran muerto todos los leones y tigres, y así ya no osaban llegarse al charco de sus puercos en oyendo ladrar un perro, cualquiera que fuese, para el cual efecto estaba ya bien proveído de canes.

Volvamos a nuestras lagunas, porque ocurre una particularidad que yo noté mucho, y es que en aquella ciudad de León y por allí, hay más indios tuertos que en toda la tierra y gobernación restante de Nicaragua; y es la causa del continuo polvo, que allí es muy cotidiano, y por maravilla (*no*) falta el viento del Este, que sale de aquella laguna; y como hay mucha arena y menuda, echa aquel polvo sobre la ciudad. Y de si misma la tierra de Nicaragua es muy polvorosa, y si va hombre por aquellos llanos, parece que pisa sobre terreno hueco, y de hecho espesas veces los caballos por donde hombre va, meten el pie o la mano un palmo y atollan donde no se piensa.

Otra laguna de mayor admiración que la muy grande de quien se ha tratado, se me ofrece, la cual, aunque no es en grandeza digna de compararse a la de Cocabolca, es en calidad y en la forma de ella cosa más de ver y de mejor agua; y llámase la laguna de Lenderi, que es tres leguas de la ciudad de Granada de Jalteva, y muy grandes a mi parecer, y aunque las llamasen cuatro me parece que las hay bien cumplidas. Yo llegué allí el día del glorioso apóstol Santiago, 25 de Julio del año 1529, y dormí en la estancia de aquel hidalgo llamado Diego Machuca, de quien se hizo mención de suyo, donde fui muy bien acogido y hospedado; y luego fui a ver con él aquel lago, que es cosa muy extraña; y allí cerca de la casa del Machuca está un camino, o escala más propiamente que camino, de muchas bajadas, que hay para bajar al agua de este lago y es de esta manera:

Está un cerro muy alto y redondo, en la cumbre del cual hay un caos o profundidad grandísima, de la que sale fuego o tal resplandor como aquel de Mongibel en Sicilia, alias Etna, y mucho mayor y más continuo,

como adelante en su lugar se dirá. Este monte se llama el monte de Massaya, y de la parte de Mediodía baja tendiéndose un malpais hasta el agua del dicho lago, o muy cerca, porque queda alguna playa llana por aquella parte cerca del agua. Por las otras tres partes de Levante y Poniente y Mediodía es muy grande hondura de bajar y con mucha dificultad. Y como llegué al principio de aquella bajada, ví una senda la más espantosa y dificultosa que se puede pensar para descender de peña en peña, y de tal género la peña que muchas piedras y partes de la montaña parecen propio fierro; y en partes está aquella senda por donde bajan al lago, tan derecha como una pared rasa, a causa de lo cual en diversos lugares hay tres escalas de madera gruesas de seis o siete escalones, que se bajan no con menos temor que todo lo demás de esta vía. La cual está arbolada de muchos e diversos géneros de árboles, y tendrá más de ciento treinta brazas hasta el agua en descender, y allá abajo está aquel lago muy hermoso y claro, el que tiene de longitud legua y media o más, y de latitud una legua.

Dijéronme este hidalgo Machuca y su cacique, que es el señor principal de allí, que hay en torno del dicho lago más de veinte escalas o caminos peores que el que tengo dicho por donde yo bajé, por las cuales todos los días del mundo bajan por el agua que beben todos los vecinos de las poblaciones, que hay alrededor del dicho lago, donde viven sobre cien mil personas. En verdad yo me vi arrepentido más de una vez en haber comenzado a bajar por tan peligrosa senda, sino (*fuera*) que de una parte la vergüenza, y de la otra ver que otros lo hacían, y también que subían cargadas muchas indias con cántaros de una arroba o más de agua, tan sueltas como si fueran por un camino muy llano, esto me hizo proseguir lo comenzado. En lo bajo, tocando el agua con la mano, está tan caliente que de mala gana o con mucha sed se beberá; pero subida en lo alto fuera de aquella sierra y profundo, luego en el instante se torna templada y fría, y es de las mejores aguas que puede haber en el mundo.

Este lago, a mi parecer (y así lo juzgan otros) está en el peso y hondura que está el fuego que dije en el pozo del monte de Massaya, que así se nombra en lengua de aquellos chorotegas (Massaya), que quiere decir sierra o monte que arde. A este lago de Lenderi no le hallan suelo por su mucha hondura, ni en el hay pescados de ningún género, sino unos pescadicos tan pequeños como cabo de agujetas, que no se pueden comer por ser tan menudos mejor que en tortilla de huevos, y así los comí yo en casa del dicho Machuca.

Dicen los indios que aquella agua les es muy sana y provechosa, porque no consiente criar bazo, y para lavarse y nadar en ella; y así cuantos indios e indias bajan por ella, primero se lavan y nadan que tornar arriba,

y aun la subida es tal que el bazo se deshiciera presto a los que lo continuasen.

Yo le pregunté al cacique que por qué no echaban en aquel lago algunos buenos pescados, traídos de algunas partes, y me respondió que muchas veces se había probado para que se multiplicasen y tuvieran qué comer, y que luego se mueren y hieden, y el agua los sube encima de sí, y aun la dañan; y por eso, como cosa muy experimentada, no curan de ello.

Entre las otras escaleras que hay para bajar por esta agua, hay una que es de bejuco de alto a bajo; y no hay otra agua hasta dos o tres leguas de allí. Y como en lo demás es tierra fértil, sufren o soportan este trabajo de traer agua a los pueblos de aqueste lago, y porque como es dicho, es muy buena.

Yendo desde la población y plaza que llaman Managua a la dicha Lenderi, a un tiro de ballesta o poco más de Managua, está otra laguna muy hermosa y cuadrada que parece alberca, y está de montes bien altos y de peña tajada en partes y muy hermosamente cercada; y así los montes naturalmente puestos en cuadra de diez y quince y veinte estados de alto aquellas cumbres alrededor del agua; y tiene solamente una entrada allá, que es la del camino, y tiene mucho pescado y bueno, y en los cuatro ángulos o rincones hay de uno a otro hasta trescientos pasos poco más o menos. Y llámase la laguna de Managua.¹

Otra laguna hay en la provincia que se dice el Diriá, y es mayor que la que se dijo de suyo Lenderi; esa es de agua salada como la misma mar, y tiene mucho pescado y muy bueno, que hace ventaja en el gusto y bondad a todos los otros pescados de todas las otras lagunas dulces ya dichas. Y está a dos leguas de la de Lenderi hacia Oriente, y está de la mar cinco o seis leguas y está aquesta laguna del Diriá a legua y media o dos leguas de Jalteva, que es Granada; y todos los indios de estas lagunas son de la lengua de los chortegas, sino es aquella provincia de Nicaragua donde el padre Bobadilla anduvo, bautizando indios, como ya se dijo.

Otra laguna hay a dos leguas de la ciudad de León, de agua dulce, que puede bojar dos leguas; y beben de ella los vecinos que están cerca de ella: llámase *Teguzinabie*. Hay otra laguna a cuatro leguas de León, que puede bojar dos leguas o algo más, de agua dulce, y beben de ella, la cual se llama *Tecuañavete*.²

¹ Tiscapa.

² Las lagunas del Tigre y Monte Galán respectivamente.

Todas estas lagunas y lagos están pobladas en las costas de mucha gente, en especial de los chorotegas; mas pues de estas lagunas y lagos se ha dicho lo que parece que basta al cumplimiento de lo que conviene a la historia, pasemos a estos montes espantables y fogosos, que a la verdad me parece que exceden a Mongibel y Vulcano y otros que son muy nombrados por el mundo.

III.- EXPLORACIÓN DEL RÍO SAN JUAN POR LOS CAPITANES ALONSO CALERO Y DIEGO DE MACHUCA

Según la Relación de lo que el magnífico señor Capitán Alonso Calero ha visto y descubierto que va del Desaguadero por el muy magnífico señor Rodrigo de Contreras, Gobernador y Capitán General en estas provincias de Nicaragua por su Majestad.

Partió Su Merced a 6 de Abril del año 1539 de las isletas que están sobre la ciudad de Granada, sobre las provincias de Nicaragua, y fuése entre las isletas aquel día primero; y fue a surgir sobre la postrera, donde entró en acuerdo con el Capitán Machuca y los Reverendos Padres y otros hidalgos y caballeros que al dicho Señor Capitán le pareció llamar, sobre que al dicho Señor Capitán le parecía que las fustas y barca y canoa iban muy cargadas de gente y caballos y puercos y bastimentos, y que sería peligroso atravesar el golfo de la laguna tan cargados.

Y el parecer que se dió fue que quedaba allí la mitad de la carga; con la otra mitad el Capitán Machuca, con las dos fustas y canoas, las cuales eran cuatro, atravesase el golfo de la dicha laguna y fuese a unas islas que están en la otra costa hasta ocho leguas (*de*) ahí, y en una de ellas que es la más alta, que se llama la isla de la Ceiba¹ descargase la gente y otra carga que llevaba y tornase a enviar las fustas y canoas al señor Capitán para que tomase el resto de la gente que había quedado y atravesase el dicho golfo.

Lo cual así hecho, y llegado el dicho señor Capitán a la isla de la Ceiba, mandó a embarcar toda la gente, que primero había pasado, el día que

¹ Tomado de los *Documentos para la Historia de Nicaragua*. Colección Somoza. Tomo VII. Documento CDXCII. Editados por Andrés Vega Bolaños. Madrid, España, 1954).

¹ Actualmente Isla Grande, frente a Puerto Díaz.

allí llegó con todo el más hato, y otro día por la mañana se hizo a la vela con toda la armada junta y caminó su viaje a hacer noche en una punta que aparece adelante (*sobre*) la vía del Desaguadero¹, que según los maestros decían habría cuatro leguas, y allí hizo noche y otro día de mañana partió de allí navegando la costa en la mano con buen tiempo.

Anduvo hasta después de mediodía, donde a esta hora saltó el viento por delante. Fue muy recio, y convino surgir, porque el viento daba por las proas; fue tan recio que los que estaban en la barca con los caballos comenzaron a dar voces al Capitán diciendo que se les había abierto la barca, que se anegaban, y el dicho Señor Capitán, creyendo que era así, mandó en el armada todos levantasen las anclas y todos trabajasen por llegar a tierra, que estaría bien dos leguas de ella. No se pudo tornar tan presto que no tornasen para atrás todo lo que aquel día se había andado.

A la tarde surgió apegado a la tierra y otro día de mañana mandó echar los caballos a tierra y miróse la dicha barca, la cual estaba muy buena, y el dicho señor Capitán rogó al señor Capitán Machuca que con toda la gente de caballo se fuese por tierra, lo cual se hizo así con ciertas señas que llevaba para que tornase a hablar cada vez que fuese menester, y (*con*) todo el matalotaje con todos los demás aderezos que fuese menester para llevar por tierra se partió el Capitán Machuca.

Hecho esto, otro día de mañana se partió el Sr. Capitán con su armada y fue con buen tiempo a tomar una punta donde se hace un gran río, y allí surgió y estuvo esperando al Sr. Capitán Machuca, y llegóse con la gente por tierra para que los encaminase, los cuales los toparon y trajeron donde estaba el Sr. Capitán y asentaron su real junto aquel río, y se atravesó una sogá por él, que era en ancho doce brazas; y por aquella sogá iban y venían las canoas pasando caballos a la otra banda, de manera que todo el día tuvieron que pasar. Pasada la gente y caballos y dando el bastimento que hubieron menester para cuatro días, caminaron y el Sr. Capitán se volvió a su armada, y otro día de mañana se hizo a la vela y caminaron hasta después de mediodía porque a esta hora siempre le volvía el viento por delante y surgió hasta otro día de mañana, que tenía el viento casi al Norte.

Otro día de mañana se hizo a la vela y llegó a surgir cerca de las islas de Mayali, donde estuvo todo el día surto, y no pudo llegar a las islas hasta la noche, que tomó una isla pequeña antes de las otras y desde allí envió una canoa, que no podían ir los bergantines, que era bajío, a hablar

¹ Punta Mayales.

² Desembocadura del Acoyapa-Ojocuapa.

al Sr. Capitán Machuca, el cual se aparecía con la gente de caballo a decir que se fuesen a Mayali, que estaba de allí obra de tres leguas la tierra junto a la laguna, y vuelta la canoa otro día de mañana se partió de allí con su armada y se fue entre las islas de Mayali, que son seis o siete, y en medio de éstas una chiquita, en la cual estaban dos bohíos sin gente ninguna ni otra cosa, la cual se llama Quiamegalpa.⁴

Más adelante halló otra isla donde estaba una mezquita muy ruin y muchos enterramientos donde se enterraban los indios. De allí partimos después de medio día y llegamos al puerto de Mayali; está en la costa de tierra firme, que son dos bohíos harto ruines, y estuvimos aquel día y aquella noche. Y otro día de mañana, como el Capitán Machuca no venía, enviólo a buscar y hallaron el rastro como había pasado y mandóle seguir y que fuesen y le siguiesen, y hallaron al Sr. Capitán Machuca que había acabado de pasar un río⁵, el cual porque no volviese atrás dijo que se fuese en frente de un islas despobladas que estarían dos leguas de allí y él lo hizo así. Y otro día por la mañana el Sr. Capitán se hizo a la vela y fue a surgir aquellas islas, donde saltó a tierra, y a donde a poco rato llegó el Sr. Capitán y mandó a embarcar todos los caballos y que no fuesen más por tierra porque llevaban mucho trabajo de ciénagas y de ríos y se hizo así.

Embarcados los caballos y toda la tropa, hizo noche allí y en otros dos días fue a otras dos islas que estaban a mano izquierda de las islas Solentiname junto a la costa, y allí mandó a surgir y rogó al Sr. Capitán Machuca que tomase el bergantín pequeño y que sacados los indios e indias y otra carga que venía sobre cubierta, tomase veinte hombres que fuesen con él a la isla de Solentiname y trabajase por tomar alguna guía que nos llevase al río que desagua a la laguna, por donde el señor Capitán había de salir; y él lo hizo y se partió sobre tarde y aquella noche tomó un indio en una canoa con el cual se volvió, el cual trató de ser tan bueno, que sabía muy bien el río y tres o cuatro lenguas de las que en él se platican.

Venido el Capitán Machuca se partió el Sr. Capitán con toda la armada y aquel día llegó a la boca del río donde surgió e hizo noche; y en toda esta costa todo los más es bajíos, que no tiene sino una braza y media braza, a donde nos era forzados desviarnos de la costa dos leguas y legua y media. El tiempo que hallábamos era que desde mediodía hasta la me-

⁴ Las islas de Mayali, hoy llamadas Nancital.

⁵ El Oyate.

⁶ Islas de San Bernardo.

⁷ Islas del Sapote.

dianoche corría del Norte hasta el Levante, y desde medianoche hasta mediodía tornaba hacia atrás hasta el Norte; de manera que mientras teníamos el tiempo por el Norte podíamos navegar, hasta tanto que el viento se ponía a mediodía, que entonces nos convenía surgir porque nos daba por las proas, y aguardando el tiempo de esta manera, navegábamos la costa de la dicha laguna.

La armada que el señor Capitán llevaba es la siguiente: dos fustas, una de quince bancos y otra de doce, cuatro canoas, una barca grande hecha a manera de proel, la cual llevaba un tillado en cámara, debajo del cual iban cuarenta caballos, y un corral de puercos en que iban cincuenta puercos. La gente toda iba en la cámara de tillado, y ésta llevaba la fusta grande por popa y con esta armada susodicha comenzó de caminar el río abajo.

Día de San Felipe y Santiago (1^o de Mayo) del dicho año, en el nombre de Dios, el señor Capitán entró el río abajo, donde el primer día se halló por él braza y media y dos brazas. Halláronse tres islas grandes; la mayor de ellas tenía un tiro de arcabuz de largo; halláronse unos esteros, aunque metían poca agua; a la tarde mandó a surgir e hizo noche.

El segundo día de mañana comenzó a caminar por la orden del primero día pasado, que era: en el bergantín pequeño traía la góndola y las canoas venían por sí con el capitán, y el señor Capitán con dos gentiles hombres en una canoa pequeña venía adelante descubriendo. Halláronse aquel día otras dos islas y un río grande que viene de la parte del Mediodía^a y otros esteros pequeños de poca agua. Viniendo así caminando el río abajo, el agua comenzaba a correr más recia de lo que solía, que sería a hora del mediodía, y el señor capitán mandó a surgir, que iba adelante con una canoa, y surtos se fue abajo por ver lo que era, y a una vuelta que hace el río vio estar unos indios pescando en medio de un raudal, y vistos se encubrió lo mejor que pudo y se volvió a la armada y tomó una canoa grande con diez compañeros y mandó al veedor Alonso Ramírez que luego tomase otra y saliese con otros diez compañeros tras él, el cual lo hizo antes que le sintiesen y arremetió a ellos y halló que eran dos canoas con cuatro indios, de los cuales se tomaron los tres y el otro se fue porque tomó antes la tierra; y luego el señor Capitán se volvió a las canoas, las cuales había dejado porque los indios se huyeron de ellas, donde se hallaron seis pescados, que tenía cada uno de ellos dos arrobas de peso, la cosa más hermosa que podía verse en parte ninguna.¹⁰ Hallóse una red

^a Río Medio Queso.

^b El Toro.

¹⁰ El sábalo real (*Tarpon atlanticus*).

grande de malla como convenía para tan grandes pescados, y con esto se volvió a su armada, donde hubo que comer aquella noche y otro día y otro.

El Real, así españoles como indios, otro día de mañana se vino a surgir a un ancón, porque estaba el agua más sesga; preguntados los indios por el señor Capitán por su pueblo y también por el río, dijeron que su pueblo era *Abito*, el cual estaba a la mano izquierda a la banda del Norte, y en lo del río habían cinco raudales, y que pasando éste sobre el que estábamos había otro que llamaban la Casa del Diablo."

Luego este mismo día rogó el señor capitán al Capitán Machuca que tomase veinte hombres y se fuese y mirase de qué manera iba el río, el cual se proveyó con dos canoas y los dichos veinte hombres, y despachado esto mandó a Damián Rodríguez que se fuese con otras dos canoas y otros veinte hombres el río arriba a dar a *Abito*. Dentro de dos días vino el capitán Machuca, el cual llegó hasta el raudal del Diablo y otro más bajo"; dijo que le parecía cosa difícil pasarse los navíos.

Dentro de cuatro días volvió Damián Rodríguez, el cual no llegó al dicho pueblo, y visto esto, el señor Capitán apercibió cuarenta hombres y el Reverendo Padre Morales consigo y se metió en cuatro canoas y caminó el río abajo dos días e hizo noche cabe el pueblo que se llama *Pococol*, y amaneciendo dio sobre él, donde en una isla que hace dicho río y otro que arriba de *Boto* viene¹³ se halló un bohío, el cual se dió; y por ser mucho el ruido que llevaba con las canoas no se pudo tomar más que un indio y algunas indias, de las cuales se supo como estaba destruído todo el pueblo que estaba el río abajo, el cual se llamaba *Tori*¹⁴, obra de un mes había, y que en todos los otros bohíos no había quedado sino el cacique y cuatro viejas, y que todos los otros habían llevado y quemado y muerto; y luego el señor Capitán dijo que quería ir a ver si tomaba al cacique para tomar lengua, el cual partió con sus canoas río arriba, el cual río viene de la parte del Mediodía, de la parte de la misma población de *Boto*, habría obra de media legua de camino. Estúvose en andar más de medio día desde que amaneció, por venir el agua muy recia y no haber otro camino sino el río donde llegamos, allá se tornó el cacique y con él se volvió al primer bohío porque estaba buen asiento; el cual, comido y reposado el señor Capitán, se apartó con sus lenguas e indios e intérpretes.

Preguntado aquel cacique como estaba destruído, el cual le respondió que habría diez lunas que vino a mi *Boto*, que está el río arriba, yendo

¹³ *Abito*, es actualmente La Toboba y la Casa del Diablo, los raudales de El Castillo.

¹⁴ El raudal que hoy lleva su nombre.

¹⁵ El río San Carlos, antiguo *Pococol*, que baja de la sierra volcánica de Costa Rica.

¹⁶ En el vértice del delta del río San Juan.

cuatro días por él y uno por sierra, el cual vino con cuatro canoas y mucha gente en ellas y me mató muchos indios de los míos y me llevó muy muchas indias y muchachos; habrá una luna que vino Tori, que está el río abajo dos días, el cual me mató y llevó toda la gente, que no quedó mas que yo que me escondí, y estas cuatro viejas que aquí véis. Y luego el señor Capitán les preguntó por el río, si había mucha agua y si había más raudales como los pasados y él respondió: "De aquí a Tori no teneis ningún raudal ni piedras; desde Tori hasta *Suere*" el agua va muy recia y teneis piedra, no es tan baja como esta otra que habeis pasado". Esto es lo que el señor Capitán pudo saber del río abajo; y luego otro día por la mañana se partió para volver a su armada. Estuvo en el camino cuatro días, porque hay cinco raudales, los cuales son muy trabajosos de subir; trajo la gente muy trabajada y muy llagada de los pies, porque era forzoso saltar la gente en los raudales para pasar, digo, en el agua.

Luego que el Señor Capitán llegó a su real¹⁶, rogó al Capitán Machuca que tomase una canoa que traía, la cual es larga de cuarenta y cinco pies, muy bajita de bordes; tiene hechas sus bancadas para remar de dos en dos, rémanla doce remos, y que en ella metiese los españoles que le pareciese y que fuese a descubrir aquel río arriba que está junto al Real, adonde había ido Damián Rodríguez; el cual subió por el río dos días después, y después de andado dos días, el tercero salió a tierra y caminó hasta mediodía y dió en los maizales del pueblo, y visto el camino por donde iban a las poblaciones, de allí se volvió porque así se lo había rogado el dicho Señor Capitán, porque no levantase la tierra. En un día volvió hasta el real y vueltos, los caballos estaban aparejados y gente para salir; y apercibióse toda la gente de caballo y de pie hasta completamiento de sesenta hombres, con los cuales el dicho Señor Capitán rogó al Señor Capitán Machuca que se fuese y tomase relación de todo lo de adelante que pudiese y que él le esperaría en el dicho real quince días.

Al cabo de los once el capitán envió cinco españoles y veinte indios cargados de maíz, y con los dichos españoles le envió una carta en la cual le decía que la tierra toda estaba poblada y visto que la población no estaba toda junta, sino cada bohío por sí, que era tierra muy doblada de quebradas; y seis jornadas de allí estaba *Yari*,¹⁷ que era pueblo grande, y que de allí adelante que iban pueblos grandes y que la tierra era muy harta de maíz y de yuca y de ají, y luego, vista su carta, el señor Capitán despachó los mensajeros con los cuales envió a rogar al Capitán Machuca que se fuese a Yari y que el se iría a Tori por el río abajo, aunque con

¹⁶ La barra del Colorado.

¹⁶ El campamento estaba en la Boca de Sábalo.

¹⁷ En las cabeceras del río Punta Gorda.

trabajo, por temor de los raudales; y que de allí se tornarían a hablar y darían orden para lo de adelante como Dios lo encaminase; plega a Dios de encaminarlos al uno por el río y al otro por sierra.

En todas estas cosas estuvo el real asentado y la armada en este primer asiento del río que podrá haber desde la boca hasta el real, siete u ocho leguas. Estuvo en el dicho asiento desde dos de mayo hasta ocho de Junio, donde este postrero día acabó de pasar su armada este primer raudal, y va al Nombre de Dios prosiguiendo su armada, el cual plega a El de encaminarlo.

Después que el capitán Diego Machuca se partió y pasó las fustas, en el raudal del Diablo (*El Castillo*) se hubiera de ahogar, porque el capitán quiso saltarle por todas partes y andaba él en una canoa y el alférez en otra y Hernán Márquez en otra, por manera que la del Capitán dió en una peña, que se trastornó con él y con los que con él iban, y se perdieron las espadas y rodelas y el Capitán se quedara allí si Dios no lo socorriera y un indio que le asió y le ayudó a poner sobre una peña, donde le tomaron y le sacaron los que iban en la canoa del alférez.

Los demás raudales se pasaron bien, aunque con trabajo, y fue el capitán con toda su flota hasta Pococol, donde estuvo diez días esperando que pasase el tiempo que entre él y Diego de Machuca había concertado, porque habían concertado de esperarle allí un mes y no pudo esperar allí más de los dichos diez días, porque no había comida que les pudiese sufrir, y de allí se partió en demanda de Tori, donde en día y medio llegó allá y surgió un cuarto de legua antes que llegásemos, y estuvo allí hasta la noche, por tomar de noche algún guía en aquel pueblo; y en la noche envió a Hernán Márquez en unas canoas para que al alba diese en el pueblo; y Hernán Márquez lo hizo, y tomó largamente y tomaron ciento sesenta castellanos de todos oros, y entre Tori y Pococol dejó un río a la mano derecha como veníamos de Nicaragua, en el cual largamente dijeron que estaba, que se llamaba Caquiribi¹⁸ y acordó enviar a Hernán Márquez, el cual fue con veinte españoles con dos canoas, el cual por venir venido y pasó mucho trabajo, y cuando llegó al pueblo le halló quemado y los mismos indios le quemaron.

Y vuelto de allí el Capitán mandó que nos levantásemos de allí porque no había comida, que el pueblo era de pescadías, que no se daban a hacer comida, sino a rescates; y a esta causa mandó como he dicho, que se levantase la armada para ir en demanda de Suerre, porque en el dicho pueblo de Tori, entre los indios que se tomaron, se tomó un mercader que

¹⁸ Sarapiquí.

sabía bien aquella tierra, el cual nos dijo y nos dió muy gran relación de la tierra toda y contó muchos pueblos. Y partidos de Tori con este medio llegó a la mar del Norte, donde desde que el capitán se vió allí creyó que estaba en alguna laguna como los indios de Nicaragua decían, porque la mar hace allí un gran ancón.¹⁸

A la salida del río se halló una barra algo trabajosa y luego mandó el capitán surgir y luego mandó que la barca se deshiciese y de ella se hiciese una fragata para subir por los ríos arriba; y entretanto que se hacía acordó de mandar a Hernán Márquez que con la fusta menor llamada *San Juan*, esquivada, fuese a ver la costa de la mano izquierda, que era la parte donde venía el capitán Machuca, para que si hubiese salido a la costa le viesen y le hiciesen señales por donde se conociesen; y como el maestro de la fusta no sabía de navegación, desvióse algo de la costa y tomóles calma y echólos por el contrario, donde anduvieron diez días perdidos y volvieron hartó fatigados de sed y de hambre, y venidos al real, el Capitán les mandó descansasen tres o cuatro días, en cabo de los cuales les mandó volver por la otra costa que va la vuelta de Guaymura¹⁹, que es por la que venía el capitán Machuca en demanda de Yari, el cual le llevó a dicho río²⁰ y subieron por él tres días, a cabo de los cuales dieron con un bohío donde tomaron un indio que se había suelto al dicho capitán Machuca y de él se informó Hernán Márquez como el capitán Machuca estaba de allí tres días con toda su gente; y aquella noche se les fueron siete cristianos de once que llevaba y se quedó con cuatro, y visto esto se volvió donde habían dejado la fusta a la entrada del río, porque él había subido en una canoa; y con esto se volvió al capitán y en el camino le topó, que iba en su demanda, y después de dada la bienvenida le dijeron lo que pasaba; y él visto esto acordó de ir al dicho río con toda la armada y con toda ella entró por el río y subió por el cinco días, los cuales hizo creyendo poderse allegar donde el capitán Machuca estaba, porque su intento era poder tomar al capitán Machuca y a toda su gente y caballos, y pasarlos a la otra parte de las poblaciones.

Mandó surgir y desde allí mandó a Hernán Márquez de Avila que con diez españoles y con las guías y lenguas se fuesen en busca de Machuca, el cual lo hizo, y en el camino le adolesció un hombre y acordó de enviarle al real con otros tres hombres; y llegó al rastro que llevaba el capitán Machuca y le siguió un día donde él había estado de asiento; y de allí se volvió al Capitán, el cual hubo mucho enojo porque no había seguido más rastros; y luego el capitán escogió otros diez hombres recios y les dijo que vol-

¹⁸ La bahía de San Juan del Norte.

¹⁹ Costa norte de Honduras.

²⁰ Actual río Punta Gorda.

viesen luego a seguir el rastro, y así se hizo; y el capitán les dijo que quería bajar la armada a la mar y que les dejaba allí una canoa en que se fuesen cuando volviesen en su busca, el cual dijo que le hallarían en la salida del río. Y llegando el capitán a la mar mandó surgir y aperebir de la gente que le había quedado diez españoles, y les dijo que fuesen con él a buscar comida, que ya no la había, y se aderezó y entró en la fragata.

Iba en demanda de un río que las guías decía que estaba poblado, y el primero día que salimos surgimos en unas isletas que había en el camino; y otro día de mañana, yendo con el buen tiempo, se comenzó a arreciar la mar y el capitán iba con una calentura cuartana, y yendo así se trastornó la fragata de manera que volvió la quilla arriba y lo demás abajo, y con ayuda de Dios todo se hizo tan bien, que todos nos hallamos encima de la quilla sin faltar persona de veintidos españoles e indios que llevaba, donde con todos los demás estuvieron una hora o más, que no sabían que decirse, en cabo de la cual ciertos hidalgos que allí iban acometieron a decir a todos los que sabemos nadar: "Procuremos de salvar al Capitán", y el Capitán respondió: "Cómo me podeis salvar vosotros, que yo no sé nadar?", y ellos respondieron: "En una escotilla os llevaremos", y el Capitán dijo: "Si eso se puede hacer, salvaos vosotros, que estos indios me salvarán a mí", y luego comenzó cada uno a tomar tablas y remos y maderas, y sobre ellos irse nadando vuelta de tierra, y los indios allegaron una escotilla a la fragata y el capitán se echó de pecho sobre ella y los indios lo hicieron tan bien que sacaron al Capitán, el primero que llegó a tierra, donde nadaron cerca de media legua que había hasta la tierra, por manera que aquella noche se quedaron tres en la quilla, que no se osaron echar al agua y con ellos quedaron los guías y lenguas y otras dos piezas.

Y aquella noche el Capitán recogió los que habían salido desnudos y descalzos y con mucha agua estuvieron; y uno de los que con él saltó desmayó de tal manera que dende a dos días murió; y en la mañana miróse por la fragata a ver si había salido a tierra o aparecía en el mar. No se pudo ver, y de que no apareció el Capitán dijo: "Hea, hijos, antes que más desmayemos vamos donde dejamos la otra fusta"; y comenzamos a caminar por la playa desnudos y descalzos y hallamos en la costa un peñol que fue necesario entrarle la tierra adentro para pasarle, y acabado de pasar volvimos a la playa. Se halló tres rastros de indios y luego el Capitán dijo: "Estos son los guías que se van, que han salido a nado, de otra manera volvamos por aquí que quizá habrá salido la fragata". Fue así que andando un poco se halló sobre unas peñas la fragata y toda la gente, que

▪ Islotes frente a Monkey Point.

▪ Acanilado de Monkey Point.

no saltó nadie, sino los guías y lenguas que se nos había ido; la fragata estaba sobre dos peñas, la cual no había recibido mucho daño, y la sacamos y remediamos y nos metimos en ella y tomamos los remos que hallamos por la playa y nos volvimos a remo donde había el Capitán dejado las fustas con un clérigo y otros españoles enfermos. Y yendo de esta manera, en el camino vimos una vela de alta mar, donde conocimos que estábamos en la mar del Norte, porque hasta allí no pensábamos que estábamos sino en una laguna, y así lo traíamos por relación desde Nicaragua.

Y llegados donde estaba la fusta, el Capitán mandó aderezar la menor, llamada *San Juan*, para tornar a buscar comida, porque ya no comíamos sino yerbas y palmitos y cangrejos y otras chucherías que se hallaban. Por manera que aderezada la fusta, el Capitán mandó sacar la gente que había y juntó diez españoles sanos y enfermos, y con estos se volvió a ver si podría hallar algún maíz, y vuelto entró en muchos ríos donde en ninguno halló aparejo de comida, y si Dios no socorriera con una isla donde se tomaron dos lobos marinos²⁴ y muchos pájaros, el Capitán con los que con él iban perecieran de hambre.

Y desde allí se tornó a la fusta, ya toda la gente muy flaca por falta de comida y el mucho trabajo que habían pasado, donde halló al padre muy malo y algunos de los pocos que habíamos dejado muertos. Y visto esto, y que los que habían ido en busca de Machuca no volvían, los cuales habíanse ido cerca de cuarenta días, el capitán estuvo dos días allí y mandó traer el bergantín menor y maestro y de él tomó las velas y mástil y antena, para que si el mástil de la fusta se quebrase que pudiese poner aquel, y hecho esto, mandó recoger toda la gente sana y enferma y les hizo un parlamento en que les dijo: “Hermanos, ya veis el estado a que somos venido, yo quiero ahora que cada uno de vosotros me dé su parecer para ver cómo mejor o dónde nos salvaremos”, y ellos dijeron pareceres desconcertados y el Capitán visto esto dijo: “Ahora quédese para mañana y daré yo el mío y rogado todos a Dios que me le dé tal”. A la mañana dijo: “Hermanos, yo sé que estamos en la mar del Norte y donde nosotros mejor podremos ir para podernos salvar, irnos hemos al Nombre de Dios²⁵, porque yo hallo que no estamos ochenta leguas de él, porque para volver por el río de Nicaragua no hay brazos que remen; para ir por tierra no hay pies que anden. Encomendémonos a Dios que nos lleve con sus vientos, que de otra manera a ninguna parte podremos arribar”.

Y luego mandó que alzásemos las velas de las fustas y tomamos la fragata por popa de ella y en una noche y un día venimos sobre el río de

²⁴ La foca-monja del Caribe, *Monachus tropicalis*, actualmente extinta.

²⁵ Puerto sobre la costa norte de Panamá, más tarde reemplazado por Portobelo.

Nicaragua²⁴, donde tomamos agua, y de esto tuvimos estrecha necesidad, (porque no teníamos vasijas), tanta que se murieron dos españoles de beber agua salada. Dende allí partimos siendo el piloto el Capitán, porque no había otro que más supiese, el cual iba con la carta en la mano diciendo las señas que habíamos de hallar, y en dos días llegamos a las islas de Zarabaro²⁵, donde se conoció del todo la costa y donde estábamos, y en una isla de aquellas tomamos muchos caracoles y pájaros donde tuvimos comida, pero agua nos fatigaba mucho porque, como he dicho, no llevábamos vasijas en que llevarla. De allí fuimos a tomar agua en un río, donde se halló tanta sardinilla que era cosa de espanto, y de allí tomamos el camino. Así mismo en el camino con anzuelos tomamos muchos pescados grandes, donde la comida pasábamos bien, aunque como he dicho, del agua padecíamos gran falta. Luego conocimos la isla del Escudo, y desde allí fuimos al Nombre de Dios, donde llegamos tan al cabo, que fue maravilla escapar con el Capitán nueve hombres y algunas piezas.

Lo que se ha sabido hasta ahora del capitán Machuca es que volvió a Nicaragua muy fatigado y se le murió siete hombres de los que llevaba, y tuvieron tanta hambre que se comieron todos los caballos que llevaban. Esto se pudo saber de un navío que vino de Nicaragua al puerto de Panamá, el cual dijo que tornaban a hacer otra armada para ir en busca del Capitán, porque hasta entonces no se sabía; de antes tenían que era muerto; no se ha sabido otra cosa.

La laguna de Nicaragua tendrá treinta leguas de travesía, desde Granada hasta el Desaguadero. El río tendrá desde la laguna hasta la mar treinta leguas poco más o menos; había en él tres raudales: el primero y postrero se pueden pasar botando con palancas y remando; el de medio, que llaman la Casa del Diablo, es un peñón todo y corto, el cual tendrá obra de quinientos pasos y se debe subir con una guindaleza a la sirga. Pueden subir o bajar todo el río barcos que tengan de carga cuatrocientas arrobas; sale la boca del río obra de noventa leguas del Nombre de Dios, la vía del agua y tierra; hay al cabo de dicho río un puerto muy bueno, donde pueden entrar y salir navíos y estar muy seguros.

²⁴ Río San Juan.

²⁵ En el golfo llamado Bocas del Toro.

CRÓNICAS SOBRE EL VOLCÁN MASAYA

INTRODUCCIÓN

Cuando los conquistadores españoles entraron por vez primera batallando por las provincias chorotegas de Masaya y Nindirí, el volcán estaba en plena actividad. Un lago de lava ardía en el fondo del amplio cráter y los caciques de los pueblos vecinos consideraron aquella manifestación como señal del disgusto de la diosa hechicera a la que solían consultar con frecuencia dentro de la oquedad. En esa ocasión, según la versión de los indios, la pitonisa suspendió sus pronósticos hasta tanto los indígenas no expulsasen a los invasores.

Por su parte los españoles consideraron la actividad ígnea del volcán como prueba de que el cráter era "la Boca del Infierno", nombre con que originalmente bautizaron al volcán. El fraile mercedario Francisco de Bobadilla subió hasta la cumbre, donde plantó una cruz para exorcizar al diablo. Otros pensaban que el material que brillaba en el fondo era azufre o metal derretido, incluyendo oro, idea esta última que tentó al dominico Blas del Castillo para organizar un atrevido descenso hasta el fondo en busca del codiciado metal.

El enigma del cráter no podía pasar inadvertido para el acucioso Cronista de las Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo, quien antes de abandonar Nicaragua decidió escalar el volcán y echar una mirada hacia el gigantesco y misterioso bátrato que se abría en la cumbre. Para ello se hizo guiar por el cacique de Nindirí, quien le refirió la supersticiones de los indios en relación con el volcán.

Asombrado por el fenómeno que contempló allá abajo, y admirado ante la osadía del dominico, quien nueve años después de su visita se hizo bajar con cuerdas hasta donde brillaba la materia incandescente, Oviedo dedicó

varios capítulos del libro XLII para referir sus impresiones sobre el volcán y relatar la audaz exploración del fraile al fondo del cráter.

El tema del volcán Masaya y los intentos de buscar oro en su interior interesaron a varios cronistas que visitaron Nicaragua en el siglo XVII, u oyeron hablar de él, cuyas versiones y opiniones se presentan más adelante; pero ninguno de ellos les dedicó tantas páginas y pensamientos como lo hizo Oviedo. Su descripción y dibujo son, en efecto, los primeros testimonios que se tuvieron sobre un volcán en actividad en el Nuevo Mundo, el cual resultó también ser el único del continente, y uno de los pocos en el mundo, que presenta lagos de lava en el fondo de manera recurrente y por largos períodos.

II

A las manos del Cronista de las Indias llegó posteriormente la narración escrita de Blas del Castillo sobre el osado descenso que en busca de oro realizara el fraile al fondo del volcán. Oviedo comenta con ironía la aventura de fray Blas, tildando de insensata aquella empresa. Habían transcurrido nueve años entre la visita de Oviedo y la aventura del dominico y la lava seguía ardiendo como fuego líquido dentro del cráter y como oro derretido en la mente del fraile y de algunos vecinos de Granada que apoyaron su idea y su proyecto.

Habiendo tenido noticias sobre aquel intento, el no menos codicioso gobernador de Nicaragua, Rodrigo de Contreras, se trasladó al volcán y personalmente dirigió la operación de extraer el supuesto oro. Grande debió haber sido su decepción al comprobar que aquellas ascuas se convertían en vulgares escorias azufrosas una vez sacadas del crisol del volcán. Así también lo comprobaron los plateros que examinaron las muestras ya sólidas y frías en la casa de fundición de León, (Crónica III). En consecuencia, el gobernador prohibió a fray Blas y compañía seguir en el intento.

La muerte posterior del fraile, cuando regresaba de España trayendo la aprobación real para continuar investigando "el oro del volcán", no desalentó a sus seguidores, entre los que se encontraba Juan Sánchez Portero, quien había bajado al cráter en el segundo intento, antes que interviniese el gobernador. Pero Contreras se mostró inflexible, lo cual obligó a Sánchez a solicitar de nuevo el permiso del rey para una nueva aventura y que le otorgase además la concesión en la explotación del supuesto mineral, (Crónica IV).

La incandescente lava debió haber vuelto a ocupar el fondo del cráter a mediados del siglo XVI, a juzgar por una nueva petición presentada en

1551 por el dean de la catedral de León, donde le pedía al soberano doscientos esclavos para perforar con un túnel las paredes del cráter y vaciarlo del oro que contuviera, solicitud que Carlos V denegó aduciendo que no tenía esclavos que mandar.

En una tercera etapa de actividad—alrededor de 1573— otro fraile, el carmelita Alonso de Molina, obtuvo una concesión bajo condición de dar a la Corona la quinta parte de las riquezas que esperaba sacar del Masaya. En 1586 se autorizaba a Benito Morales a "buscar el secreto del volcán", demasiado tarde porque para entonces el cráter sólo arrojaba humo, de acuerdo con el testimonio del cronista Antonio de Ciudad Real. Es probable que los derrames de lava en el fondo del cráter continuasen su ciclo hasta 1670, cuando la entera oquedad quedó colmada, desbordándose la corriente de lava por la ladera norte. Ya para entonces nadie creía en la fabulosa mina de oro del volcán de Masaya.

III

Al lado de las crónicas escritas por los que escalaron el volcán —tratando de averiguar sobre la verdadera naturaleza del material incandescente encerrado en el cráter— entre los que figuraron Pascual de Andagoya (Crónica V), Bartolomé de las Casas (Crónica VI) y fray Toribio Benavente—alias Motolinia— (Crónica VII), aparecen otros comentarios interesantes como los de fray Juan de Torquemada (Crónica VIII), y versiones repetidas de Francisco López de Gómara, Jerónimo Benzoni, Juan López de Velasco y Antonio de Herrera. Estos últimos dedicaron en sus crónicas algunos párrafos a la extraña actividad del volcán, las cuales serán presentadas en el siguiente Tomo. Entre algunos de los frailes la polémica tenía ribetes teológicos, pues se trataba de determinar si el "fuego" del volcán era el mismo que el que ardía en el infierno.

Era la creencia de fray Bartolomé que el crisol del Masaya se atizaba con ciertos vientos subterráneos, impelidos por el oleaje de los lagos vecinos a través de conductos cavemosos que comunicaban con el volcán. Juan de Torquemada, por su parte, comentaba que muchos visitantes que escalaron el cerro lo tomaban como boca del infierno, "y el fuego que en sus entrañas tenía que ser fuego de los condenados".

Así pues, el fascinante enigma del volcán Masaya llegó a constituir un tópico muy discutido entre aquellos primeros españoles que poblaron Nicaragua.

I.- EL CRONISTA GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO
EXPLORA Y DESCRIBE EL VOLCÁN DE MASAYA*

Capítulo V.

El cual trata del ardentísimo y espantable monte de Masaya, del cual continuamente todas las noches sale fuego, o tal resplandor que muchas leguas lejos de él se ve aquella claridad; y de otros montes que arden y hechan humo en aquella provincia y gobernación de Nicaragua, y de los veneros de piedra azufre y acige, y de otras cosas que cuadran a la historia.

Acuérdome que estando el Emperador, nuestro señor, en la ciudad de Toledo, el año de 1525, le osaron escribir el gobernador Pedrarias y sus ministros que en Nicaragua se había hallado una ciudad de tres leguas de largo, y otras cosas inciertas y las exorbitancias que se atreven los descomedidos a escribir a su Príncipe y Rey soberano; que si se castigasen sabrían que no hay licencia (donde hay vergüenza) para tanto atrevimiento. Y llegó la cosa a tanto, que además de los traslados que embajadores y extranjeros por el mundo enviaron de la copia de sus cartas, (en que esa gran mentira y otras estaban), les dieron muchos créditos, con verlas predicar, como se predicaron en pulpitos y templos principales de aquella ciudad, a vueltas del sagrado Evangelio. Y así lo afirman aquellos predicadores, como la misma verdad, que son obligados a pregonar y dar a entender a los fieles; pero todo esto no era con falta de artificio ni sin malicia, para engañar al Rey y a su Consejo y a cuantos aquellos sermones oían. Y yo escuché algunos de ellos, lo cual yo tuve por fábula, como lo era; no porque yo lo dudase por cosa imposible, sino porque conocía muy bien al inventor de aquellas novelas, y sabía el crédito que sus palabras merecían. Y así lo dije y desengañé a algunos de aquellos señores del Consejo Real de Indias, aunque aproveché poco; y propuse de ir a Nicaragua a ver si aquellos pulpitos habían sido bien informados, y ninguna cosa hallé ser así como la predicaron y aquella carta decía.

* Tomado de la *Historia general y natural de las Indias*. Tercera Parte, Libro XLII.

Y por lo que se dijo fui a la población de Managua de la lengua de Chorotega, que a la verdad fue una hermosa y populosa plaza, y como estaba tendida a orilla de aquella laguna, yendo de León a ella, tomaba mucho espacio; pero no tanto, ni habiendo cuerpo de ciudad, sino un barrio o plaza delante de otro con harto intervalo. Y cuando más próspero estuvo (antes que entrase allí la polilla de la guerra)¹, fue una congregación extendida y desvariada. Como en aquel valle de Alava o en Vizcaya y Galicia, y en las montañas y valle de Ibarra y otras partes, están las casas apartadas y a vista de otras que tenían mucho compás. Pero aquellas de Managua estaban como sogas a lo largo de la laguna, y no en tres leguas ni una; pero había en su prosperidad diez mil indios de arco y flechas y cuarenta mil ánimas. Era la más hermosa plaza de todas y estaba ya la más despoblada y asolada que había en aquella gobernación, cuando yo la ví, que fue poco más de tres años después de aquella carta y sermones. Esta población de Managua está ocho leguas de León.

Había en Matinari cuatro mil ánimas, en que eran los seiscientos de arcos y flechas; en Matiari había mil flecheros, que eran más de doce mil ánimas, y en aquel cacique de Itipitapa, en la otra costa de la laguna a seis leguas, habían bien seis mil ánimas y ochocientos arqueros. En fin, porque en esto no nos cansemos, digo que en el tiempo que el capitán Gil González fue a aquella tierra, y después de él el capitán Francisco Fernández, teniente de Pedrarias, parecía que hervía de gente aquella tierra, según yo lo supe en ella de los que la vieron.

Dejemos aparte el asolamiento y causas de tantas muertes de los indios, y tratemos de los montes que arden y de los ríos calientes de aquellas partes, que es lo que yo quiero predicar o atribuir a este quinto capítulo, y digo así:

Desde Managua hasta Itipitapa hay dos leguas de camino, en el cual paso hay 231 arroyos de agua caliente que entran en la laguna de León², en la costa de la cual están Managua e Itipitapa de la banda del Sur, y de más lejos nacen una legua de dicha laguna, y todos ellos vienen de hacia la parte y monte de Massaya. Pero comencemos del infierno, que llaman los indios *mamea*, que es cosa muy notable de ver y considerar.³

Legua y media de la ciudad de León está un cerro muy alto de la otra parte de la laguna, el cual es de la manera que le pinté aquí, y la cumbre más alta tiene muchos agujeros por donde, apartados unos de otros, con-

¹ Se refiere a las luchas de la conquista.

² El lago de Managua.

³ *Mamea*, contracción chorotega por Momotombo.

tínuamente, sin cesar un momento, sale humo. Bien creo yo que hasta la cabeza o parte superior del monte, y desde León, hay más de tres leguas, porque más de 10 ó 20 leguas se aparece este humo, el cual ni de día ni de noche echa llama. Hay por allí mucha piedra azufre y muy buena, y aún tiénese por la mejor que se ha visto, según la loan los artilleros, para hacer pólvora, y otros para diversos efectos.

En las espaldas y lados de este monte y sus anexos, que tendrán en redondo más de cinco o seis leguas, hay en muchas partes muchas bocas de agua hirviendo, de la manera que en el Puzol a dos o tres leguas de Nápoles, hierve la solfatara; y así pienso yo que es todo este monte o sierra mineros de azufre.

Hay otros agujeros por la tierra adentro de la dicha circunferencia, por donde sale grandísimo viento y muy caliente, tanto que no se puede soportar de cerca. Hay otros agujeros por donde no sale viento, sino algún poco de aire; pero llegándose hombre cerca, (como lo hacen muchos sin peligro), se oye muy grandísimo ruido, que parece que allá adentro sueñan diversos e innumerables fuelles de fraguas de herreros. Y algunas veces cesa aquella espantable armonía por poco espacio, y torna a hacer lo mismo, y así de cuando en cuando son aquellas pausas o silencio; pero el tiempo que cesa es menos que la cuarta parte del tiempo que se oye aquel estruendo. También se halla mucho acije perfecto por allí, y entre las otras fuentes calientes hay una cerca de un pueblo que se dice Totoa, tan caliente que cuecen allí los indios la carne y el pescado y el pan que comen, que no se tarda en cocer tanto como se tardará en decir dos veces el Credo; y los huevos antes que se diga la mitad del Ave María se cuecen.⁴

En tiempos que truena o llueve, o en aquel tiempo en que las aguas se continúan, (aunque a la verdad muy pocas veces llueve en aquella Tierra), pero lloviendo o sin llover, ningún año pasa sin temblar muchas veces la tierra. Y no es temblor así sumario ni presto, sino muy recio y largo; y yo he estado en aquella ciudad, y vi temblar de tal manera aquellas casas que nos salimos huyendo de ellas, a las calles y a la plaza, porque no se hundiesen sobre la gente. Y conté en un solo día y noche sesenta y tantas veces esos temblores, y aquestas o más muchos días, y a veces tan continuos y unos tras otros que es cosa de mucho temor. Y a veces caen rayos y matan gente y queman casas.

Todo lo que yo he visto en aquel pueblo de León, y sin duda no hay comparación en la tierra tremol o temblores la de la ciudad de Puzol,⁵

⁴ Las fuentes termales de Totoa, están situadas a pocos kilómetros al noroeste de León Viejo, en la hacienda actualmente llamada La California.

⁵ Cerca de Nápoles.

(que por ellos la ví yo un tiempo casi destruída), con lo que hacen en León; y soy de opinión que si fuese edificada de casas de piedra, como esta nuestra ciudad, o como las de España, que muchas derribarían aquestos temblores de la tierra con muertes de muchos.

Pasemos a los montes que se llaman los Maribios⁶, que también son cosa notable: hay una cordillera de una sierra continuada, yendo de la ciudad de León al puerto de la Posesión, y en esta sierra se alzan tres montes, uno delante del otro continuados, y las cumbres de ellos distintas, como aquí los pinté. A la parte del norte son de tierra áspera, y a la parte del sur tienen sus vertientes tendidas igualmente hasta los llanos. Y es tierra muy fértil, y como allí es muy continuo el viento oriental, siempre pende un humo continuo y muy ancho y largo hacia la parte del poniente, que sale de los tres montes más altos de toda la cordillera. Y casi una gran legua continuada va aquel humo, y tendrán esos montes así en aquel cuchillo de sierra seis o siete leguas, y el más cercano monte de este humo a la ciudad de León estará cuatro o cinco leguas de ella. Acaece algunos años, ventando recios nortes, dejar el humo, que ordinariamente suele llevar su camino a poniente, e ir hacia el sur, y bajar por aquellas vertientes a los llanos, y quemar y abrazar los maizales y las otras labores del campo, y hacer grandísimo daño en tres o cuatro o más leguas y en los pueblos, que hay muchos por allí, y no poder tornar la tierra en sí en esos cuatro o cinco años, por haberla dejado quemada y destruída el fuego.

Otro monte hay en aquella provincia que llaman Massaya, del cual hablaré como hombre que le ví y noté después de haber oído muchas fábulas a diversos hombres que decían haber subido a verle. He visto a Vulcano⁷ y he subido hasta la cumbre de aquel monte del que sale continuo humo. Y allá encima está un hoyo de 25 ó 30 palmos de hondo, y en él no se ve sino ceniza, entre la cual sale aquel sempiterno humo que se ve de día, y dicen algunos que de noche se convierte en un resplandor o llama. Pero yo estuve allí el día que llegué, dos horas antes que fuese noche, y estuve el día siguiente todo, y con otros salté en tierra, y subí a ver aquella cumbre, y estuve encima más de un cuarto de hora; y bajado estuve en aquel puerto también aquella segunda noche hasta que fue de día en el tercero que llegué allí con la serenísima Reina de Nápoles, mi señora, a quien yo servía de guardaropa, mujer que fue del Rey Don Fernando Segundo; y con siete galeras estuvo Su Majestad en aquel puerto el tiempo que he dicho, año de 1501, y desde allí fuimos a Palermo.

⁶ Maribios, no Marrabios, como erróneamente se escribe.

⁷ Los tres volcanes mencionados como activos eran posiblemente San Cristóbal, Telica y El Hoyo.

⁸ En las islas Lípari, Italia.

También he oído en Sicilia hablar a muchos de aquel Mongibel, que los antiguos llaman Etna, y de quien tanta mención hacen los historiadores y poetas antiguos.

También he oído hablar a muchos de nuestros españoles de aquel monte fragoso de Guaxozingo en la Nueva España.*

También he oído que en Grecia, en la provincia Lacónica, está el monte Ténaro, en que hay una boca oscura y profunda, que algunos pensaban ser boca del infierno.

También he oído que en la parte meridiana está el monte que los griegos llamaban Honocauma (en la mar), el cual siempre arde, desde el cual hay navegación de cuatro días hasta el promontorio Hesperizeras, en el confín de Africa, cerca de los etíopes y Hesperis. Esto es de Plinio, y pienso que dice por la isla de fuego, que es una de las de Cabo Verde.

En Licia arde el monte Quimera, y de día y noche dura la llama; y en la misma Licia hay montes llamados Efesios, que tocándolos con un tizón ardiendo, se encienden de tal manera que la tierra y la piedra y la arena de las riberas arden en el agua, etc. Y en la tierra de los Bactrianos la cumbre del monte Cofanto arde de noche, y lo semejante interviene en Media, en los confines de la Persia. En el llano de Babilonia, por espacio de una yugada, arde la tierra de tal manera que parece un lago de fuego. En Etiopía, cerca del monte Espero, hay campos que de noche parecen que están llenos de estrellas. Esto y otras cosas más escribe Plinio en su *Natural historia*.

Ya dije en el libro XXXIII de la segunda parte, de aquellos tres montes de la isla de Islandia, las cumbres de los cuales están cubiertas de perpetua nieve, y al pie de cada uno un horrendo abismo de perpetuo fuego, semejante a aquel Mongibel de Sicilia. También sé por autoridad del mismo Olaf Gotho, que en la isla de Escocia hay un monte de continua llama en aquella punta o promontorio, que circunda el mar de Calidonia. Y otras cosas semejantes y muchas podría traer a propósito de estos montes, o partes que arden, para que no nos parezca que es cosa nueva, ni de que debemos espantarnos de este Massaya. Pero a mi me parece que ninguna de las susodichas es de tanta admiración ni tan notable cosa como Massaya, de la cual diré lo que entendí y ví, y el lector juzgue lo que le pareciere del que lo haya cotejado con las cosas susodichas, o con otras; y su figura es aquesta, y pues he pintado o puesto la figura de aqueste monte de Massaya, que quiere decir monte que arde en la lengua de los

* Se refiere al Popocatépetl.

chorotegas, en cuyo señorío y tierra está, y en la lengua de Nicaragua le llaman Popogatepe,¹⁰ que quiere decir sierra que hierve, dígase lo que ví.

Yo partí un día 25 de Julio del año 1529 de la plaza o pueblo de Managua, y fui a dormir a Lenderí, cuatro leguas, a la estancia de aquel hidalgo que he dicho que se dice Diego Machuca, que está a la par de la bajada del lago que dicen de Lenderí, y obra de media legua del pie de este monte de Massaya, (pero tornando atrás está una legua, porque yo iba de la parte del norte, y la estancia está del otro cabo de aquesta sierra, hacia Jalteva o Granada). Y este mismo día bajé a ver el lago, y aquella misma noche de Santiago, antes que fuese de día, partí de la estancia para subir al monte de Massaya a ver aquel fuego. Y lo que allí hay es una sierra muy áspera y de dobladas montañas, (pero poblada de indios de la lengua Chorotega que he dicho), en la cual hay muchos tigres y leones y otros diversos animales nocivos. De este monte que he dicho precede espacio de media legua un país o terreno, que vulgarmente así llaman los españoles a una tierra fragosísima, que es toda ella a manera de escorias de herreros o peor. De este terreno se encumbra un monte separado y bien alto, desde el pie del cual a lo superior de sus cumbres hay más de una legua. Tendrá de circuito la redondez inferior tres leguas y media o cuatro. Este monte es redondo y distinto de todas las otras montañas de la dicha sierra o comarca.

Bien sé que algunos han escrito de aqueste monte de Massaya al Emperador, nuestro señor, y algunos ha ido a España que han dicho que le vieron, lo cual yo no dudo, y por eso huelgo yo de hablar en una cosa tan señalada y que no falten otros que lo aprueben, aunque la subida de este monte es de trabajoso y áspero camino. Yo subí a caballo más de las tres partes de él, y llevaba conmigo por guía al cacique indio y señor de aquella tierra, que estaba con su gente encomendada al dicho Machuca, y a otro hidalgo llamado Barroso. Y ningún cristiano iba conmigo (porque uno o dos que habían de aguardar en la estancia y prometieron subir conmigo, y venían un día antes, cuando llegaron a la vista de Massaya acordaron no atenderme ni cumplir su palabra).

Aunque dicen muchos que han visto a Massaya, es desde lejos; pero pocos son los que se atreven a subir allá arriba. Y porque algunos decían que tres leguas apartados de este monte veían de noche a leer un carta, por la claridad que de él sale (lo cual yo no apruebo), yo partí como he dicho, de noche de aquella estancia de aquel hidalgo Machuca, y me amañeció encumbrado y bien cerca de lo alto de aquel monte; pero no pude ver a leer en unas hojas de rezar que llevaba, puesto que estaba ya menos de

¹⁰ Variante de Popocatépetl en lengua náhuatl.

un cuarto de legua de aquel cabezo que está en lo más alto de la montaña, aunque hacía muy oscuro, y aquel resplandor que de allí procede en noches oscuras da mayor claridad.

Verdad es que a personas de crédito he oído decir que cuando hace muy oscura noche y llueve, resplandece más aquella llama y luz que de este monte sale, y que se ve leer una carta a media legua o más apartado del monte; lo cual no dudo ni afirmo, porque en Granada de Jalteva, que está a tres leguas de allí, todas las noches que no hace luna, parece en la claridad que la hay por la lumbre que redundo del resplandor de Massaya en toda aquella comarca, y aún algo más adelante de donde es dicho. Y es verdad que a 18 y 20 leguas apartado de aquella sierra he visto y se ve muy claramente aquel resplandor; pero aunque de suyo dije llama y pinté llamas de fuego, en la boca por donde sale aquella luz fogosa no alza ni hay llama alguna, sino humo tan encendido como fuego, que de día no se ve de lejos y de noche es cual digo.

Así que tornando a mi camino, iba conmigo aquel cacique llamado don Francisco, (y su primer nombre en lengua de Chorotega, antes que se bautizase, era Nacatime), y un negro y otros dos indios mansos míos; pero aunque el negro era seguro, yo confieso que fue error llevar tal compañía, pero lo causó el deseo que yo tenía de ver el fin de esto, y que al Machuca hallé enfermo y que los que dije haber faltado a su palabra se fueron a Granada antes que yo llegase. Pero como yo no me podía detener en mi viaje, quise acabar de entender las novelas y particularidades que diferentes me habían contado los que decían haber allí subido.

Cuando la disposición del camino dió lugar a poder ir el caballo adelante, apeéme de él y calzéme unas alpargatas, (porque ningún zapato es bueno ni bastante para tal terreno); y dejando allí un indio en guarda del caballo, seguí tras el cacique que me guiaba, y al negro y al otro indio también los hice ir delante de mí. Y así como el guía llegó cerca de la boca donde está aquel fuego asentóse desviado de ella quince o veinte pasos y me la señaló con el dedo, donde estaba aquel temeroso espectáculo. A pocos pasos de allí, aunque ya era llano aquello, (pero de mala disposición de peñas color rubias y pardas y negras y otros colores y mezclas), vi que toda la altura del monte, cuando grande era, estaba sobre un pozo, excepto por aquella parte en que yo iba, que era de la banda del oriente. Y era tan grande la redondez o boca de esta sima, que ninguna escopeta (a mi parecer) alcanzara de una parte a otra por cualquier parte que la atravesasen (de medio a medio tirando). Y de allí salía un humo continuo y no enojoso a la vista, ni la empachaba ni excusaba de verse toda la parte y circuito de toda la redondez alta y baja de esta boca, a causa de ser tan sobre el dicho humo, y también porque en aquella tierra aquel viento

oriental, que los marineros llaman del Este, es muy continuo y así ventaba entonces, aunque poco. Así que los que allí suben, van con el viento por propia disposición de natura, y el viento no les da empacho ni les es molesto. Aquella hondura bajaba, a lo que yo pude considerar, (y aún así lo he oído decir y estimar a otros), 130 brazas o estados, y allí en lo bajo no es tan ancho como en lo alto y circunferencia de donde yo lo miraba.¹¹

Este monte todo es mucho más alto en todas las otras partes que la parte oriental desde donde se mira su profundidad, ni que la del Mediodía. Y parece como si fuera hecho a mano, según esta liso y pendiente de todas partes, salvo que de aqueste lugar o miradero que es dicho, está la peña más áspera y diferente, y hay algunas concavidades en ella, aunque se ve poco de la pared, (de la parte que está el que mira), y hacia abajo, porque no se osa hombre parar tan adelante.

Abajo, en el fin de aquesta hondura, está una plaza redondísima, y tan grande al parecer que en otro tanto compás podían jugar a las cañas más de cien a caballo, y mirarlos más de mil personas; y si no hubiese un pozo que hay en la dicha plaza, (más acostado al mediodía que a otra parte), sería mucho mayor el número de gente que en aquella plaza cabría. Todo está tan claro que ninguna cosa se esconde, ni fuera de la dicha sima o plaza desde donde se mira no hay cosa más clara, ni en todo cuando el sol mira en todo el mundo.

A la parte del Mediodía, como he dicho, hay en aquella plaza baja un pozo, que cuando yo le ví me pareció que era tan hondo lo que se veía de él como la mitad o tercia parte de la altura que dije que había desde la plaza a lo más alto de la peña o monte, y tamaño que en el través de la boca de ese pozo podrían haber catorce o quince pasos, poco más o menos, según la vista mía arbitraba. Pero en la verdad debe ser mucho más por la gran distancia que hay desde donde se mira hasta el pozo, y de allí abajo desde la boca de él a la materia que allí dentro se cuece, queda o hay de espacio entre el pozo y la peña, a la parte meridional de ella, las tres partes menos que hacia la parte del norte. Después en Valladolid, año de 1548, estando en la corte del Príncipe, nuestro señor, me dijo Rodrigo de Contreras, gobernador de aquella provincia por Su Majestad, que en su presencia se había medido esta altura que es dicho, y que desde donde se mira esta sima hasta la plaza hay ciento treinta brazas, y en lo que se ve del pozo, hasta la materia que en él arde, hay cuarenta brazas.

Uno de las cosas de que yo más me maravillo, es que oí decir al comendador fray Francisco de Bobadilla, provincial de aquellas partes de

¹¹ El cráter visitado por Oviedo en 1529 es el Nindirí, (situado contiguo y al oeste del moderno cráter Santiago), rellenado por lavas posteriores.

la Orden de la Merced, (que subió con otros a ver lo que digo que allí hay), que entonces estaba el pozo en medio de la plaza, y que la materia o fuego que dentro de él hay llegaba cerca de la boca, y que no se veían de las paredes del pozo cuatro palmos, al parecer; y no habían pasado seis meses desde que el fraile lo vió hasta cuando yo lo ví. Y creo que debía ser así; porque además de ser religioso y persona de crédito, oí decir al mismo Machuca que él había visto la materia o fuego que hay dentro del pozo casi ras con ras de la boca de él.

Digo que en la hondura y última parte que yo ví de este pozo había un fuego líquido como agua, o la materia que ello es estaba más que vivas brasas encendida su color, y si se puede decir mucho más fogosa materia parecía, que fuego alguno puede ser; la cual todo el suelo y parte inferior del pozo ocupaba y estaba hirviendo, no en todo, pero en partes, mudándose el hervor de un lugar otro, y resurgió un bullir o borbollar, sin cesar, de un cabo al otro. Y en aquellas partes, donde aquel hervor no había (o cesaba), luego se cubría de una tela, tez o nata encima, como horrura o resquebrada, y mostraba por aquellas quebraduras de aquella tela o nata ser todo fuego líquido como agua lo de abajo, y así por todo el circuito del pozo. Y de cuando en cuando toda aquella materia se levantaba por sí con gran ímpetu, y lanzaba muchas gotas para arriba, las cuales se tornaban a caer en la misma materia o fuego, que a la estimación de mi vista más de un estado subían. Y algunas veces acaecía caer a la orilla del pozo allá abajo, fuera de aquel fuego, y estaba más espacio de lo que se tardaría en decir seis Credos, sin acabarse de morir poco a poco, como lo hace una escoria de una fragua de un herrero.

No creo yo que haya hombre cristiano que, acordándose que hay infierno, aquello vea que no tema y se arrepienta de sus culpas, en especial trayendo a comparación en este venero de azufre, (que tal pienso que es), la infinita grandeza del otro fuego o ardor infernal, que esperan los ingratos a Dios.

Encima de aquel pozo que es dicho, casi en el mismo espacio que hay desde lo más alto de esta montaña, y hasta la boca de él o plaza ya dicha, volaban muchos papagayos de los de las colas largas, que llaman xaxabes, a los cuales nunca pude ver los pechos, sino las espaldas, porque yo estaba mucho más alto que ellos, y estos criaban y se entraban en la peña debajo de donde yo miraba. Y los que allí van, miran así aquel pozo o lo que es dicho.

Digo más, que yo arrojé algunas piedras, y también las hice tirar al negro, que era mancebo y recio, y nunca jamás pude ver adonde paraban odaban, sino que salidas de la mano hacia el pozo parecían que ya se iban

enarcando y se metían debajo de donde hombre estaba mirando; en fin, que ninguna se vió donde paró, lo que notoriamente mostraba la mucha altura que hay hasta la plaza. Quieren algunos decir que así como por andar allí aquellos papagayos, aquella plaza o pozo, que no es fuego, sino agua y materia de azufre. Esta determinación remito yo a los que mejor la sabrán decidir, y también no me aparto de su parecer.

Junto y continuando con aquella boca alta de este cerro sube un cuchillo de sierras a la parte del Este, sobre el camino por donde van a ver lo que es dicho; y allí está otra hondura tan grande como la que tiene el pozo, y está más alta aquella cumbre, y de noche humea, y de día no se ve tan claro el humo de ella, mas de noche da la misma claridad que la otra, y se mezcla el resplandor del uno con el otro; pero en lo bajo de ella no hay plaza, sino un hoyo que en la abertura arriba es grande y descende, disminuyéndose en forma de una tolva, y en lo bajo parece todo ceniza."

Díjome aquel cacique que el fuego había estado allí primero en tiempo de sus antepasados, y que después se había venido a donde está ahora, y un hoyo y el otro están distintos con ciertas peñas, y ambos tienen justamente la circunferencia que tengo dicho, a como lo muestra la figura.

Todo aquel terreno está en la mayor parte lleno de árboles salvajes y sin fruto, excepto que hay muchos que llevan unas majuelas amarillas, tamañas como pelotas de escopeta o algo mayores, y llámanse nances, y son buenas de comer, y dicen los indios que restríen el flujo del vientre.

Ningunas aves allí vi por aquellas sierras, excepto los papagayos donde dije, y acá afuera algunos cuervos.

Parece gran extremo o cosa que en ella misma se contradice decir que yo vi aquel fuego en tanta hondura del pozo, y que aquel religioso y Diego Machuca me dijeron y certificaron haberlo visto casi a vara de la boca. Y platicando en esto, supe que cuando está cerca de la boca aquella materia, es porque de próximo ha llovido, y con el agua que de las cumbres y de toda la plaza allí se recoge, crece y sube y se aumenta para arriba y está lleno hasta que el agua se consume y es vencida por el contrario ardor de aquel licor o fuego. Con esto consueña lo que escribe aquel cosmógrafo y docto varón Olaf Gotho, que de suyo alegué: el cual dice, hablando del fuego de los montes de Islandia, que es de manera que no puede encender o consumir la estopa, y continuamente consume el agua. Y así debe ser el del Massaya, porque es verdad que viendo de noche aquel

¹² Este segundo cráter corresponde al Masaya propiamente dicho, también llamado San Fernando.

resplandor desde una legua o media de él, parece no llama sino un humo más encendido que vivísimas brazas, que se viene extendiendo y cubriendo aquellos montes, lo cual no se puede ver sin mucha admiración y espanto. Y si fuego fuese, no quedaría árbol, ni hoja, ni cosa verde por todo aquello. Y es al contrario, pues que toda la montaña está arbolada y con hierba muy verde y fresca, y hasta muy cerca de la dicha boca de Massaya.

Después que estuve más de dos horas, y aún casi hasta la diez del día de Santa Ana gloriosa, mirando lo que he dicho y dibujando la forma de este monte con papel, como aquí lo he puesto, seguí mi camino para la ciudad de Granada, alias Jalteva, que es tres leguas de Massaya; y así en aquella ciudad como en más de otras dos adelante resplandece Massaya de noche, como lo suele hacer la luna muy clara, pero casi como luce pocos días antes de ser llena.

Oí decir a aquel cacique de Lenderí que había él entrado algunas veces en aquella plaza, donde está el pozo de Massaya con otros caciques, y que de aquel pozo salía una mujer muy vieja desnuda, con la cual ellos hacían su monexico, (que quiere decir consejo secreto), y consultaban si harían guerra o la excusarían, o si otorgarían treguas a sus enemigos; y que ninguna cosa de importancia hacían ni obraban sin su parecer y mandato; y que ella les decía si habían de vencer o ser vencidos, y si había de llover o cogerse mucho maíz, y que tales habían de ser los temporales y sucesos del tiempo que estaba por venir, y que así acaecía como la vieja lo pronosticaba. Y que antes o después, un día o dos que aquesto se hiciese, echaban allí en sacrificio un hombre, o dos, o más, y algunas mujeres, muchachos y muchachas, y aquellos que así sacrificaban, iban de agrado a tal suplicio. Y que después que los cristianos habían ido aquella tierra, no quería salir la vieja a dar audiencia a los indios, sino de tarde en tarde, o casi nunca, y que les decía que los cristianos eran malos y que hasta que se fuesen y los echasen de la tierra, no quería verse con los indios como solía.

Yo le pregunté que cómo bajaban a la plaza, y dijo que primero había por donde bajar por la peña, pero que después se había hecho mayor la plaza y había caído de todas partes la tierra y se había quitado aquel descendadero y oportunidad de bajar. Yo le pregunté que después que habían habido su consejo con la vieja, o monexico, qué se hacía ella, y qué edad tenía o qué disposición. Y dijo que bien vieja era y arrugada, y las tetas hasta el ombligo, y el cabello poco y alzado hacia arriba, y los dientes largos y agudos, como perro, y la color más oscura y negra que los indios, y los ojos hundidos y encendidos; y en fin él la pintaba en sus palabras como debe ser el diablo. Y eso mismo debía ella ser; y si éste decía la

verdad, no se puede negar su comunicación de los indios y del diablo. Y después de sus consultaciones esa vieja infernal se entraba en aquel pozo, y no la veían más hasta otra consulta.

De estas vanidades y otras copiosamente hablan los indios, y según en sus pinturas usan pintar al diablo, que es tan feo y tan lleno de colas y cuernos y bocas y otros visajes, como nuestros pintores lo suelen pintar a los pies del arcángel San Miguel, o del apóstol San Bartolomé, sospecho que le deben haber visto, y que él se les debe mostrar en semejante manera; y así le ponen en sus oratorios y casas y templos de sus idolatrías y diabólicos sacrificios.

A la par de la boca de esta sima de Massaya estaba un gran montón de ollas y platos y escudillas y cántaros quebrados y otras vasijas, y algunos sanos y de muy buen vidriado, o loza de la tierra, que solían llevar los indios, cuando allí iban, llenos de manjares y diversos potajes, y los dejaban allí, diciendo que eran para que la vieja comiese, y por complacerla y aplacarla, cuando algún terremoto o temblor de tierra u otro recio temporal se seguía, porque pensaban que todo su bien o su mal procedía de la voluntad de ella.

Aquella posada o materia, (donde aquella vieja decía este indio que se recogía), yo no lo sabría comparar ni me pareció de otra manera que la pasta del vidrio, cuando está cociéndose, o como el metal o bronce de una campana o de un tiro de pólvora, y así aquello que hervía en el pozo de Massaya parecía lo mismo. Son las paredes de la barranca mayor de piedra recia en parte y de tosca y deleznable en mayor cantidad del circuito; y el humo que sale del pozo, es de la parte del Este, y extiéndese al Oeste por la continuación de la brisa, y en la boca del pozo, a la orilla, hacia el Norte, también sale un poco de humo.

Este monte de Massaya está a seis o siete leguas de la mar del Sur, y apartado de la costa dentro en tierra en doce grados y medio, pocos minutos más o menos, de la línea equinoccial en la parte de nuestro polo ártico. Y a questo baste cuanto a lo que prometí escribir en este quinto capítulo.

II.- BLAS DEL CASTILLO ENTRA EN LA BOCA DEL INFIERNO

Capítulo VI

En que se trata y hace memoria de cierta relación que escribió fray Blas del Castillo, de la Orden de Santo Domingo, y la enderezó al reverendo padre fray Tomás de Berlanga, obispo de Castilla del Oro, el cual fraile entró en el dicho infierno de Massaya; y por evitar prolijidad decirse ha lo que hace al caso, dejando muchas menudencias, que él quiso decir a su propósito o por su voluntad.

Tarde se remedian las palabras que por el mundo se esparcen contra la verdad, aunque ésta, sabiéndose, las confunda y deshaga; porque no todos los primeros mal informados pueden después ser avisados y desengañados de lo que antes se dijo.

Si este padre fray Blas del Castillo mirara que era posible venir a mis manos su relación, no dijera en la introducción de ella que Gonzalo Fernández de Oviedo, cronista de Las Indias por Sus Majestades, no más de porque había visto el dicho infierno de Massaya, le pidió por armas a Su Majestad, etc. Sin duda a mí nunca me pasó por pensamiento pedir tales armas ni merced, ni yo ni otro cristiano las debe querer, y el fraile dijo lo que le plugo en ello. En lo que yo escribí en el capítulo precedente dije lo que ví y lo que sentí, y este religioso dice lo que a él le fue mostrado por sus ojos, según lo entendió. Y no me maravillo de que bajando a la plaza de esta sima, tenga otra vista y haya más cosas que notar de las que yo tengo dichas en este caso. Y por tanto abreviando su relación, sin dejar de decir lo que a su relación compete y es substancial, diré lo que siento de su motivo, y lo que después he entendido de esta materia, porque el lector quede más informado de la historia.

* Tomado de la *Historia General y Natural de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo. Tercera Parte. Libro LXII).

Este fraile, el año de 1534, estando en Nicaragua oyendo hablar de este infierno de Massaya, tuvo deseo de verlo, y no pudo por entonces porque iba al Perú, desde donde volvió después a la Nueva España. Y en el año de 1536 fue desde México hasta Nicaragua, que hay cuatrocientas leguas por tierra; y fuése a Granada, y acordó de ir a ver a Massaya después que lo hubo comunicado con un fraile de San Francisco, flamenco o francés que allí halló, llamado fray Juan de Gandabo. Y para esto tomó en su compañía a Juan Antón y Juan Sánchez Portero y Francisco Hernández de Guzmán, y llegaron a ver aquella sima martes en la tarde, día de San Basilio, doce de Junio de 1537.

Y dice este padre que ninguno de los que allí han subido, no saben decir ni afirmar qué cosa es aquello que ven en aquel profundo; porque unos dicen que es oro, otros que es plata, y otros que es cobre, otros que es hierro, y otros piedra azufre, y otros agua, y otros dicen que es infierno o respiradero del mal; que en el fin de su relación hablará sobre todos esos pareceres, pues no se confirman, ni hay quien sepa dar a entender lo que ven a quien no lo ha visto. Y dice que crecido su deseo de entrar a ver qué cosa es aquello, que en aquel abismo con tan gran furia y ruido de día y de noche así hierva, comenzó a reprender a los que aquella tierra habían gobernado, pues en catorce años o más que en ella había cristianos, no se había entendido qué cosa era aquello, porque aunque no fuese cosa de provecho lo que allí está, sería muy bien inquirirlo para la conversión de los indios, y sería hacer mucho servicio al Emperador, nuestro señor, el que esta verdad y secreto supiese. Y certificaba a los que he dicho este padre que si le diesen aparejo e indios que entrasen con él, que él entraría en aquel infierno, porque el solo no bastaría para sacar cosa alguna de lo que en aquella caldera profunda o pozo que es dicho había. Y aquel Juan Antón dióle del codo y le dijo: “Callad padre, que por ventura Dios no quiere que lo descubran capitanes ni personas ricas, sino pobres y humillados”.

Después que estuvieron allí platicando y se hartaron de ver aquel fuego y suma, se tornaron a Granada, concertando la entrada al dicho infierno. Y desde que estuvieron en la ciudad, aconsejéronse con aquel fraile flamenco, el cual ya antes había visto a Massaya y deseaba saber este secreto, y aún les dijo que aquello que ardía no podía ser sino metal de oro o plata y la mayor riqueza del mundo. Y dábales algunas razones para que ello sucediese así, y que a su parecer sería bien entrar a verlo.

Pues como fray Blas y los demás oyeron esto, y aquel fraile francisco hablaba a propósito de su codicia, acogieron otros dos compañeros: el uno se decía Gonzalo Melgarejo y el otro Pedro Ruíz, vecinos todos de la misma Granada. Y todos los seis y fray Blas juraron el secreto y capitulación.

Y prometió fray Blas ser el primero que en aquel infierno entrase, y el Juan Sánchez Portero se profirió de ser el segundo, y Pedro Ruíz dijo que él sería el tercero. Y así les pareció que no había necesidad que indios entrasen, sino que se estuviesen arriba con los otros compañeros restantes para meter y sacar a los que habían de entrar.

Con este concierto ya dicho, el fraile y Juan Antón y Francisco Hernández fueron con cuerdas de cabuya a medir la hondura que había hasta la plaza del dicho infierno, y no se pudo por entonces saber, porque la cuerda se les quebró por muchas partes.

Después, a los treinta de aquel mes, Juan Antón fue solo con mucha cantidad de cuerda y lo midió; y halló que hasta cierto muladar o montón de tierra y piedra que hay abajo en la plaza, son 120 brazas. Después, el 8 de Agosto, volvieron a Masaya fray Blas y Juan Antón, para informarse mejor de la medida, y anduvieron el terreno de dicho infierno todo por arriba, (en que hay una legua y de malísimo camino), por considerar a ver por qué parte debía ser la entrada más a propósito y segura; y tornando a medir hallaron que había hasta la peña principal, que está o sale en medio del camino, 66 brazas, y desde la dicha peña hasta el muladar o montón de tierra que es dicho que está abajo, otras 67 brazas y desde allí hasta la plaza abajo dice este padre que hay 100 brazas, y desde la plaza hasta aquella materia que hierve otras ciento; de manera que todas son 300 brazas o más, desde donde todos pueden llegar arriba a verlo hasta donde anda aquello que hierve. Y hecha esta diligencia, se tornaron a Granada.

Esta medida yo no la apruebo ni la creo, ni otros muchos que allí han estado, ni tampoco el gobernador Rodrigo de Contreras, que se halló presente cuando este fraile entró la tercera vez en aquel infierno o sima, y otros muchos que en conformidad dicen que desde lo alto hasta la plaza no hay más de 130 brazas. Y así me parecieron a mí, cuando lo ví que podría ser ello, poco más o menos. Pero pues dijo que yo pedí por armas aquel infierno, así como en ello no dijo lo cierto, no me maravillo que se alargue en su medida, la cual no aceptará ningún hombre de razón y buena vista que allí haya subido y visto aquella hondura.

A los veinte de Agosto se tornaron a juntar el fraile y sus compañeros, y rectificaron su compañía y ordenaron de contribuir en los gastos, y eximieron de esa cosa a este padre por ser religioso y el inventor de esta su empresa, y se ofrecía de ser el primero que había de guiar o entrar donde es dicho. Así por las aguas que sobrevinieron, para allegar los pertechos y maromas y cosas necesarias para efectuar lo que estos deseaban, se dilató algunos meses este negocio; pero juntadas todas las poleas y

recabado todo lo necesario, se pusieron en un pueblo de indios, que se llama Mambozima, que está media legua de Masaya, el cual pueblo servía a aquel Gonzalo Melgarejo, consorte de los susodichos.

Hiciéronse muchos aparejos para esta labor, así como poner una asa de hierro a un servidor de lombarda grueso, y una esfera grande, redonda de hierro con sus barras, que se podría abrir y cerrar, para meter en ella cangilones de barro, que en cierta manera metidos en aquel pozo pudiesen sacar en ellos aquel metal o licor. Y porque faltaba un cabestrante y no lo mandaban hacer por no ser descubiertos, el fraile lo hizo por su mano en el lugar que es dicho que estaban todos los otros aparejos. Y un miércoles diez de Abril del año 1538, juntado el fraile y su compañía, el Pedro Melgarejo les dijo que esto era un peligro notorio y nunca visto su semejante, y que no quería estar presente a la entrada de aquel infierno, porque pensaba que cuantos entrasen, habían de morir, o se quemarían vivos. Pero que él se quería ir a su pueblo de Mambozima y les daría indios y todo recaudo, y que el fraile y sus compañeros se fuesen con Dios. También se salió afuera el Francisco Hernández. Al fin, los cuatro compañeros restantes, Juan Antón, Juan Sánchez, Pedro Ruíz y fray Blas, procedieron en su tema y fueron a la cumbre de Masaya, y el viernes siguiente asentaron el cabestrante, que él puso y todo lo demás a punto para entrar otro día siguiente sábado.

Dice este padre que la boca de este infierno es como una campana la boca hacia arriba y angostándose para abajo, y arriba en las orillas no está igual en altura como la otra ya dicha, y a la parte oriental, que es hacia la otra, o sea más igual y bajo, y por todas las otras partes está mucho más alto, y al Poniente es casi un tercio más alto que por el Oriente: quiere decir que si a Oriente tiene trescientas brazas de hondo, como dice el fraile que las tiene, que son quinientas y más al Poniente.

Crían por todas aquellas peñas y socarenas, que están hacia adentro del infierno, muchos papagayos grandes y pequeños, porque es mucha la distancia que hay de parte a parte de la boca, que será a parecer un tiro de falconete o pasavolante, y bien se puede andar la boca a pie alrededor, aunque es mucha la distancia, y hay una legua en torno y de mal camino. Y yéndose angostando la boca de esta sima para suyo, como es dicho, hácese allá abajo una gran plaza grande, no bien redonda, prolongada un poco de Oriente a Poniente, que tendrá de ancho abajo casi un tiro de escopeta; y de la tierra que de muchos tiempos y años ha caído con las muchas aguas y temblores de tierra, (los cuales en aquellas partes son muy continuos), hay tanta tierra y piedra abajo en la plaza, que se han arrimado a las paredes de las barrancas, alrededor de la plaza, unos muldares o montones de tierra y piedra de cien estados y más en alto. La

tierra de las barrancas y paredes alrededor es de muchos colores, conviene saber: blanca, roja, negra, azul, amarilla y parda. Vienen alrededor en todas las barrancas de alto a bajo, que parece que van al profundo hacia lo que hierve, unas cintas o vetas, unas derechas y otras dando vueltas como culebras, que se diferencian mucho de la otra tierra de las barrancas. Y las dichas vetas son más anchas que palmo y medio y dos palmos.

En toda la parte de dentro, en paredes ni en la plaza, no hay rama ni hierba chica ni grande, sino tierra de peña tosca, y de las más peñas que quiten de ellas pedazos, son muy pesados, como que tienen metal en sí. Y lo mismo tiene la tierra que arrancaron de sobre las vetas, no obstante que la vecindad del tan gran fuego todo lo tenga chupado y atraído a sí. En la plaza, abajo, de lo que ha caído de arriba de peñas muy grandes, como cuatro o cinco carretas juntas, y de todas suertes, por su mucha hondura y distancia, parecen desde arriba bolas o chapines de mujeres. Está la dicha plaza llena de espinas negras y un poco rubias, a manera de listas o raspas de trigo, que el mismo infierno arroja y despide de abajo con tormentas y huracanes, cuando esas escorias echa por el aire muy quemadas y recogidas y livianas, como esponjas.

Capítulo VII

De lo que dice el autor o cronista añadiendo o advirtiendo al lector en lo que está dicho de la relación del fraile.

Antes que a más se proceda en la relación de este padre fray Blas del Castillo, porque el que lee no deje de saber lo cierto, en que me parece y aún afirmo que se engaña este religioso, y yo no lo sentí así cuando ví este espectáculo o monte de Massaya, pues dice que la plaza baja de esta sima no es redonda, sino prolongada, y aún me pareció redondísimamente perfecto su círculo, excepto si se debe comprender y sospechar que no siempre tiene una forma, sino que con el tiempo hace mudanza, a causa de aquel continuo hervor que en lo bajo anda de aquel fuego o licor que allí está, pues que el pozo le han visto en este tiempo que ha que los cristianos están en aquella tierra más hondo, al parecer, de lo que en dichos tiempos otros le han visto, o por aguas o temblor de tierra, o por cualquier cosa que ello sea. Y aquellos muladares que este padre dice que hay abajo en torno de la plaza, tampoco yo no los ví cuando en aquel monte subí, ni aquellas vetas de muchos colores y continuados, como él dice, sino a partes. Y no por orden, sino una mancha acá y otra acullá, desviadas. Torno a decir que no me maravillo que allá abajo tenga aquella profundidad otra figura o parecer muy distinto de lo que desde tan lejos pueden considerar o ignorar los ojos humanos, viéndolo desde la parte superior que

aquello se mira, y desde donde yo estuve mirando aquella sima; cuanto más que aun en las cosas que los hombres miran desde tan cerca, los unos como los otros lo suelen juzgar en diferente manera en muchas particularidades; y así las entienden diferenciadamente por defecto de los mismos ojos, por la diferencia, o porque el sentido es diferente en los hombres, y por otras causas que a este propósito se podrían dar, en que no me quiero detener por proceder en la relación de este religioso.

Capítulo VIII

En la persecución de la relación de fray Blas del Castillo en lo que por él se notó del infierno de Massaya.

La manera de la caldera o pozo que dice que está en medio de la plaza, me hace así mismo sospechar en las mudanzas de su forma. Cuando yo lo ví, estaba más acostado a la parte del Sur que a otra parte, como lo pinté en mi relación e historia; y yo no contaba aquella hondura del pozo desde la plaza hasta la materia que arde, como el lector puede haber oído, sino tan hondo como la mitad de tercia parte, o yo arbitré de la altura que hay desde la dicha plaza a lo más alto de la peña, y dice fray Blas que tiene cien brazas de hondo el pozo desde la plaza a la materia. El gobernador Rodrigo de Contreras, y otros que se hallaron presentes, cuando la tercera vez este fraile entró, dicen que no había sino hasta 40 ó 50 brazas.

Yo me maravillo también de que dice este padre que por arriba en la cumbre se puede este monte andar muy bien en derredor, como unas varandas de azotea que tienen su patio en medio, porque a mí me pareció asperísimo poderse andar como él dice. También dice que la boca del pozo no es redonda, sino prolongada (como la plaza) de Oriente a Poniente, y a mí me pareció desde arriba tan redonda como un compás podría hacer un círculo.

Dice que tendrá de largo aquella caldera tanto como dos carreras de caballo grandes, y una buena de ancho, y yo no la juzgara así ni por la octava parte de esa grandeza; y como he dicho no me quiero detener en esto, que mejor lo pudo tocar quien bajó, como el fraile, a aquella plaza, que el que lo miró desde donde yo lo ví.

Dicen que por la parte de Poniente no van las peñas derechas hacia abajo, sino echadas o angostándose hacia el metal o aquello que hierve; de manera que arriba está ancha la boca del pozo, y abajo, junto a la materia que hierve, está angosto por aquella parte del Poniente, y que a la parte del Oriente no van así las peñas, sino al revés; que arriba está la caldera angosta, y abajo, junto aquel licor que hierve, está ancho; de manera

que lo demás de la plaza de aquella parte está socavada o en vago. Lo que anda debajo derretido dice que es de esta manera: una laguna colorada, con tan grande ruido como la mar, cuando con mucha furia bate en las peñas, y encendida esta laguna o licor sin llama, como el metal de una campana cuando está derretido y lo quieren soltar para que entre en el molde, o como el oro o plata derretido líquido en la rielara, salvo que tiene una tela o nata encima, negra y muy grande, de dos o tres estados en gordo, al parecer. Y es de notar que si no fuese por esa tela y horrura de escorias que aquel licor ya dicho encima de sí tiene, echaría a todo sazón tanta claridad y resplandor de sí, que no solamente en la plaza abajo no se podría estar o entrar, mas arriba en lo alto de la cumbre de este monte no habría quien por el mucho calor se pudiese asomar a verlo; pues esta tela y horrura, ya se abre o resquebra por unas partes y ya por otras y ya por toda ella juntamente, y entonces aparece el licor y metal abajo colorado, a manera de relámpago, cuando va ondeando por el cielo, como culebra, y esto por muchas partes y en todo tiempo, sin jamás cesar.

En medio de esta laguna o metal saltan o revientan dos borbollones o manaderos muy grandes de aquel metal continuamente, sin ningún punto cesar, y siempre está el metal o licor allí colorado y descubierto, sin escorias; y echa allí aquel metal más alto, al parecer, de cuatro o cinco estados, y unas veces más que otras.

Está el un borbollón o manadero un tiro de herrón bueno apartado del otro, y esto es hacia en medio de la laguna y a las orillas hacia las peñas o junto a ellas; y salta y hierve y revienta aquel metal o licor, ya por una parte ya por otra, que parece que vienen de lejos a entrar en él arroyos o gruesos caños de aquel licor o metal; y esto con gran ruido o furia, que andan las olas de una parte a otra hacia las paredes o peñas, como artillería cuando baten muralla. Y todo esto con tan gran sonido como una mar, cuando anda brava con tempestad, batiendo en peñas y rocas.

Tienen todas las peñas o paredes que están alrededor juntas al metal siete u ocho estados al parecer muy negras, que se diferencian mucho de las peñas de más arriba; y esto es que cuando hierve, salta o arroja aquel metal arriba; y alcanza hasta allí. Al Oriente, un poco más al Este-Nordeste, allá abajo junto al metal, va una entrada de cueva por debajo de las peñas, muy honda y muy ancha al parecer, que tendrá un tiro grande de herrón de anchura; y del metal o licor de la misma laguna entra por la dicha cueva un arroyo a manera de río de aquel metal, que parece que el mismo metal de la laguna se va desaguando por la dicha cueva, de manera que corre un rato y párase otro, y corre otro, y cesa otro, y así anda siempre. Sale de dentro de esta cueva hacia la laguna gran humada, porque es más el humo que sale por aquella cueva que el de toda la laguna

junta, el cual humo huele un poco a piedra azufre, y no mucho, a respeto de su gran cantidad, y todo aquel humo de la laguna y de la cueva es gra-siento, como en las minas de plata, cuando funden el metal.

Finalmente, sale de toda aquella caldera hacia arriba tan gran calor y resplandor, que no se puede creer ni decir, si no se ve, porque de noche con el gran resplandor y claridad que de sí echa, para todo el cielo o aire de encima de la caldera y de la sierra tan claro, que es cosa de ver de esta manera: que de noche encima de aquel volcán o sierra hay una claridad muy grande y muy clara, y más arriba un trecho en otras nubes hay otra claridad tan grande como una corona de un papa, y esto en las nubes o en el aire de encima. De manera que la dicha claridad dice fray Blas que él la ha visto de noche muchas veces por tierra doce leguas, y por otras partes se ve más, y en la mar del Sur la ven los marineros de noche, y cuando más oscura es la noche, más claridad parece. Está el dicho infierno de la mar del Sur la tierra adentro poco más de siete u ocho leguas.

Es de notar que este fuego, o lo que es, no echa llama ni abajo la hay chica ni grande, salvo que cuando desde arriba echan un palo o una saeta tirada con ballesta, como dice este padre que las vió tirar encima de la escoria, que entonces la hay durante que el palo o saeta arde, como una can-delica muy pequeña, e quemado aquel palo, no hay más llama.

Dice el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo que desde donde el vió aquella nata o tela y horrura que está sobre aquel licor, de que aquí se trata, no parecía sino muy delgada, como una espuma que se hace en una olla al fuego puesta con agua, y que pues el fraile testifica de tanta grosura, como dice, que así debe ser; pero no acepta que parece aquel licor como relámpago debajo de aquella horrura, ni creo que si no la tuviese, echaría tan excesiva claridad, como el padre dice, que no se pudiese entrar en la plaza ni asomarse arriba a verlo: y pruébase lo contrario, porque cuando huye aquella horrura con el borbollar y hervor que alza aquel licor, no hay más claridad ni calor que hasta entrar. En lo demás no se debe dejar de creer que estas cosas y otras cuanto de más cerca son consideradas, mejor se penetran de nuestra vista y más proporcionadas al natural se entienden que desde lejos.

Hay mucha diferencia en ver este infierno de día o de noche, porque de noche echa tan gran claridad que parece muy bien y es cosa de ver. En verano o en tiempo de aguas o truenos hay tanta diferencia, que no se puede creer sin verlo, porque en levantándose el aguacero o nublado, hace cosas y visajes que parece que es cosa viva y que siente, y no cosa muerta y sin sentido. Y cuando el agua cae derecha del cielo en la caldera, en el aire, antes que llegue a la escoria, con su gran calor la consume, tor-

nándola humo o niebla, de manera que todo lo oscurece. Esto es de día, porque de noche todo está claro, de forma que desde lo más alto de la barranca o monte, donde todos pueden llegar los que verlo quisieren, se lee muy bien a cualquier hora de noche en todo el tiempo una carta o las que quisiere. En así dice este padre que rezó allí maitines y lo que quería, sin echar menos el día para rezar.

Algunos dicen en aquella tierra que en unos pueblos de indios que están cerca del dicho infierno, una legua abajo apartados, han leído algunas veces españoles las cartas mensajeras de noche al resplandor: lo cual el fraile dice que él no lo ha visto, y dice que los que miran desde arriba la caldera de ese metal o licor, no pueden ver por su gran hondura todo el campo o grandeza o cantidad del metal, y que cuando mucho vieren, podrá ser la tercera parte, de esta manera: que si el que mira abajo se pone a la parte del Oriente, no se ve abajo en la caldera sino el tercio que de ella está al Poniente; y si mira desde la parte del Poniente, no se ve de la caldera sino lo que ella tiene al Oriente. Y así de las otras partes, excepto los que han entrado a la plaza abajo o los que entraren, que aquellos lo ven bien y aun no todo, y con mucho peligro de caer dentro.

Afirman en aquella tierra los indios, y aun los españoles, que después que se ganó aquella provincia, una vez que llovió mucho aquel año, subió y creció aquel licor o metal hasta arriba, y no saben de qué manera; y que con su gran fuego quemó en una legua o más alrededor cuanto halló, y que echó un rocío o vapor de sí tan caliente, que todas las hojas de los árboles y ramas y hierbas en dos leguas y más alrededor se cocieron en toda aquella tierra.

Tienen los indios por su dios a este infierno, y solían allí sacrificar muchos indios e indias y niños chicos y grandes, y los echaban dentro en la plaza por aquellas peñas abajo; y esta causa dice este padre que le movió principalmente a entrar dentro, por quitar a los indios, si pudiese, de tal creencia y fé como en ese diablo tienen. Y es de notar que si no eran ciertos viejos que allí tenían cuidado de los sacrificios, como sacerdotes, los demás, por gran reverencia y temor, no osaban, ni aun ahora osan, llegar a verlo.

Dice más este padre: que no hay persona que lo pueda ver, sin gran temor e admiración o arrepentimiento de sus culpas y pecados, porque en esta vida no se puede ver ni imaginar otro fuego mayor después del fuego eterno, ni hay quien perfectamente pueda escribirlo ni dar a entender como ello es. Y a esta causa dice que en aquella tierra los confesores han dado por penitencia a algunos que han confesado, que lo vayan a ver; pero que después de haberlo visto la primera vez, no se hartan los ojos

humanos de verlo, aunque mil veces lo hayan visto, porque alegra mucho la vista aquel licor que allá abajo anda hirviendo y encendido. Porque según él dice, con toda verdad se puede decir que es aquel un lugar, donde no hay oscuridad ni noche.

Capítulo IX

En prosecución de la empresa y relación de fray Blas en el infierno de Massaya.

Ya tengo dicho (dice fray Blas) que como se trajeron los aderezos necesarios sobre la barranca del infierno y los asentaron para entrar, otro día siguiente sábado, pusieron el cabestrante treinta pies apartado de la orilla de la barranca, y pusieron una viga de veinticinco pies o poco más con un agujero al cabo, y en el una roldana o castillo con un perno o clavo grueso; y el cabo de esta viga salía afuera volante sobre la barranca cuatro o cinco pies, y de esta otra parte o cabo en tierra cargáronla de grandes piedras. Esto era en derecho y en par del cabestrante, al cual se puso un grueso cable o maroma de 135 brazas; y metieron el cabo de esta maroma por la dicha roldana y polea que tenía la viga, donde salía fuera de la barranca. A este cabo del cable ataron un troncón de un árbol de madera muy pesada, y tan gordo como un buey y algo más largo que un estado y medio; y por en medio este troncón tenía una muesca, por donde estaba atado el cable a ese troncón, porque las peñas no lo rozasen por allí. Y soltaron o aflojaron el cabestrante poco a poco, y de esta manera, y no con poco trabajo, metieron el tronco hasta que se sentó sobre uno de los muladares o montones de tierra y piedras y tierra que este troncón derribó por donde pasó, por su gran peso, y el ruido que iba haciendo no se puede creer sin verlo; pero totalmente este palo les alisó y aseguró el camino.

Después que lo tuvieron asentado abajo, tiraron a tirar de la maroma como la quisieran subir, y así se estiró y atesó el cable todo lo posible, en tal forma que se salvaban muchas peñas y socavaduras o socareñas que hay en la barranca, y quedó el cable que parecía estar de nave, (que es aquella cuerda que desde la gavia de la nave, para tenerla fuerte, va tirada hasta el castilla de proa), excepto que esta iba más derecha para abajo; y este era el camino para los que habían de bajar.

Tenían otra roldana o castillo redondo, del tamaño de un plato, con un agujero en la mitad tan grande como la muñeca del brazo; y esa roldana con un cerco de hierro redondo que alrededor la apretaba, y a una parte, después de ceñida en el mismo cerco, una asa de hierro, a la que estaba atada otra gruesa maroma, tan grande y tan larga como la que tenía el troncón. Y en esta segunda metían al que había de entrar, (salvo

que el primer cable o estay iba metido por en medio del carrillo de palo ya dicho y de su arco de hierro), de manera que atado el hombre al aro o asa de hierro de la roldana ibanlo metiendo con la maroma y cabestrante poco a poco; y no podía ir por las peñas de la barranca acá ni allá, sino derecho por el cable o estay abajo hasta el muladar, donde estaba el troncón asentado allá abajo. Y el hombre iba metido en un balso o cincho como aquellos que cogen la orchilla en Gran Canaria; de manera que si el que así bajaba muriera o se desmayara en el camino, lo podían tornar a subir arriba. Estos artificios peligrosos enseña la codicia humana a los codiciosos, que sin temor de perder el cuerpo y el ánima, se ponen y aventuran tan determinadamente a poner las vidas en riesgo y aventura de morir o cumplir sus vanos deseos.

Así que, llegando el sábado del año de 1538, y en el mes de abril, y antes de la dominica de Ramos, trece de aquel mes, el fraile y sus tres compañeros se levantaron muy de mañana, y después de haberse confesado y los que habían de entrar tras él, (que eran Juan Sánchez Portero y Pedro Ruíz), el fray Blas dijo misa de Nuestra Señora, y rezó las horas de aquel día todas juntamente, y almorzaron. Y hecho esto se pidieron perdón los unos a los otros con lágrimas, porque no sabían si se habían de tornar a ver ni en que había de parar este negocio, y luego el fraile cogió muy bien las faldas de sus hábitos a la cinta, y puesta la estola como sacerdote en cruz delante de su pecho, y atada con la cinta bendita, tomó un martillo pequeño, y púsoelo en la cinta a la mano derecha, (para derribar las piedras movedizas por el camino), y una calabaza pequeña con hasta un cuartillo de vino y agua, y atada a la mano siniestra, y un casco de hierro a la cabeza, y encima un sombrero bien atado. Y así se puso en el balso o cincho en que había de entrar, y atado muy bien, tomó una cruz de palo pequeña, la cual llevaba en la mano y a veces en la boca por su camino o maroma abajo; y después que a cuarenta o cincuenta indios que allí estaban les dió a entender que la cruz que en la mano llevaba era la espada y armas de los cristianos contra el dios o diablo de los indios, despidióse este padre de sus compañeros, y ellos le encomendaron a Dios.

Entrando dentro por la forma que es dicho, fue el primer hombre que tal camino hizo, y no sin harto trabajo y peligro, porque como los que arriban quedaban no eran diestros en el oficio, y muchas veces le perdían de vista por las concavidades de la barranca, soltábanle muchas veces en el aire o en vago cuatro o cinco estados o más, como al que dan tracto de cuerda. De manera que cuando llegó abajo al troncón ya dicho, le faltaban la mayor parte del cuero de las manos, y le hubieran aprovechado asaz unos guantes, y a no llevar casco en la cabeza corriera peligro su vida, porque le acertó a dar una piedra tamaña como una nuez en la cabeza con tanta furia, que le hizo meter el pescuezo en el cuerpo y temblar todas las

carnes. Y es muy continuo caer allí piedras y galgas de toda suerte, juntamente con tierra de muchas partes, en especial entonces por donde iba este padre, porque los cables ya dichos derribaron de la barranca muchas piedras.

Llegado abajo, se hincó de rodillas, y besó la tierra dando gracias a Dios que le había guardado, y fuese con su cruz en la mano por el muladar abajo hasta la plaza, que hay buen trecho y de cuesta muy derecha. Y como llegó a la plaza, le perdieron de vista desde arriba sus compañeros por la mucha hondura.

Me parece que el atrevimiento y osadía de este fraile es el más temerario caso que he oído, porque como he visto este infierno de Massaya y me acuerdo de su profundidad, me maravillo más de lo que este padre emprendió. Y yo lo tengo por más osado y codicioso que sabio, pues muchas veces en su relación quiere dar a entender que aquella materia que hierve, es oro o plata.

Dice que bajado ya a la plaza, fué santiguando con la cruz que llevaba a mano, y recatándose si por acaso había, acercándose a la caldera fogosa, algún peligro, porque en muchas partes en el llano mismo de la plaza sale el humo como de chimenea por entre las peñas; e iba diciendo el evangelio de San Juan, y aquel acabado, decía: *“Non nobis Domine, non nobis; sed nomini tua da gloriam”*. “No a mí, Señor no a mí; más a vuestra santo nombre sea dada la gloria”.

Y comenzó a mirar si por aquellos muladares veía los huesos de algunos indios de los que allí habían despeñado o algunos ídolos, y no vió cosa alguna, porque aunque los hubiese, la tierra que cae de lo alto lo tendría todo cubierto. Después llegóse este padre a una de aquellas vetas que bajan de alto a bajo, y con el martillo que llevó, dió golpes en ellas, y no halló nada más de parecerle a él vetas de metal de plata, y que por el gran fuego de abajo de la caldera, están chupadas y mamadas sin virtud.

Después que eso hubo hecho, fue a una peña de las grandes que está en la plaza, y encima de ella puso la cruz de palo pequeña que llevaba, lo mejor que pudo, con unas piedras en torno de ella, porque el viento no la derribase. Y volvióse fray Blas por donde había bajado, y le divisaron y vieron desde arriba sus compañeros, y no poco se holgaron, porque había rato que no lo veían en ninguna parte de la plaza, a causa de la gran distancia; y pensaban que era ya quemado. Y como el fray Blas miró arriba, vió que le hacían señas con un paño blanco, sin que las voces que le daban se pudiesen entender ni oír más del eco y retumbar de ellas, no claro lo que le decían; pero entendió que esas señas le llamaban para que se

subiese y atase al balso, porque los indios, pensando que era muerto, se huían, y los de arriba no los podían detener. Entonces este padre se fue al balso o cincho, y halló que se lo habían subido en el aire más de dos lanzas de alto; y a más no poder le fue necesario, para alcanzarlo, que se acordase de lo que había aprendido a trepar antes que fuese fraile, y con harto peligro por la tierra que de lo alto caía. Podría estar en todo cuanto estuvo dentro de la plaza, espacio de tres horas largas: atado al balso, le tornaron a subir arriba.

No dejo de creer que este fraile fue marinero algún tiempo, y que siendo hombre de la mar, pasó a las Indias, pues dice su relación que fray Tomás de Berlanga le dió el hábito en Santiago: el cual, mucho tiempo antes que fuese obispo, fue morador en las Indias y prelado y buen religioso en el monasterio de la ciudad de Santiago; de la Isla Española.

De los peligros que se sospechaban antes que fray Blas entrase en Masaya, diré algunos; y eran tener por imposible entrar allí hombre vivo, y ya que allá bajase, ser imposible tornarlo a subir. Lo segundo, que como desde arriba parece en la plaza todo lo que de ella se puede ver pardo, pensábase que sería ceniza, y no terreno tieso y seguro, sino flojo y caliente, por la vecindad de tan gran fuego, y que el que entrase allí se sumiría y se quemaría. Lo tercero, porque se pensaba que allá abajo la calor sería excesiva, e insoportable ella y el humo que allá anda. Y otras muchas otras cosas decían que se dejan por su prolijidad; y aún platicaban entre los españoles que el que allí entrase, no había de ser sino alguno ya sentenciado por delitos a la muerte; y sospechábase que allá en aquella profunda sima no andaba viento que templara tanta calor, y poder alentar al que allí descendiese.

En fin, subido fray Blas, fue grande el gozo de los compañeros, y muchas las preguntas que le hicieron de aquel infierno de donde venía; el cual les respondió que en cuanto a subir y bajar ya ellos lo había visto, y que en cuanto a la ceniza no era la que parecía, sino espinas que el mismo infierno echa fuera del pozo cuando las despide a manera de escorias; y que como las envía calientes, se van derritiendo en el aire como hilitos o aristas o rasas de las espigas de trigo, y rubias un poco; y después que se enfrían quiebranse por muchas partes; y que no le pesara haber llevado guantes, porque no pocas de esas espinas traía hincadas en las manos.

En cuanto a la calor, dijo que no la había allá abajo, sino tanto o más aire que el que hay arriba o fuera de aquella sima, tanto que en partes es perjudicial, porque de la tierra que de arriba cae el aire hace mucho polvo y lo metía por los ojos; y que el que allá abajo está, es menester guardarse de las galgas y piedras que las barrancas despiden. Y que de cuan-

do en cuando salen de aquella caldera unos vahos calientes y grasientos, como de metal, que huelen un poco a piedra azufre; pero que abajándose el hombre un poco, tapada la cara y los ojos, luego pasa aquello, y que otro peligro alguno en Dios y en su conciencia no había tenido ni sentido allá abajo; y que él tenía a todo su juicio por plata aquello que anda derretido en la caldera de aquella profundidad, y que era menester que tuviese más compañía para sacar la muestra de ello y salir de esa duda.

Capítulo X

Continuándose la relación del fraile en las cosas del infierno de Masaya.

Como vieron fray Blas y sus compañeros el término en que estaba su empresa, y que tenían abierta la puerta y hecho claro el camino para no temer cosa que tan temerosa antes les parecía, y que el estay y todo los demás estaba aparejado, acordaron que uno de ellos quedase allí a guardar todo aquello, (este fue Pedro Ruíz, con algunos indios), y el fraile y los demás se fueron aquella noche a Granada a dar orden en acrecentar el número de la compañía.

Y el domingo de Ramos, catorce del dicho mes, se juntaron por la mañana en San Francisco, y llamaron a Gonzalo Melgarejo y contáronle todo lo que había pasado; el cual se holgó de oírlo, y dieron parte a otro llamado Benito Dávila, y dijo que él sería uno de los que entrase en Massaya, y aun sería el primero; y a su ruego tornaron a recibir a Francisco Fernández, pues que la cosa era tan rica, si saliese como ellos lo arbitaban, que había para sacar de necesidad a muchos. Así que ya eran siete compañeros, conviene saber: fray Blas, Juan Antón, Juan Sánchez Portero, Gonzalo Melgarejo, Pedro Ruíz, Benito Dávila y Francisco Fernández.

Y concertaron que otro día, lunes de la Semana Santa, disimuladamente, unos por una parte y otros por otra, se fuesen luego al infierno de Massaya a conseguir su propósito; y así se juntaron el martes 16 de Abril de la Semana Santa, encima del monte de Massaya. Y después de haber oído misa, cada uno decía que quería ser el primero que entrase, por ganar honra; y para quitar este litigio echaron suertes, y al primero que cayó fue a Pedro Ruíz, y al segundo cupo la suerte a Benito Dávila, y al tercero a Juan Sánchez, y al cuarto a Fray Blas. Hecho esto, se escribió la capitulación de esta compañía, y la firmaron de sus nombres, e hicieron tres cédulas para ponerlas abajo en la plaza a manera de posesión que tomaban de aquella caldera de metal que allí hierve, en nombre de Su Majestad y de ellos, y esas cédulas metió el fraile por todos sus compañeros,

cada una puesta en su encerado sobre sí, que se escondieron en la dicha plaza.

Así que, estando todo a punto, después de haber dicho misa este padre, y ya que querían almorzar para comenzar su entrada, vieron asomar gente a caballo que venían en su rastro, y eran ciertos vecinos de esa ciudad de Granada, llamados Alonso Calero, Francisco Sánchez, Francisco Núñez, Pedro López, Diego de Obregón y otros, de los cuales el fraile y sus consortes recibieron pena en verlos; pero disimularon su enojo, pues que en aquello pensaban que servían a Dios y al Emperador Rey, nuestro señor.

Y llegados los que así venían, maravilláronse de ver el artificio para entrar en aquel infierno, tan a punto y con tanta jarcia y cadenas y lo demás, y conocieron que aquello era cosa pensada y aparejada desde muchos días antes, y aunque lo veían no lo creían, pues les pareció que aquello era empresa de un príncipe, más que de hombres semejantes. Y como deseaban ayudar a los primeros, no como testigos, sino como compañeros, unos se quejaban al fraile, y otros a los otros, en no haberles dado parte de aquel secreto al principio. En fin, dadas sus buenas respuestas, todos almorzaron juntos, y los que habían de entrar se pusieron en orden, unos con guantes, y los que no los tenían pusieron paños en las manos, por las espinas que el fraile les había dicho que había; y cada uno con su casco en la cabeza, por las piedras y galgas que caen; y algunos se pusieron nóminas con reliquias al cuello, y se encomendaron a Dios, y en las oraciones de los que acá quedaban, como los que van a morir.

No es poco de loar el esfuerzo y osadía de esta nuestra nación; y es cierto que aunque esto está de muchos y muy largos tiempos experimentado, y por incontables autores y ojos de los pasados y presentes visto, que quien ha mirado este infierno de Massaya, como yo, le parecerá que es una de las mayores osadías que un hombre mortal puede acometer, entrar en aquella sima tan profundísima, donde sólo mirarlo desde arriba, y estando seguro del peligro, es mucho esfuerzo llegarse hasta aquella boca, cuanto más descender a donde tan ciertos inconvenientes y trabajos están aparejados, y tan dificultosa la bajada e incierta la vuelta. Cosa es verdad de gran espanto pensarlo, e historia muy peregrina y muy estimada de cuantas se han oído o escrito por verdaderos autores.

Al primero que de esta compañía le cupo entrar en Massaya, fue Pedro Ruíz; y atado en el balso, y atada consigo una cesta con una calabaza de agua dentro y comida, y alrededor puesta paja, porque no se

quebrasen las vasijas por las peñas, y encomendándole todos los miradores a Dios, anduvo el cabestrante y torno, que lo traían los indios, poco a poco, y así lo metieron hasta el muladar. Y se desató allá a sí y a la cesta, y fué por el muladar abajo a la plaza. Y tornaron a subir el balso, y púsose en él Benito Dávila con otra cesta de bastimento o comida y agua, y una cruz de palo pequeña, y fue bajado por la misma orden, y desatándose bajó desde el troncón hasta la plaza; y llegado allá, le vieron desde arriba cómo se hincó de rodillas a la otra cruz, que el fraile había metido allá el sábado antes, que estaba sobre una peña, y en otra el Benito Dávila hincó o clavó la cruz que llevaba, con un clavo. Vuelto el balso, entró en él Juan Sánchez con otra cesta, en que iban los cangilones de barro cocidos, que dentro en la esfera de hierro se habían de meter cada uno por sí. Y tornando el balso arriba, entró fray Blas, y a él atados sus hábitos y puesta su estola, como hizo la primera vez, y llevaba las tres cédulas de la posesión; y metió otra cesta con las cadenas y la esfera de hierro, y un mortero o servidor de lombarda y un martillo y unas tenazas y escoplo y algunos clavos, por si fuesen menester.

Como todos cuatro fueron abajo, dióse orden de meter una viga grande de veintinueve pies de largo, con una roldana al cabo, en que se ocuparon y se pasó aquel día hasta la noche, dejando cansados a los de arriba y de abajo, por lo cual no se les pudo meter agua; y la que habían llevado los que en la sima estaban era poca, y con el trabajo y la calor bebieron la que les quedó con muy estrecha ración, y así pasaron hasta el siguiente día. Y la primera noche, por su sed, no se pudo hacer más de llegar la viga a la orilla de la caldera, y asentáronla por donde les pareció que convenía, de esta manera: sacaron un cabo de la viga, con la roldana o carrillo que tenía, hasta cinco pies de la orilla de la caldera, y al cabo que quedaba dentro de la plaza cargáronle de piedras, y pusieron las cadenas y maroma a punto; y hecho esto se pusieron a dormir un rato en la plaza.

De noche, la gran claridad que de sí echa aquella caldera, es causa que lo que habían de hacer lo podían como de día efectuar, porque allí no hay noche en aquella plaza, y por eso no aguardaron a la mañana; sino como reposaron alguna cosa, comenzaron a trabajar, aunque el sueño, según el fraile dice, él sólo durmió y no los demás, a causa del ruido por la batería de aquel licor en las peñas y rocas, que parece que toda la plaza tiembla. Así que, levantados todos en pie, fueron todos cuatro a la viga e alistóse la soga, y comenzaron a meter el mortero de hierro hasta una braza, e hincáronse de rodillas y prometieron a Nuestra Señora de Guadalupe cierto voto; y levantáronse en pie y comenzaron a meterlo los tres de ellos, porque el otro que fue Juan Sánchez, fue a la otra parte de la caldera, casi al contrario, enfrente de los compañeros, para ver cuándo llegaba abajo.

Encima del mortero de hierro arriba, cuanto una braza de él en la misma cadena, iban atadas ciertas hilachas blancas, para que el que iba a la otra parte viese el mortero, y lo segundo para que cuando se encendían y ardían esas hilachas, se entendiese que el mortero llegaba abajo a la escoria. Finalmente se metió el mortero tres veces, y en las dos no sacó nada, aunque les parecía que habían llegado abajo a las escorias, pero la verdad era que no llegaba. A la tercera vez, como la cadena y el mortero se pegaron con la escoria abajo, tuvieron trabajo en arrancar y despegar el mortero de la escoria por su gran peso, y les pareció que traía metal, y era que el mortero y la cadena venían todo enfoscado y cubierto alrededor de escorias. Lo cual, subido arriba, y visto que no podían sacar más de las escorias de encima del metal y que la escoria era mucha y negra y liviana y agujereada de agujeros muy lucios y blancos y resplandecientes, (como que de ellos se hubiera sacado metal, y parecía que debía ser oro o plata más que otros metales), y porque entonces quedaban cansados y con mucha sed, estos experimentadores tornaron a reposar hasta la mañana.

Cuanto a la hondura de cien brazas en la cadena hasta aquel licor, dice Rodrigo de Contreras que no hay sino cuarenta o cincuenta brazas, desde la boca o plaza hasta esa pasta o lo que es, que fray Blas afirmaba ser oro o plata, y los más tienen que es minero de azufre.

Llegado el día, los de abajo enviaron con las sogas una carta para que les bajasen agua; y no les escribieron lo que pasaba por no desmayarlos. Antes les significaron que era gran riqueza y que había muestra de plata; y en tanto que la carta iba, les pareció a los de abajo que se debían salir luego, porque eran pocos para lo mucho que había que hacer, y por la gran hondura, el mortero, y la cadena y soga pesaban mucho, y las catorce brazas de cadena que eran menestar más porque la soga que metían iba a riesgo de quemarse, y cada vez salía chamuscada en partes, y a quemarse aquella soga corrían los de abajo gran peligro, así de no poder tornar arriba como de no poderlos desde encima proveer de comida ni de agua, porque con aquella soga, que sería de ciento cuarenta brazas, tenían los de abajo lo que desde arriba se les enviaba.

Era esa soga tan gruesa como el dedo pulgar, y con esa cuerda el balso era guiado; y así por lo que es dicho tenía de tornar a meter la dicha soga en la caldera con las cadenas y lo demás, y por tanto estaba de voluntad de subir arriba para volver a su labor con mejor aderezo a concluir lo comenzado.

Los de arriba holgáronse con la carta, y enviaron luego una calabaza de agua y una cesta con una carta, en que les enviaban a decir, pensando

que habían sacado mucha plata, que mirasen lo que hacían y cómo la sacaban, porque los hidalgos que allí habían venido, codiciaban mucho ver y saber qué eran lo que habían sacado, contra su voluntad, si de grado no se les mostrase, y que subiese Benito Dávila primero.

Como los de abajo vieron esta carta, acordaron que dijese que había gran muestra de riqueza y subieron los tres primeros y quedó el fraile a la postre. Y llevaba consigo una cesta, en que la esfera y el servidor o mortero habían bajado, y les dió a entender que allí iba lo que habían sacado; y en la verdad, si no usara de este ardid o les diera esperanza con la cesta a los de arriba, posible fuera que algún travieso y de poca consistencia le hiciera alguna burla y le cortara la sogá. Y acabado de subir, todos fueron a él, y le rogaron que les mostrase lo que traía, pero él dijo que no lo podía hacer sin licencia de los compañeros, y con la mejor manera que lo supo encubrir, metió la cesta en un arca que allí tenía, y guardó la llave.

Visto esto, se apartaron de allí enojados los que atendían y escribieron al gobernador Rodrigo de Contreras, que estaba en León, haciéndole saber lo que habían visto y que sospechaban que se había sacado gran muestra de riqueza. Y con el Benito Dávila escribió fray Blas al gobernador lo que había pasado, y dándole a entender que no se debía ya llamar infierno Massaya, sino paraíso, aunque él tampoco lo entendió, como los demás, puesto que entró dentro.

Aquella tarde desbarataron el cabestrante y púsose en cobro lo demás, y otro día amanecieron estos compañeros y el fraile en Granada. Por manera que publicada la cosa, y entrando en sospecha que aquello era un gran tesoro, avisado el gobernador, él escribió que tuviesen a punto todos los aparejos que convenían para entrar en aquella sima, porque él quería mandar entrar en aquel infierno y estar presente para ver qué cosa era aquella.

Y así se hizo: el sábado 27 de Abril de aquel año, el gobernador fue en persona, y se puso en orden todo lo necesario; y el martes siguiente, postrero de abril, señaló siete personas que entrasen en el infierno, los cuales fueron estos: fray Blas del Castillo, Pedro Jiménez Paniagua, Juan Platero, Juan Martín, Antón Fernández, portugués y Nicardo, francés. Cada uno se aparejó y proveyó de casquetes y guantes y lo que más les convino. Y mandó el gobernador alargar diez brazas de cadena, y fueron con las que primero tenía veinticuatro brazas. Y el martes por la mañana, postrero de abril de 1538, después que el fraile se hubo metido en el balso y le hubieron encomendado a Dios y comenzaron a meterlo, el gobernador se fue de la otra parte contraria para verle mejor entrar. Y en fin el bajó y después de él otros dos juntos que eran Pedro Jiménez

y el Nicardo. Y volvió el balso o cincho arriba y bajaron otros dos, que eran Paniagua y Juan Platero, estos bajaron riñendo; y tornando el balso a subir, bajaron Juan Martín y Antón Fernández, portugués, y venían maltratados de las piedras que caían, y riñendo como los otros; pero a esos otros se les quebraron las vasijas de agua en el camino y quedaron con poca agua. Y pasóseles lo restante de aquel día en meter otra viga con su roldana al cabo, por donde habían de bajar las cadenas al metal, porque la que la otra vez metieron, el frailes la había echado al fuego por ver si hacía llama.

La siguiente noche, ya puesta muy bien su viga, y con su cadena y polea, había en la cadena que habían de meter con el mortero tres señas en la cuerda, una braza apartada una de otra, con ciertas hilachas y cabos de sogas blancos para que mejor se determinase el mortero allá abajo, cuando aquellas se encendiesen.

Después que estuvieron juntos los de abajo, se hincaron de rodillas e hicieron oración, y después de haber hecho su plegaria, metieron el mortero cuatro veces, y en las dos no sacaron nada, porque no llegaban abajo, aunque ellos pensaban que sí. Y la tercera vez salió el mortero de hierro tapada la boca, con gran bulto de escorias y mucho peso, y pensaban por eso que traía algo; y subido arriba, no había sino escorias. Tornado a meter la cuarta vez, entraron 17 ó 18 brazas de cadena; y como la escoria era grande y tan gorda no dejó pasar el mortero abajo al metal derretido, y quedóse allá con aquellas brazas de cadena, la cual era delgada, poco más gorda que la guarnición de una espada, y el resto de la cadena salió colorada; y la sogas salió por muchas partes quemada y chamuscada.

Hecho esto, luego desde arriba les bajaron agua y una carta del gobernador, en que les decía que le enviasen de lo que habían sacado y de la tierra que estaba cabe las vetas; y así se le subieron unas piedras pequeñas y pesadas, de las de la plaza, y algunas escorias de las que se habían sacado de la caldera. Lo cual visto arriba, quedaron descontentos muchos que lo estaban ahí esperando, y cada cual se fue por su parte a la ciudad; pero todavía fray Blas porfiaba que aquella materia que allí anda derretida es metal, por muchas razones que él quiere dar conformes a su codicia, que no le deben ser creídas. Y para que se le crean, dice que todas las personas doctas que hasta entonces habían llegado a ver aquel infierno son de su opinión, conviene a saber: fray Francisco de Bobadilla, de la orden de la Merced, y el maestro Alonso de Rojas, clérigo, y fray Bartolomé de las Casas, de la Orden de los Predicadores, y fray Juan de Gandabo, de la Orden de San Francisco; y que todos esos decían que aquello era metal, a su parecer. A lo menos ninguno de esos que este padre nombra, negará que él no estaba tenido por hombre de tantas letras como

codicioso, porque yo los conocí muy bien a todos, excepto al Gandabo. Pero en fin el mismo fray Blas dice que de cierto no se sabe que aquello sea metal, porque el gobernador de aquella provincia no había consentido que otros entren allí.

Y habla este padre con mucho fervor y afición, porfiando que aquella materia que en aquella sima arde es plata, y que todos o los más lo juzgan por azufre; y en la verdad así me pareció a mí, y me parece que el gobernador, como sabio y prudente, y porque le pareció notoria liviandad la de este fraile, no quería que los hombres se pusiesen a tan notorio peligro.

Y como Rodrigo Contreras, a cuyo cargo está aquella tierra por Sus Majestades, es caballero prudente, hacía muy bien en no consentir que aquella temeraria opinión de ese padre, y de los otros codiciosos que con él andaban embelesados, con la opinión de bajar a aquel infierno, procediesen adelante. Antes si fuera otro gobernador, le maltratara a él y a los demás por su loca osadía. Y no quería el gobernador que sin consulta del Emperador, fraile ni otro hombre entendiese en aquello; ni el fraile tenía licencia de su prelado para estar allí, ni para hacer esos juramentos y capitulaciones que él hizo, o a los otros codiciosos que con él se juntaron, exhortados por él; y en mucho peligro de su ánima y conciencia hizo todo lo que hizo, y así lo he yo oído platicar y culparle otros religiosos de su misma Orden, muy letrados y de autoridad, y aquella osadía no le llama ni llamará ningún prudente ni discreto varón celo de servir a Dios ni al Rey, sino especie de hurto, y querer él por aquella vía necesitar para capitular después con su majestad, si por caso salía el efecto al propósito del fraile.

Dice así mismo su relación, que el gobernador les tornó a escribir, estando él en persona mirando la sima, que pues no quería subir que subiese más tierra de cabe las vetas para que se pudiese hacer ensayo; y como no tenía barreta ni herramienta para ello, mas de aquel martillo que he dicho, con él el fraile y Juan Platero arrancaron lo que pudieron y pusieronlo en una cesta. Este Juan Platero decía que sin duda aquello que estaba derretido en la caldera era oro derretido. Entonces, cómo le oyó decir esto el Pedro Jiménez, dijo que se fuesen todos, que aquella veta más principal que está hacia la parte de León, que él la tomaba en nombre de su señor Alonso Calero.

Otro de los que estaban abajo, que se decía Paniagua, dijo que se fuesen todos, que otra veta que él señalaba a la parte de Momborima, que es un pueblo de indios, la tomaba para su señor Francisco de la Peña, primo del gobernador.

Como el fraile oyó esto, creyendo o barruntando que sus amos les habían mandado arriba que así lo hiciesen, antes que allá entrasen, dijo: "Sedme testigos que yo no tomo esta veta ni esa otra, sino que tomo esa caldera de metal que allá abajo hierve, en nombre del Rey, nuestro señor, y del mío y de mis compañeros", de lo cual se rieron todos.

Después de esto comenzaron a reñir los unos con los otros y amenazarse para cuando hubiesen salido de allí, y en tanta manera creció la rencilla que cuantas calabazas de agua les bajaban quebraban por reñir, no tirando como habían de tirar la cuerda. Pero el fraile les hizo allí amigos, y subieron todos de dos en dos, cada uno con el que había bajado esta tercera vez: que era Pedro Jiménez y el Nicardo, Paniagua y Juan Platero, Juan Martín y Antón Fernández, portugués; y el fraile subió a la postre con la cesta para hacer el ensayo de la tierra que en ella se sacó, y como fue arriba, la presentó al gobernador. Lo cual después el gobernador en León lo mandó a ensayar y no salió nada.

No cansado el fraile y los demás de su bando, suplicaron y aun requirieron al gobernador que les diese licencia para tornar a entrar en aquel infierno, y no se la quiso dar, ni permitir que estos ni otros allá fuesen a entrar en aquella sima. Y a esta tercera vez que el fraile y los otros seis que es dicho entraron, el gobernador estuvo presente, con otros muchos que los vieron entrar y salir.

Gran paciencia es la que ha menester y mucha prudencia el gobernador para contentar a los súbditos de su jurisdicción, y en especial algunos tan desatinados como andaban inducidos por este fraile; que como él no ponían dineros en el negocio, ni le dolían los que los simples compañeros habían gastado, ni le penaba que se acabasen de perder tras sus palabras. Pero como es dicho, el gobernador, viendo el notorio peligro y aventura en que aquellos querían traer sus vidas y sus haciendas, no les quiso dar lugar a que se perdiesen, y aun porque todos aquellos aparejos y jarcias subían los cuitados indios por aquellas breñas y sierras con excesivo trabajo, de que tampoco se dolía fray Blas ni su compañía.

Digo yo que para dar licencia para entrar allí a algún cristiano, no osara hacer ningún gobernador católico, si no fuese despiadado y cruel y de poca consistencia, cuanto más que bastaba ya lo experimentado para sacar a este padre y a los demás de su falsa opinión, y que se conformasen con el parecer de innumerables, que todos creen que es aquel licor piedra azufre.

Otras muchas cosas y novedades cuenta el fraile en su relación de poco fruto, en especial otro nuevo juramento que él y otros cuatro de sus

compañeros hicieron encima de los Evangelios, y les tomó el fraile francés fray Juan de Gandabo, de permanecer en su errada o vana opinión. Y da así mismo anchas razones en fin de todo para que se le crea que aquella materia que allí hierve en aquella profunda sima es metal, y que no es boca de infierno ni respiradero de él ni agua; y dice que aquel ruido tan grande que allá anda, no es sino de metal, y no salitre ni piedra azufre, como algunos quieren decir. Y dice que tampoco es hierro ni cobre y concluye que es oro o plata o juntamente oro y plata. Y afirma que los que dicen que es plata, esos traen más razón; y yo pienso que él y los tales están fuera de ella, y que no lo entienden. Ni yo aquí pusiera esto, sino porque me parece conveniente, por lo que ahora diré: lo primero, porque de necesidad aquel hoyo y sima ha de tener otra disposición y vista allá bajo muy diferente de la que de arriba pueden ver y considerar los que desde donde yo lo ví lo han visto o lo vieren, y esto cuéntalo bien este padre, aunque en la distancia y brazas de la hondura no dicen todos tantas como él; y yo he oído después al gobernador Rodrigo de Contreras, que lo vió y se halló presente la tercera vez que el fraile y los que he dicho allí entraron; y aun dice que después que entran en aquella profundidad, hay otra disposición, y cada día la hay y se hunde más tierra en torno de aquella plaza donde esos llegaron. Lo segundo que me movió a sacar o poner aquí esta suma de la relación de este padre fray Blas, es porque se sepa un tan temerario acometimiento como este religioso tuvo, en que no solamente aventura la vida sino el ánima, a lo que parece. Y en fin, todo ello es para dar loores a Dios en todo lo que es dicho, y no dejar de dárselos por haberle librado de su desatino y codicia a él y a los que él movió y trajo a su opinión.

III.- TESTIMONIOS Y ENSAYO QUÍMICO DE LAS MUESTRAS SACADAS DEL VOLCÁN MASAYA*

En el volcán de Masaya, término de la ciudad de Granada de esta provincia de Nicaragua, en primer día del mes de Mayo, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de 1538, el muy magnífico señor Rodrigo de Contreras, gobernador y capitán general en esta provincia, por ante mí Martín Mimbreaño, escribano de su Majestad y público y del cabildo de la ciudad de León de esta provincia y escribano de gobernación, hizo parecer ante sí las personas que de suyo serán contenidas, que entraron en el dicho volcán de Masaya, para haber información si la entrada y salida es muy peligrosa, y qué es el metal que en el dicho volcán hay, y recibió juramento de Juan Martínez, una de las personas que en él entraron, el cual habiendo hecho el dicho juramento y prometido de decir la verdad, fue preguntado qué es lo que vió en el dicho volcán y en la caldera de fuego que dentro arde, y dijo que lo que sabe acerca de lo susodicho, que este testigo con las otras personas que bajaron al dicho volcán metieron unas cadenas asidas con unas maromas y un servidor de tiro de pólvora, dos o tres veces, y que la una sacaron ciertas escorias como de fragua de herrero, y no sacaron ningún metal, las cuales dichas escorias mostraron, y después tornaron a echar otro lance para ver lo que allí había debajo de las escorias, y el fuego de la dicha caldera fue tan grande que teniendo metidas a lo que le parece diez brazas de cadena, se derritió en el fuego y se quedó allá dentro con el dicho servidor. Fue preguntado que qué es lo que le parece que está en la dicha caldera, dijo que le parece que es metal pero que no sabe que metal es, mas de que el olor que de ello sale es de piedra azufre y que le parece a este testigo que el dicho señor gobernador no debe de permitir que entre ninguna persona allí dentro, porque es gran peligro y riesgo de las personas que allí entraren y que hasta

* Levantado en la cumbre del volcán por Martín Mimbreaño, escribano de la ciudad de León. Archivo General de Indias, Sevilla.

ahora a lo que este testigo ha visto no ha visto allí riqueza ninguna de oro ni de plata, y que esta es la verdad y lo que le parece de este caso para el juramento que hizo y no lo firmó y señalolo el dicho señor gobernador.

Este dicho día fue recibido juramento en forma de derecho de Antonio Hernández, una de las personas que entraron en el dicho volcán, el cual habiendo jurado en forma de derecho y prometido de decir la verdad dijo que lo que de este caso sabe es que ayer entró este testigo con Juan Martínez y las otras personas que entraron en el volcán, y ha estado hasta hoy miércoles y que metieron unas cadenas en unas maromas y con un servidor de tiro y lo echaron cuatro veces a la caldera de fuego que está en lo bajo y que sacaron unas escorias sin ningún metal en el dicho servidor, y que como vieron que no sacaban metal, tornaron a meter a la postre otra vez las dichas cadenas y servidor más de diez o doce brazas en el fuego, y con el dicho fuego se quedó abajo derretida la dicha cadena y el dicho servidor, y así no sacaron ningún metal y que le parece a este testigo que es gran fuego el que allí está, y que da un gran olor de salitre y piedra azufre, y que no sabe ni vió que metal es, y que este testigo no entraría dentro otra vez por el peligro que corre, y que no debería el señor gobernador dejar entrar a ninguna persona por el gran peligro que hay, y que esto es la verdad para el juramento que hizo y firmolo de su nombre. Antonio Hernández.

Este día fue recibido juramento en forma de derecho de García Martín de Paniagua, una de las personas que entraron en el dicho volcán, el cual habiendo prometido de decir la verdad, dijo que este testigo bajó abajo al dicho volcán con las personas que mas bajaron y estuvieron desde ayer hasta hoy, y que en la caldera donde está el fuego que arde metieron unas cadenas con un servidor de lombarda y unas maromas, y que la echaron al fuego cuatro veces y no sacaron sino escorias, y a la postrera echaron otra vez la cadena y con el fuego se derritió la cadena y se quedó con el dicho servidor en el dicho fuego, que es tan grande que no se puede pensar y que no sabe este testigo qué es el fuego que está allí abajo, si es metal o que es, y que es gran riesgo entrar allí abajo por que es mucho peligro y no debería el dicho señor gobernador dejar entrar persona ninguna por el gran peligro que hay en la bajada y estadía, porque anda allí gran humo en lo bajo y reciben gran trabajo, en que esto es la verdad para el juramento que hizo y lo firmó de su nombre García Martín Paniagua.

Este dicho día fue recibido juramento en forma de derecho de Juan Platero, una de las personas que entraron en el dicho volcán, el cual habiendo prometido de decir la verdad y siendo preguntado por el tenor de lo susodicho, dijo que este testigo bajó ayer martes con las demás personas que bajaron abajo en el dicho volcán y que estuvieron hasta hoy

miércoles, y que allí en la plaza hay un gran fuego y que arde y que no se sabe que metal es, y que este testigo como persona que sabe algo de minas y afinar plata le parece que no es tierra de plata y que hay grandes escorias que arden en el dicho fuego, y que no se vió metal ninguno y que metieron en la dicha boca de fuego cuatro veces unas cadenas asidas a unas maromas y un servidor de tiro de pólvora, y que con el gran fuego se deshizo y derritió la cadena más de diez brazas, y quedó en el fuego con el dicho servidor y que hay gran trabajo en la bajada, y que no sacaron ningún metal ni tal vieron y que a este testigo le parece que el señor gobernador no debería dejar entrar ninguna persona abajo, porque tiene gran riesgo, y como dicho tiene no es tierra de plata ni tal cree que está en la dicha caldera donde está el fuego, y que allá abajo hay gran humo como de salitre y piedra azufre, y que así huele lo de abajo y que esta es la verdad para el juramento que hizo y no firmó porque no sabe, y señalolo el dicho gobernador.

Este dicho día fue recibido juramento de Pedro Ximenez, una de las personas que entraron en el dicho volcán, el cual habiendo jurado según forma de derecho y prometido de decir verdad y siendo preguntado por el tenor de lo susodicho dijo que este testigo entró en el dicho volcán ayer martes con las otras personas que entraron y que estuvieron abajo hasta hoy miércoles, y que metieron en la caldera grande donde está el fuego unas cadenas grandes con un servidor de tiro de pólvora asido a las dichas cadenas y a unas maromas, y que las metieron cuatro veces para ver si podrían sacar del metal que arde, y que no sacaron las tres veces nada, salvo unas escorias como de herrero quemadas, y que a la postrera tornaron a echarlas dichas cadenas y muchas sogas y que con el gran fuego quemó y deshizo las cadenas más de doce o quince brazas de cadena, a lo que a este testigo le parece y que se quedó dentro en el dicho fuego con el dicho servidor, y que no sabe que metal es aquello que está allí dentro y que el humo que sale es grande y malo, y que le parece que es muy dañoso para la salud porque huele a azufre y salitre, y que es gran riesgo bajar abajo, y que si no fuese por fuerza que este testigo no bajaría allá y que el señor gobernador no debería dar lugar a ello ni que bajase ninguna persona, ni este testigo sabe que metal es aquello, salvo el mucho fuego y escoria que tiene, y que esta es la verdad para el juramento que hizo y firmolo de su nombre, y que por lo que este testigo ve de fuera le parece que en estar abrasado aquello que no es riqueza ninguna, porque todo lo de arriba está quemado, y que si alguna riqueza hubiese, que no podría ser sino que se pareciese, y firmolo Pedro Ximenez.

Este dicho día se recibió juramento de Pedro Nicardo en forma de derecho, so cargo del cual habiendo prometido de decir la verdad y siendo preguntado por el tenor de los susodicho, dijo que este testigo bajó al

volcán ayer con las otras personas y echaron a la caldera de fuego unas cadenas con un servidor de tiro y unas maromas, y las dos o tres veces no sacaron sino unas escorias como de herrero quemadas, y a la postre echaron otra vez las cadenas y servidor y con el fuego se deshizo las cadenas y quemadas con el servidor se quedó en el fuego, y que este testigo no sabe que metal es aquello ni que cosa sea salvo el gran fuego que arde y que da gran humo y que es dañoso para la salud, y que es gran peligro bajar abajo, y que este testigo no bajaría allá si no fuese con mucha premia, y que el señor gobernador no debería dejar bajar ninguna persona porque es muy gran peligro, y que esta es la verdad para el juramento que hizo y no firmó porque no sabe.

Y luego este dicho día, salidas las dichas personas, luego incontinentemente sacaron de lo bajo del volcán una lava, la cual se deslió delante del dicho gobernador y de Luis de Guevara, alcade mayor y teniente de gobernador y del capitán Palomino y de Diego Teyerma, alcaldes ordinarios de la ciudad de Granada y de Juan Caravalló, regidor, y de Bernardino de Miranda escribano de Granada, y de otras personas, la cual lava desliada se halló que trafa en ella unos pedazos de peña y de maná de acije, en cantidad de cuatro o cinco libras de la dicha tierra y piedras para hacer la experiencia, y fundirlo para ver lo que era, lo cual llevó en su poder yo el dicho escribano para hacer la experiencia de lo que es.

Y después de lo susodicho, en la ciudad de León de esta provincia de Nicaragua, en quince días de Mayo del dicho año, ante mí el dicho Martín Mimbrenño, escribano susodicho, estando presente el dicho señor gobernador y Luis de Guevara su alcalde mayor y teniente de gobernador y el tesorero Pedro de los Ríos y Pedro de Buitrago, contador de su majestad, hicieron hacer fundición y ensaye de la tierra y piedras que sacaron del dicho volcán, que estaba en poder de mí, el dicho escribano, depositado a Hector de Leton y Adrián Correa, plateros, los cuales juraron en forma de derecho por Dios y por su Santa María, que bien y fielmente harían la dicha fundición, y para saber que metal tenían las dichas piedras y tierra y las molieron en unos almires y las echaron en un crisol y estuvo en la fragua un poco de tiempo en el fuego, por espacio de más de dos horas, poco más o menos, y después lo sacaron, y visto por los dichos oficiales plateros dijeron que so cargo de juramento que sus mercedes les tomaron, que aquello no era ningún metal, sino unas piedras quemadas, que se quemaban como ascuas por tener cantidad de piedra azufre y salitre, y que así lo mostraron al tiempo que estaban en la fragua oler a azufre, y que no era cosa de venero de plata, ni de oro, ni de otro metal rico, salvo lo que dicho tienen, y que esta es la verdad, lo cual todo, que dicho es, pasó ante mí el dicho escribano y estando presentes todos los dichos señores gobernador y oficiales y justicias, y por testigos Alvaro de Ca y

Rodrigo de Peñalosa y Diego de Cáceres y Alonso de Orozco, vecinos y estantes en esta ciudad y otras personas y lo firmaron los dichos plateros Hector de Leton, Adrián Correa.

Y yo, Martín Mimbrenño, escribano de su majestad y público y del cabildo de esta ciudad de León, y escribano de gobernación en el lugar del señor secretario Juan de Samano, fui presente a lo susodicho, con el señor gobernador y testigos y le hice escribir e hice aquí este mío signo a tal, (hay un signo). En testimonio de verdad. Martín Mimbrenño, escribano.

IV.- JUAN SÁNCHEZ PORTERO: ENTRADA Y DESCUBRIMIENTO DEL VOLCÁN MASAYA QUE ESTÁ EN LA PROVINCIA DE NICARAGUA*

Sacra Católica Real Majestad:

Juan Sánchez Portero, vecino de la ciudad de Huete, digo que yo pasé a las Indias donde estuve dieciseis años, los trece de ellos en la provincia de Nicaragua, donde serví mucho a vuestra majestad con mi persona y hacienda, armas y caballos, en todas las conquistas y descubrimientos que en aquel tiempo había de indios, y en especial me hallé en el descubrimiento y entrada del volcán de Masaya que en la dicha provincia hay, que se tiene entendido que es la cosa más rica y próspera que hay en todas las Indias y la cosa más admirable de ver en el mundo, lo cual hicimos ciertos compañeros y yo por servir a vuestra majestad, gastando en el dicho descubrimiento y entrada mucha cantidad de pesos de oro en las cosas que fueron menester, así de maromas como de cadenas y roldanas y pernos y otras cosas necesarias para la dicha entrada, los cuales artificios se tardaron en hacer un año, y al cabo de él, yo y otros compañeros entramos en el dicho volcán por las maromas abajo, poniendo nuestras vidas a grandísimo riesgo y peligro de muerte a causa de haber quinientos estados de hondo hasta la primera plaza de abajo, y allí hay otra boca en medio de la dicha plaza que tendrá dos carreras de caballo de ancho, y de allí a donde anda el metal derretido hay cien estados de hondo, el cual dicho volcán le han ido a ver muchas personas, plateros y mineros y que tienen gran experiencia en las minas y metales, y visto por ellos decían que lo que hay en el dicho volcán es cosa muy rica de oro o plata, porque sale del dicho metal muy gran resplandor y claridad, y que si otra cosa fuera según el fuego y resplandor de abajo todo fuera consumido e ido en uno, y que el dicho oro y plata cuanto más fuego tiene más

* Archivo de Indias, Sevilla. Reproducido por Manuel Serrano y Sanz en las *Relaciones Históricas y Geográficas de la América Central*. Madrid, 1908.

purificado queda, y por estas razones no hay nadie que viese el dicho volcán que no dijese que era cosa muy rica, y así se tiene por cosa notoria en la dicha provincia y en otras partes de las Indias.

En aquella provincia, antes que se descubriese por nosotros el dicho volcán, se decía que los que habían de entrar en el dicho volcán había de ser los sentenciados por delitos, y ninguna persona después que se descubrió la dicha provincia de Nicaragua no había osado entrar en el dicho volcán, ni aun llegado a mirarle, y nosotros con deseo de servir a vuestra majestad nos aventuramos a entrar y entramos dentro por las dichas maromas abajo, llevando cadenas y todo lo necesario para descubrir el secreto que está en el dicho volcán, y en la primera plaza de abajo estuvimos dos días, y a causa de faltarnos el agua nos vimos en gran necesidad por la sed que padecimos y trabajo que tuvimos de meter maderas y cadenas y jarcias y otras cosas, y echamos las cadenas y maromas por la segunda boca abajo del dicho volcán para llegar al metal, y como estaba tan hondo no se pudo con un servidor de lombarda hecho con una punta y muy pesado, con sus asas asidas las cadenas, a llegarle al dicho metal, aunque echamos cuatro lances y no sacamos en cada lance sino escorias muy livianas de muchos colores, las cuales parecían ser de metal rico, y como no pudimos llegar abajo en los cuatro dichos lances que echamos, y a causa de la sed y fatiga que teníamos, determinamos de tornarnos a subir arriba y otro día tornar a entrar en el dicho volcán, y meter agua y comida y más maromas y cadenas, y hacer abajo un cabrestante de palo y bajar más gente con nosotros para saber el dicho secreto del dicho volcán, pues en ello serviríamos a vuestra majestad.

Ciertos españoles que había venido en nuestra busca, escribieron a la ciudad de León a Rodrigo de Contreras, gobernador que a la sazón era en la dicha provincia de Nicaragua, haciéndole saber cómo nosotros habíamos entrado en el dicho volcán y que habíamos sacado de él gran tesoro, todo por envidia que nos tenían, y el dicho gobernador sabiendo lo que pasaba, so color que no le habíamos pedido licencia para entrar en el dicho volcán, mandó a un alcalde de la ciudad de Granada que nos prendiese y nos tuviese presos en la fortaleza de aquella ciudad, y viéndonos presos y fatigados, nos preferimos de tornar a entrar en el dicho volcán y hacer aderezos y todo lo necesario, y no salir de él sin saber el dicho secreto, y el dicho gobernador al cabo de ciertos días fue con mucha gente de la ciudad de León, a un pueblo de indios que se dice Nenderí, que está dos leguas del dicho volcán, y allí vinieron los alcaldes de la dicha ciudad de Granada, con casi toda la ciudad, y subieron con el dicho gobernador al dicho volcán, y yo y los dichos mis compañeros con ellos, llevando todo el aderezo que era menester para la bajada por las dichas maromas, y estando nosotros aparejados para entrar, el dicho goberna-

dor nos tomó las maromas y cadenas y aparejos que teníamos y dijo que el traía seis marineros para entrar en el dicho volcán, de los cuales ninguno oyó que osase entrar en él, si no fue que el dicho gobernador mandó a fray Blas del Castillo, nuestro compañero, que entrase en el dicho volcán, pues había entrado otra vez y sabía el camino y entrada, y así el dicho fray Blas y los dichos compañeros entraron y metieron las dichas cadenas y maromas y jarcias en el dicho volcán donde está el metal, y echando el primer lance se quebró la cadena por ser delgada y se cayó abajo, lo cual sabido por el dicho gobernador mandó que se subiesen todos arriba y salidos él y toda la gente se fueron a la dicha ciudad de Granada, donde tornamos a requerirle de parte de vuestra majestad nos diese licencia para que nosotros entrásemos en el dicho volcán, y que a nuestra costa haríamos otras cadenas y maromas y todo lo necesario, el cual no quiso dar la dicha licencia, y se fue a la ciudad de León, y al cabo de días yo el dicho Juan Sánchez y Pedro Ruíz, mi compañero, fuimos a la ciudad de León a requerir al dicho gobernador nos diese la dicha licencia para tornar a entrar en el dicho volcán y hacer los aderezos a nuestra costa, pues se tenía y tiene en la dicha provincia por la cosa más rica que está descubierta en el mundo, y vuestra majestad sería muy servido en ello, el cual se enojó con nosotros y no quiso dar la licencia.

Visto esto nos volvimos a la dicha ciudad de Granada y juntos todos los dichos compañeros determinamos de enviar al dicho fray Blas del Castillo a estos reinos de España a hacerlo saber a vuestra majestad, y que fuese informado de lo que pasaba acerca del dicho descubrimiento del dicho volcán, por un libro que el dicho fraile trajo, que es éste de que ante vuestra majestad hago demostración, juntamente con la pintura y traza de la manera del dicho volcán, y de la manera que entramos en él, que es cosa muy de ver, y visto por dicha majestad el dicho libro, e informado del dicho fraile, vuestra majestad nos mandó dar esta cédula real de que hago presentación, para que el dicho gobernador no nos impidiese la dicha entrada, y el dicho fray Blas del Castillo volvió a la dicha provincia de Nicaragua con la dicha cédula y en desembarcando en el puerto que se llama la Posesión murió, y por su muerte y por haber muerto después otros dos compañeros de los que habíamos entrado en el dicho volcán, y yo haber gastado todo lo que tenía y estar muy pobre, no pude volver a entender en la dicha entrada.

Y de allí me fui con Diego Machuca y de Suazo y Alonso Calero, capitanes, a descubrir la laguna del río desaguadero, que es en la dicha ciudad de Granada, porque vuestra majestad lo había mandado por su real provisión que se descubriese el dicho río hasta la mar del norte, porque así convenía a su real servicio y era cosa muy importante, en el cual descubrimiento yo fui con mis armas y caballos en ciertos bergantines por

la dicha laguna, a mi propia costa, en lo cual gasté mucha cantidad de pesos de oro, y en el dicho (viaje), yo y los que a él fuimos pasamos muy grandes trabajos, hambres y necesidades y murieron muchos españoles y de hambre nos comimos más de cuarenta caballos y los indios de la tierra nos daban mucha guerra, y descubrimos caminos y viajes, así por tierra como por agua, hasta el Nombre de Dios, en el cual descubrimiento hay ahora muy grande trato de fragatas y navíos y barcas que van y vienen al Nombre de Dios desde la ciudad de Granada por la dicha laguna y río, a traer las mercaderías que van de España para el Perú y Guatemala y Nueva España y otras partes.

Y al cabo de cierto tiempo fue de España Diego Gutiérrez, gobernador de Cartago y Costa Rica, el cual subió desde el Nombre de Dios por el río del dicho desagadero a la provincia de Nicaragua, a donde llegó muy pobre y la gente que había llegado consigo se le había muerto, y no tenía posibilidad con que poder hacer gente en la dicha provincia de Nicaragua para ir a conquistar y poblar la dicha provincia de Cartago y Costa Rica, porque le tenía por tierra muy rica y de muchos indios, y que en ella había mucho oro entre los indios y grandísimas minas, de donde vuestra majestad sería muy servido que se conquistase y poblase, y yo el dicho Juan Sánchez, como descubridor de la dicha tierra y servidor de vuestra majestad y de vuestros gobernadores procuré y negocié con un amigo mío que se llamaba Francisco Calado que prestase al dicho gobernador Diego Gutiérrez dos mil castellanos de oro para hacer la dicha armada y gente, donde yo ayudé a hacer la dicha gente y bastimentos y fui con el dicho gobernador Diego Gutiérrez por la laguna de Granada, el desagadero abajo, en ciertas fragatas y canoas hasta llegar a la mar del norte, y desde allí fuimos por la mar hasta la dicha provincia de Cartago y Costa Rica, donde entramos por un río arriba la tierra adentro, donde poblamos una vía que se llama Santiago, donde estuvimos poblando casi dos años, a donde los indios venían de paz y traían muchas piezas de oro muy fino a rescatar con nosotros, y así mismo teníamos noticias de los dichos indios que nos decían que en la dicha tierra habían muy grandes minas de oro y mucha cantidad de indios muy fuertes guerreros, en la cual dicha conquista y población yo el dicho Juan Sánchez fui con mis armas y aderezos de guerra a mi costa, en lo cual gasté mucha cantidad de pesos de oro por servir a vuestra majestad, y al cabo de cierto tiempo el dicho gobernador Diego Gutiérrez quiso que despoblásemos la villa y pasásemos adelante, y despoblada atravesando la dicha sierra salió gran cantidad de indios a nosotros con muchas armas y flechas, donde mataron al dicho gobernador Diego Gutiérrez y a cuarenta y dos españoles, donde nos escapamos trece o catorce soldados y un clérigo muy heridos y perdido todo cuanto teníamos, donde padecemos muy grandes hambres y trabajos, pasando muchos ríos y ciénagas, hasta que llegamos al río desagadero,

donde allí hayamos a un español que nos dió alguna comida, de donde en una fragata que venía del Nombre de Dios nos subimos por el dicho río desaguadero hasta llegar a la laguna, donde llegamos a la dicha ciudad de Granada muy enfermos, rotos y pobres.

Y llegado a la dicha provincia de Nicaragua, al cabo de cierto tiempo, Gonzalo Pizarro envió a la dicha provincia dos navíos, en los cuales venía por capitán Juan Alonso Palomino, y traía trescientos hombres arcabuceros para que se apoderasen en la dicha provincia y fuese gente y caballos a la provincia del Perú, y sabida la venida del dicho capitán Palomino al puerto de la Posesión, el dicho gobernador Rodrigo de Contreras hizo sus capitanes, los cuales hicieron en la dicha provincia más de quinientos hombres de a pie y de caballo, para defenderle la entrada al dicho capitán Palomino, entre los cuales yo, el dicho Juan Sánchez, fui con los dichos capitanes y gente a un puerto que se dice del Realejo, con mis armas y caballos a mi propia costa, donde serví en la dicha jornada a vuestra majestad, no dejando desembarcar al dicho capitán Palomino y gente que traía, donde estuvo en el dicho puerto más de un mes, hasta tanto que de pura hambre envió a decir al dicho gobernador que él se quería ir, que le vendiesen alguna comida y caballos, la cual el dicho gobernador le mandó dar y el dicho capitán Palomino se fue con los dichos navíos y gente que traía a la ciudad de Panamá, donde estaban mil hombres de parte de Gonzalo Pizarro, y luego como el dicho capitán Palomino de ahí a ciertos días él y el general Pedro de Inojosa dieron la dicha armada y gente a vuestra majestad y al licenciado de la Gasca, visor-rey de la provincia del Perú, en la cual dicha defensa servimos a vuestra majestad, de donde de la dicha provincia de Nicaragua fue mucha gente, caballos y bastimentos al dicho licenciado la Gasca, que estaba en la costa del Perú con toda la gente que llevaba de Panamá contra el dicho Gonzalo Pizarro, donde lo prendió a él y a toda su gente y quedó el dicho Perú por de vuestra majestad.

Y al cabo de todo este tiempo, habiendo yo servido a vuestra majestad en todo lo arriba dicho y no habiéndome dado indios de remuneración de lo que yo había servido y estando muy pobre y de los trabajos enfermo, el licenciado Cerrato, presidente de la audiencia real de Guatemala, fue informado de una persona que me tenía odio que yo era casado en estas partes, el cual envió a la dicha provincia de Nicaragua al licenciado Guizado a prenderme y me prendió y me envió a estos reinos muy pobre, para hacer lo que vuestra majestad mandaba, y llegado a ellos a causa de los muchos y grandes trabajos que pasé en Indias, he estado en estas partes muy enfermo de graves enfermedades, seis años sin haber podido venir a dar noticia de todo lo susodicho a vuestra majestad, hasta ahora, en las cuales enfermedades he gastado lo poco que traje de allá y lo que tenía de mi patrimonio.

Y así mismo sepa vuestra majestad que en Italia el capitán Sánchez y Antonio Sánchez mis tíos, hermanos de mi padre, fueron personas muy señaladas y murieron en servicio de vuestra majestad en la guerra, y el dicho capitán Sánchez hizo cosas muy señaladas en la guerra, y de los servicios de los dichos mis tíos ellos ni sus deudos nunca fueron remunerados en cosa alguna, ni yo lo he sabido de los servicios que a vuestra majestad hice en las Indias, en lo arriba dicho, como toda consta por estas informaciones y cédula y cartas de que hago presentación.

Por ende pido y suplico a vuestra alteza que, atento que yo fui uno de los primeros descubridores del dicho volcán y que entré en él con gran riesgo de mi persona y tengo experiencia de lo que es necesario para volver a entrar en él y que de ello vuestra majestad será muy servido y acrecentado su real patrimonio, porque como está dicho se tiene por cierto que es la cosa más rica del mundo, me mande dar licencia para que yo pueda tornar a descubrir el dicho volcán y entrar en él y saber el secreto y sacar el metal que en él hubiere para vuestra majestad, y que pueda llevar en mi compañía hasta seis personas para que me ayuden a hacer el dicho descubrimiento, con que descubierto vuestra majestad me haga merced de la parte que fuere servido darme de lo que el dicho volcán sacare; y porque yo estoy pobre y no tengo posibilidad para hacer el dicho descubrimiento y es necesario hacerse gran gastos en los ingenios y artificios, suplico a vuestra majestad me haga merced de mandar que se me dé en Sevilla la cantidad que vuestra majestad fuere servido para hacer los dichos aparejos, los cuales son maromas y cadenas y otras cosas necesarias, porque acá se pueden hacer muy mejores y a muy menos costo que en aquellas partes.

Y también vuestra majestad me haga alguna ayuda de costa para poder pasar a hacer este servicio y otro, si porque para el dicho descubrimiento será menester gente y requiere hacerse costa, vuestra majestad sea servido de hacerme merced de un pueblo de indios en la ciudad de Granada que se llama Monimbó, que está por de vuestra majestad, que es cerca del dicho volcán, para que yo lo tenga en nombre de vuestra majestad, y lleve los tributos de él para ayuda de costa del dicho descubrimiento, y en remuneración de mis servicios y de mis pasados; y si el dicho pueblo de Monimbó no hubiere lugar de dárseme, vuestra majestad me haga merced de otro pueblo de indios en la ciudad de León, de los pueblos que están por de vuestra majestad, tanto para que pueda sustentarme, pues vuestra majestad siempre ha hecho y hace mercedes a los conquistadores y descubridores.

Otro, si pido y suplico a vuestra majestad me haga merced de una escribanía pública y del consejo de la dicha ciudad de Granada, que al presente esta vaca, que en todo recibiré merced. = Juan Sánchez = rubricado.

**V.- RELACIÓN DEL ADELANTADO
PASCUAL DE ANDAGOYA SOBRE EL VOLCÁN MASAYA***

En esta provincia hay un volcán o boca de que a la continua sale humo, y de noche tres leguas a la redonda donde está se ve allí una gruta; de noche parece llama y de día humo. Es una boca redonda como de poza, y al medio hace una mesa a la redonda como cuando hacen un pozo: que hasta el medio es la boca más grande, y de la mesa que dejan para empedrarlo abajo es más angosto. Hay tiempos que sale aquel fuego con mucha furia y escupe muchas piedras fuera que parecen escorias de herrero y mayores, y son livianas. Yo las he visto, y parece que ha pasado el fuego por ellas y las deja como corcho, y cuando sale con esta furia, quema a la redonda media legua la yerba que hay. Y los indios para aplacar este fuego que no llegase a quemarlos, por ciertos tiempos del año llevaban allí doncellas a ofrecer y las echaban dentro, y ellas iban alegres como si fueran a salvarse; y en este y en el sacrificio de la estatua moría cada año mucha gente. Un fraile dicen que entró hasta la mesa de la mitad de la boca, y de allí que vió hervir abajo cierta cosa como metal que estaba de color de fuego, y que para ver si se pegaba alguna cosa de él, metió un hierro de una cadena con una sogá, y que se derritió y no sacó nada. Metal de oro yo creo que no puede ser, porque el oro es frío, y si no fuera con grandísima fuerza no podría estar derretido mucho. Yo creo que lo que es aquello, en sí tiene fuego, y no lo recibe de otra parte.

* Tomado de la *"Relación de los Sucesos de Pedrarias Dávila en las provincias de la tierra firme o Castilla del oro"*. Reproducido por Martín Fernández de Navarrete en la *"Colección de los Viajes y Descubrimientos que hicieron por mar los Españoles desde fines del siglo V"*.

VI.- FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS: DESCRIPCIÓN DEL VOLCÁN MASAYA, DE NICARAGUA*

Cosas se han dicho maravillosas que la naturaleza secretamente obró y obra cada día en los susodichos volcanes, y verlos a ellos y al fuego que de sí brotan, no habrá quien no se maraville y espante. Pero quiero yo ahora en este capítulo describir otro que a todos los ya referidos por todos los autores presentes y pasados, y creo yo que a todos los que pueden referirse, sobrepuja y que sobre los que haya por todo el mundo es, sin encarecimiento hablando, admirable. Este es el volcán que llaman el Infierno de Masaya en la provincia de Nicaragua, porque está cerca de un pueblo de indios que llamaban los indios Masaya, puesto que hay otro pueblo o pueblos más cerca de él que Masaya, y por ventura no el pueblo, sino aquella tierra de por allí toda se nombraba Masaya.

Aquella provincia que llamamos Nicaragua, que está a la mar del Sur, entre el puerto de Panamá, doscientas leguas al poniente, y ciento y tantas de la de Guatimala, es de las más felices de las Indias y del mundo, y de todas las cosas necesarias y deleitosas a la vida humana más que abundante. Tiene muchas lagunas o lagos de agua dulce, pequeñas y grandes, y de las grandes hay dos que la una tiene cuarenta leguas de boja o entorno, y ésta desagua en la otra, que tiene ciento y tantas.

En cierta parte de esta provincia, tres leguas de las lagunas, está una sierra levantada que tendrá una legua de subida; casi toda fértil tierra de su naturaleza, y al pie de ella está un valle pequeño que casi la corta y hace algo redonda, y por una parte hay un lago de agua dulce que tendrá, si no me he olvidado, una legua y más en su redondo, y es de tanta hondura que, según allí entendimos, con ninguna cantidad y longitud de cuerdas se puede llegar al suelo, ni saber su fondo. Por la parte de las dos

* Tomado de la *Apologética Historia de las Indias*.

grandes lagunas donde hay las mejores poblaciones, y confines de la sierra y volcán, que es tierra muy llana y muy graciosa, es así mismo cavernosa y que, andando por ella como si estuviese toda hueca, retumba. La subida de la sierra es rasa y de subir no muy trabajosa, porque puede subirse a caballo.

Subimos por ella, en lo más alto hallamos la sierra toda abierta, y su abertura es cuanto ella es grande, y tendrá la abertura en redondo más de mil quinientos pasos, si no se me han olvidado. La abertura y las paredes de ellas y todo lo que se dirá, bajo y alto, es tan patente y tan claro como lo es una plaza grande de una ciudad de España, porque sin algún impedimento el sol baña todo ello como baña y clarifica cualquier campo. Esta abertura va casi a un pozo, todo el hoyo, digamos, hasta abajo; de manera que lo de abajo, que es un suelo y plaza que luego se dirá, es como la abertura, o poco menos ancho. Habrá desde arriba, que decimos la abertura, hasta el suelo o plaza que está abajo, según nos pareció, doscientos y más estados. La plaza es muy llana, como si estuviera hecha a mano, y, como dije, tan clara y alegre como un campo llano, salvo que la yerba verde le falta. Casi en medio, aunque algo a un lado, más a costado de la plaza, está un pozo redondo, como que lo hubieran hecho a mano, el cual, a lo que parece desde arriba, tendrá en torno veinticinco o treinta pasos; de hondo, más de treinta estados. Allí luego está el fuego, o lo que es, de la misma manera que el metal derretido de que se hacen los tiros de artillería y las campanas. Está siempre moviéndose e hirviendo, y estos movimientos y hervores casi son oídos de los que arriba en la abertura estamos, y de rato en rato, a veces ordinarias, como si lo atizasen o pusiesen más fuego debajo, levanta unas olas y echa de sí parte de aquel metal, o lo que es, como chispas que se apegan por las paredes en alto dos o tres estados, las cuales luego se apagan.

Dentro de este pozo andan muchos pájaros y pequeñas aves, y, a lo que parece, del fuego no mucha distancia. Todo lo que está dicho lo vimos desde arriba tan claro como si estuviésemos nos y ello en un llano. Verdad es que, como aquella hondura sea tan grande y desde la abertura hasta abajo vayan las paredes casi por nivel tajadas, no sin gran miedo de caer y peligro, a la vera de la abertura, para verlo más nos acercamos.

Lo que de todo esto siento ser más admirable, sin duda, es que, siendo aquel fuego o metal, no llama, sino brasa, y estando tan hondo, sólo el vaho y resplandor que de él sale se sube a las nubes encima por derecho, y cincuenta leguas por la mar se ve y parece que es llama que arde. Para gozar bien de verlo y cuánta es su claridad, conviene subir y dormir en lo alto de la sierra una noche, y así lo hice yo, porque con el Sol, de día, no se ve cuánta es su claridad. Estuvimos toda una noche ciertos frailes,

y creo que rezamos maitines sin otra lumbre más de la que nos comunicó el resplandor del volcán. Estimábamos que era tanta la lumbre que hacía, cuanta hace el día en las mañanas nubladas. Estando mi compañero y yo en un pueblo que llaman los indios Nindirí, la última sílaba aguda, legua y media del volcán, y andándonos y paseando, juzgábamos con nuestros cuerpos hacíamos tanta sombra de la parte contraria donde teníamos el resplandor del volcán, como la hiciéramos si tuviéramos la Luna de ocho días por aquella parte.

Visto lo que arriba se ha dicho de las causas naturales de que el fuego se engendra en los volcanes, creo que aqieste se causa de los grandes movimientos que hacen las aguas de las dos lagunas que dijimos ser grandes, porque desde medio día abajo, y algunas veces antes, hay en ellas ordinarios vientos grandes, tanto que se levantan tantas y tan altas ondas como si fuese la mar. Estos golpes y movimientos, como estén dos o tres leguas del volcán, deben por algunas cavernas entrar, y aquellas engendrar viento, y el viento encender la piedra azufre, y haber allí mucho del bitumen, y así sustentarse aquel fuego, y tener también por materia cierta especie de metal de que luego se dirá.

Cuando aquel fuego revienta, que debe ser cuando hay grandes lluvias, por las razones arriba de los otros volcanes dichas, o por otra causa oculta, sube a lo alto con gran estruendo y furor y lleva consigo grandísima cantidad de piedras pómez y esponjosas, y avienta las más livianas y quema con ellas y con la ceniza cuatro leguas de tierra en su alrededor. En el vallecillo que digo que cerca todo casi el monte o volcán, está de esta piedra pómez y liviana quemada, que parece como las escorias de las fraguas de los herreros, sobre un millón de carretadas, en tanta manera, que no se puede andar sino sobre infinitas de ellas, y porque cuanto más pesada es la piedra, o lo que más de sí echa, menos lejos la avienta, de aquí es que en lo alto de la sierra está todo lleno de piedras más pesada, y toda áspera, como las escorias que dije de las fraguas de los herreros, y esto en tanta cantidad, y ella toda tan pizarreña en aspereza, que casi en toda la sierra apenas hallamos tierra desocupada de aquellas piedras en que pudiesen caber nuestros cuerpos para echarnos a dormir.

Esta piedra que está sobre la sierra no es distinta una piedra de otra, como son las piedras pómez de que digo que aquel valle o vallecillo está lleno, y por otra parte avienta, sino que están pegadas unas con otras y hechas peña asperísima, como si allí naciera, y como suelen estar en las sierras ásperas las peñas pizarreñas, que son como puntas de diamante o alesnas; y porque, como dije, cuanto más pesado es lo que de sí echa, tanto menos lo avienta, de aquí es que junto a la boca tiene grandes pedazos de piedra o metal (según yo no dudo que sea), no pizarreña, si-

no casi lisa y de color de hierro, y más tira a color de cobre que de hierro.

Y para argumento que aquel metal sale, o sube muy tierno cuando lo echa, es que aquellos pedazos están resquebrajados, como suele resquebrajarse, y no más, un gran pedazo de masa del pan que comemos, cuando decimos que la masa, de muy levada, se hace como vinagre, ácida, parece que se resquebraja, embebiéndose en sí o enjugándose poco a poco cuando se hiela. Y éste ser metal, especie de hierro o de cobre, de que se debe sustentar por materia como leña aquel fuego, ninguna duda tengo. Concuerta con esto lo que arriba hemos referido de los otros volcanes de ese otro mundo viejo, de donde sale aquel metal, o que es de color de hierro. Y porque con las aguas se derrumban las paredes del rededor de toda esta sierra, mucha tierra y piedra, y va a caer todo su poco a poco, al pozo donde está el fuego, de aquí es que debe ser la tierra que cae metalina, o que aquel metal engendra, y la piedra pómez debe estar llena de aquel jugo o betumen, y así es aquel fuego perpetuo. Por manera que cuando el humor o jugo o betumen de aquellas piedras pómez, o esponjosas, se acaba de consumir con el fuego, entonces quedan livianísimas y las puede lanzar tan lejos, y algunas que no están del todo gastadas, más cerca.

Ignorando las razones y causas naturales arriba traídas de cómo estos fuegos se engendran, todo el vulgo de los españoles que aquel volcán han visto, han tenido imaginación que aquel metal, o que es, que allí sustenta aquel fuego, sea plata, u oro, u otra cosa de valor, porque como dice San Ambrosio, al codicioso todo lo que ve y oye se le antoja dinero.

Por esta causa se han ofrecido algunos al rey que a su costa querían inquirir lo que allí había, pidiendo las albricias de ellas mismas. Otros, de callada trabajaron de hacer ciertos instrumentos para entrar dentro, y estuvieron un año en hacerlas, y hechos, acordaron de entrar cuatro juntos, y por curiosidad, un fraile fue uno de ellos, y al tiempo de entrar en el vaso de madera que para ello tenían hecho, viendo tanta hondura y cosa tan peligrosa, temieron. Pero el fraile, con más temeridad que esfuerzo, quiso entrar solo, y tomando una cruz en la una mano y en la otra un martillo para quebrar alguna piedra si por la pared abajo del volcán lo impidiese, finalmente llegó sano y bueno abajo, y paseóse a su placer por la plaza con risa y gasajo, escarneciendo de los que no habían osado ser sus compañeros. Llevaba sus sogas largas y al cabo una buena cadena, y en ella un capacete de hierro para coger de aquel metal o tesoro lo que cupiese; el cual, echando su soga y en ella la cadena y en la cadena el capacete, todo lo que de la cadena con su capacete entró en el fuego, así lo trozó en un momento como si fuera un rábano que se cortara o trozara con un machete.

Consideró el fraile muy despacio todas las cosas que veía de este metal que ardía, y fuego y hondura del pozo y lo demás que había en él, y porque era de mí muy conocido, dándome particular noticia de todo lo que había hecho y visto, me escribió largo, estando yo en la ciudad de México, y entre otras cosas que me afirmó fueron éstas: una, que lo que de arriba nos parece de la hondura del pozo tener treinta estados hasta el fuego, que eran ciento o más de ciento. La otra, que aquel metal, o que es, que allí parece estar ardiendo, no está quedado, sino que es un río de ello que pasa de camino como si de agua fuese. La tercera, que aquel río de metal o de fuego, o quiera que sea, es tan ancho como una calle de las de la ciudad de México. Cualquiera de las calles de México es tan ancha como la calle de Valladolid que llaman la Corredera. Otras cosas me escribió acerca de esto, de que no me acuerdo, y creo cierto que no me escribió cosa contraria de lo que en la verdad era.

Después supimos que tornando a entrar ciertos españoles, y creo que el fraile con ellos, con más instrumentos de hierro más fuertes para coger del metal, o que es, y también se los trozó o derritió el fuego; y así quedan todos hasta hoy con duda o sospecha que de antes tenían, si es plata, u oro, o cobre, o hierro, u otra cosa de valor aquella materia. Y cierto están engañados con su imaginación, porque no debe ser otra cosa sino que aquel fuego se enciende y arde y conserva y perpetúa naturalmente con la piedra azufre y con el jugo o bitumen de aquellas piedras pómez, y con aquella especie de metal que tiene color de cobre o de hierro, y no de otra manera. Todo esto se puede colegir de lo que de los otros volcanes habemos dicho.

Lo que me era a mí más admirable y como increíble, fue lo que el fraile me escribió, diciendo que era río que pasaba de camino, y siempre dudé de ello hasta que ví lo que escriben los autores acerca de los volcanes que arriba dejo referido. Y así, luego que lo ví, ninguna duda me quedó de ello, ni debe alguno tenerla, porque es cosa natural y certísima: aquel río de fuego y metal encendido va a parar por sus caños y caminos, manteniéndose siempre de la piedra azufre, o del betumen, o de aquella especie de metal que parece cobre o hierro, por debajo de la tierra, a otros volcanes, que hay muchos por aquella provincia, cerca o lejos de aquí. O por ventura va a parar a la provincia donde tienen los españoles cierta villa que llaman San Miguel, cuarenta leguas de allí, donde hay volcán o volcanes, y debe correr adelante otras cincuenta a la de Guatemala, donde están tres juntos; pero todos son de la manera del de la isla de Sicilia, oscuros y con bocas estrechas, por las cuales producen humo y de cuando en cuando revientan y echan fuego, y la ceniza esparcen por mucha distancia de tierra.

Podemos colegir de lo dicho que los volcanes de que hablaron los antiguos, y hoy aún viven, como los de Sicilia, tienen su fuego o metal o betumen de que se mantienen, como éste; salvo que como están cerrados y no tienen más de aquellas bocas estrechas, no se ve. Y así, éste nos enseña lo que en los otros se contiene también; no ser maravilla que críen aves y tengan sus nidos en las paredes del Etna, pues en éste las vimos volar tan cercanas del fuego, cierto se debe tener a éste por una de las maravillas del mundo que obra la Naturaleza, y podemos también colegir, para confirmación de nuestra fe, un cristiano argumento, que pues la Naturaleza obra un fuego así tan perpetuo, que cosa es creedera haber fuego infernal para castigo y tormento de los dañados, que sea eterno, constituido por la divina justicia e infalible Providencia. De este argumento trata San Agustín, libro 21, capítulo 4o. de *La Ciudad de Dios*.

Un cuarto de legua de la boca de éste, algo más bajo, aunque en la misma sierra, está otro volcán, ya ciego, de tierra caída en él, que antiguamente, según afirman los indios, ardía como éste, según al presente me parece. Y con esto demos fin a lo tocante al dios Vulcano y a lo que preside, según la lectura de los gentiles, que es fuego.

VII.- FRAY TORIBIO BENAVENTE (MOTOLINIA): RELACIÓN SOBRE EL VOLCÁN MASAYA*

Capítulo 68

De la extremada y muy espantosa boca del infierno que se muestra en la provincia de Nicaragua; y cómo excede a todas las que se ven por todas las partes del mundo.

Entre los volcanes que hay por toda esta gran tierra, y aunque entren todos aquellos de quien se tiene noticia hasta el día de hoy, no se ha visto otro semejante y tan espantoso como el de Nicaragua, que está entre la ciudad de León y entre la ciudad de Granada. Hay de León al dicho volcán diez leguas, y de Granada tres.

No está encima de muy alta sierra, como otros, mas encima de un cerrajón redondo, al cual pueden subir cabalgando; tendrá de subida media legua escasa, y arriba se hace un llano redondo, y en medio está la boca de aquel espantoso volcán, que también es redonda. Tiene abajo, obra de media legua, el extremado fuego que siempre en aquella hoyo anda; da tanta claridad que de noche se ve leer una carta a dos leguas. Algunos quieren decir que de más lejos se leerá; otros que de menos, o no de tan lejos, y todo puede ser, porque cuando llueve, con el agua se enciende más y sale mayor resplandor, y entonces de más lejos se leerá la carta. La claridad que por allí sale vese de noche dentro en la mar por distancia de veinte leguas, y más de cinco que hay hasta la mar, y lo mismo por tierra se ve de más de veinte leguas.

Desde la boca se ponen a mirar abajo como pozo, donde bajando doscientas sesenta brazas se hace a la manera de un gran sombrero, la copa es la boca, y ésta tiene cerca de un tiro de ballesta de ancho y puédesen an-

* Tomado de la *Historia de Los Indios de la Nueva España*.

dar todo a la redonda como un claustro, y desde allí se parece el fuego y metal que abajo anda, que está en hondo ciento sesenta brazas, y contando desde lo alto son por todas cuatrocientas brazas hasta el fuego. El fuego que allí parece es como de muy mucha cantidad de metal muy derretido, y hierve muy espantosamente, y de cuando en cuando da un gran bramido y levántase en alto aquel fuego, al parecer de arriba en altor de un estado, y vierte por todas partes, y sale tan negro que parece turbar todo aquel metal; y donde en otro poco torna de la otra parte a hacer otro tanto, y así de todas partes batiendo que nunca cesa, mas anda con aquella furia y fuerza, que los indios moradores viejos nunca le han visto hacer mudanza, ni sus antepasados.

Desde la boca alta guindaron un fraile, y a otro o dos españoles, metiéndoles en una caja o cesto, y bajadas aquellas doscientas sesenta brazas, desde allí metieron un caldero, y cerca del caldero una cadena de hierro, para ver que metal o qué cosa fuese, y llegado al metal, es tanta la cabeza del fuego que comió el caldero con ciertos eslabones, y no pudieron conocer que metal fuese, mas pensaron ser oro, porque si otro metal fuese, gustarlo y consumirlo haría el fuego. Durmieron una noche allá abajo, que hay mucho espacio, y salidos, querían tornar a entrar; no les consintieron porque debe ser trabajo y peligro y que mucha costa le hizo aquel encaro.

Cuanto más llueve más se embravece y más sube el fuego, hasta tanto que dicen que sube hirviendo y bramando cerca de cien estados arriba de do suele andar, y otros dicen que allega hasta junto del borde de la primera boca que está ciento cuarenta (*estados*). Cosa cierta muy temerosa de ver y muy extraño de los otros volcanes, porque los otros volcanes a tiempo echan fuego o humo o ceniza, y otros tiempos cesan. Los otros se deben cebar de alcrebite o piedra azufre, y según la materia o fuego que por dentro anda, así sale de fuera, porque como el cuerpo de la tierra en su manera tenga sus venas como un cuerpo humano, y así como las venas fenecen y acaban unas en los pies y otras en las manos, etc., bien así la tierra tiene sus venas y concavidades y sus bocas por donde respira, y en muchas partes anda el viento muy bravo y cálido, y cuando hiere en los mineros o vetas de la piedra azufre saca fuego como hiriendo y fregando un palo con otro, que saca lumbre, que esto cada rato acontece en esta tierra, bien así el viento en su manera, y entonces aquel fuego, según más o menos que tiene de materia, así echa de sí por aquellas chimeneas que llamamos volcanes, fuego, humo y ceniza.

Pero el fuego de aquel volcán que decimos de Nicaragua, sin echarle materia ni saber dónde se puede cebar cosa tan brava, que parece que si le echasen un buey y una gruesa viga en un momento lo consumiría, por

lo cual algunos han querido decir que sea aquella boca del infierno y fuego sobrenatural e infernal, y lugar a donde los condenados por manos de los demonios sean lanzados, porque según leemos en los Diálogos de San Gregorio, libro IV, capítulo 36, yendo a Sicilia unos caballeros del rey Teodorico a demandar el pecho que era acostumbrado de darse cada año, y cobrado, en aquella isla moraba un varón solitario de gran virtud, y mientras los marineros aparejaban la nave, fue él haber aquel siervo de Dios y a encomendarse en sus oraciones, y como aquel siervo del Señor le viese y hablase con él, y con los que iban con él, díjoles: “Sabéis cómo es muerto el rey Teodorico”, y respondieron ellos diciendo que no era verdad, que ellos le dejaban vivo y sano y no habían oído cosa ninguna tal, y dijo el siervo de Dios: “Muerto es cierto, que este otro día fue tomado del papa Juan y de Simaco, patricio, y fue echado en esta hoguera de vulcano, que es aquí cerca, desnudo y descalzo y atadas las manos”; y ellos, oyendo aquesto, anotaron el día con diligencia, y tornando a Italia, supieron que ese mismo día moría el rey Teodorico, que el siervo de Dios viera su muerte y pena, y justamente fue echado en el fuego por aquellos que él atormentara injustamente en esta vida, que él hiciera matar en la cárcel al papa Juan, y descabezar a Simaco, patricio, varón de gran bondad. Pues si aquella es boca del infierno, esta otra de que hablamos no sólo parece boca del infierno, mas el mismo fuego infernal, que es río de ardiente y abrasante fuego, y cuán espacioso irá allá dentro en la tierra a los abismos, pues allí a la boca tan furioso se muestra.

Quién, considerando lugar de tanto horror y espanto, por soberbio y ambicioso que sea no se humillará hasta la tierra, y cuál habrá tan avariento y codicioso de las cosas temporales, transitorias y corruptibles, que no moderará y trocará sus deseos, y que no restituya lo ajeno, por no ir para siempre a ser allí atormentado? Y cuál será tan carnal, que considerando aquella terrible pena que no tiene fin, que no ponga fin a su deshonesto vivir, y cuál hombre habrá tan iracundo y vengativo, que no perdonase sus injurias porque Dios le libre de aquel ardentísimo fuego? Pregunta el profeta a los obstinados: *Quis poterit habitare de vobis cum igne devorante? quis habitabit ex vobis cum ardoribus sempiternis?* Cuál de los pecadores que ahora no quiere hacer penitencia, podrá después morar en aquel tan bravo y tan gastador fuego; y cuál de los que ahora no quieren dejar los vicios y pecados, podrá estar con los ardores y muy encendidas llamas sempiternas; cuáles aquí en esta boca infernal y fragua del infierno parecen y se muestran al ojo? y quién podrá morar como los moradores y administradores de aquellos tormentos, que son demonios, de los cuales es dicho que el fuego encendido que les sale de la boca es comparado a las lámpares ardientes, y por las narices le sale humo intolerable? *Halitus ejus prunas ardere facit et flama de ore ejus agreditur;* el resuelto del demonio enciende las brasas, y por su boca procede llama

ardiente y abrasante. Allí a los pecadores que se dieron a los vicios y pecados mucho tiempo o por espacio de cien años, y que fueran mil, les parecerá que fue un solo momento, por los cuales sin fin serán atormentados. Las penas de nuestra amenaza, verdaderas son, mas no vistas; pero las que Dios allí en aquella hornaza ardiente muestra a todos los sentidos, porque parece el mismo lugar que San Juan en su Apocalipsis dice que fue y será lanzado el mismo Anticristo con sus satélites: *Missi sunt in stagnum ignis ardentis sulphure*; fueron echados (pretérito por futuro) en aquel estanque de fuego y de piedra azufre ardiente; y de aquel lago de desesperación parece ésta ser una y la más espantable boca de cuantas en el mundo se ven, que no se iguala el purgatorio de San Patricio.

Allí en aquello alto de aquel volcán están unos altares y *teucales* sobre los cuales invocan los demonios, y allí les ofrecen sacrificios, y en tiempos de sequedad, que no llovía, en lugar de sacrificio y ofrenda despeñaban por allí abajo niños y muchachos para que fuesen por agua, y los moradores de aquella provincia tenían que luego que allí se ofreciesen aquellos niños había de llover, y antes que llegasen abajo iban hechos pedazos.

VIII.- JUAN DE TORQUEMADA:
LA BOCA DEL INFIERNO*

Capítulo XXXIII

De la horrible, y muy espantosa Boca, que llaman de Infierno, que es el Volcán de la Provincia de Masaya, en la Nación de Nicaragua, y de su Sitio, y forma.

De las cosas que se han dicho en los Capítulos pasados se conocen las maravillosas obras de la Naturaleza, que por secreto beneplácito de Dios, ha obrado y obra cada día, en los extraños efectos de estos Volcanes; pero aunque estas cosas pueden causar espanto; diré aquí de otro que parece que excede su consideración a todas las cosas que de semejantes lugares pueden decirse, que es el de Masaya, en la provincia de Nicaragua; porque aunque hay muchos en esta grande y extendida tierra, excede a todos ellos, y aun entiendo, que a todos los que hasta el día de hoy se han visto en el mundo, porque pienso no haber otro semejante, ni tan espantoso.

A este volcán llamaron a los principios, los nuestros, el Infierno de la Provincia de Nicaragua, o el Infierno de Masaya, porque lo situó Dios en aquella provincia que después, los que la moraron, la llamaron de Masaya.

En una parte de esta provincia, cerca de poblado, y a tres leguas de dos muy grandes lagunas está una sierra levantada, no en muy alta distancia, aunque el cerro es redondo y todo el sitio de su contorno es cavernoso y retumba andando por ella como si estuviese hueca. La subida de esta sierra es rasa y no muy trabajosa, porque se puede ir hasta lo alto a caballo, y es poco más de media legua el camino que hay desde lo llano a su cumbre.

* Tomado de *Veinte y Un Libros Rituales y Monarquía Indiana*, Libro XIV.

Esta cumbre, o cabeza de sierra, está toda abierta, y su abertura es del mismo tamaño y grueso de su cabeza, y tiene esta abertura en redondo más de mil quinientos pasos. Esta abertura y hueco, con sus paredes en lo alto y en lo bajo, es tan patente y manifiesto como lo es una plaza grande de una ciudad de estas de las Indias, o de España; porque sin ningún impedimento lo baña el sol todo, como baña y clarifica los campos muy escombrados. Esta abertura y hueco va casi a peso hasta abajo aunque, según dice el Padre fray Toribio, que la vió, que es de hechura o forma de sombrero, vuelto lo de arriba abajo, de manera que lo extremo y bajo de esta hoya es un suelo y plaza poco menos ancho que el hueco de la abertura, por lo que va disminuyendo en la forma que decimos de sombrero, vuelta la falda hacia arriba.

Hay desde lo alto de esta sierra al suelo que está dentro de ella, que hace manera de plaza, doscientos y más estados, (según cuenta el Obispo de Chiapas, que lo vió, y se lo certificaron otros compañeros); la plaza es muy llana, como de si propósito la hicieron a mano; pero no hay que maravillarse, pues es hecha de la mano poderosa de Dios, y aunque la baña el sol, no tiene hierba verde, porque el calor del fuego debe de abrazarla.

Allí en aquello alto de aquel volcán están unos teocales o altares, sobre los cuales llamaban a sus dioses y ofrecían sacrificio los indios de aquellas provincias; y cuando les faltaba el agua, para los temporales, en tiempo de secas, en lugar de los sacrificios ordinarios despeñaban por allí abajo niños y muchachos, para que fuesen por agua, y los moradores de aquella provincia creían, que luego que allí ofreciesen aquellos niños había de llover, los cuales, antes de llegar abajo, iban echos muchos pedazos.

Está casi en medio, aunque algo a un lado más acostado de la Plaza, un pozo redondo como si fuera hecho a mano, y puédesse andar todo a la redonda, y a todas partes por el buen espacio que hay del suelo. La boca de este pozo tiene, (según dice el padre fray Toribio), de través un buen tiro de ballesta; y según el obispo de Chiapas, veinticinco o treinta pasos, que será lo mismo poco más o menos; y lo que parece de hondo son más de treinta estados.

En este parejo de hondura está el fuego, o metal, que se ve, y es de la misma manera que el metal derretido de que se funden los tiros de artillería o las campanas. Desde lo alto de aquella plaza se ve bien el fuego, o metal, que abajo anda, y está a treinticinco o cuarenta brazas de este suelo que la hoya hace; y hay hasta arriba a la Cumbre doscientos veinte.

Está este metal siempre moviéndose, y hierve espantosísimamente, y anda un hervor en medio que parece que viene del profundo del in-

fierno, y en espacio y tiempo que puede decirse un Credo se levanta una ola como una torre y repentinamente se deshace y desbarata, y da tan gran golpe y hace tan gran ruido como cuando quiebran las olas de la mar de tumbo, y nunca cesa aquel espantoso y bravo hervor, y ruido tan furioso, y echa de sí parte de aquel metal, como chispas que se pegan por las paredes, dos o tres estados en alto, los cuales luego se apagan.

Dentro de este pozo andan muchos pájaros y aves pequeñas, y a lo que parece, no mucha distancia apartados, que no hace poco espanto también esto.

Todo lo dicho se ve desde arriba tan claramente, (dice el obispo de Chiapas), como si estuviesen los que lo ven, y ello, juntos en un llano. Verdad es (dice luego) que como aquella hondura es tan grande, y desde la abertura hasta lo bajo vayan las paredes casi por nivel tajadas, no sin gran riesgo y peligro de caer, nos acercamos para verlo a la vera de la abertura.

Los indios naturales, ni sus antepasados, (dice el Padre fray Toribio), que le dijeron no haberle visto hacer mudanza, salvo que aquel metal sube y baja, y cuando más llueve más se inflama, como la fragua de hierro bien encendida cuando le echan agua; y hasta tanto acontece subir (prosigue luego) que hinchándose, como la caldera que le dan mucho fuego, llega hasta aquella plaza y suelo donde comienza la boca de este pozo, y luego dice: la vi esta boca del Infierno el año de 1544, en principio del mes de agosto, y había subido aquel metal hasta la plaza, y aún vertió un poquillo encima, hacia la parte de oriente, y ahí tornaba bajado dos o tres estados, y entonces estaba muy de ver aquel espantosísimo fuego, y vilo de día y de noche, que es de más de ver, y está tan claro como de día, y en una noche que dormí encima de la boca, como el ruido es tan grande, despierta muchas veces a los que allí duermen y todas las veces que despertaba me paraba a mirarlo y siempre me parecía cosa nueva y muy espantosa.

Lo que de todo esto parece ser más admirable, es que siendo aquel fuego, o metal, no llama, sino brasa, estando tan hondo, solo el vaho o resplandor que de él sale se sube a las nubes encima, en línea recta, y se ve y resplandece treinta leguas la mar adentro, y parece llama que arde. Y prosigue el Obispo de Chiapas en la relación que hace de este volcán, diciendo: Para gozar bien de verlo y ver cuánta es su claridad, conviene subir y dormir en lo alto de la sierra una noche, y así lo hice yo, porque con el sol de día no se ve cuanta es su claridad; estuvimos toda una noche ciertos frailes y yo, y rezamos maitines, sin otra lumbre mas de la que nos comunicó el resplandor del volcán, y vimos ser tanta la claridad que ha-

cía, cuanta hace el día en las mañanas nubladas; y estando mi compañero y yo en un pueblo que llaman los indios Nindirí, legua y medio del volcán, y andándonos paseando, juzgábamos que con nuestros cuerpos hacíamos tanta sombra, de la parte contraria donde teníamos el resplandor del volcán, como la hiciéramos si tuviéramos la luna de ocho días por aquella parte.

Esto dice este Apostólico Obispo, y a esto añade el Venerable Padre fray Toribio: El estruendo y mucho fuego que siempre andan en aquella hoya, da tan claridad, que de noche se ve a leer una carta cerca de una legua; y otros quieren decir que de más lejos, y todo puede ser verdad, porque cuando llueve, con el agua y con las nubes que se bajan, hacen reverberar el resplandor, y que repercute hacia abajo, y con esto da mas claridad en sus alrededores, mas yo lo vi en casi todo el tiempo de aguas y paréceme que apenas se podía bien leer una carta más de la distancia dicha.

Está este volcán cinco leguas de la Mar del Sur, y vése su claridad veinte o veinticinco leguas la mar adentro. Para ver aquel fuego que allí sale, pónense a mirarlo desde arriba, encima de unas peñas, y miran para abajo, como quien mira una profunda cueva. Estas son palabras de este bendito Padre.

Visto lo que dejamos dicho, de las causas naturales de que el fuego se engendra en los volcanes, podemos creer que aqueste se causa de los grandes movimientos de las aguas de dos lagunas muy grandes que tienen en su vecindad y cercanía, porque desde medio día abajo, y algunas veces antes de medio día, hay en ellas ordinarios y recios vientos, tanto que se levantan tantas y tan altas olas como en la mar cuando hay borrasca y tormenta. Estos golpes y movimientos, como estén dos o tres leguas del volcán, deben de entrar por algunas cuevas o cavernas en él, y ésto engendrar viento, y el viento encender la piedra azufre, y haber allí mucho betún, ya dicho, que lo sustenta; y con esta agitación y permanencia hacerse fuego continuo, que es el que en aquella hoyo o poza permanece.

Cuando aquel fuego revienta, (que debe de ser cuando hay grandes lluvias, por las razones dichas de los otros volcanes, o por otra alguna causa oculta), sube a lo alto con grande estruendo y furor, y lleva consigo grandísima cantidad de piedra pómez, y las más livianas de ellas las avienta a distancia de cuatro leguas, poco más o menos, y con ellas y con la ceniza que va a vueltas, que es a manera de rescoldo, quema la tierra que alcanza en sus alrededores.

En el vallecillo que hace en su contorno este volcán hay de esta piedra liviana o pómez, que parece como las escorias de las fraguas de los herre-

ros, y esto en más de un millón de carretadas, en tanta manera que no se puede andar sino sobre ellas; y porque cuanto más pesada es la piedra, tanto menos la aparta de sí; de aquí es que en lo alto de la sierra está todo lleno de la piedra más pesada y áspera, que son como la escoria que decimos que sale del hierro purificado en la fragua, y esto en tanta cantidad, y ella toda tan áspera, que casi en toda la sierra apenas se halla tierra desocupada de aquellas piedras donde se pueda fácilmente acostar un hombre.

Esta piedra que está sobre esta sierra no es distinta una de otra, como son las piedras pómez que caen en el llano o valle donde este monte o volcán está sentado, sino que están pegadas unas con otros y hechas peña asperísima, y no parecen arrojadas del fuego, sino nacidas en los mismos lugares donde aparecen, como suelen estar en los malpais y sierras ásperas las piedras pizarreñas, que son como puntas de diamantes o de alesnas; y porque (como ya dije) cuanto más pesado es lo que de sí echa, tanto menos la avienta; de aquí es que junto a la boca tiene grandes pedazos de piedra, o metal (según yo no dudo que sea), no de la aguda y pizarreña, sino casi lisa y de color de hierro, y más parece cobre que hierro; y para argumento que aquel metal sale o sube muy tierno cuando lo despide, es ver que aquellos pedazos están resquebrajados, como suele abrirse o resquebrajarse un gran pedazo de masa de pan que comemos, cuando la masa de muy levada se avinagra o aceda; porque parece que se resquebraja, embebiéndose en sí, o enjugándose poco a poco cuando se hiela; y esto hace mucha fuerza para creer que aquel es metal de hierro o cobre, del cual aquel fuego se sustenta, si acaso sólo es, aunque es cosa muy dudosa. Concuerdá con esto lo que arriba hemos referido de los demás volcanes donde sale metal, o cosa que lo parece, y puédesse creer que la tierra de esta sierra es jugosa de jugo que engendra esta materia, que produce este fuego, y que se engendra en los poros de estas piedras esponjosas, o pómez; y cuando se acaba de consumir el humor, o jugo de ellas, convirtiéndose en aquel metal o fuego, entonces quedan livianas y las puede arrojar tan lejos, y las que no están del todo gastadas, no tanto, sino más cerca.

Ignorando las razones y cosas naturales arriba referidas, de como estos fuegos se engendran, todo el vulgo, de los españoles que aquel volcán han visto, han tenido imaginación que aquel metal o fuego que allí se sustenta es plata u oro, u otra cosa de valor; porque como dice San Ambrosio: Al codicioso todo lo que ve y oye se le antoja dinero; y por esta causa se ofrecieron algunas personas al rey, diciendo que a su costa querían saber e inquirir lo que allí había, pidiendo las albricias de ser minas de grande importancia. Otros, de callada, trabajaron de hacer cierto instrumento, para entrar dentro, y se ocuparon un año en hacerlo, y hecho, acordaron

de entrar cuatro juntos, y por curiosidad fue un fraile con ellos, y al tiempo de entrar en un vaso de madera que tenían hecho para el efecto, viendo tanta hondura, y pareciéndoles cosa muy peligrosa, temieron; pero el fraile, con más temeridad que esfuerzo, quiso entrar solo, y tomando una cruz en la una mano, y un martillo en la otra, para quebrar alguna piedra, si la hubiere por las paredes del pozo, que le fuese estorbo o impedimento para bajar abajo, hízose bajar y llegó sano y bueno al suelo de la plaza, y paseóse por ella muy a su placer, con risa y gozo, escarneciendo de los que no habían osado ser sus compañeros. Llevaba sus sogas largas, y al cabo una buena cadena, y en ella un capacete de hierro para coger de aquel metal lo que cupiese, y echando abajo sus sogas, y en ellas la cadena con el capacete, llegó al fuego y todo lo que entró de la cadena y vaso dentro de él lo cortó, con si fuera con cuchillo. No sacó nada el fraile, pero consideró muy despacio todas las cosas que había de este metal que ardía, y fuego, y hondura del pozo, y lo demás que había en él; y lo que después afirmó fue que aquel metal (o lo que es) que allí parece estar ardiendo no estaba quedo, sino que es un río de ello, que pasa de camino, como si lo fuese de agua, y que aquel río de metal o fuego es tan ancho como una calle de las de esta ciudad de México, que son muy anchas; pero después tornaron a entrar ciertos españoles, con más instrumentos de hierro más fuertes para coger el metal, y también los cortó y derritió el fuego.

El padre fray Toribio dice que el año de 1538 entraron diez o doce españoles, en aquella hoya y plaza, poniendo arriba un cabestrante, y bajaban uno a uno, metiéndose en un cesto, y muy atados y con otras muchas diligencias (y dice que con todo fue una muy gran locura y que se pusieron a muy grande riesgo y peligro) y desde aquella plaza donde está la poza tornaron a poner otro cabestrante con una sogá, y por remate una guesa cadena de hierro con un servidor de oro, para coger de aquel metal, que en todo su seso pensaban que era oro, diciendo que a ser otro metal lo gastara y consumiera el ardentísimo fuego de aquella hornaza, porque el fuego gusta todos los metales, sino es el oro.

Durmieron allá abajo una noche, porque como ya dijimos, hay por todas partes a la redonda de la boca donde anda el fuego buen espacio; metieron su sogá y cadena, y en llegando la cadena al metal la torció y cortó, y quedose allá el servidor; y de creer es que no tardó mucho en derretirse; y en la punta de la cadena salieron pegados ciertos granos de aquel metal que allí hierve, y llevados a los plateros nunca conocieron que el martillo que estaba acerado no lo podían ablandar; antes el metal entraba por el acero como si se metiera por cera, que es mucho de considerar. Esto dice el Padre fray Toribio.

Más ánimo parece que mostró, (según dicen algunos), el otro condenado a muerte que entró en el monte Etna que estos que bajaron a esta

plaza, del cual dicen los que escriben sus maravillas que cierto rey de Sicilia, queriendo inquirir lo que había dentro de aquel volcán, obligó a un condenado a muerte a que entrase dentro, y que si saliese con vida lo dejaría ir libremente; el cual alentado con la vida que se le prometía saliendo con ella de aquella boca, se metió en un cesto con comida dentro, y con cierto artificio que para ello hicieron bajó hasta increíble hondura, la cual no se presumía; y estando todo el día adentro, al poner del sol lo sacaron, y dijo que en los lados y paredes del monte había muchos nidos de aves y que por toda aquella hondura por donde bajó nunca vió cosas, más de que oyó grandes ruidos y estruendos de aguas que por lo más bajo corrían; y esta es la verdad de aquel fuego, que las aguas de la mar, que por allí están cerca (como sea isla) con sus golpes y movimientos continuos engendran el viento, y el viento enciende la piedra azufre y así se hace aquel fuego; pero digo que aunque fue mucho el ánimo de este condenado a muerte, lo fue mayor el de estos que entraron en este de Masaya, porque eran libres y se ponían voluntariamente al peligro, y ese otro era condenado, y así como si estaba sentenciado a muerte, y más cierta la tenía por otra vía que entrando en aquella boca de aquel monte.

Por lo dicho vemos no haberse conocido nada de este fuego o metal, y así quedan todos hasta hoy, con la duda o sospecha que de antes tenían, si es plata, oro, cobre o hierro, u otra cosa de valor, aquella materia que por allí corre; y están muy engañados en esta imaginación, porque no debe ser otra cosa sino que aquel fuego se encienden y arde y conserva naturalmente con la piedra azufre y jugo o betún de aquellas piedras pómez, y con ella especie de metal que tiene color de cobre o hierro, y no de otra manera; y todo esto se puede colegir de lo que de los otros volcanes habemos dicho.

Lo que me podía a mí ser de mayor admiración era lo que el religioso había dicho, que era río que pasaba de camino, y se pudiera dudar de esto si no concertara con ello lo que los autores escriben acerca de los volcanes arriba nombrados; y siendo aquello verdad, lo puede ser esto, porque no hay más razón para creer lo uno que lo otro; que por probar esta verdad en este he traído a consecuencia esos otros; y están tan mal acreditadas las cosas de las Indias que como se digan y presenten desnudas y sin camisa, las tienen por sueño o por patraña, y por esto es menester vestir las con otras cosas que hay en las otras partes del mundo, que con sus semejantes, para que con vestido que en otros se ha visto se conozcan estas, a las cuales también les viene. Y se debe creer que aquel río de fuego y metal encendido va a parar por sus caños y venas por debajo de la tierra a otros volcanes, que hay muchos por aquella tierra, cerca o lejos, y por ventura va a dar a la provincia donde tienen los españoles poblada la Villa de San Miguel, cuarenta leguas de este sitio, donde hay volcán y vol-

canes, y debe correr adelante otras cincuenta, a la de Guatemala, donde están los otros dos que dijimos; aunque todos estos son de la manera del de la isla de Sicilia, oscuros y con bocas estrechas por las cuales echan humo, y de cuando en cuando revientan y echan fuego y esparcen y derraman la ceniza por mucha distancia de tierra.

Podemos colegir de lo dicho, que los volcanes de que hablaron los antiguos, y hoy aún viven, como los de Sicilia, tienen su fuego y metal, o betumen, de que se mantienen, como aqueste de Masaya, salvo que como están cerrados y no tienen mas de aquellas bocas estrechas, no se ve por ellas el metal o fuego que tienen, y así éste nos enseña lo que en los otros hay, aunque en ellos no lo vemos. También se debe colegir no ser maravilla que críen aves y tengan sus nidos en las paredes dentro del monte Etna, pues en éste se ven volar tan cercanas al fuego.

Cierto se debe tener aquesto por una de las maravillas del mundo, obrado con particular Mano de la Omnipotencia de Dios. Y podemos también colegir, para confirmación de nuestra Fe, un cristiano argumento, y es, que pues la Naturaleza obra un fuego así tan perpetuo, que es cosa muy creedera haber fuego infernal, para castigo y tormento de los dañados, como la fe expresamente nos lo dice y enseña, el cual ha de ser eterno, constituido por la Divina Justicia e infalible Providencia de Dios. De este argumento trata el glorioso Padre San Agustín, en los libros de la Ciudad de Dios.

Un cuarto de legua de la boca de éste, alguno más bajo, en la misma sierra está otro volcán ya ciego de tierra que ha caído en él, que antiguamente (según afirman los indios) ardía como éste, y tendrá de hondo en lo que ha quedado por cegar hasta seis u ocho estados, según de arriba parece.

Capítulo XXXIV

Como muchos han creído ser boca de Infierno este Volcán de Masaya, y su Fuego el mismo que el de los condenados, y se contradicen sus razones.

Muchos que vieron el Fuego de este Volcán de Masaya, ignorando las causas de su continuación, creyeron ser boca de Infierno, y el fuego que en sus entrañas tenía ser fuego de los condenados; y las razones que les movían a pensar ser esto así era aquella continuación de estar encendido siempre y no apagarse, y ser tan fuerte su metal que antes entrase por el acero que ablandarse ni abollarse, y ver que el hierro con tanta facilidad lo derritiese, y aun de esta opinión fue el Padre fray Toribio Motolinia, fundándose en la que Mayrones pone en su Cuarto libro de las Sen-

tencias, hablando del monte Etna de Sicilia, y dice tenerlo él para sí creído así, y añade luego: Porque según leemos en los Diálogos de San Gregorio, un hermitaño que vivía en aquella isla, vió en visión que el día que murió el rey Teodorico de los Godos, Arriano, y tirano, que había afligido la iglesia de Dios mucho en Italia, al papa Juan y Simaco Patricio, suegro de Boecio, a los cuales había martirizado, lo traían atado y lo echaron por la boca ardiente de Mongibel, o volcán de Sicilia, y que yendo ciertos caballeros a recoger los tributos y alcabalas de este dicho rey a la misma isla, mientras los marineros aparejaban la nave para volverse, se fueron al lugar donde este santo hermitaño estaba, a encomendarse en sus oraciones, por la mucha fama que de su santidad corría; el cual les dijo: Sabéis como es muerto el rey Teodorico? Y ellos respondieron, que no era sí, porque ellos lo habían dejado bueno y sano en la posesión de su reino, y que no habían oído nada en contrario, a lo cual el siervo de Dios dijo, sin duda es muerto, porque el otro día fue llevado del papa Juan y de Simaco Patricio, y echado en esta hoguera de Vulcano, desnudo, descalzo y atadas las manos; y ellos oyendo aquesto, notaron el día y hora que el hermitaño había dicho, y volviendo a Italia supieron que aquel mismo día había muerto el rey, lo cual le fue mostrado en visión a este Santo Varón.

De este caso arguyeron algunos que no lo echaron allí, si no fuera boca y fuego del infierno; y de éstos fue fray Francisco de Mayrones (como ya hemos dicho) diciendo, que el Día del Juicio, cerrará Dios la boca de Mongibelo, y todas las otras que son del infierno; y por ventura el Apostólico Varón fray Toribio, habiendo leído este parecer y sentencia, y pareciéndole de hombre grave en especial, que tiene por renombre, El Iluminado o Alumbrado, se le arrimaría a él, en la consideración del fuego de este volcán de Masaya.

Otros tuvieron creído ser boca de infierno aquel lugar, por lo que de él se decía, y lo que entre los populares corría era decir que cerca de aquellos montes que echan de sí fuego ven los marineros visiones de demonios y oyen voces, y que les hacen burlas y escarnios, desatándoles las jarcias y las cuerdas y cabo de los navíos, si no hacen sobre ellos la señal de la cruz; y que ven peleas de demonios de una isla a otra, que oyen gemidos lamentables de los dañados, y otras semejantes cosas que el pueblo ignorante fácilmente cree, por causa de carecer esta gente común y popular de saber los secretos de la naturaleza. Pero deshaciendo invenciones de gente simple y ruda y hablando con hombres doctos y sabios, digo, que es muy fácil de responder a todo lo dicho, en especial a las cosas que tocan al fuego de los volcanes, negando ser del que arde en los infiernos, porque como el infierno sea cárcel constituida por Dios para los condenados, por esto el fuego de allá no ha de dañar, ni ofender, sino sólo aquellos que por justos juicios suyos son sentenciados a sus tormentos y penas; y vemos

que el fuego que sale de esos volcanes mata a los hombres y destruye las tierras por donde se derrama; luego no es del infierno. Lo otro, porque como las ánimas sean incorpóreas, no tienen necesidad que el infierno tenga bocas. Lo otro, por que si aquel fuego fuese del infierno sería muy oscuro, como humo sin luz, porque ninguna cosa debe ser a los dañados alegría; y según San Basilio y otros santos, aquel fuego infernal, demás de no tener luz y ser muy oscuro, quema y abrasa incomparablemente más que este nuestro, y este que sale de estos volcanes es claro y hace lumbre: luego no es del infierno.

En cuanto a lo que dicen los vulgares que oyen voces, y ven todo lo demás que queda referido y dicho, digo, que todo debe ser compuesto conjeturas o invenciones de hombres fáciles y vanos que piensan que las ánimas apartadas de los cuerpos dan voces en el infierno, considerándolas en aquel lugar como vivían en este mundo; mas es falso, porque allí las ánimas ni dan voces ni pueden llorar, porque carecen de cuerpo y órganos vocales. A las burlas que dicen que hacen los demonios a los marineros, decimos que si esto es verdad, lo habemos de atribuir a obra de la Providencia Divina, que ordena las obras de los demonios para confirmación de nuestra fe, y para que más estimemos y honremos la virtud de la Santa Cruz, en que nuestro redentor murió. Y en lo que toca a la visión del ánima del rey Teodorico, se responde ser verdad haberla visto aquel santo hermitaño, pues San Gregorio lo dice; pero no se sigue que la boca de aquel volcán sea boca del infierno, ni su fuego ser infernal; porque aquello que apareció no debía ser el ánima del rey Teodorico, sino que fue hecha aquella relación o demostración a aquel santo hermitaño por la voluntad de Dios, para dar a entender que aquel mal hombre que tanto había turbado y afligido la Iglesia, era condenado para los tormentos del infierno; y esto parece por aquello que dicen ser el ánima, y que la llevan aquellos dos santos varones, el Papa Juan y el Patricio Simaco, a los cuales había martirizado. Las ánimas dañadas para los infiernos nos las llevan las ánimas de los santos, sino los demonios. Luego, por alguna significación quiso Dios mostrar ésta a este hermitaño; visión esta pudo muy bien ser para mostrar el gran pecado y pecados que aquel tirano había cometido en toda Italia, favoreciendo a los herejes Arrianos, y en afligir la iglesia católica y matar los varones santos, en especial al Papa Juan y al Patricio Simaco, y también al santo Boecio, yerno de Simaco, y por las opresiones y tiranías que había cometido, afligiendo los pueblos y robando los ejércitos en toda Italia, como lo cuenta Boecio en su Libro de Consolación. Lo otro, para consolación de muchos, que vivían varones santos a quienes había perseguido y oprimido, y habían padecido por él y por sus oficiales, sufriendo grandes tiranías y calamidades, las cuales sabiendo la pena de aquel que era manifiesta, se consolaban, entendiéndolo que los que sucediesen en aquel reino temerían hacer semejantes ma-

les a los fieles cristianos. Lo otro, porque quiso mostrar la Divina Justicia el pago que da después de esta vida a los perseguidores de la Iglesia y a los reyes tiranos; porque por mucho que vivan y gocen de todo su poder con ellos, disimulando Dios en sus perversas obras, entiendan que al fin no se han de escapar de sus manos. Y por no causar enfado me remito en otras muchas cosas de lo que de esto se puede decir, y saber al tostado en la admirable repetición que hizo *"de statu Animarum post hanc vitam"*, y en el Libro de sus Paradojas, donde larga y maravillosamente trata de esta materia.

Especialmente hoy, en que está tan cercana la celebración del quinto centenario del descubrimiento de América, conviene reflexionar sobre los acontecimientos que, al unir dos razas y mundos, dieron origen a nuestros pueblos hispanoamericanos. Y para que nuestras reflexiones no se pierdan en el vacío, es indispensable que conozcamos lo que escribieron los propios protagonistas del descubrimiento y conquista de nuestro continente.

De allí la importancia de esta obra en la que desfilan invaluables crónicas de viajeros, desde la *Lettera Rarissima*, donde Cristóbal Colón describe las peripecias de su cuarto viaje a los Reyes Católicos, hasta relaciones de Gil González Dávila, Fernández de Oviedo, Fray Bartolomé de Las Casas y muchos otros, en las que quedaron estampadas inolvidables descripciones de la geografía centroamericana, así como de las costumbres de sus pobladores.

El lector, con la ayuda de las introducciones y notas del geógrafo y naturalista Jaime Incer, se solazará al revivir las rivalidades entre los conquistadores, la sabiduría de algunos caciques, –cuyas preguntas asombraron a los españoles–, así como la astucia o ingenuidad de otros. Al mismo tiempo, obtendrá un mejor conocimiento de esa época tan discutida y se liberará de muchos mitos que se han forjado en torno a ella.